

CIRCULO DEL CRIMEN
UN POLICIA ANDA SUELTO
MICKEY SPILLANE
EDICIONES FORUM
Nº 3

Mickey Spillane

UN POLICÍA ANDA SUELTO

Círculo del Crimen Nº 3

ePub r1.1

Rutherford/Rbear 21.12.15

Título original: *The Last Cop Out*
Mickey Spillane, 1973
Forum: 1982
ePub base r1.2

Editor digital: *Rutherford/Rbear* (21/12/15) (r1.0)

Revisión de *dino51bd* (04/01/16) (r1.1)
Cotejado con la versión impresa de: *Fórum (Círculo del Crimen), 1983*.
Corrección sistemática (o sea, *deberían* estar bien) de: índice, notas y párrafos (integridad, separaciones entre ellos y formato).
Corrección no sistemática (es decir, lo que me ha *saltado a la vista* al controlar los párrafos: es previsible que se mantengan errores) de: cursivas, negritas y erratas tipográficas.
Correcciones adicionales: cambiados Cari por Carl y Gilí por Gill (de acuerdo con el texto impreso).

A los críticos, comentaristas e incrédulos les sugiero un examen escrupuloso y metódico de los archivos de sus periódicos... y que presten especial atención a cierto archivo policíaco cuyo número de código es el 3D-SSR-02.
Y al Gran Jefe... gracias.

M.

1

Llegó al quiosco de los periódicos exactamente a las once menos tres minutos de la noche, compró la primera edición del diario del día siguiente y un ejemplar de la *Guía de la TV*, y pasó otro minuto ojeando los titulares a la luz del quiosco, antes de cruzar al otro lado de la calle. El perrito de patas cortas que tiraba de la correa subió a la acera, miró hacia atrás cómicamente, luego giró a la derecha obedeciendo la orden de su amo, y avanzó hacia el este por la desierta acera.

Eran exactamente las once menos un minuto. Tenía que ser muy puntual porque el otro hombre era un obseso de la puntualidad; de modo que cuando el sedán negro pasó junto al individuo del perro, para internarse en el aparcamiento situado frente al viejo edificio de ladrillos, fue como si los relojes se hubiesen sincronizado, unas horas antes, para este breve encuentro de sus manecillas en el momento final del destino.

El conductor desconectó el motor, apagó los faros y puso punto muerto. Cerró las portezuelas del lado derecho y la posterior del izquierdo, y estaba tanteando la manezuela de la ventanilla de su lado cuando de manera automática miró al paseante que llevaba el perro: el tipo inofensivo al que había visto unos segundos antes comprando el periódico y al que no había prestado la menor atención, porque la gente de Nueva York todavía pasea a sus perros, compra diarios y se vuelve a casa, cosa que un enemigo jamás haría, y casi devolvió la sonrisa cuando el desconocido le sonrió a él.

De repente sintió helársele el estómago y experimentó una horrible sequedad en la garganta porque reconoció la cara, así como la extraña sonrisa, y comprendió que sus cuarenta y seis años de

vida estaban a punto de llegar a su fin en aquella callejuela del West Side, donde él se encontraba fuera de lugar. Ya no habría más ático lujoso en una de las torres de Manhattan, ni más esposa regordeta siempre recriminándole en un imperfecto inglés, ni más preguntas inquisitivas por parte de unos adolescentes demasiado listos, ni más disfrutar del poder de vida y muerte dentro de la vasta organización. Y todo a causa del estúpido pubis rubio que vivía en un piso sin agua caliente, pero que sabía cómo solucionar sus problemas sexuales y devolverle la potencia que creía perdida para siempre.

Vio cómo se elevaba la mano que sostenía el periódico y trató de sacar su propio revólver del bolsillo, pero era demasiado tarde. Víctor Petrocini consiguió el orgasmo final cuando la bala de grueso calibre le abrió un agujero en la frente y le desparramó los sesos sobre el salpicadero del auto.

El perrito apenas se sobresaltó al oír el silencioso *jup* de la descarga.

Ni el hombre ni el perro habían interrumpido su plácido paseo hacia el final de la calle.

Un mes atrás veintidós individuos se habían sentado en torno a la larga mesa de conferencias de Boyer-Reston, Inc. Esta vez sólo diecisiete personajes, irreprochablemente vestidos, ocupaban las butacas de roble oscuro. Delante de cada uno había cuadernos de tamaño grande y varios bolígrafos, y había café en la hermosa cafetera junto a la pared, pero todas las tazas estaban vacías y los cuadernos en blanco.

A la cabecera de la mesa, Mark Shelby, cuyo verdadero nombre era Marco Aurelio Fabio Shelvan, jugueteaba silenciosamente con la llave Phi Beta Kappa que adornaba la cadena de su reloj, mientras sus ojos se iban posando en cada una de las personas sentadas a la mesa, al tiempo que recordaba aquella ocasión, veinte años antes, en que había participado por primera vez en una reunión como ésta.

Entonces los rostros pertenecían a campesinos con acento pueblerino, entre los cuales todavía flotaba el olor a ajo de la cena servida por Peppy. Las botellas de vino vacías servían de ceniceros y

había anotado todo lo hablado porque sólo él poseía la habilidad de transformar dos idiomas en un inglés coherente al que consultar más tarde. Había hecho su prueba de sangre unas semanas antes, con el doble asesinato de Herm y Sal Perigino, los que habían intentado matar a Papá Fats… una prueba un tanto tardía, pero le habían seleccionado para conseguir una educación universitaria que beneficiaría a la organización, y aquellos asesinatos no habían sido más que una mera formalidad, algo así como una iniciación fraternal.

Aquella otra mesa había sido una especie de tabla tosca situada en la trastienda de la taberna de Peppy, y él se había sentado allí muchas veces, abriéndose paso lentamente hacia la cabecera. Ahora ocupaba, por fin, el gran sillón y mandaba sobre las diversas cabezas visibles que constituían la nueva y moderna organización, la otra sociedad cuya fortuna se lograba por medio de los vicios y degradaciones del sector de Manhattan, en la ciudad de Nueva York.

La voz de Shelby y la elección de las palabras tenían un aura clásica de sala de tribunal, mas no existía ninguna duda respecto a lo acerado de cada sílaba. Desde el asunto Perigino había ordenado la eliminación de unas treinta personas cuyas acciones le habían parecido intolerables para el buen funcionamiento de la «familia», encargándose personalmente de cuatro de ellas como un recordatorio constante de que todavía se hallaba en forma y era tan decididamente cruel como cualquiera de sus predecesores en el cargo, por lo que seguía siendo merecedor del 148 título que gozaba legalmente, así como del *sub-rosa*[1] que lo refrendaba. Le llamaban *Primus Gladiatori* (el Primer Gladiador), no a causa de su nombre verdadero, sino por el modo como despachaba a sus enemigos: de prisa y con placer.

—Anoche —manifestó de pronto— mataron a Vic Petrocini. —Rebuscó entre los papeles que tenía delante, halló el que buscaba y lo señaló con el índice—. Durante seis semanas, los lunes y los viernes, se dirigía a la misma casa, a la misma hora para un mismo propósito. Sus excusas eran siempre diferentes y creía haber engañado a todo el mundo, pero cayó en una emboscada porque a alguien no lo había engañado en absoluto. Y esto hace la suma de cuatro muertos en un mes. —Hizo una pausa y levantó la mirada

con el rostro tan helado como sus ojos—. La cuestión ahora es… ¿por qué?

León Bray era el encargado de la sección de computadoras que servía a la larga lista de actividades de la organización. A los cincuenta años, parecía diez años más viejo, con la cara arrugada por los años de intenso trabajo detallista y los ojos de lechuza detrás de las gafas de gruesos cristales. Tabaleó sobre la mesa con su bolígrafo y aguardó a que cesaran los murmullos.

—Ninguna de esas cuatro personas presentaba ninguna irregularidad en los libros —afirmó—. Lo he comprobado todo tres veces y las cuentas estaban bien, hasta el último centavo. Joe Morse y Baggert elevaron las cifras en un veinte por ciento respecto al año pasado, y tanto Rose como Vic lograban buenos beneficios en sus nuevos territorios. No había ninguna queja contra ellos.

Shelby digirió esta información afirmando con la cabeza; luego, miró a su derecha.

—¿Kevin…?

Arthur «Acicalado» Kevin giró el puro apagado entre los dedos y miró a su vez al presidente de la mesa. Estaba nervioso, cosa que no le gustaba, pero lo que sucedía tenía todos los visos de algo que no había hecho más que empezar y prometía ir en aumento. Entrecerró los ojos y movió pesarosamente la cabeza.

—He indagado en las otras oficinas y nadie intenta interferir ni ocupar nuestro terreno. Chicago y St. Louis querían prestarnos a varios de sus muchachos por si podían descubrir alguna cara nueva por aquí; por si acaso se tratase de un movimiento impulsado por uno de esos idiotas de Miami o Filadelfia… Allá tuvieron un problema parecido a éste el año pasado, y lo solucionaron en un periquete. Les respondí que preferíamos esperar un poco y ver cómo se desarrollaban las cosas.

—¿Y qué hay de Al Harris? Hace un año que salió de Atlanta.

—Bah, eso son habladurías —replicó Kevin, moviendo un brazo como para ahuyentar la sugerencia—. Su época ya pasó. Al se estableció en Baja California y no se ha movido de allí. Las autoridades mexicanas le vigilan constantemente, le permiten ejecutar sus trabajitos en la pequeña población donde vive y el viejo parece feliz con este arreglo. De manera que aunque el Gran Al Harris tenga sus contactos y el dinero necesario para financiarse un

retorno al negocio, posee demasiado sentido común para intentarlo.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¿Y tú, Remy? —quiso saber Shelby.

El aludido, un individuo bajo y rechoncho, se limitó a encogerse de hombros, si bien un gesto tan sencillo implicaba una intensa investigación llevada a cabo por unos doscientos hombres conocedores de su oficio, y cuyos informes eran analizados hasta el último detalle.

—Vic y Baggert —masculló finalmente— trataban con narcóticos, pero sus territorios no coincidían. Morse llevaba los libros y Rose se cuidaba de la usura. Ninguna conexión en absoluto. Además, ninguno de ellos tenía las mismas amistades. Lo he investigado en profundidad en todas las direcciones posibles y no he podido hallar ninguna relación excepto que tanto los hijos de Rose como los de Vic asistieron a la misma escuela elemental.

Transcurrió casi un minuto antes de que Shelby levantase otra vez los ojos de sus papeles. Estudió de nuevo cada uno de los rostros presentes, y después pareció abarcarlos a todos en conjunto. En aquel momento se parecía mucho más a uno de aquellos severos semblantes de los jurisconsultos de tiempos pretéritos, cuyos retratos pintados cuelgan de las paredes de los palacios de justicia, que al presidente de la junta de directores de la organización más influyente del hampa.

—Nadie —aseguró en voz baja— liquida a cuatro de nuestros altos cargos sin un propósito definido.

—No estamos seguros de que se trate de un solo individuo —intervino desde un extremo de la mesa el que todos llamaban Pequeño Richard, a causa de su corpulencia.

Richard Case era el enlace de la organización con la tela de araña política de la ciudad. Oficialmente, dirigía una agencia de compra y venta de fincas, era un personaje muy popular, muy activo políticamente; mas esto, como todo lo demás, era sólo una fachada que escondía sus verdaderos negocios.

—Continúa, Richard.

Más de cien kilos de carne se movieron en la butaca, que crujió bajo aquel peso.

—Los revólveres no han sido los mismos. A Vic y Morse se los

cargaron con balas del treinta y ocho, a Baggert con una del cuarenta y cinco, y a Rose le dispararon con una pistola de nueve milímetros. Lo único en común es que todos fueron liquidados de un solo disparo efectuado hábilmente.

—Nosotros también hemos matado así a varios tipos —le recordó Shelby.

—No —disintió Richard—. Los nuestros siempre se aseguran y disparan dos veces más. Además, nuestros muchachos no escogerían ni la hora ni el lugar en los que se realizaron esas muertes. En todos los casos hubo una emboscada y los revólveres, seguramente, estaban provistos de silenciador. Por esto la bofia no ha hallado a nadie que oyese algo. El que ha hecho esos disparos o es un experto en disfraces o se trata de fulanos distintos. Sí, la pauta es la misma, pero los testigos de los alrededores no recuerdan a nadie que rondase por allí. Si se trata de un solo individuo, con toda seguridad es un verdadero profesional y está respaldado por un montón de pasta. Esa clase de talentos se venden muy caros.

Richard Case se apoyó más en el respaldo de su asiento, con expresión pensativa.

—Pero si es un profesional… ahora ya sabe que estamos alerta y no querrá seguir exponiéndose tontamente. Cogerá la pasta, se largará de aquí y alquilará su revólver a quien quiera contratarle para un nuevo trabajito. Sí, es un tipo muy listo y aunque conozca el territorio no ser le puede ser aquí, de modo que me apuesto lo que queráis a que a estas horas ha puesto ya los pies en polvorosa.

—Supongamos que hay más de uno —insistió Shelby.

—En este caso será más fácil averiguar de qué se trata. Alguno hará un falso movimiento y sabremos de dónde procede. Lo único que necesitamos saber es el *porqué*, y entonces podremos empezar a actuar.

—Es un ataque en regla —comentó Kevin escuetamente.

Desde el otro lado de la mesa, León Bray le miró a través de sus gruesos lentes.

—No estoy tan seguro. Nadie ha tocado siquiera los bienes de los muertos. No ha habido gritos en ninguna parte. Existe aún la posibilidad de que se trate sólo de una *vendetta* personal.

—Las *vendettas* se terminaron con el antiguo régimen —le recordó Kevin.

—Tal vez —concedió Bray—, pero con chicas y con afán de dinero, siempre pueden reaparecer.

Remy miró a los dos un poco enfadado y golpeó la mesa con la palma de la mano.

—¡Ya os he dicho que no había la menor relación entre ellos! Este fue el primer ángulo que investigamos y estoy plenamente seguro de ello. Lo único que tenían en común era la organización... y creo que no hay que profundizar más.

—Calma, Remy —le aconsejó Shelby. Había estado estudiando todos los informes y las posibilidades, y cuando estuvo satisfecho se retrepó en el sillón y cogió un cigarro. Todos, salvo los tres que no fumaban, le imitaron—. Sólo queda una conclusión. Sí, es un ataque en regla.

—¿Y entonces qué hacemos? —preguntó «Acicalado» Kevin.

—Muy sencillo —repuso Shelby—. Esperar. Han eliminado a cuatro de los nuestros para quebrantar nuestro control. Ahora intentarán actuar en las zonas más flojas y apoderarse de ellas. Bien, sólo tenemos que esperar y ver quién es el estúpido que quiere enfrentar su poder con el nuestro. Mientras tanto, reestructuraremos nuestra organización y las operaciones continuarán como de costumbre. No creo que nuestro enemigo intente, por ahora, nuevas acciones.

Pero Mark Shelby estaba equivocado. Aquella noche, una bala de punta hueca y calibre 22 penetró en la oreja izquierda de Dennis Ravenal, y el subjefe de la prostitución del East Side murió entre sábanas de seda en un alto edificio de apartamentos cuya puerta había creído inexpugnable.

Nadie oyó el disparo. Nadie vio al asaltante.

En la oficina de la brigada de Homicidios de Manhattan, el Capitán William Long bebía café en una taza de papel y sonreía al comisionado

—¿Por qué interrumpir una guerra tan hermosa como ésta? —inquirió.

—Porque parece como si el Departamento de Policía fuese un grupo de ineptos —respondió el comisionado.

—Oh, no, todos somos muy aptos —replicó el capitán—. Pero, a

veces, uno resulta más útil fingiéndose inútil. Mientras no se carguen a transeúntes inocentes…

—Esto no durará mucho. El otro bando todavía no ha sacado sus mangueras de riego.

—Supongo que no saben por dónde empezar —opinó Long.

—¿Tiene usted alguna idea

Long asintió, sonriendo. Era agradable ganarle al comisionado por la mano. Le faltaban dos semanas para el retiro y aquella era una situación ideal para poner fin a su carrera profesional.

—Algunas —admitió—. Nada concreto, pero al cabo de veinticinco años, uno acaba por poseer cierto instinto en esta clase de asuntos.

—Pienso que no se dignará explicarse mejor, claro —repuso el comisionado, sarcásticamente.

Long terminó de beberse el café, arrugó la taza y la arrojó a la papelera.

—Sólo existen dos posibilidades: negocio o algo personal. Con franqueza, no puedo imaginarme a alguien tan idiota como para cargarse a los jefes de la organización por un sentido personal de venganza. Por tanto… tiene que ser por el negocio. Alguien desea entrar en la organización y para, ello hay que eliminar antes a algunos que molestan. Y los interesados tienen que ser personajes tremendamente importantes, puesto que se trata de un gran movimiento, no contra una parte, sino contra toda la red del sindicato. No permitirían pegarle un bocado a esa carnaza sin trastornar toda la situación. Esta nueva fuerza, que quiere meterse en el sindicato, se dedica al viejo juego de liquidar a los tipos de arriba para que los demás les permitan plantar el pie en terreno seguro, aunque también puede tratarse de un intento de suavizar la situación para poder chupar a su vez.

—Este es un juego peligroso.

—Sin embargo —objetó Long—, ya se ha intentado otras veces y ha dado buenos resultados. En algunas ocasiones, los jefazos comprenden el valor de asimilar a los nuevos individuos en lugar de combatirlos. Así son absorbidos, y el poder conjunto resulta mayor. Así siempre hay sangre nueva.

—Y esto, capitán, aún empeora el problema. Durante algún tiempo hemos logrado mantenerles a raya y dentro de un par de

años, seguramente, hubiésemos logrado hacerles salir al descubierto; pero, si reciben nuevas energías, todo lo que hemos hecho se irá al cuerno.

—No, si la guerra que ha empezado continúa por algún tiempo.

—Bah, eso es pura utopía.

—Sí. Es demasiado bueno para que dure. Han caído cinco y opino que la lección ha concluido. Ya deben estar dispuestos a enseñar sus cartas y ganar la baza.

Pero el capitán Long también estaba equivocado. A las dos y cuarto de la tarde siguiente, robaron un taxi aparcado frente a un restaurante de la Octava Avenida. A las dos cuarenta y ocho minutos el mismo taxi fue encontrado abandonado en un callejón de Greenwich Village por un taxista perteneciente a la misma compañía. En el asiento posterior, Anthony Broderick, el antiguo estibador del muelle, que era el encargado de los préstamos con usura de la organización en el puerto, se hallaba derribado en un rincón, con una bala Magnum 357 en el corazón.

Gillian Burke permanecía en la terraza cubierta del autoservicio tragando habichuelas y pastel de carne, todo ello ayudado con un vaso de leche. Durante todos sus años de policía, nadie lo había llamado por su nombre de pila. Siempre había sido sólo Gill, e incluso *El Gill*[2]. Ahora, otro editorial de la cuarta página de un periódico recordaba el pasado, el proceso en el Departamento de Policía, y su suspensión del cuerpo por ser demasiado buen agente para algunos políticos, y hasta destacaba su nombre con reticencia en tres ocasiones. El periodista hablaba brevemente de su carrera, añadiendo, aunque ya demasiado tarde, que en el cuerpo policíaco se necesitaban muchos más hombres como él, aunque ciertos oficiales se horrorizasen y algunos pellejos, quizás inocentes, resultasen arañados.

Gill levantó la vista al acercarse Bill Long con su bandeja y dejó el diario a un lado para hacerle sitio en la mesa. No era posible dudar de la profesión de ambos. Las señales estaban ahí, innatas y refinadas hasta tal punto que, cualquier ciudadano, podía reconocerlas tras un leve escrutinio, y los más ajenos al Cuerpo de Policía podían también descubrirlas, inmediatamente, y desde una

legua. Los años de servir a la Justicia, de evitar y detectar el crimen, y el instinto con los nervios a flor de piel y la hostilidad abierta que combatía a la sociedad normal, eran un molde cuya forma era indeleble, incluso para la mirada casual de los ojos que, tal vez, viesen más que otros.

Sin embargo, existía una diferencia. Bill Long aún pertenecía al Cuerpo y lo mostraba. Gill se hallaba fuera de su periferia y en su porte había algo así como la subida de la marea en una playa arenosa, cierta tristeza que crecía a cada retroceso de las aguas. Pero la marca de la marea alta seguía allí y uno comprendía que el mar subiría de nuevo, a veces hasta más altura, al aproximarse la tormenta.

—¿Por qué no me esperaste? —preguntó el capitán.

—Tenía hambre, compañero —Gill apartó un poco la silla de la mesa con el pie—. Además, me apetece repetir.

Long tomó asiento, quitó los platos de la bandeja disponiéndolos según su orden acostumbrado, y dejó la bandeja sobre una silla vacía. Gill se levantó y regresó cinco minutos después con otro pastel de carne y una ración de pastel que hacía equilibrios sobre un vaso de leche. El capitán, sonriendo, empezó a cortar su bistec.

—Te habría llevado al restaurante de la calle Veintiuno, pero no quise dejarme atraer por la buena vida.

—Tonterías.

—¿Qué tal el nuevo empleo?

—Estupendo, amigo. No todos se creen las estupideces que cuentan de mí.

Long azucaró el café y agitó la cucharilla haciendo bastante ruido.

—Olvídalo, Gill. Has tenido suerte. Rechazaste una pensión porque estabas disgustado con el sistema y no luchaste por ella, pero un empleo de cincuenta de los grandes al año lo ha resuelto todo, ¿verdad? Es la misma clase de trabajo.

—No del todo.

—¿Sabes a cuántos inspectores retirados les gustaría ser jefe de seguridad de Compat?

—Dímelo.

—A todos. Y tú sólo eras sargento. Ojalá a mí me ocurra algo igual.

Gill levantó la vista de su pastel y sonrió. Era una sonrisa sin alegría. Era una mueca que había que comprender.

—No a ti, Bill. Siempre fuiste un idealista. Por eso adquiriste la granja hace ocho años. Eres un verdadero policía y bueno además, pero cuando llegue el momento podrás olvidarte de ello.

—¿Y tú, no?

—Yo no, Bill, yo no. Es una de esas cosas que le oculté siempre al equipo de psiquiatría.

El capitán hizo un mohín de desagrado y se concentró en su bistec, pero de pronto detuvo el tenedor en el aire.

—Pareces haberte integrado en la vida civil con gran facilidad.

—Mi empleo tiene sus compensaciones. Por ejemplo, no dependo de nadie.

—Ojalá yo pudiera decir lo mismo.

—¿Problemas?

—Bueno, ese jueguecito del sindicato. Nadie sabe lo que sucede. Seis sobre el mármol y hasta ahora ninguna pista.

—Ya —asintió Gill—, pero al menos los periódicos ensalzan tu labor.

—Amigo mío, cuando algún desgraciado queda cogido entre dos fuegos el humor cambia rápidamente. Y esto está a punto de ocurrir. Ahora mismo sabemos que todos los matones están en la calle cubriendo las espaldas de los grandes jefazos, aguardando alguna acción. La gran reunión de anoche en Chicago puso una cosa en claro: como los de Manhattan no podían aclarar el asunto, tienen que actuar como cebo y dejar que la oposición muestre la cara. Esta orden les ha provocado un cólico a los jefazos. Todo el que se halla bajo la línea roja de la cadena de mando tiene que jugar a esta nueva versión de la ruleta rusa o responder ante la gran asamblea.

—Y ahora el departamento también realiza el servicio de guardaespaldas.

—Exacto —asintió Long.

—Un nuevo servicio, eso de proteger a esos matarifes.

Long torció la boca en una mueca de desagrado antes de volver a mirar a Gill.

—El único consuelo es que tú ya no estás metido en eso. Resulta molesto, pero al menos se trata de algo temporal. Si te hubiesen destinado a esa misión, ya estaríamos todos sacándonos astillas de

hueso de los ojos y calentándonos el culo para que nadie se enterara.

—No fue tan malo, capitán.

—No, pero la sangre jamás te impidió hacer las cosas a tu manera.

—¿Cuántas veces me equivoqué?

—Algunas.

—Nunca en las cosas importantes.

—No, tienes razón. Pero tampoco dejaste nunca mucho lugar a la discusión.

—Hay maneras y maneras de hacer las cosas —observó Gill.

—Como, por ejemplo, la manera correcta, la manera equivocada... y tu manera.

—Así es como juega también el otro bando —asintió Gill.

—Seguro —el capitán se puso de pie, se limpió los labios y alargó la mano—. Ten cuidado. Ahora he de irme. Te veré este final de semana.

—De acuerdo.

A las seis menos cuarto Gill introdujo la llave en la puerta de su apartamento, entró y cerró tras de sí. Escuchó las noticias por la televisión y después abrió un compartimento secreto de una, pata de su buró de persiana. Dentro había tres revólveres de calibres distintos. Los inspeccionó, asintió con la cabeza en silencio, y volvió a sentarse ante la televisión.

A las ocho apagó el aparato y se fue a la cama.

2

Hasta aquella reunión nadie excepto Mark Shelby había visto al francés. François Verdun era el enviado especial, de la oficina central de la organización, un matón que no tenía que dar explicaciones a nadie más que a los tres personajes que controlaban la vasta maquinaria del tercer gobierno y cuya presencia dejaba un rastro de temor que era casi tangible. En todos los aspectos, era un tipo corriente, un individuo irreconocible en una multitud, un tipo de agradable aspecto al que le encantaba que todos lo llamasen Frank.

El récord de las muertes efectuadas por Frank Verdun hacía que el de Mark Shelby resultara insignificante. Matar era un placer que apreciaba desde hacía mucho tiempo; bien efectuado por su propia mano durante los períodos en que decidía pulir su experiencia, o por orden suya, en cuyo caso el placer se lo suministraba la lectura de los periódicos dando cuenta de tal o cual muerte o viendo las noticias en la televisión. A los quince años había matado a su hermano; a los veinte, su mejor amigo cayó bajo el frío de su cuchillo por exigirlo así la organización; a los veinticinco, dispuso personalmente en la Costa Oeste de una «familia» de dieciséis personas que se habían vuelto demasiado exigentes, y a la que liquidó por medio de una bomba. A los treinta, había reorganizado una red europea de drogas, que estaba casi desmembrada, y él la devolvió intacta a sus jefes que, llenos de admiración, tanto por su labor como por su dedicación a la causa, lo elevaron a una envidiable posición de suprema importancia, donde la muerte era un asunto de simple rutina que debía ejecutarse con rapidez y sin dejar huellas... y en la que el francés obtenía grandes recompensas materiales con las que sufragar sus gustos raros y costosos.

Y ahora la organización, en una junta convocada con urgencia, había decidido quitarle a la filial de Nueva York todo aquel asunto y apresurar la solución del mismo. Asignaron a Frank Verdun la tarea de localizar y matar a todas las personas relacionadas con la interrupción de los negocios de la organización. Y a todos les dieron la orden de cooperar. Todos debían obedecer las órdenes dadas por Frank Verdun.

En Chicago, solo en el despacho del ático, Teddy Shu, segundo subjefe del sector de los Grandes Lagos, efectuó una última llamada al teléfono rojo del despacho de Papá Menes que estaba de vacaciones en su posesión de Miami, para comunicarle que Frank Verdun había llegado a Nueva York, había puesto en movimiento la maquinaria, y que dentro de unos días se vería alguna acción. Papá Menes se mostró muy complacido, aunque si la acción tardaba unos días más no lo estaría tanto y Teddy Shu sería el primero en darse cuenta del disgusto.

Teddy colgó, se limpió las gotitas de sudor del labio superior y dejó entrar al botones que le traía el café. Cuando levantó la vista le pareció que el botones tenía una cara conocida, pero antes de poder pronunciar su nombre resultó que ya no tenía boca porque el revólver del 45 se la había borrado de la cara.

Papá Menes tenía setenta y dos años y era bajo y gordinflón, con una mata de pelo gris que rodeaba su cabeza como una corona. Sus gruesas manos parecían deformadas por la edad y la artrosis; pero, en realidad, estaban torcidas porque se las habían dejado así, una en una pelea callejera y la otra por culpa de Charlie Argropolis, cuando intentaba hacerle hablar. Y habría acabado por cantar, pero Charlie cometió la equivocación de llevar siempre él pico para partir hielo enfundado en su cinturón, y antes de que pudiera terminar la tortura, el Pequeño Menes se lo había arrebatado y lo había hincado en un ojo de su verdugo. A la sazón, el Pequeño Menes tenía sólo doce años. Ahora, a los setenta y dos, era el dictador que presidía el gigantesco clan cuyo imperio de temor cobraba impuestos de gente de todas las naciones del globo.

En la calle podía pasar por el tendero del barrio. Detrás de una carretilla habría resultado perfectamente normal. En su «suite», que dominaba toda la playa de Miami y el océano Atlántico, parecía fuera de tiempo y lugar. Pero se sentía cómodo allí, y una de las

prerrogativas de su edad y posición era disponer de su propio tiempo, siendo uno de sus privilegios el que nadie podía molestarle antes de las diez de la mañana.

Fuera, en el vestíbulo, George Spacer estaba medio tumbado en el diván situado cerca del ascensor, preocupado porque su compañero, Carl Ames, no quería esperar media hora más.

—¿Quieres sentarte y tranquilizarte? —le ordenó.

Carl Ames jugueteó con la cremallera de su chaqueta deportiva y aplastó el cigarrillo en el cenicero lleno de arena.

—Maldita sea, George, el viejo nos matará por no habérselo dicho antes. Ya sabes lo que le hizo a Morris el mes pasado.

—Entonces sólo estaba echando la siesta. Ya conoces sus órdenes.

—Mira...

—Teddy Shu está muerto —George consultó su reloj—. Y seguirá muerto dentro de veinte minutos.

—¡Los de Chicago están intentando comunicarse con el viejo desde que se enteraron!

—Los de Chicago tendrían que ir al psiquiatra. Al menos, el tipo listo de la centralita.

—De acuerdo, pero ya verás cómo dentro de poco estaremos sacándoles dinero a las trotonas de Jersey.

George Spacer obsequió a su compañero con una sucia sonrisa. Dos semanas antes, un oficial de la Fuerza Aérea casi le había arrancado uno de los testículos de una patada, y desde entonces Carl se quejaba por todo.

—Al menos, conseguirás algo más que aquí —dijo George.

—¡Anda y que te zurzan! —repuso Carl.

A las diez y cinco, los dos siguieron al criado a la «suite» de su jefe, dejándole el tiempo suficiente para que casi hubiera acabado el desayuno y se hubiera recuperado de la habitual noche inquieta. Ambos guardaespaldas permanecieron de pie junto a la mesita de cristal colocada frente a la ventana.

Papá Menes mojó la tostada, se la llevó a la boca y preguntó:

—¿Y bien?

—Anoche liquidaron a Teddy Shu.

—Ya lo sé. —Dio vuelta al periódico y señaló el titular del artículo que daba la noticia—. Buen trabajito. ¿Quién os ha

llamado?

—Bennie.

—¿Algún detalle?

—Nadie sabe nada. —El viejo no parecía demasiado trastornado y el estómago de Carl empezó a calmarse—. Teddy estaba solo, pero había una docena de personas en los despachos exteriores. No entró ni salió nadie que no fuese conocido.

—Alguien lo planeó —suspiró Papá Menes.

Sus ojillos eran como botones negros al fijarse en la pareja que tenía delante.

—¿Quién? —inquirió George Spacer, intrigado.

—El que lo hizo —el anciano tomó un sorbo de café y señaló el teléfono—. Llamad a Bennie. Tal vez sepa ya algo más.

Spacer cogió el aparato, pidió la línea exterior y marcó el número de Chicago. Bennie estaba en el departamento de corrección de pruebas del periódico para el que trabajaba; George escuchó unos tres minutos y colgó.

—¿Y bien? —repitió Papá Menes.

—El último que entró en el despacho de Teddy fue el mozo de la charcutería de la esquina. También llevaba un encargo para alguien más. Teddy no quería que nadie lo molestara, y cuando todos se largaron estaba telefoneando, así que cerraron y se fueron a casa.

—Vaya, hasta vosotros podéis imaginaros lo ocurrido —rezongó Papá Menes. Al ver que los otros no contestaban, les dirigió una penetrante mirada que expresaba lo estúpidos que eran—. Ese mozo debía de llevar empleado en la charcutería una o dos semanas, el tiempo suficiente para que todos le conocieran. Aguarda la ocasión más propicia, despacha a Teddy, y al salir del despacho descuelga el teléfono para que parezca que está ocupado. Todos piensan que Teddy está vivo, y se largan a sus casas. Muy sencillo, muy limpio. Llamad a la charcutería y averiguad si ese mozo aún trabaja allí.

Carl tardó quince minutos en localizar la charcutería y formular la pregunta. El mozo no se había presentado aquella mañana. El propietario les dijo sus señas.

—¿Quiere que envíe alguien allá? —preguntó Carl.

—¡No seas imbécil! —gruñó el viejo—. Ya no estará allí. Haced mi equipaje y preparad el coche. No el grande…, el sedán.

—¿Desea que nosotros…?

—Lo único que quiero es que tengáis la boca callada. Nadie sabe nada. Me voy de viaje y quiero que nadie sepa dónde, por qué, cómo, ni cuándo. Vosotros os quedaréis aquí para contestar al teléfono y decir lo que tenéis que decir y nada más. ¿Entendido?

—Sí, Papá —asintió Carl.

Cuando todo estuvo listo una hora más tarde, George Spacer se sentó a tomar un whisky con soda, contemplando la gente que tomaba el sol junto a la piscina. Hasta que les dijesen lo contrario, poseían todos los privilegios de un rey con los inconvenientes de un prisionero.

—¿Dónde habrá ido el viejo? —murmuró.

—¡Quién sabe! —respondió Carl mientras se servía otro whisky y se sentaba con mucho cuidado para que no le doliese el maltrecho testículo—. Al menos, no nos ha enviado a zurrar a las prostitutas de Jersey.

Ninguno de los dos comprendía lo inteligente que era el viejo.

Generalmente, Bill Jong no se dejaba arrastrar por una rabia frustrada. Siempre había vivido de acuerdo con los reglamentos, con las leyes, con los políticos, con la indignación del público y con su desdichada apatía, con los comités de ciudadanos y con las comisiones para el crimen, hasta el punto de aprender cómo aceptar y manejar todo ello, sin que el pelo de la nuca se le pusiese de punta en un ataque de cólera.

Y ahora, mientras el ayudante del fiscal de distrito terminaba con sus asuntos y se retrepaba en la silla con los dedos juntos esperando una respuesta, Long sintió que el pecho se le tensaba contra la chaqueta y que los músculos de las piernas parecían anudarse bajo la piel.

—¿Le importa decirme de quién es esa idea? —inquirió.

—Digamos que viene de muy arriba —repuso Lederer.

—Lo de más arriba no es más que un nido de papanatas. ¿Por qué piensan que Gill vendrá arrastrándose después de toda la mierda que le echaron encima? Diablo, tiene un buen empleo, gana un buen fajo y lo único que querría sería pegar un puntapié en el trasero de esos estúpidos que lo arrojaron a la calle.

—Usted es amigo suyo, ¿verdad?

—Y lo bastante bueno como para no meterle en esa clase de basura. ¿Cómo demonios tienen la caradura de pedirle a nadie semejante cosa?

—Su despido —objetó Lederer irguiendo su delgada figura y mirando hoscamente a su interlocutor— no fue totalmente injustificado Ni siquiera para usted, capitán.

—Usted no es policía. ¿Cómo puede saberlo?

—Porque usted sí es policía y sabe que el reglamento es el reglamento. El Departamento de Policía es un servicio público regido por unas reglas muy específicas.

—A veces, esas reglas no sirven para el bien público.

—Sin embargo, Gillian Burke era un especialista y tenía un archivo en la cabeza, archivo que debió traspasar al Departamento. Tenía contactos y fuentes de información que ni el Departamento entero podría obtener.

—Está reconociendo que era un magnífico policía.

—En su especialidad... sí. Nadie lo ha negado. Su actitud y sus acciones respecto a otras cosas estaban lejos de ser irreprochables. En realidad, eran casi actos criminales.

—Gill no trataba con ciudadanos honorables, no lo olvide, señor Lederer. Y le guste o no, obtenía resultados.

—Pero el departamento se llevaba todas las censuras, no lo olvide usted tampoco.

—No lo olvido. Sé que el dinero puede comprarlo todo y lograr que a uno lo echen a la calle, sin que nadie pregunte de dónde procede la pasta. Se necesita dinero para formar piquetes delante del ayuntamiento, para que la gente escriba cartas y para que los de la televisión deformen las noticias.

Bill Long hizo una breve pausa antes de continuar, como para cobrar nuevos alientos.

—¿Sabe acaso lo cerca que estuvo de destruir ese maldito sindicato? ¿Sabe que consiguió enterarse de algo tan grande, que a algunas personas muy encumbradas les habría costado cientos de años de cárcel? —Long calló unos instantes, frunció los labios y continuó—: No, usted no lo sabe... pero esos pomposos personajes sí sabían que algo iba a reventar y quisieron acabar con Gill. Hicieron que ustedes le quitaran los colmillos al tigre, y sé que cuando se vio en la calle se habría confiado a mí, mas yo no tuve redaños

bastantes para preguntárselo. Una semana después, tras meditar bien el asunto, Gill ya no le habría dado a nadie ni el sudor de sus pelotas. Ustedes le hicieron parecer una especie de delincuente; pero, si se toma la molestia de estudiar bien el asunto, verá que los delincuentes son los otros.

—Se está excediendo, capitán.

—Digamos que casi lo he hecho. En realidad, pensaba decirle mucho más.

—No se arriesgue por defender a Gill, capitán. Ya sabe que, deliberadamente, retuvo pruebas en el caso de los asesinatos de Berkowitz y Manute.

—¿Por qué tenía que encubrir a dos fulanos que hacían películas porno? Esa clase de material lo puede ver cualquiera en las *sex-shops* de Times Square, y aún mejor que el que filmaban esos puercos. Nosotros confiscamos todo el lote e identificamos hasta el último hombre y la última mujer que había trabajado con ellos; pero no había nadie que valiera la pena. Ni siquiera pudimos acusarlos de nada.

—El sargento Gillian Burke podía haber declarado en defensa propia.

—Ciertamente, y ustedes le habrían fastidiado toda su labor.

—La labor policíaca no es asunto de un hombre solo, capitán. Supongo que no lo habrá olvidado.

—Lo sé perfectamente y nunca lo olvido. Pero hay algunos policías que prefieren trabajar a su manera y hay que permitírselo. Jamás disfrutan de tiempo libre ni de vacaciones porque sólo viven para su tarea y cuando se los aparta del departamento queda un hueco entre nosotros que no es posible llenar ni con cien funcionarios.

—Quizás sería mejor volver a mi proposición.

—Gill le dirá a usted que vaya a mearse contra un poste —antes de que Lederer pudiera responder, Bill Long levantó un mano—. No, no es una metáfora. Le mirará a usted y le dirá que se vaya a mear contra un poste. En realidad, incluso podría mostrarse un poco más gráfico. ¿Recuerda lo que dijo en el juicio? ¿Recuerda lo que dijo, después, a la cara de esos papanatas? Pues bien, ahora que tiene más tiempo para pensar seguramente s le ocurrirán más cosas que decir.

—Sin embargo…

Bill Long le hizo callar con un gesto Era una sonrisa extraña que ascendía hasta los ojos; se arrellanó mejor en el sillón y permitió que la tensión se aflojara en su interior.

—Mire, señor Lederer, creo que le hablaré de su proposición. Sí, se la explicaré con todo detalle… Que la oficina del fiscal de distrito desea que él colabore como agente de su departamento, entregando todo su tiempo, energías, experiencia… y conocimientos, por la bondad de su corazón, el amor a la labor policíaca y el abyecto anhelo de volver a gozar de la gracia de un puñado de ingratos, sin sueldo ni agradecimiento alguno. Después, tomaré nota de su respuesta verbal y la trasladaré a un memorándum del servicio interno de esta oficina, donde dicha respuesta puedan leerla todos, desde esta oficina hasta la del alcalde de la ciudad —hizo una pausa y sonrió ante la inquieta expresión de Lederer—. Lo único que puedo añadir es que la persona que ha tenido una idea tan brillante hará bien en llevar un casco de acero, por si acaso.

Cuando lo hubo dicho Bill Long se echó atrás en su asiento y esperó. Contempló a Gill terminarse el bocadillo, luego apurar media jarra de cerveza y finalmente exclamó:

—Bueno, suéltalo ya.

—¿Soltar qué?

—¡Que se vayan a mear contra un poste!

—Tratándose de un oficial de policía, tu lenguaje es atroz, capitán.

—Oh, mierda… Entonces di algo.

—¿Por qué han tardado tanto en pedirlo?

El cigarrillo estuvo a punto de caer de entre los labios del capitán. Arqueó las cejas y su expresión de asombro logró que los labios de Gill se torcieran en una sonrisa.

—¿Qué diablos tienes en la cabeza, Gill?

—Sólo estaba recordando…

—¿Te *gusta* la idea?

Gill Burke se encogió de hombros y apuró la jarra de cerveza.

—Parte de ella.

—¿Por qué?

—Digamos que por un sentido del ego.

—No irás a aceptar, ¿verdad?

—Diles que lo pensaré.

—Oye, estúpido, no puedes volver a caer en la misma trampa. Quieren atraparte en medio de una guerra de locos, ya que ellos son incapaces de conseguir nada, y prefieren que caiga en la batalla un muñeco fácil de manejar. Pase lo que pase, estarás acabado. Tú lograrás la respuesta y ellos se llevarán la gloria... lo enredarán todo y te verás en otro barrizal. Ya no eres policía y si te metes en esto será tu muerte. En esta propuesta no existe ninguna posibilidad de ganar y sí todas las de perder.

—Quizás.

—Quizás... Ahórrate los «quizás». Lo sabes tan bien como yo. Además, hay otra cosa.

—¿Te refieres al francés que ha llegado a la ciudad?

—¿Cómo diablos lo sabes? —preguntó Bill Long, después de escrutar unos instantes el semblante de Gill.

—A algunos tipos que conozco no les importa que ya no sea policía. Todavía me devuelven algunos favores.

—A Frank Verdun nada le encantaría tanto como verte liquidado.

—Estás equivocado, compañero. Disparé contra él y sigue vivito y coleando. Todo formaba parte del juego y eso ya pertenece al pasado. El francés es demasiado buen profesional para molestarse en perseguir a un viejo contrincante.

—¿Sabes por qué ha venido?

—Seguro.

—Supongo que tienes alguna idea de lo que está pasando.

—Existen varias posibilidades —repuso Gill encogiéndose de hombros.

—Dime una.

—Que a alguna persona no le gusta otra persona —replicó Gill.

Frank Verdun escucho los informes impasible. No parecía estar meditando demasiado, pero su mente registraba hasta el último dato, clasificándolos por categorías y probabilidades. En la sala de conferencias de Boyer-Reston, Inc., había caras nuevas, unas caras

que a Mark Shelby no le gustaban; sin embargo, no se atrevía a oponerse porque eran rostros que pertenecían al batallón privado de Frank Verdun, pero por su aspecto podían haber seguido al bárbaro Atila. Seis de ellos habían investigado con detalle las muertes, comprando y husmeando toda la información posible. De este modo salieron a relucir datos que hasta la Policía ignoraba y, ahora, todo estaba sobre la mesa para su estudio.

—No hay dos descripciones que concuerden —concluyó el francés al final de la discusión general—. Ni tampoco coinciden los revólveres. Los métodos sí parecen iguales, y naturalmente, el blanco somos nosotros. No sabéis si se trata de un individuo solo o de varios. Eso es lo de menos.

Desde hacía dos semanas, Mark Shelby opinaba lo mismo. Golpeó la mesa con el bolígrafo hasta que todos callaron.

—Podría tratarse de un equipo adiestrado por un hombre.

—Parece razonable —concedió el francés—, pero esto convierte el asunto en una operación organizada con una cadena de mando muy alta. Y en ese caso, por ahora, debería estar en marcha una segunda operación. Sin embargo, nadie se ha movido. Por mi parte, pienso que nadie se molestaría tanto en matar para nada. Alguien quiere hacerse con algo grande y tiene mucho interés.

—¿Qué dice Papá Menes de todo esto?

—¿Te gusta tu cargo, Mark? —preguntó Frank Verdun con voz untuosa.

Shelby captó la intención pero no lo demostró.

—Me encuentro bien en él —declaró.

—De acuerdo. Pues sigue así. Yo hablo en nombre de Papá Menes, no lo olvides —calló y paseó la mirada por toda la sala—. Uno: estamos luchando contra una organización. Dos: quienes la dirigen son condenadamente listos y con sesos. Se avecina un combate a muerte. Eso hace tres.

—¿A quiénes debemos buscar, Frank? —quiso saber Kevin.

—A los matones. Y os aseguro que no son muchachos contratados. Están bien metidos en la organización. Y ésta es su debilidad. Sólo necesitamos caer sobre uno de ellos y chillará hasta desgañitarse. Podremos arrancarle hasta la fecha de nacimiento y, sea quien sea el gran jefe, lo descubriremos, porque esa será la última vez que intente algo contra nosotros.

Nadie habló durante unos segundos.

—¿Tenéis miedo de seguir haciendo preguntas? —sonrió Frank Verdun, con un resplandor de reptil en sus pupilas.

Hubo cierto revuelo en las sillas y un murmullo de desaprobación.

—Tal vez no habéis captado bien todo el cuadro —continuó el francés—. Nos están atrapando y continuarán haciéndolo hasta que piensen que pueden manejarnos. Creedme, esto no sucederá nunca. De manera que Papá Menes quiere que sigáis en la calle, al aire libre, y que os expongáis a que os apiolen. No debéis ofrecer un blanco muy claro, pero tampoco debéis echar a correr. Mis muchachos os cubrirán bien, y aunque perdamos algunos miembros, más pronto o más tarde le echaremos el guante a alguno. Nada más. La reunión ha terminado.

Aquella noche perdieron dos miembros más. No se los llevó la muerte. Simplemente, se aprovecharon de una opción que llevaban algún tiempo preparando: una salida silenciosa con una maleta llena de divisas con destino a un país extranjero, donde estarían a salvo con una nueva identidad y la completa ruptura con un mundo que significaba una muerte súbita, si se atrevían a regresar. En vista de las circunstancias, se supuso que habían caído bajo las balas del enemigo, el cual habría añadido otra dimensión a su método operativo.

La otra reunión celebrada a cinco kilómetros, hacia el centro de la ciudad, hacía recordar a los niños de una escuela que esperan ser reprendidos por el director. Flotaba en el ambiente una sensación de inquietud que casi podía palparse, y los siete personajes que aguardaban la llegada de Gillian Burke y Bill Long trataban de desarrollar unos argumentos que no les hiciesen aparecer como unos perfectos idiotas.

Cuando los dos hombres penetraron, finalmente, en la estancia, saludaron con afabilidad, tomaron asiento a la mesa, con Gill en el extremo opuesto al fiscal del distrito. Gill le dirigió a Bill Long una extraña sonrisa y habló con mucha claridad.

—Vamos a empezar sin rodeos, ¿eh?

Esto atrajo inmediatamente la atención general. Lederer ahogó

una tosecita nerviosa, y el oficial de la oficina del alcalde dejó caer su pluma.

—Tienen ustedes en sus manos una castaña caliente y nadie sabe cómo pelarla. Las computadoras no dicen nada y ahora necesitan toda la información interior que puedan conseguir. Ustedes recurrirían a cualquier cosa, pero no se lo reprocho en absoluto. Yo haría lo mismo en su lugar.

—Señor Burke... —balbuceó el fiscal de distrito.

—Cállese, estoy hablando yo —le atajó Gill.

El fiscal no dijo nada.

—No me diga que siente mucho la muerte de esos tipejos. Cada uno de ellos significa poder dar carpetazo a una de las fichas; pero cuando ustedes se ven en peligro por no poder hacer nada, empiezan a sudar. Y ahora quieren que vuelva otra vez. De acuerdo, esto es lo que ustedes quieren... y aquí estoy.

Todas las miradas estaban fijas en él.

—Con condiciones, naturalmente —prosiguió Gill—. Todavía no les he dicho lo que deseo.

—No se estipuló ninguna condición, señor Burke —intervino Lederer.

—Naturalmente. Ustedes intentan lograrlo todo a cambio de nada. Pero no olviden... que son ustedes quienes han «licitado mi colaboración, de modo que seré yo quien dictará las reglas del juego o me largo a casa. Lo toman o lo dejan.

—Diga sus condiciones —accedió el fiscal.

Gill asintió, miró a cada uno de los reunidos y su rostro adoptó la expresión de una máscara tremendamente competente.

—Quiero una posición oficial, acceso a todos los archivos policíacos, a todo el material, colaboración garantizada de todos los departamentos que me interesen y ninguna interferencia por parte de las facciones políticas.

—¿Está seguro que no quiere sueldo alguno? —preguntó Lederer con insolencia.

—Tras haberme echado del cuerpo, un dólar al año bastará.

—¿Espera tardar un año en descubrir al autor o autores de esos asesinatos?

—Señor Lederer —objetó Gill—, no han sido asesinatos.

—¿Oh, no?

—Han sido muertes.

—¿Cuál es la diferencia?

—Si no lo sabe —replicó Gill, mordiéndose el labio superior—, explicárselo no le servirá de nada. Bien, tienen un minuto para darme su respuesta.

No tenían elección.

Mientras tomaban el café, en el restaurante de la manzana de al lado, Bill Long se echó a reír de buena gana y movió la cabeza.

—Amigo, no lo dijiste, pero seguro que les has obligado a hacerlo.

—¿Hacer qué?

—Mearse contra un poste.

3

Los dos tipos de la antesala se abalanzaron sobre él en cuando abrió la puerta, y el más grande intentó cogerle por la de la garganta, mientras trataba de sacar su arma, pero de pronto sintió cómo algo le aplastaba la nariz, y goteaba sangre, sin llegar a enterarse de cómo había ocurrido. El otro no tuvo tanta suerte porque consiguió sacar el revólver, y Gill le rompió el brazo casi antes de obsequiarle con una terrible patada entre las piernas. El único sonido que se oyó fue el de la caída al suelo de los dos cuerpos y la pesada respiración de la chica morena que estaba detrás de la mesa de recepción. Apenas se había dado cuenta de nada, ni recordaba chillido alguno, por lo que se limitó a abrir más los ojos mientras Gill recogía los dos revólveres del suelo y los hacía girar con un dedo metido en las guardas de los gatillos.

—¿El tipo está dentro? —preguntó.

La muchacha asintió, aguantando tanto la respiración que sus senos amenazaron con estallar dentro de la liviana tela del vestido.

—Aprieta el botón —le ordenó Gill.

Había tanta energía en su tono que la joven no se resistió. Un dedo buscó el botón, lo apretó, y cuando la cerradura automática dejó oír un chasquido, Gill cruzó la puerta y la cerró a sus espaldas.

El francés levantó la vista de los papeles que tenía en el escritorio, casi frunció el entrecejo, y luego se relajó con una sonrisa.

—Hola, señor Burke —sus ojos examinaron las manos de Gill—. ¿Intenta otra vez matarme?

Gill dejó las armas sobre la mesa, acercó una silla con el pie y se sentó tranquilamente.

—Hoy no, Frank. Tal vez más adelante.

Frank Verdun rozó los revólveres con un dedo y les dio la vuelta para que apuntaran a Gill.

—Mis muchachos no son muy buenos, ¿verdad?

—No mucho.

Frank sacó los cargadores de ambas armas, comprobó la carga, se aseguró de que cada recámara tenía un cartucho y volvió a dejarlas sobre el escritorio.

—Tendré que darles unas cuantas lecciones.

—Más vale que les enseñe mejores modales. Así vivirán más.

—Tiene usted mucho tupé, señor Burke —murmuró Frank, al tiempo que su rostro adoptaba una expresión divertida—. Creí que era más listo, pero lo que sí tiene es coraje. Bien, ¿a qué debo el placer de esta visita?

—Simple curiosidad, Frank. Me han dicho que tiene algunos problemas.

—Nada que no pueda solucionar fácilmente.

—Pues hasta ahora no ha solucionado nada.

—Un grupo como el nuestro siempre tiene problemas. Es algo que hay que esperar.

—¡A otro perro con ese hueso, amigo! Habéis perdido aquí a los hombres clave, y la cosa se va extendiendo.

—Esto debe tenerle a usted sin cuidado. A propósito, ¿qué tal le sienta haberse convertido en un ciudadano particular... y estar marcado como persona no grata en la Policía?

—Es parte del juego, Frank. No fue totalmente inesperado, de modo que lo llamaremos una pequeña molestia.

—Ahora soy yo quien dice «a otro perro con ese hueso».

Los dos se sonrieron mutuamente, como un par de gatos a punto de luchar por sus derechos territoriales. Las zarpas estaban afiladas y a punto, y lo único que hacía falta era el más ligero movimiento por parte de uno de ellos para que empezase el combate. Había respeto mutuo, pero ni el más leve signo de temor.

—No me ha dicho qué desea, señor Burke.

—Sólo hacerle saber que rondo por ahí.

—¿No intentará decirme —preguntó el francés, con los ojos entornados— que busca empleo en nuestro bando?

—Cielos, Frank, nada de eso. Sólo quería que supiera que estoy en pie de guerra y que aprovecharé la menor oportunidad para

hacerles la vida imposible… y que ahora mismo se os ha hecho un agujero en la armadura. Cuando Papá Menes se sirve de su mejor pistolero es porque está asustado, y yo intentaré montarme sobre su gordo trasero, Frank.

El francés no se molestó en mirar de nuevo a los dos revólveres. Su mano se movió sobre uno de ellos y pareció casi a punto de hacer lo que dijo.

—Podría liquidarle aquí mismo, Burke. Tendría la escusa perfecta. Sólo me costaría un día de juicio.

—Está equivocado, Frank —replicó Gill.

Se levantó el sombrero del regazo y la 45 que tenía en la mano apuntó directamente al puente de la nariz del francés.

Verdun sonrió y se echó hacia atrás, enlazando los dedos detrás de la nuca.

—Pensé que no llevaba armas ahora que ya no es polizonte. ¿Sabe qué le sucedería si me convertía en fiambre?

—Esta es su segunda equivocación, amigo Frank —se llevó una mano al bolsillo, sacó una cartera y la abrió para que el francés viese la placa—. Los tiempos cambian.

—No intente gastarme bromas, Burke —masculló el francés, volviendo a entrecerrar sus ojillos de reptil.

—Es la verdad, Frank —le aseguró Gill—. Quería que lo supiera para que reflexione sobre lo que puede ocurrir —se guardó la cartera, bajó el arma y se dirigió a la puerta—. Como en los buenos tiempos, Frank, sólo que esta vez las apuestas son más elevadas.

Los dos gorilas que estaban en el suelo de la antesala habían estropeado la alfombra con la sangre y los vómitos, y emitían una especie de maullidos, por el dolor que experimentaban al recobrar el conocimiento. La joven recepcionista estaba al lado del que tenía el brazo roto, con el labio inferior apretado entre los dientes, intentando no vomitar.

Era más alta de lo que le había parecido antes a Gill, estaba ligeramente bronceada y tenía un cuerpo hecho para incitar o complacer, aunque poseía un toque de distinción que no armonizaba con el ambiente de Frank Verdun. El francés era de gustos muy especiales, según recordaba Gill, y la joven no entraba

en esa categoría. La miró de nuevo, arrugó la frente, y luego cogió el impermeable de la chica junto con su gorrito, le pasó una mano por debajo del brazo y la condujo hacia fuera.

No hubo resistencia. Ella le siguió dócilmente hasta el tocador de señoras.

—Por favor… —murmuró entonces.

Gill la soltó y aguardó. Cinco minutos más tarde, la joven estaba de vuelta, con los ojos húmedos y enrojecidos y una expresión tirante en torno a la boca.

—Salgamos al aire fresco —le dijo Gill.

Ella asintió, se puso el impermeable y ambos entraron en el ascensor. Después recorrieron cuatro manzanas y entraron en una cafetería de la esquina de la Sexta Avenida, yendo a instalarse en un velador del fondo.

—Té helado para la señorita y una cerveza para mí —le ordenó Gill al camarero.

—¿Té helado?

—Es fácil de hacer —Gill sonrió y el camarero asintió y se retiró apresuradamente.

Cuando volvió, dejó lo pedido sobre la mesita y cogió los dos dólares que Gill sacó de la cartera.

Cuando la muchacha hubo tomado la mitad del té helado, suspiró profundamente y se apoyó contra el respaldo de la silla con los ojos cerrados.

—Ha sido terrible —comentó.

—He visto cosas peores, Helen.

Ella abrió los ojos de repente.

—¿Cómo sabe mi nombre?

—Estaba en la sala cuando usted se presentó como testigo de la defensa en d proceso Scobi. De no haber declarado usted, aquel canalla estaría ya en la celda de la muerte. ¿Por qué lo hizo, muchacha?

—Porque era la verdad —repuso Helen, con una sonrisa de cansancio—. Scobi estuvo conmigo.

—Lennie Scobi es un granuja y un matón sin entrañas.

—Y aquella noche se presentó en mi apartamento, completamente borracho, y se tumbó en mi cama, quedándose roque al momento.

—Nadie lo creyó, pero tuvieron que aceptar su palabra.

—Exacto, y después de aquello ya no pude volver a trabajar, ¿verdad? No más clubs nocturnos, ni más Broadway. Sólo una recepcionista impersonal en un enorme edificio.

—¿Sabes para quién trabajas?

—Claro. Al menos, me han mostrado cierta gratitud.

—Tu padre fue policía, Helen. Joe Scanlon fue un gran policía.

—Mi padre es un policía muerto.

—¿Sabes cómo murió?

—Sé cómo dicen que murió —le rectificó Helen con amargura—. Usted ya sabe qué gratitud mostró después la gente.

—Tu padre ya conocía los riesgos.

—Y ahora ya no vive con ese peligro.

—A nadie le resulta fácil el camino.

Helen Scanlon movió ligeramente la cabeza y escrutó fijamente los ojos del policía.

—Y usted... ¿Quién es usted?

—Gill Burke.

Ella trató de hacer memoria, y al fin cuadró la mandíbula.

—¿No es usted el que...?

—El mismo —la interrumpió Gill.

—Entonces, lo que acaba de hacer no entra en...

—¿En mis atribuciones? Todo encaja dentro de mi deber. Helen. Por lo visto vuelven a necesitar mis servicios, y cuando esta necesidad llega a ciertos estamentos sociales, no les importa lo que tienen que hacer para satisfacerla, incluso tragarse su orgullo.

—¡Pero usted los ha dejado tirados en el suelo!

—Tuvieron suerte de que no los matase. Hoy me siento generoso. Tu señor Verdun limpiará la alfombra, les dará unas cuantas lecciones para que aprendan a ser buenos gorilas, y se olvidará del asunto. Sí, hemos sostenido una agradable charla, y si a él no le ha molestado, tampoco debe molestarte a ti.

El semblante de Helen estaba inexpresivo, pero los tendones del cuello se veían tirantes contra la piel.

—Gracias por el té helado —dijo, poniéndose en pie. Gill iba a imitarla, pero ella sacudió la cabeza—. No se moleste. Prefiero regresar sola —vaciló un segundo y se volvió a mirarle fijamente—. Me alegro de no tener que conocerle más a fondo, señor Burke. Hay

algo indecente en la gente que no le importa a qué lado estás de la muralla con tal de poder perjudicar a los demás. Como policía, incluso desposeído de su cargo por los suyos, podría haberle admirado, pero como chaquetero, me resulta tan repugnante como una rata sin pellejo.

—¿Chaquetero? —repitió Gill, cogiéndola por una muñeca.

—Ya me ha oído.

Helen retiró la mano, con los ojos llameantes de cólera.

Gill la soltó con una sonrisa sardónica y levantó la jarra de cerveza.

—Como quieras, muñeca.

Camino de la oficina, Helen no pudo borrar de su memoria aquella risa ni la dura línea de aquellos dientes. También había algo raro en la expresión de los ojos del policía, algo ardiente detrás del helado velo que los ocultaba. Asimismo, la muchacha todavía sentía los dedos apretados sobre su muñeca. Un escalofrío le recorrió el espinazo y aspiró el aire fresco con ansiedad, preguntándose si alguien habría limpiado ya el desorden de la oficina dé relaciones públicas, anexo a los despachos de la Boyer-Reston, Inc.

En la estafeta de correos de Homestead, Florida, Artie Meeker recogió la única carta dirigida al señor John Brill, encargado del almacén general, subió al Ford azul, de dos años de antigüedad, y se dirigió hacia la casita situada al extremo sur del Cayo Plantación. Aparcó, llevó la bolsa de comestibles al interior, le entregó la carta a Papá Menes y pasó a la cocina para preparar el almuerzo para los dos.

A la sombra del porche, el viejo dejó de contemplar a los pescadores aficionados del golfo que trataban de sacar del agua al revoltoso delfín, y pasó la uña por debajo de la solapa del sobre.

De ordinario, el francés se hubiese ocupado personalmente de todos los detalles, pero esta vez quería que Papá lo supiese todo. El ex policía que había levantado tanta polvareda volvía a estar en campaña. Alguien le había devuelto su chapa y no era difícil adivinar que, a pesar de su mala fama anterior, alguien le necesitaba con apremio, de manera que lo habían empleado de nuevo. En cierto modo, tal vez fuese beneficioso que las autoridades

iniciasen la cacería contra los que atacaban a la organización; pero, si a Papá no le gustaba el olor de esa autoridad particular, porque la última vez se había acercado demasiado a ellos, Frank daría las órdenes oportunas.

A Papá Menes no le gustaba en absoluto aquel olor. Pero aún le gustaban menos las consecuencias de tener que liquidar a alguien que tenía una placa. Los polizontes eran personas extrañas, leales con los suyos. Y aquel loco de Gill Burke no había sido un mal policía. Al contrario, había sido endemoniadamente bueno y habían tenido que echarlo. Tal vez el público pensase que era la manzana podrida del cesto, pero los del departamento conocían la verdad, y pese a estar ya fuera del Cuerpo, Burke era uno de su clase. Ahora, llevando nuevamente la placa la cosa era diferente… Ahora sí era uno de *ellos*.

Tal vez el francés tuviese razón. Si la misión de Burke era atrapar a los asesinos de los jefes de la organización y al que estaba detrás del asunto, sería mejor dejarle cazar. El pequeño Richard se enteraría de cómo iban las cosas y si Burke averiguaba algo, la organización siempre podría hacerle desaparecer antes de que utilizase sus informes.

Papá Menes volvió a contemplar el agua verdosa, donde todavía estaban intentando pescar al delfín. Una cálida brisa soplaba a través de la vidriera abierta del porche, y el viejo podía oler la sal y el aire recalentado por el sol. Hubiese podido ser un buen olor, mas no era así. El otro olor era demasiado fuerte, y el viejo sabía qué era porque lo había olido antes, varias veces, y también sabía que el extraño olor del miedo jamás se olvida.

Asintió para sí en silencio, y redactó un telegrama para que Artie Meeker se lo enviase al francés. Dejarían tranquilo a Gill Burke hasta que se convirtiese, otra vez, en una amenaza para la organización; esta vez no habría ninguna campaña de limpieza… sino una desaparición silenciosa y permanente que eliminaría, para siempre, aquella fuente de molestias.

Llamó a Artie, le entregó el mensaje cifrado y las instrucciones pertinentes. Volvió a instalarse en el sillón. Debía de estar satisfecho pero no lo estaba, y por eso frunció el ceño. Aquel maldito olor continuaba presente.

La bebida a pesar de ser fuerte no consiguió sosegar los nervios de Mark Shelby. Volvía a tener el estómago revuelto y la garganta continuaba seca, por mucho whisky que tragase. Helga, la exuberante rubia sueca que él mantenía en un apartamento del East Side, se hallaba sentada en el sofá con las piernas cruzadas, desnuda bajo la lámpara solar, esperando que él terminase de emborracharse y temiendo que volviera a pegarle como de costumbre.

En realidad, no le importaba demasiado. Mark siempre usaba la mano bien abierta, y las palizas eran un precio muy bajo, a cambio de todo lo que él le daba. Casi todo el dinero permanecía a salvo en el Banco o colocado en acciones; sus cuentas las abonaba Mark rápidamente, los vestidos y los abrigos de piel que tenía en el armario eran nuevos, costosos y todos de su exclusiva propiedad. Una o dos veces por semana, Mark Shelby subía al apartamento a disfrutar de un par de horas de sexo, para llegar a la erección mediante los juegos eróticos que ella practicaba tan bien; después, a los cinco minutos de actividad bucal, quedaba reducido a la impotencia hasta la próxima vez. Siempre llamaba antes de subir, lo que le daba a Nils tiempo para marcharse con unos cuantos billetes a cambio de ver interrumpida, momentáneamente, su vida sexual.

Mark se acercó al mueble-bar, llevaba puestos sólo los calzoncillos, y se sirvió otro vaso. Helga miró el reloj y apagó la lámpara solar. Su bronceado era excelente, sin que se notaran señales de cintas ni gomas. Se pasó los dedos por su sedosa cabellera de color rubio natural, y después, con suavidad, se aCarlció la zona pùbica, cuyos pelos eran casi del mismo color.

—Querido Mark... —murmuró mimosa.

—¡Cállate!

Helga no sabía si él estaba furioso porque ni siquiera los juegos amorosos habían logrado ponerle en erección, o era a causa de sus negocios. Las dos últimas semanas se había mostrado especialmente irritado y Helga se preguntaba por qué un individuo que se dedica a un negocio de comestibles tenía que hallarse tan preocupado. Tal como estaban los precios, más bien hubiese debido estar contento. Bah, los hombres eran unos seres muy raros, incluso un ciudadano perfecto de Trenton, Nueva Jersey, que tenía una esposa frígida que jugaba todos los días al bridge en lugar de atender a las necesidades conyugales. Helga sonrió interiormente. Cuando ella y Nils se

casasen, todo sería muy distinto. Nils nunca necesitaría a otra mujer. Antes de que se marchase al trabajo lo debilitaría con un orgasmo, y cuando llegase por la noche, estaría desnuda para que él no tuviese más que arrojarla sobre el sofá, delante incluso de la mujer de la limpieza, que abriría la boca de asombro y huiría, a fin de poder atisbar por detrás de las cortinas. Por la noche, dejarían oír quejidos y murmullos, haciendo crujir los muelles de la cama, hasta que un día cayera al suelo como resultado de sus extravagantes ejercicios.

Bien fuese por la forma cómo ella estaba sentada, con cierta humedad reflejando un rayo de luz solar, o el whisky que había ingerido, lo cierto es que Mark Shelby empezó a sentir los dedos de la erección en su entrepierna. Dejó el vaso, contempló un instante el candelabro de jade que era la pieza central que dominaba detrás del bar, se quitó los calzoncillos y los dejó caer a sus pies, cruzó la estancia hasta donde ella estaba sentada. Se detuvo frente al sofá, y ella levantó la vista, mirándole, sabiendo lo que él anhelaba.

Cuando sus labios lo aCarlciaron, Mark gruñó y se estremeció. Gill Burke, los continuos funerales, todas las cosas pavorosas que había llevado a cabo, el terror que experimentaba ante el casi ilimitado poder de Papá Menes… todo quedó borrado bajo la súbita ráfaga de virilidad que le dejó una vez más blando y vulnerable. Antes de caer derribado de cansancio, con la cabeza apoyada en el desnudo y cálido muslo de Helga, sólo podía pensar en la pequeña llamita vacilante que podía quemar si se encendía o se consumía.

La foto de Mark Shelby que Gill Burke estudiaba en aquel momento, era de veintiocho meses atrás y lo mostraba al salir de un céntrico restaurante de moda, sonriendo a alguien que no aparecía en el retrato. La habían tomado con un teleobjetivo desde el edificio que se alzaba delante del establecimiento. Como Mark Shelby no estaba fichado, no existía ninguna fotografía de frente y de perfil; por otro lado, Shelby era muy reacio a las cámaras fotográficas.

—Caso cerrado, Gill —dictaminó Bill Long.

—Sí, lo sé —rezongó el policía—. Hallaste el arma, el motivo y el hombre, todo de una vez, salvo que el hombre era un cadáver.

—Un oficial de policía lo mató en un atraco. El tipo llevaba el

reloj de oro de Berkowitz, y cuando registraron su habitación encontraron también la cartera de Manute junto con varios objetos robados.

—¡Qué idiotas son esos atracadores que guardan objetos en sus casas! No deberían ser tan estúpidos.

—Lo son desde el momento en que planean un atraco.

Gill estudió otra hoja de la carpeta.

—No hay nada en contra de ese sujeto. Incluso tenía un empleo.

—Por horas —le recordó el capitán.

—La mayoría da los cacos no trabajan ni por horas.

—No siempre. Un empleo es una buena pantalla. Ese individuo era un solitario, tenía un problema de alcohol y no era demasiado inteligente. Mira sus ingresos. Con ellos no habría podido cubrir sus necesidades de alcohol y comer al mismo tiempo. Tenía que complementar su sueldo. ¡Diantre, Gill, es la vieja historia!

—Berkowitz y Manute estaban revelando una película cuando los liquidaron. No había pasta en el local ni era posible vender, fácilmente, todo el equipo. En fin, no era el lugar ideal que escogería un artista del robo para dar un golpe.

—Gill... estaban en una zona bastante desierta, solos, y ese fulano... cómo se llama... Sí, Ted Proctor creyó ver un blanco muy sencillo. Por lo que sabemos, Berkowitz llevaba encima más de cien pavos y Manute, probablemente, otros cincuenta. Lo suficiente para justificar el robo.

—Y Mark Shelby se hallaba por los alrededores casi al mismo tiempo.

—El supuesto testigo se retractó en su declaración. Era el encargado del aparcamiento y sólo había visto a Shelby una sola vez, cuando fue a dejar el coche.

—¡Y un rábano!

—Esto es lo que juró.

—Es un aparcamiento situado al lado de un restaurante. Había visto muchas veces a Shelby.

—Estás imaginando cosas, Gill.

—Tal vez, pero fue mi imaginación la que me arrojó del Cuerpo.

—Ibas detrás de Papá Menes, amigo.

—Un peldaño cada vez y llegarás a lo alto, Bill. Lo cierto es que, estaba a punto de hacer caer las manzanas del árbol, cuando me

cortaron la rama bajo los pies.

—Olvídalo, ¿quieres?

—¿Lo olvidarías tú? —sonrió Gill sin humorismo.

—No.

El policía dejó los papeles sobre la mesa y se desperezó. Durante un minuto estuvo mirando el techo, y luego se inclinó hacia delante y miró a su amigo.

—¿Cómo lo hicieron, Bill?

—Llevabas mucho tiempo molestándoles. Y la comisión de ciudadanos instruyó la denuncia.

—Sus dos abogados estaban relacionados con el hampa.

—No hubo modo de probarlo.

—¿Y por qué nadie intentó protegerme?

—Porque todos tenemos que protegernos a nosotros mismos, Gill, ya lo sabes. Sólo dieron los datos que les arrancamos, casi a la fuerza. Nadie ofreció nada, voluntariamente.

—Los periódicos tuvieron un gran día, y los chicos de la televisión me destrozaron literalmente.

—Tú siempre fuiste noticia. Cuando mataste a aquellos tres tipos en el metro, la prensa tuvo algo fuerte que masticar.

—Bill, todos aquellos idiotas llevaban armas. Y algunos de los malditos bastardos, de entre la multitud, las cogieron y echaron a correr cuando yo las solté.

—Casi iniciaste un tumulto público.

—No lo creo. Allí había muchas cabezas frías.

—¿Por qué no hablaron, pues?

—¿Para denunciar a los suyos? Quizás lo hubiesen hecho de haber sido yo un personaje; pero, no era más que un polizonte al que podían exprimir, y eso no era nuevo para ellos. Aquellos individuos llevaban el botín conseguido en el atraco y el tiroteo hubiese estado justificado, aunque yo creyera que llevaban armas.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

—Empezar por donde lo dejé.

—Ya estamos otra vez —murmuró Bill Long resignadamente—. Sin embargo, recuerda por qué motivo te han llamado. Está en marcha una guerra de bandas, y esperan que seas capaz de añadir tu toque personal para evitarla. —El capitán hizo una pausa y estudió el semblante de Gill. No era posible leer nada en aquel

rostro—. ¿Crees que podrás conseguirlo, Gill?

—Existe una posibilidad, aunque supongo que no les importará que además les reporte algunos beneficios.

—¿Como cuales?

—Como destruir, de una vez por todas, ese maldito sindicato.

—Llevas demasiado tiempo fuera del Cuerpo, Gill. Han crecido demasiado. No es posible destruirlos.

—Ahora vuelvo a estar en el Cuerpo —replicó Gill—, y alguien tiene que encargarse de esa tarea.

Cuando finalizó el noticiario de las once, Gill apagó el aparato y apuró la cerveza que quedaba en el vaso. Había sido un día muy pesado y el siguiente prometía serlo más, por lo que pensaba acostarse temprano.

El ruido del zumbador de la puerta le despejó al momento; se preguntó quién diablos sería a aquella hora. Un amigo habría avisado antes, y si no era un amigo era alguien a quien no quería ver. Dejó el vaso, cogió la 45 de la mesa, se situó a un lado de la puerta y abrió de golpe.

La chica llevaba un conjunto de falda corta y suéter, con un impermeable echado sobre los hombros; el cabello formaba como un marco oscuro para sus ojos pardos y sus labios de rubí, llenos, sensuales.

—¿Va usted a matarme, señor Burke? —preguntó Helen Scanlon.

Gill sonrió con los labios, pero sus pupilas permanecieron impasibles. Con un movimiento discreto, se metió la pistola dentro del cinturón.

—Esta noche no.

—¿No me pide que entre?

—No son horas de visita.

—Haga una excepción.

—Bueno, adelante —indicó el interior del apartamento con la cabeza—. No se fije en el desorden. No esperaba visitas.

—Por lo visto no, desde que vive aquí. No es usted muy ordenado, señor Burke.

—¿A quién le importa? ¿Quiere un trago?

—No, gracias.

—Entonces, vaya derecha al grano.

—No sea tan brusco. ¿Puedo sentarme?

Gill indicó una silla y a su vez se sentó en el estropeado sofá. Estaba seguro de que algo andaba mal, muy mal.

—He venido a ofrecerle mis excusas.

—¿Por qué?

—Por haber dicho que usted era un chaquetero.

—¿Y lo de ser tan repugnante como una rata sin pellejo?

—¿De veras le molestó?

—Esto no fue nada comparado con la serie de insultos que me han dirigido —manifestó, después de encogerse de hombros y tomar un trago de cerveza.

—Pero le molestó.

—Sólo la palabra «repugnante».

—Lo siento —había verdadera sinceridad en el tono de la joven.

—¿Por qué?

—Porque oí una conversación que sostuvo el señor Verdun por teléfono. Dijo que usted volvía a ser policía y que huroneaba en sus asuntos. Por lo visto, es usted una amenaza para sus... negocios.

—Puede jurar que lo soy.

—Señor Burke... a veces las cosas son muy confusas.

—No crea todo lo que dicen los periódicos. ¿Qué edad tiene usted?

—Treinta.

—No lo parece.

—¿Y usted, qué edad tiene?

—Ciento diez.

—Tampoco los aparenta —rió ella.

—Todo es mental, muchacha.

—¿Por qué es una amenaza para ellos?

—Porque mi profesión consiste precisamente en destruirlos.

—Ya sabe que eso es imposible, ¿verdad?

—Esto es lo que opinan todos, pero están equivocados. Lo que se eleva vuelve a caer.

—Mi padre pensaba lo mismo.

—Joe Scanlon acababa de conseguir el arma usada para matar a un testigo clave, que hubiese declarado contra Papá Menes y los

otros seis jefazos del sindicato. En la pistola estaban las huellas dactilares del asesino; esto habría derrumbado las murallas que protegen a una importante figura política. Esos canallas atropellaron a su padre con un coche robado y se apoderaron de la pistola. Se consideró como uno de esos accidentes fortuitos en los que el conductor se da a la fuga.

—Nunca hubo pruebas en contra —arguyó la joven.

—Si una anciana viviese aún… la que oyó las últimas palabras que pronunció su padre, pensaría de manera muy distinta.

—¿Qué anciana?

—Murió de un ataque al corazón dos días más tarde. Probablemente, le falló el corazón por haber presenciado el atropello. Le pasó la información a Hanson, que a la sazón era el policía de ronda. Sí, Hanson redactó el parte, pero el tribunal no lo admitió como prueba.

Helen Scanlon se mordisqueó la punta del pulgar y trató de ahuyentar las lágrimas que le borraban la visión. Sólo había venido a disculparse, no a resucitar el pasado. Sobre eso no quería discutir, ni pensar siquiera; sin embargo, sentada allí, frente a Gill Burke, viendo la dureza de su semblante, el modo cómo se comportaba, y sintiendo la violencia controlada que era como una parte de sí mismo, el pasado se abría paso hacia el presente.

—Los treinta mil dólares que encontraron escondidos en casa de mi padre… No, nunca hubiese ahorrado tanto dinero. Hasta el último centavo que cobraba servía para pagar las facturas médicas de mamá. Por mi parte, les enviaba todo lo que podía.

—Esto también salió en los titulares —le recordó Gill—. Tú cantabas en un cabaret propiedad de esos canallas, salías con algunos de ellos, acudías a sus fiestas de sociedad…

—Eso formaba parte de mi contrato. Otras también lo hacían. Y ya te conté que mi madre…

—La gente sólo ve lo que desea ver —repuso Gill y añadió—: Cuando declaraste en favor de Scobi pusiste un nudo a la cola del gato.

—¡Pero Scobi estaba conmigo!

Gill la contempló unos instantes y al fin asintió.

—Si hubieras cortado con ellos, después de morir tu padre, Scobi no hubiese estado contigo.

—¡Maldita sea, señor Burke! Necesitaba el dinero, ¿no lo entiende? ¿De qué otra manera podía obtenerlo? Mi madre murió dos semanas después que mi padre y dejó unas cuentas de hospital que se lo llevaron todo.

—Está bien, te creo.

Y la creía.

Helen apretó los puños contra los muslos y se le formó un nudo en la garganta.

—La noche en que el público me silbó —explicó cuando hubo recobrado la compostura— comprendí que todo había terminado. Y también lo comprendieron mi agente artístico y la dirección del local. Me tomé un mes de vacaciones y volví a Nueva York, pero aquí ocurrió lo mismo. Nadie quería hablar conmigo, aparte de los reporteros sensacionalistas. Un día encontré a Roller…

—¿A Vic Petrocini?

—Sí. Se dedicaba a los dados. Todos le llamaban Roller[3]. Me presentó a algunas personas y obtuve el empleo de recepcionista para la Boyer-Reston.

—¿Buen sueldo?

—Sí —suspiró ella—. Fueron muy considerados conmigo.

—Esa oficina —observó Gill— es una de las fachadas del sindicato.

—La Boyer-Reston posee aparcamientos, una cadena de funerarias, lavanderías y dos restaurantes de categoría.

—Esto es lo que dije.

—¿Qué?

—Nada —sonrió Gill—. ¿Conoces bien a Frank Verdun?

—Le vi una vez en Las Vegas. Es el director de relaciones públicas.

—Es un director de funerales de primera clase, nena. Busca sus propios clientes… ¿o no lo sabías?

—Las recepcionistas no hacen preguntas.

—Pero tú llevas allí el tiempo suficiente para oír cosas y ver ciertas caras. Y al cabo de ese tiempo, los hechos y los rumores empiezan a tener sentido. Una recepcionista puede formularse una pregunta y contestarla casi al instante. Es posible que lo que tu computadora mental te haya contestado no te guste; pero no me vengas con el cuento de que ignoras lo que pasa allí.

—Intento no pensar, señor Burke.
—Pues estabas bastante emocionada cuando me echaste..
—Ya dije que lo sentía.
—No necesitabas disculparte.
—Tal vez no —admitió Helen—, pero no he perdido el extraño sentido de los valores morales que me enseñó mi padre.
—Por esto declaraste en favor de Scobi —insistió Gill.
—Sí, porque era la verdad.
—Dime una cosa —preguntó el policía—. ¿Te gusta esa gente?
—Nunca me han hecho daño.
—No te pregunto eso.
La muchacha parpadeó un par de veces y separó las manos en un elocuente ademán.
—No —respondió.
—¿Por qué no?
Al cabo de unos segundos, Helen buscó los ojos de Gill Burke.
—Porque, como usted ha dicho, llevo allí bastante tiempo y me he preguntado varias cosas.
—Entonces, ¿por qué continúas con ellos?
Helen Scanlon se puso de pie y se echó de nuevo el impermeable sobre los hombros.
—Señor Burke... no tengo otro sitio adonde ir.
La expresión de Gill aseguraba lo contrario, mas no lo expresó con palabras. Se levantó a su vez y acompañó a Helen a la puerta. El sonido de aquellos tacones resonando sobre el suelo de madera y la débil fragancia del perfume femenino, resultaban extraños en el apartamento de Gill; de repente pensó que había perdido mucho tiempo de su vida.
La joven extendió la mano y Gill se la estrechó:
—Adiós, señor Burke.
El trató de contestar al adiós, pero fue incapaz de pronunciar la palabra. Aquellos ojos puros, color castaño, se estaban hundiendo en él, y se daba perfecta cuenta del fruncimiento de cejas en su frente. Sentía el estómago ligero, una sensación desconocida en sus hombros; de pronto, una persona que no era él atrajo a la joven hacia sí, cada vez más cerca, hasta que los dos cuerpos se tocaron y los senos de Helen estuvieron apretados contra el pecho masculino, con la curva de sus vientres y sus muslos perfectamente

compenetrados. Antes de que sus bocas se encontrasen, ella cerró los ojos lentamente y dejó oír un sonido de gatita, al tiempo que Gill sentía el temblor de su mano. Fue un beso suave, lánguido, que sólo duró unos segundos; no obstante, fue como el agua que se precipita por una grieta al embalse, amenazando con desbordarse violentamente.

Gill dejó que sus dedos se separasen de los de la joven. Esta respiró hondo, intentando dominarse de nuevo. Sonrió, pero sus ojos tenían una expresión intrigada. La habían besado anteriormente, muchas veces, pero ninguno de aquellos besos la había hecho reaccionar como ahora.

Desde el umbral, ya con la puerta abierta, se volvió, sin dejar de sonreír, y murmuró:

—No es usted nada repugnante, señor Burke.

Gill cerró la puerta, echó el cerrojo, y encajó la barra de seguridad. Recorrió el apartamento con la mirada y aspiró una vez más el delicado perfume.

—Algún día tendré que hacer limpieza general —musitó.

4

Stanley Holland estaba muy satisfecho consigo mismo. Llovía, y pese a que odiaba la lluvia, porque le secaba los senos craneales y le hacía latir las sienes, seguía estando contento. Ni siquiera la niebla y el hedor que flotaban sobre Cleveland, Ohio, podían alterar su estado de ánimo. Un año atrás, cuando Papá Menes lo trasladó a Cleveland, desde Los Angeles, para que reorganizase la operación de narcóticos que la Policía de la ciudad había desbaratado, se sintió muy desdichado; pero aquello pasó. La nueva red estaba estructurada con tanto cuidado y organizada con tanta eficiencia, y sus raíces estaban tan fuertemente arraigadas en el suelo de Ohio, que nadie sería capaz de arrancarlas.

Y todo gracias a su ingente labor. *Había entregado la vida a su trabajo*, pensó. *Y había valido la pena*. Papá Menes se lo agradecería. Todos los jefes se lo agradecerían. Le destinarían a una ciudad mejor, una ciudad más importante donde podría gastar, en gratos placeres, el dinero cobrado como recompensa.

La organización estaba sólidamente instalada, la nueva fuente de drogas la había descubierto él, y la Policía no sospechaba de Stanley Holland en absoluto. No era más que un hombre de negocios respetable, que dirigía dos salas cinematográficas y un autocine, y obtenía de todo ello un beneficio muy sustancioso; aparte, la fachada que ello representaba para su auténtico negocio: la distribución de drogas.

Una semana antes se había enterado, por fin, de la identidad del informador responsable de la destrucción de la red anterior, y se había ocupado de él personalmente con una dosis masiva de heroína, en su propia terraza. Como dicho informador era un conocido drogadicto, nadie sospechó nada. Pero los demás

miembros del negocio comprendieron el mensaje.

Dos días más tarde, la pareja de policías corruptos que Holland había utilizado para enterarse de nueve palabras en clave del libro guardado en los archivos policíacos, habían intentado sacarle a su contacto uno de los grandes para cada uno a la semana. Se concertó la entrevista y ambos policías fueron despachados, calladamente, por su propia mano por medio de bebidas drogadas y por el procedimiento del conocido «garrote»; luego los metió en una funda de cemento y los arrojó al lago Erie. Había resultado difícil, pero lo había hecho. Papá Menes y los otros jefes ya debían de conocer todos los detalles, la maquinaria de la oferta y la demanda podía empezar a operar en la absoluta seguridad del secreto que él, Stanley Holland, había organizado; su estrella se elevaría otro grado más en el horizonte del sindicato.

Estacionó el coche en el aparcamiento, situado detrás del edificio de oficinas de clase media que ocupaba, apagó el motor, y cogió su cartera de mano. Estaba a punto de abrir la portezuela, cuando el instinto de la selva invadió su ánimo, y recordó que el auto aparcado junto al suyo no era el Cadillac blanco de siempre, sino un Chevrolet negro desconocido. No pudo distinguir el rostro del individuo sentado detrás del volante, porque una mano que empuñaba un revólver de gran calibre se lo impedía.

Lo único que Stanley Holland pudo pensar, en aquel último instante, era que había dado su vida por su trabajo. Todo debía haber sido perfecto. Sin embargo, no era suficientemente bueno.

Cuando Bill Jong se reunió con Gill para almorzar, todavía sentía en su interior la rabia que hubiera debido dejar en su despacho.

—¿Qué te pasa? —se intereso Gill.

—Han hallado el cuerpo de Stanley Holland en un aparcamiento de Cleveland.

—¿Quién era?

—En realidad se llamaba Enrico Scala —Long llamó al camarero y le encargó salchichón con pan de centeno y café. Luego, preguntó —: ¿Te acuerdas de él ahora?

Gill pidió lo mismo y afirmó con el gesto.

—Creí que había muerto en un accidente de tráfico en Los Angeles.

—Por lo visto, eso era lo que nos quisieron hacer creer. Se le identificó por sus efectos personales. Le hicieron la cirugía plástica en la cara al abandonar Los Angeles, para cambiar su base de operaciones.

—¿Estás seguro?

—Bueno, le habían cambiado más de medio rostro, pero se veían las cicatrices de la operación, y sus huellas dactilares concordaban. Sí, no hay duda de que era él.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hacia las nueve y media de esta mañana. La Policía de Cleveland recibió una llamada anónima explicando que había un fulano muerto en un auto aparcado detrás de un edificio de oficinas, y fueron a comprobarlo.

—¿Quién se dedica a mirar por los aparcamientos?

—Alguien lo hizo. Un par de tipos que siempre estacionan allí sus coches, aseguraron que en cierta ocasión se los habían limpiado. Se habían llevado cigarrillos, unas monedas dejadas en el salpicadero… las cosas que se llevaría un chiquillo.

—Entonces, ¿por qué estás preocupado? Cleveland está a casi mil kilómetros. No entra en nuestra jurisdicción.

—No, pero estamos trabajando sobre una base de colaboración interdepartamental y los comisionados empiezan a soltar gritos. Todo forma parte de la misma guerra entre las bandas y si esto sigue así explotará sobre todo Nueva York. Supongo —añadió después de mirar inquisitivamente a Gill Burke— que no tienes nada que decir.

—¿He tenido alguna vez algo que decir?

—No, a menos que sea algo pertinente y demostrable.

—Por ahora, dejémoslo así.

—Esa actitud estaría muy bien en tus viejos tiempos, pero ahora trabajas para otro departamento. Yo no soy el fiscal del distrito.

—¡Que se fastidie el fiscal del distrito!

—Puede volver a echarte a la calle.

—Pero no lo hará, amigo mío. No puede permitirse ese lujo. Y ahora, acaba el almuerzo.

—Papá Menes —gruñó Bill Long cuando iba a mitad del

bocadillo— se ha desvanecido en el horizonte.

—¿Sí...?

—¿Alguna idea?

—Seguro. Empieza a tener sentido común.

—El viejo puede estar escondido en una docena de sitios, y haría falta todo un ejército para obligarle a salir. Bien, no está en ninguno de esos lugares. Se fue de Miami y desapareció.

—¿Para siempre?

—No está muerto. Sigue dando órdenes. Si le hubiese ocurrido algo lo habríamos sabido al momento.

Gill sonrió y le pegó un mordisco a su bocadillo.

—Sabes, sería interesante especular sobre lo que sucedería en el sindicato si alguien se cargase a Papá. Se despedazarían los unos a los otros, por el afán de llegar a la cumbre.

—Tonterías. Lo tienen todo planeado por anticipado.

—Has empleado mal el tiempo del verbo, compañero.

—¿Cómo dices?

—Que lo tenían todo planeado. Este año no es el año pasado ni el antepasado, y ahora hay una nueva raza de gatos correteando por ahí. Las cosas están cambiando en la organización como en todas partes. Los gobiernos y los negocios, legales o ilegales, son como las casas. Pueden crecer hasta un determinado punto, si no se derrumban o resultan inhabitables.

—No te lo crees.

—¿No? —se admiró Gill—. Fíjate ahora en ellos: muertos de miedo porque, como novedad, ahora son ellos los cazados y no saben contra quién disparar. Unos individuos que pensaban que su poder o su protección los hacía invulnerables, aparecen muertos y se produce el pánico. Papá Menes hace mutis, calladamente, y aguarda a que las aguas vuelvan a su cauce. Desde luego, resultan personas de confianza con los que colaborar.

—Menes se dejará ver. Un sujeto como él no puede estar escondido.

—Tonterías... Siempre ha tenido varias cavernas donde refugiarse. Estará reuniendo un buen fajo y no quiere tener a nadie cerca. Ha desaparecido de escena, provisto de sus especiales medios de comunicación con el resto del sindicato, y permanecerá escondido.

—¿Dónde puede estar?

Gill sopló en su taza de café y soltó un gruñido.

—Posee un sitio en New Paltz, Nueva York. No te molestes en comprobarlo porque ya lo hice yo y está vacío. No han cortado la luz ni el teléfono. Una mujer va a limpiar una vez por semana, pone en marcha la furgoneta del garaje para que la batería siempre esté cargada, y cobra su salario mediante un giro postal mensual. Jamás ha visto al propietario, aunque ha estado varias veces en la casa. Cualquiera con aficiones de pirata podría asaltar la casa cuando la mujer no está, y llevarse una pequeña fortuna en dinero.

—¿Cómo conseguiste esta información?

—Utilizo mis horas libres investigando sobre los clientes que acuden con regularidad a un restaurante italiano, a cierta hora de un día determinado.

—¿Cuando Papá Menes está presente?

—Muy astuto, amigo. Uno de esos parroquianos es un corredor de fincas. El resto resultó fácil.

—Lo cual no nos dice dónde está ahora Papá Menes.

—Tampoco puedes acusarle de nada. Además, hay otras piezas más interesantes que cazar.

—Pues el coto de caza va a estar muy concurrido —mascculló el capitán con sarcasmo—. Las familias tienen orden de salir y todos los pistoleros están en la calle. Están llevando a todos sus soldados a los lugares más peligrosos, y la mayoría han venido aquí. Anoche hubo un robo en el Arsenal Nacional de Jersey, y se llevaron veintidós ametralladoras con sesenta mil cargadores. Y lo mismo sucedió en un depósito naval de Charleston, sólo que allí se llevaron granadas. Gill… estamos sentados a la sombra del infierno.

Burke apuró la taza de café y asintió.

—Podrías hacer algún comentario, ¿no? —le reprochó Bill Long.

—Seguro —volvió a asentir Gill—. ¿Quieres algo de postre?

La cena que había tomado en el restaurante Cissie no le había sentado muy bien a Mark Shelby. Normalmente, habría disfrutado con los platos especiales que Cissie servía a los clientes que habían financiado aquel local elegante de la calle Cincuenta y Cinco Este. Las revistas gastronómicas hablaban de ella a menudo, y había

aparecido dos veces en el canal local de televisión con sus especialidades de cocina mediterránea.

Shelby probó otra vez el vino, un rosado importado que costaba veinticinco pavos la botella; sin embargo, se lo tragó como si fuese agua, sin mejorarle la digestión en absoluto. Siempre le ocurría lo mismo cuando tenía que ver al francés. Mark Shelby había matado y torturado en casos de necesidad, pero esencialmente era un organizador, un compilador de datos, un archivero y un consejero.

El francés era, básicamente, un asesino.

Lo demás no importaba.

El francés era un asesino homosexual, pero nadie podía probarlo porque los elegidos sufrían el mismo destino fatal que el macho de la viuda negra, la araña mortal, salvo que en este caso nunca quedaban cadáveres que poder identificar. Sólo se trataba de rumores, claro, pero nadie se atrevía a formular la acusación porque el francés tenía cierta propensión a matar a la gente en vez de dedicarse al sexo, sin reparar en la posición o la fama del asesinado; con tal de que no interfiriera en la maquinaria de la organización, su vida íntima era sólo suya.

El asesinato, para el francés, era igual que un orgasmo. Disfrutaba más cuando una cosa seguía a la otra, pero si era necesario, podía realizar ambas cosas por separado. Aunque, inevitablemente, ambas iban relacionadas.

De tener que elegir, Frank Verdun prefería asesinar. El orgasmo, entonces, era mucho más intenso.

En aquel momento, a Mark Shelby no le gustaba la forma con que le miraba el francés.

—El que mató a Holland era alguien de dentro —declaró Mark —. Sólo dos personas conocían su nuevo rostro y las dos han muerto: el cirujano y la enfermera.

—El asesino también la conocía —le recordó Verdun, con una sonrisa tensa.

Shelby no pudo dominar su irritación, y se inclinó sobre la mesa.

—Oye, Frank; no había fotos ni fichas. Se pagó por anticipado, con la garantía de la seguridad. Los únicos que sabían lo de la operación éramos Papá Menes, tú, yo y seis miembros de la junta.

—Sabemos que Papá Menes no hablaría, que los de la junta tampoco han hablado, lo cual sólo nos deja a ti y a mí, ¿no es

verdad, Mark?

La pequeña automática que Mark Shelby llevaba siempre consigo estaba apuntada al vientre de Frank Verdun por debajo de la mesa, y el índice estaba a punto de apretar el gatillo.

—Guarda eso —gruñó el francés sin dejar de sonreír.

Levantó su copa en un brindis silencioso y la vació; después, volvió a llenarla con la botella que había en el cubo de hielo. Luego preguntó:

—¿Crees que Papá no pensó ya en eso?

Mark quitó el índice del gatillo y contempló a su compañero de mesa. La mano de Verdun también se hallaba bajo la mesa, empuñando algo. Se estaba comportando como un estúpido y lo sabía. Murmuró «mierda», y devolvió la automática a su funda.

—Alguien se nos quiere cargar, Frank —confirmó.

El francés puso ambas manos sobre la mesa y esto estableció la paz.

—Seguro que es alguien de dentro—observó—. Tiene que ser alguien de dentro. Pero, ¿hasta qué punto de dentro? ¿Quién sabía todo lo relativo a Vic Petrocini, Taggart, Holland y...? ¿Sabes a cuántos hemos perdido hasta ahora?

—Soy yo quien se ocupa del archivo, ¿recuerdas?

—Sí, de modo que lo sabes, pero ¿quién está tan metido en la organización?

—¿Adonde pretendes llegar, Frank?

—Mark, la Gran Junta se está poniendo nerviosa. No les gusta lo que sucede. La primera vez pensaron que estaban tratando con algún hijo de mala madre; después creyeron que se trataba de un ataque en regla y se dispusieron a repelerlo; pero, ahora, no comprenden lo que pasa. A menos que alguien nos haya elegido para una batalla total e intente quitar de en medio a los generales antes de que intervengan los soldados.

—No seas tonto. Eso es imposible.

—También están considerando otra posibilidad.

Shelby estudió su copa, cató el vino y la dejó sobre la mesa.

—¿De qué se trata?

—El Gobierno de los Estados Unidos puede haber decidido crear una diversión interna con propósitos de propaganda, con el fin de tapar todo lo que ocurre fuera.

—Frank, estás chiflado. ¿A quién diablo iban a utilizar? ¿A la CIA?

—Considéralo como una posibilidad.

—Ya tienen el FBI. Y les salió mal. Actualmente, utilizan cualquier excusa para cruzar las fronteras de los Estados, y a su condenado director le importan un bledo los derechos constitucionales. Sólo que también nosotros tenemos gente metida en el FBI y sabemos que no se ha dado orden de atacarnos.

Frank Verdun hizo girar la copa en las manos y olfateó su contenido. De no haberlo conocido bien, Mark habría pensado que el francés era un habitual de los restaurantes más elegantes de París.

—¿Por qué habrían de hacerlo —objetó Shelby—. No, Frank, no es el FBI ni la CIA. Ojalá lo fuesen, porque sabríamos con quién nos enfrentamos y cómo resolver el asunto, y en cambio lo que ocurre es una pura locura. Nadie ha efectuado todavía el menor movimiento.

—Lo efectuarán —replicó Verdun, asintiendo con un gesto—. Tienen que hacerlo. Nadie se toma tantas molestias para luego quedarse quieto. Nadie hace nada por nada, y hasta ahora ellos dominan el juego —dejó de hacer girar la copa entre las manos, tomó un sorbo y la dejó a un lado—. Es algo muy sencillo, ¿sabes?

—No lo sé —gruñó Mark Shelby.

—¿Qué es lo más importante del mundo? —preguntó el francés.

Estaba apoyado sobre los brazos; sus ojos mostraban un color azul eléctrico al contemplar fijamente a Mark.

Este habría respondido otra cosa, mas sabía lo que el francés deseaba oír y contestó:

—El dinero.

La curva leporina que el francés no solía enseñar, apareció en aquel instante. Había heredado la boca de su madre, y aunque un cirujano hizo desaparecer aquella señal de nacimiento, algunas veces era visible el defecto a pesar de la operación. Su mente era como un grano infectado a punto de reventar.

—Alguien quiere apoderarse de nuestro tesoro —dijo.

Mark Shelby no estaba de humor para rajar aquel forúnculo.

—Muy razonable —concedió—. No hay nada tan importante como el dinero.

Por un momento le pareció ver en los ojos del francés una chispa indicadora de querer discutir la cuestión, mas no lo hizo.

—¿Qué hay de ese maldito Burke? —preguntó, bruscamente.

—Dicen que ha vuelto.

—¿Sabes que trabaja para la oficina del fiscal del distrito?

—Eso dicen.

—¿Y qué opinas de ello?

—Ya viste las órdenes de Papá —respondió Shelby—. Dejar tranquilos a los polizontes. Además, ¿qué demonios podría hacer? En esta ciudad hay unos veinticinco mil policías. ¿Qué importa uno más?

—Es un especialista.

—Olvídalo.

—Y va detrás tuyo, Mark.

Shelby permitió que una sonrisa rozara su boca y se convirtiera en carcajada.

—Lo echaron una vez y nosotros podemos lograr que vuelvan a echarlo. Vamos, Frank, ¿estás asustado por un apestoso ex policía, sólo porque el fiscal del distrito se agarra a un clavo ardiendo?

—No —negó el francés—, no lo estoy —se arrellanó en su silla y llamó a la camarera de la minifalda negra—. ¿Lo estás tú? —preguntó.

Pap Menes había enviado a su chófer a Miami en busca de un enorme mapa de los Estados Unidos. Artie Meeker lo clavó en la pared, por orden del viejo, y estaba señalando las áreas que éste le indicaba. Artie se recostó contra la pared, pensando en la bonita putita que había conocido sin haber tenido tiempo de estar con ella, mientras Papá Menes terminaba de reflexionar.

—Traza una línea de puntos hacia Phoenix, Artie —ordenó de pronto.

Artie no sabía hacia dónde estaba Phoenix, pero recordaba lo que Nicole le había contado del burdel donde había trabajado, y cómo solía ir de compras a Phoenix. Después de localizar el Estado, presionó la punta del lápiz en la ciudad de Phoenix y trazó una línea desde allí hasta Nueva York.

—¿Qué hay en Phoenix, jefe?

—Una idea —repuso Papá Menes—. Ahora, traza otra a Cleveland.

Artie Meeker sabía dónde estaba Cleveland y trazó la línea pedida.

—¿Así?

—Muy bien —aprobó Papá—. Esta vez enlaza con Seattle.

Artie obedeció, aunque localizó Seattle por casualidad.

—San Diego se halla en la Baja California. Traza otra línea hasta allí.

Artie asintió y siguió la Autopista Cinco porque era la mejor manera de no equivocarse. Retrocedió y contempló su trabajo. Era como estar en clase de geografía. Ojalá la señorita Fischer pudiese verle ahora. Siempre había sido algo torpe, pero ahora la profesora estaría orgullosa de él. Diantre, en aquella época ni siquiera podía encontrar Filadelfia, y ahora acababa de trazar una línea hasta San Diego.

—Ahora, a Dallas —continuó Papá.

Artie era como un chiquillo disfrutando con el juego. Había visto muchas veces a los meteorólogos de la televisión y sabía dónde estaba Dallas porque era allí donde ponían los grandes círculos de las altas y bajas presiones y donde mataron a Kennedy. Donde, además, la semana anterior se había instalado un frente frío, con un tornado en el extremo norte. Siempre había deseado ver pasar un tornado, porque todos decían que era como ver pasar un tren. Trazó la línea hasta Dallas.

—Muy bien —volvió a aprobar Papá.

Se retrepó en el sillón y estudió el mapa. Hubiera podido ordenarle a Artie que trazase más líneas; pero no era realmente necesario. También hubiese podido señalar en número la secuencia de los asesinatos, pero tampoco era necesario. Conocía las secuencias y sabía que aquello no tenía ningún sentido.

—Se mueven mucho —comentó en Voz baja.

Artie Meeker no entendió el comentario por lo que se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Va a venir esta noche la putita que conociste en Miami? —preguntó el viejo.

Hacía ya tiempo que Artie había dejado de admirarse ante la intuición o las fuentes de información del viejo. Sabía, además, que

era inútil mentir.

—Sí, jefe.

—¿Cuánto?

—Una sábana. Cien pavos y es feliz.

—¿De veras?

—Seguro, jefe.

—Dile que traiga una amiga. Llama al *Viento del Oeste*, y allí nos reuniremos con ellas. ¿Seguro que es de ésas de las tres posturas?

—Vamos, jefe, ya me conoce.

—Sólo deseaba asegurarme —repuso Papá Menes.

Las dos casitas del golfo estaban a unos cincuenta metros de las demás. Generalmente, las utilizaba Harvey Bartel, el camarero que había aprendido a abrir los cerrojos, pero cuando venía el hombre de la gran ciudad, el corredor de bolsa con dinero suficiente para comprarle ofenderle a uno, o para lograr que a uno lo echasen del agradable empleo del bar, donde las chicas eran fáciles y la ganancia muy apetitosa, o también capaz de ordenar a aquellos tipos de Miami, que no comprendían que uno sólo quería divertirse un poco, que te diesen un vapuleo espantoso, entonces no tenía más remedio que hacerse el desentendido y llevarse a la chica a un cine, a cuarenta kilómetros de distancia; incluso podía uno darse por satisfecho con que nadie te sorprendiese con la palanquita, o haciendo . el amor con una rubia de la localidad, cuyo marido era varios centímetros más alto y bastante más corpulento.

A veces, Harvey Bartel sentía curiosidad por saber quién era el amo de ambas casitas; sin embargo, era cobarde y no se atrevía a hacer preguntas. Se daba por satisfecho con poder aCarlciar el muslo de la muchacha gordinflona de Cayo Summerland que se había molestado en venir a verle. No valía mucho, claro. Era todo grasa y excitación, pero tenía una hermosa boca muy húmeda y le gustaba usarla. Su padre era propietario, en Miami, de una tienda de maquinaria y de cuatro lanchas de pesca.

La muchacha chilló porque pensó que al viejo le gustaría, pero sólo consiguió un golpe en la cabeza.

—¡Cállate! —la riñó Papá Menes—. No pago para que chilles.

Louise Belhander dejó de gritar y volvió la cabeza para poder

ver al viejo a horcajadas sobre sus piernas. Se echó a reír, se instaló en una postura más cómoda sobre el vientre, separando las piernas lo más posible.

—Está bien, disfruta, papaíto —gruñó.

«Que lo cuelguen, si le gusta de este modo», pensó Louise.

No tenía una cosa demasiado grande y ella se había puesto gran cantidad de aceite para bebés a modo de lubricante. Si el viejo quería pagar todo ese dinero por aquel hermoso trasero, él era el cliente y el cliente siempre tiene razón. Sintió cómo los dedos le separaban las nalgas y acurrucó la cabeza entre los brazos. «¡Diviértete, chico!», susurró para sí. El granuja que se había ahogado la semana pasada era mucho mejor. Tal vez tenía un pene demasiado largo y grueso, pero era demasiado fuerte y pesado como para poder luchar con él y resistirse. Casi le había destrozado su pequeño agujero, por lo que tuvo que ir a la clínica con la historia de una violación anal, lo 'que hizo que los internos hiciesen varias observaciones obscenas, hasta que vieron la herida.

Papá Menes casi era agradable. Louise levantó más las nalgas para que él no tuviera que esforzarse tanto y sonrió. «Es como limpiarse los dientes, pensó, o lustrarse los zapatos.» Muchas mujeres se preguntan por qué los hombres se hacen limpiar los zapatos. Se sientan en una silla mientras otro les pasa un cepillo y un paño por los zapatos, y esto era casi lo mismo. Sí, la jodienda más barata del mundo. El hombre sentía un cosquilleo en los pies, tenía un orgasmo en los dedos y volvía a su casa casi sin saber dónde había estado.

Louise Belhander sentía ahora el cosquilleo en el trasero y con toda su experiencia de relajación se limitaba a gozar con ello, pensando cómo se gastaría el dinero. Si aquel tipo se convertía en cliente fijo, incluso podría pagar los plazos del nuevo coche que tanto ansiaba. Louise comprendió que el viejo estaba a punto de llegar al clímax y puso en marcha su experiencia. Para ella, una profesional desde los días del instituto, la cosa era muy sencilla.

Una media hora después, Papá Menes estaba totalmente vacío, con la mente refrescada puesto que había saciado sus requerimientos sensuales, y podía reflexionar de nuevo. Levantó el aparato telefónico y llamó a la casita contigua.

Artie Meeker había bebido excesivamente y la sensación

orgàsmica lo había esquivado por completo. Cuando sonó el teléfono y la chica dejó lo que estaba haciendo para oírle decir: «Ahora mismo, jefe», sólo pudo pensar que habría sido preferible haberse casado con aquel ganadero de Tennessee que sólo había tardado dos años en reunir medio millón de billetes. Un tipo raro pero rico, lo cual era el sueño de la muchacha. Esto de ahora no era más que un puñado de huesos y estaba segura de que a Louise no le iba mucho mejor. Aquellos individuos de Wall Street eran todos iguales. Mucho dinero pero ninguna hombría. Era fastidioso ser una prostituta «gustándote el oficio», se dijo. Bah, algún día volvería a Lessiland.

Papa Menes volvió a mirar el mapa hasta que encontró la pequeña población del Estado de Pennsylvania y recordó que había conocido a Sylvia, con la que se había casado. Era virgen, su padre era un rabino, y él era un italiano loco que hizo que los trabajadores del hospital fueran a la huelga como tapadera para el asesinato de Rierdon, después que le metieran en la cárcel. Entonces era joven, y los de la junta lo aprobaron. Le permitieron casarse con la virgen, tener sus estúpidos hijos que habían crecido debatiéndose entre dos religiones; pero una vez hubo liquidado a todo el que se puso en su camino, se sintieron encantados de dejarle controlar lo incontrolable. Papá Menes era el jefe. Su estúpida esposa judía era una desgracia que soportaba. Sus hijos idiotas hacía mucho tiempo que descansaban en tumbas con la Estrella de David porque no había podido soportarlos. Los de la oposición creían que aquellos chicos eran su punto débil.

Estaban equivocados. Habían muerto, y él estaba justificado en los registros de los organizadores y se le consideraba como un hombre que sabía cumplir con sus obligaciones. A los treinta y ocho años quedaron satisfechas tales obligaciones, y todos empezaron a llamarle Papá.

Su mujer continuaba sin dejarle penetrarla por detrás porque sufría un complejo de enema; sin embargo, por aquella época a Papá Menes ya no le importaba porque tenía muchas mujeres a su alrededor, a las que no les afectaban los complejos, cuando se curaban con un puñado de billetes sobre el tocador.

Papá sólo podía pensar en la pequeña y regordeta ramera judía con la que se había casado, protegiendo su arrugado y pequeño ano ya desde la segunda semana después de la ceremonia. Le había arañado la cara y le había roto la nariz y, aparte de las pocas veces que él había llegado borracho y la había penetrado, tanto si ella quería como si no, aquél había sido el fin de sus relaciones físicas. El suegro rabino había muerto, la suegra yacía a su lado, y su mujer se dedicaba a jugar a la canasta en Miami, haciendo que centelleasen sus diamantes y luciendo las mejores pieles.

Lástima que no le gustase hacerlo por detrás, pensaba Papá. Podían haber sido una pareja casi perfecta, aunque el padre fuera rabino. Incluso le habría permitido jugar con aquel imbécil de Aarón, cuyo padre era el dueño de la lavandería de la esquina. Aarón era todo sexo y nada de seso. No era como un italiano o un irlandés. Al menos, uno sabía a qué atenerse con ellos. Los judíos eran otra cosa.

A Papá Menes le asustaban los judíos. Por esto los mataba siempre que podía.

Quizá hubiera hecho mejor en no escuchar a su primo, cuando aceptaron a Mark Shelby en la organización. Su abuelo, por parte de madre, era judío: esto no era precisamente lo que deseaban. El viejo se quedó dormido, pensando en su falo metido en el trasero de una fulana que gruñía y se retorcía. El único problema consistía en esa oscura sombra que planeaba sobre el filo de su sueño, con una huesuda mano esperando alcanzarle, para marcarlo con el signo de la muerte. Sin embargo, aquel espectro tenía los ojos vendados y no lograba encontrarle, y el viejo pudo gozar plenamente.

Artie Meeker no era muy inteligente, pero tenía una memoria notable por su habilidad por recordar una conversación de quince minutos, repetirla verbalmente y olvidarla, antes de que saliese el sol del día siguiente. Había pagado a las dos muchachas con unas propinas iguales a lo asignado por sus servicios, las había metido en un taxi de Homestead con un billete extra de cincuenta dólares para el regreso a Miami. Luego, sacó unos centavos y entró en la cabina telefónica de la esquina, mientras llenaban de gasolina el depósito de su coche, y marcó un número de Nueva York. Mientras

escuchaba, se fumó dos cigarrillos, e introducía las monedas en la ranura del teléfono, siempre que sonaba la señal. Pronunció un simple «De acuerdo», al terminar. Pagó la gasolina y se dirigió a la autopista.

Cuando Artie llegó, Papá Menes tomaba café en el porche contemplando la danza del sol sobre la marea alta.

—¿Y bien? —inquirió, y Artie le dio el informe.

La Policía de Cleveland había hallado una pista. Una joven que trabajaba en el edificio de enfrente se había fijado en el auto conducido por el asesino de Holland porque estaba en una plaza que, normalmente, ocupaba el coche del director de la oficina de al lado y la matrícula tenía tres ceros seguidos. Cuando hubieron comprobado todas las combinaciones posibles, el único coche cuya marca y color coincidían resultó ser de alquiler.

El crimen también paga sus dividendos. La agencia de alquiler de coches había sufrido cuatro atracos el año anterior, por ello habían instalado una cámara camuflada que fotografiaba a todos los que se acercaban al mostrador; de manera que, el individuo que había alquilado el auto, estaba en la película. Era alto, vestía una gabardina azul sobre un traje oscuro, sombrero gris, llevaba un maletín en el que todavía se veía la etiqueta de unas líneas aéreas, llevaba gafas, lucía un bigote fino y en su barbilla se veían las señales dejadas por un afeitado rápido. El nombre del permiso de conducir era Charles Hall, de Elizabeth, Nueva Jersey. Había pagado mediante tarjeta de crédito. La Policía de Cleveland estaba interrogando a todo el personal de la línea aérea, en busca de una identificación. Enviaron, también, copias de la foto a los departamentos de todas las demás ciudades; pero no habían comunicado a los medios de comunicación. Papá Menes recibiría por correo una copia de la foto al día siguiente. El viejo asintió y se terminó el café.

Gill Burke devolvió la foto al capitán Long.

—Es un señor cualquiera. Las gafas y el bigote pueden ser un disfraz ¿y quién no se corta afeitándose? A estas horas, ya no queda ninguna señal.

—Me das muchos ánimos —se burló Long—. Justo lo que

necesito.

—¿Y la tarjeta de crédito y la dirección?

—Todo falso, claro. La dirección pertenece a un garaje donde no conocen a ese tipo ni de oídas, y la tarjeta sólo ha sido usada una vez. Ahora buscamos la referencia que tuvo que dar cuando solicitó el crédito, pero no creo que tengamos suerte.

—Amigo, para eso se necesita mucha preparación.

—No más de la que cabe esperar de un profesional, Gill.

—Un poco más —objetó el policía—. A los pistoleros no les gusta el papeleo, ya sabes.

—Sí, esto parece un poco más profesional. O se trata de un contrato a un precio muy alto, o de un trabajito llevado a cabo por una organización. Al menos, ahora tenemos donde agarrarnos. Más pronto, o más tarde, alguien reconocerá la foto, y conseguiremos la primera pista válida. Los expertos del laboratorio se ocupan, en estos momentos, del negativo. Y si hay algo que pueda salir a luz, ellos lo conseguirán.

—¿No hay ninguna pista en la terminal aérea?

—Nada en absoluto —estudió el rostro de Gill y arrugó la frente —. ¿Qué es lo que encuentras tan divertido?

—Que todo esto podría ser una treta. Ese individuo incluso podía saber que había una cámara. Y si es un buen profesional, podía haberse cambiado de ropa y disfrazado en un lavabo público.

—Tal vez, pero la cámara sólo lleva allí una semana.

—Entonces, ya tienes una buena pista.

—Tenemos algo mejor, ¿no has hablado con el fiscal del distrito?

—Nunca cuenta nada.

—Stanley Holland —aclaró Bill Long— era un secreto muy bien guardado. Ahora que sabemos quién era, estamos recomponiendo el rompecabezas. Sus actividades solamente las conocían los grandes jefazos del sindicato. Y los que se inmiscuyeron en su pequeño plan deben ser, sin duda, un grupo extremadamente bien financiado e informado. La Policía de Los Angeles se ocupa de ese extremo, y es posible que consigan algo interesante en poco tiempo.

—Pues, buena suerte.

—Sí... —murmuró Long. Se metió la fotografía en el bolsillo y aplicó una cerilla a su cigarrillo—. ¿Qué has encontrado tú?

—Nada concreto, todavía. Quizás el miércoles podré decir algo en la reunión.

—Más vale así. Hay por ahí un columnista de mierda que está obsesionado por la gente de uniforme y se ha olido tu participación en este caso.

—¿Meyer Davis?

—Él mismo.

—No le gustó la patada que le di en el trasero —rió Gill Burke— por el artículo que escribió sobre Joyce Carroll. Por poco me estropea todo el caso.

—Pues husmea por ahí y está respaldado por el periódico.

—Otra patada en el trasero solucionará el asunto.

—Será mejor que olvides esas tonterías.

—Claro, jefe.

—Y que, también, olvides eso de jefe.

—Sí, señor.

—Oh, vamos, Gill.

El policía se echó a reír.

—De acuerdo. Te veré el miércoles.

5

Llamar a Willie Armstrong «Júnior»[4] era tan diminutivo como llamar a míster Ruth «Babe»[5]. Medía más, un metro noventa, pesaba unos ciento diez kilos y podía hablar como un licenciado universitario, que lo era, o en el dialecto de un plantador de algodón de Georgia, como lo había sido su padre. Sus dientes contrastaban, por su blancura deslumbrante, con la negrura de su cara, enmarcados por una amplia sonrisa, cuando saludó a Gill Burke a la puerta de su apartamento de la Avenida Lexon, en Harlem.

—Vaya, hasta tienes agallas de venir aquí, chico blanco —dijo.

Gill le estrechó la mano y se la apretó con fuerza.

—Ninguno de tus gatitos causa molestias a la gente por la mañana. Sois todos demasiado dichosos.

—Lo que somos es unos tigres, amigo.

—Sólo cuando se pone el sol. ¿Cómo está Cammie?

—Muy bien, chico. Ha empezado a preparar la sémola y la salsa en cuanto llamaste.

—Yo quería salchichas y tortas, Júnior.

—Todo en el mismo plato, compañero. Como en los viejos tiempos. ¿Te acuerdas de Looney Mooney, el cocinero de la base de entrenamiento?

—El viejo Looney Mooney que cuidaba de la tropa —afirmó Gill.

—Exacto, amigo. Los pasteles de Cammie le dejan tamañito, como te lo digo.

—Entonces, habrá que probarlos.

Durante el desayuno, los tres recordaron los días desde cuando habían pasado tantas dificultades juntos hasta sus esporádicas reuniones del presente. Júnior Armstrong había puesto una casa de

préstamos, había sobrevivido a los vaivenes económicos, y en la actualidad era uno de los portavoces más poderosos de la comunidad negra. Su pesada mano y sus influyentes contactos mantenían limpia su zona, y en la misma, no ocurría nada que él no supiera.

Cuando terminaron, Cammie, la bonita esposa de Júnior, que era la única voz a la que él temía, los envió a la salita para que hablaran mientras ella fregaba los platos, y colocó la cafetera ante ambos.

Júnior le ofreció a Gill un cigarrillo de su paquete y encendió el mechero.

—¿Te dolió mucho lo que te hicieron? —inquirió.

Burke lanzó una bocanada de humo al techo.

—No mucho.

—No me engañes, camarada.

—Bueno, me dolió un poco, claro —confesó Gill. En sus pupilas apareció una chispa de humor y añadió—: Vuelvo a estar en la Fuerza.

Júnior asintió, sin mostrar ninguna sorpresa y prestó atención mientras Gill le daba cuenta de todos los detalles. Volvió a asentir.

—¿Necesitas ayuda?

—Un poco.

—Pues suéltalo ya, chico.

—Deseo información de un tipo joven llamado Henry Campbell, de unos veinticinco años. Su última dirección fue una habitación amueblada de la calle Bleecker, pero no dejó dicho a dónde se mudaba.

—¿Cuánto hace?

—Un par de años.

—Esto es mucho tiempo.

—Lo sé, pero tampoco pudo ir a muchos sitios.

—Sí, también lo sé. Ser negro significa estar *localizado*. Los negros sólo pueden ir de un ghetto a otro. Pero, ¿y si se fue de la ciudad?

—Lo dudo. Nació aquí. Sus padres murieron y sus dos hermanos, que trabajan en el Departamento de Correos, no han tenido noticias suyas desde hace años... pero debe de tener algún amigo.

—¿Eso es todo lo que sabes? —quiso saber Júnior.

—Si trabaja, no utiliza su número de la seguridad social. No figura en las listas de parados. No es experto en nada, pero le gusta reparar autos. La última vez que hablé con él era el encargado de un aparcamiento propiedad del sindicato.

Júnior aspiró el humo de su cigarrillo y dejó caer la ceniza en un colillero.

—Debe de ser el testigo que te fastidió entonces, ¿verdad?

—Exacto.

—¿Y piensas cargártelo?

—En absoluto. Sólo quiero saber por qué cambió su declaración. Tal vez otros se lo cargaran.

—Quizá tenga poca memoria.

—No para mí —refunfuñó Gill—. Contigo podría incluso mejorarla.

—No me gustaría verle con la cola en cabestrillo.

—Tampoco a mí. Eso duele.

—Tú puedes soportarlo. El tiene todas las probabilidades en contra.

—Hay maneras y maneras de solucionar las cosas, Júnior. Si él me hace un favor, yo le garantizaré uno más grande. ¿Qué dices?

El corpulento negro permaneció fumando unos instantes y al final asintió.

—Todo el mundo necesita ayuda más pronto o más tarde. Veré qué puedo hacer. ¿Cuándo quieres verle?

—Ayer.

—¿Digamos mañana?

—¿Puedo elegir?

—No.

Júnior sonrió y sus dientes resplandecieron bajo la luz de la sala.

—¿Necesitas una escolta para regresar a tu barrio? —preguntó cuando GUI se puso de pie.

—No seas tonto —sonrió Gill—. Todo está tranquilo afuera.

—Sólo para nosotros, los gatos —le recordó Júnior—. Amamos mucho la naturaleza.

Gill rió y señaló la ventana.

—Seguro... Oye, ¿quién riega tus tiestos, compañero?

—Cammie. Es la granjera de por aquí. Y yo riego los de ella.

—Sí, eres un verdadero amante de la naturaleza, Júnior.

La anciana que regentara la pensión del West Side no entró en la casa porque se hallaba muy cómoda en su tumbona de lona calentándose al sol, por lo que Gill tuvo que conversar con ella en el rellano de la escalera de entrada. Un puñado de chiquillos armaban escándalo en la calle, y un par de borrachos compartían una botella en la acera, un poco más allá.

Sí, recordaba a Ted Proctor, sobre todo porque lo asesinaron el día antes de que venciera su alquiler mensual, y no se lo pudo cobrar. Había arrojado a la basura las pocas cosas que dejó, aunque vinieron a recogerlas antes de que llegara la brigada de sanidad. Vendió la maleta por un dólar, a una ramera que se largaba del barrio; sin embargo, conservaba su reloj roto que aún no había llevado a reparar.

—¿Tenía algún amigo por aquí?

—De haber tenido dinero, quizá los habría tenido —comentó la vieja—. Ya sabe cómo son esos sinvergüenzas.

—¿Algún visitante?

La anciana dejó ver una mueca por entre los pliegues de grasa.

—A veces venía Andy, el de la casa de al lado, si creía que Proctor tenía una botella.

—¿Todavía sigue aquí ese Andy?

—El muy idiota se quedó dormido en el portal, en enero pasado, y murió de pulmonía.

—¿Entraba usted a menudo en la habitación de Proctor, cuando vivía en su casa?

La anciana le miró con ojillos astutos. Gill le tendió un billete de cinco dólares y vio cómo ella se lo metía en el bolsillo del vestido.

—Le cambiaba las sábanas y las fundas de almohada cada semana.

—¿Qué guardaba en el armario?

—Un montón de ropa sucia. Proctor no… ¡Eh, oiga! No pensará que me dedico a olisquear entre las cosas de mis huéspedes, ¿verdad? Porque en tal caso será mejor que…

—Vamos, hable. Ya le he pagado.

La vieja se encogió de hombros.

—Nada, esto es lo que tenía. Al menos, nada de valor. Un par de cartas y postales, pedazos de talones de su sueldo… Porque trabajaba, ¿sabe?

—Sólo por horas.

—Pero podía pagar el alquiler.

—Ya sabe lo que encontró la Policía en su cuarto.

—No me enseñaron nada. Sólo lo leí en los diarios.

—¿No sacó nunca del todo el último cajón? Las carteras estaban bajo la tabla suelta.

—Ni siquiera sabía que hubiese una.

—Además, había más cosas en un par de cajas metidas en el armario.

—Cuando yo miré sólo tenía ropa sucia. Y eso es lo que les dije a los polis.

—¿Cuánto tiempo hacía que había mirado en el armario, antes de que lo mataran?

—Murió el día antes de vencer el alquiler —respondió la vieja tras una corta meditación—, y fue entonces cuando le cambié las sábanas. Tuvo que ser la semana anterior.

—¿Tenía una pistola?

—¿Dónde la habría conseguido?

—No le he preguntado esto.

—Yo sabía todo lo que tenía… y no tenía ninguna pistola.

—Proctor llevaba una cuando atracó la tienda del prestamista. Una pistola nueva, de esas que cuestan ciento diez pavos si uno la adquiere legalmente, y quizás veinte ilegalmente, pero no menos. Era una pistola que habían robado de una tienda de deportes, y valdría veinte dólares en la calle.

—Mire usted —replicó la anciana—, de haber tenido Proctor veinte pavos en la mano, puede apostar su hermoso trasero a que no hubiese comprado ninguna pistola con ellos. Se habría marchado inmediatamente a la taberna de Barney, la de la esquina, a beber hasta caerse, y habría vuelto arrastrándose hasta su cama. Le daba miedo su propia sombra. Si alguna vez se hubiera encontrado una pistola la habría vendido en lugar de usarla.

—Si un individuo necesita beber, puede llegar muy lejos para conseguirlo.

—Vender la pistola, sí. Utilizarla, no —insistió la mujer—. No era más que un canallita —miró fijamente a Gill—. Si quiere seguir hablando, le costará más.

—No, gracias —repuso Gill, negando con la cabeza—. Me ha

servido usted de mucho. Gracias.

—El placer ha sido mío —respondió la vieja, palpándose el bolsillo.

—Claro que me acuerdo. Entró tapado hasta las orejas y apuntando con la pistola a todas partes. Me ordenó poner el dinero sobre el mostrador. Eso fue lo que me asustó. He visto a muchos de esos tipos y cuando se ponen así nunca sabes qué van a hacer. Sí, señor, me asusté. ¿Sabe cuántas veces me han atracado? Catorce, y la última hace sólo dos semanas.

—Pues a estas horas debería de estar en quiebra —observó Gill.

—Mire, les dejo que busquen en la caja registradora. Dentro sólo guardo pequeñas cantidades, ellos las cogen y salen corriendo. Sería diferente si aquí tuviese grandes cantidades..

—¿Dónde guarda el resto?

—En una cajita empotrada en las vigas de acero del suelo con una cerradura de seguridad, y voy al banco tres veces por semana.

—Declaró que no había visto nunca a Ted Proctor.

—Sólo la vez que intentó atracarme. A no ser por el policía de ronda, ese maldito borracho podría haberme matado. Oiga, ¿por qué diablos vienen ahora los polis, al cabo de dos años? Precisamente, el mes pasado...

Gill sacudió la cabeza haciendo callar al prestamista, procurando no demostrar la repugnancia que sentía.

—Yo sólo cumplo órdenes, amigo.

—Debería haber más policías por aquí.

—Se lo diré al comisionado.

—Sí, claro. ¿Qué más desea saber?

—Nada más —Gill cerró la libreta y la introdujo en el bolsillo—. Gracias —murmuró antes de salir.

Ya en la acera se detuvo y miró calle arriba. Algo le inquietaba, pero no conseguía saber qué era. Nada importante, sólo un detalle que se le había escapado. Bueno, ya lo recordaría. Siempre le ocurría lo mismo si dejaba pasar algún tiempo. Consultó el reloj. Era casi la una.

La señora Cynthia Berkowitz todavía llevaba su tocado de viuda, como una capa de la realeza. Su indignación, su ira y sus frustraciones se habían fundido con la pesadumbre, la compasión por sí misma y las amabilidades de los vecinos que habían sufrido la misma desgracia y se sentían sumamente felices de poder recordar al difunto señor Berkowitz: un caballero tan apreciado, tan buen vecino, que jamás comía nada que no fuera *kosher* ni faltaba nunca a la sinagoga del barrio, sin importarle el mal tiempo o su estado de salud. No era como el señor Manute, a quien todos consideraban casi un hereje y que, según la señora Berkowitz, había inducido a su querido esposo a meterse en unas actividades fotográficas de las que el pobre no sabía nada, asegurándole que sólo revelarían películas de arte, cuando en realidad las películas filmadas las estaban exhibiendo en los cines del barrio ese mismo día. De haber sabido la verdad, el señor Berkowitz no habría querido mezclarse en algo semejante.

Gill Burke tomó un sorbo de té y se mostró de acuerdo con ella.

—¿Qué fue del negocio, señora Berkowitz?

—Lo vendí. No sacamos prácticamente nada. A no ser por el seguro…

—¿Quién lo compró?

La mujer extendió las manos y elevó un poco su inmenso busto.

—¿Y quién se acuerda ya? Unas cosas aquí, otras allá… Myron, mi primo, se ocupó de todo. Es abogado, oh, sí, lo es. Si alguna vez necesita usted un buen abogado… ˆ

—¿Y los archivos?

—¿Los documentos? —preguntó ella. Gill asintió—. Bäh, los documentos. Facturas pagadas, facturas por pagar, algunos cheques devueltos. Abajo hay un cajón lleno de papeles que ya debería haber tirado, pero Myron, que es abogado como le he dicho, dice que es mejor guardarlos por si me hacen alguna inspección de impuestos. Oh, él sabe mucho de impuestos. Dígame, señor…

—Burke.

—Sí, señor Burke. ¿Por qué al cabo de tanto tiempo se interesa la Policía por mi difunto esposo? Lo mató aquel extranjero al que también mataron, y ni siquiera pudimos demandarlo. A no ser por el seguro…

—¿Podría ver esos papeles, señora Berkowitz?

—Quizás debería llamar a Myron. Es mi abogado, ¿sabe?

—Llámele —asintió Gill.

—Bah, ¿por qué molestar a Myron? Usted es un hombre simpático, con esa placa y todo… La otra vez, también se mostraron muy simpáticos los policías. Abajo, en el sótano, al lado del calefactor, encontrará la caja. Mire lo que quiera y cuando suba tendré preparado un poco más de té. ¿Le gustará también un plato de sopa?

—Sólo el té, gracias.

Se agachó bajo la escasa luz de una polvorienta bombilla de cuarenta vatios y revisó todos los documentos. Habían adquirido todo el equipo de segunda mano: cámaras de dieciséis milímetros, focos, aparatos para el revelado y una serie de accesorios baratos. Todo lo habían pagado al contado, con recibo. Después, el mayor desembolso parecía ser el costo de unas cintas de película virgen, que les suministraba cada dos meses una importante empresa del centro de la ciudad. Tres meses antes de su muerte, Manute había comprado una Nikon usada, de treinta y cinco milímetros, una silla giratoria, y había instalado cerrojos dobles en la puerta del despacho.

Myron, el abogado, había dejado una hoja de inventario encima del montón de papeles, junto con la hoja de lo vendido en la subasta. Se había vendido todo por algo más de dos mil dólares. La hoja la habían firmado la señora Cynthia Berkowitz y la señora Irma Manute. Debajo se veía la firma ilegible de Myron, el abogado.

Gill Burke volvió a meterlo todo en la caja, la cerró y subió en busca de más té. Pasó una hora sondeando a la dama por si hallaba alguna pista en su incansable verborrea, pero sólo consiguió hincharse con el contenido de la inagotable tetera.

Se despidió de la señora Berkowitz, prometió mantenerse en contacto con ella, y bajó para tomar un taxi. Eran casi las seis y había quedado con Helen para cenar. Ignoraba la razón.

Quizá era por su manera de besar, pensó.

Tenían al individuo en un almacén sobre el garaje de Brooklyn. Estaba atado a una silla, con las manos y los pies entumecidos por la falta de circulación, y sólo podía quejarse calladamente tras el

esparadrapo que le tapaba la boca. Lo peor era que no podía ver. Lo último que recordaba era el porrazo en la nuca y luego una total oscuridad. La negrura todavía seguía allí, tras un trapo cuyo nudo se le clavaba en la herida del cráneo.

Cuando Frank Verdun entró con «Acicalado» Kevin, Bingo Miles y Shatzi Heinkle se levantaron respetuosamente. El tipo de la silla gimió y movió varias veces la cabeza.

—¿Quién es? —preguntó el francés.

—Según su carnet de identidad es un tal William R. Hays, de East Orange, Nueva Jersey —Bingo señaló la cartera de mano que estaba en el suelo—. Estuvo en Chicago y en Cleveland en los días precisos. Y tiene un gran parecido con el del retrato, señor Verdun.

—Examínala —ordenó Verdun a Kevin, indicando la cartera. Después, se plantó delante del hombre atado a la silla—. ¿Lleva gafas?

Shatzi enseñó una montura rota y unos pedazos de cristal.

—Iguales que las de la foto. Se rompieron cuando le cogimos.

—¿Un secuestro limpio?

—Usamos el taxi de Bingo. Ningún problema. Quería ir al Hilton.

Kevin terminó de revisar los papeles y volvió a meterlos en la cartera.

—Tiene una buena tapadera, Franck. Viajante de telas de tapicería.

—Comprobadlo todo, «Acicalado» —miró a Bingo y a Shatzi—. Vosotros dos vigiladle aquí y cuidadle bien. No quiero que le ocurra nada hasta que sepamos más sobre él. Tal vez pueda contarnos muchas cosas.

Se sacó del bolsillo una almohadilla tintada y una cartulina blanca, se colocó detrás de la silla, manchó los dedos del prisionero con la esponja negra y pasó sus dedos por la cartulina. Sólo utilizó una mano y dos huellas quedaron borrosas, pero era suficiente. Cuando la cartulina estuvo seca la metió en un sobre y se lo guardó en el bolsillo.

El prisionero volvió a gemir y una mancha húmeda oscureció sus pantalones.

—Su llamada ha sido una sorpresa —le confesó Helen Scanlon —. No creí que quisiera a volver a verme.

Gill le pidió al camarero más café y encendió un cigarrillo.

—Ahora me tocaba a mí disculparme por mi rudeza. Podía haberme mostrado más amable en la oficina... y más hospitalario en mi piso.

—Esto no cuadraría con su carácter, señor Burke.

—Oh, por favor, llámame Gill...

—De acuerdo.

—No creerás que soy un tipo antisocial, ¿verdad?

Helen Scanlon sonrió, jugueteando con un terrón de azúcar.

—Me recuerdas a mi padre, siempre era el policía pendiente de su deber. Lo demás no importaba.

Gill colocó una mano sobre la de la joven.

—Por si te interesa saberlo, éste no es el momento adecuado para las preguntas y respuestas. Te he invitado a cenar porque todo el día estuve pensando en ti.

—¿Por qué?

—No porque trabajes en la oficina del francés. Si quisiera, ellos no me impedirían ponerles en el asador, y si necesitase información no tendría por qué conseguirla mediante ninguna treta. Me gustaría saber, de verdad, por qué deseaba verte, pero lo cierto es que no lo sé. Sólo deseaba verte, eso es todo.

Estaba molesto consigo mismo sin saber la razón.

—Conoces muy poco a las mujeres, ¿verdad?

—Depende. ¿Por qué?

—Porque acabas de darme la mejor razón de todas —repuso la joven.

—¿De veras?

Helen volvió a reír, giró la mano y apretó la de Gill.

—¿Sabes qué sucedería si algún periodista nos viese juntos y decidiese que podemos ser un estupendo artículo?

—Limita eso a un par de periodistas, muñeca. Los demás estaban de mi parte, y en cuanto al otro par, me lanzaría tan rápido sobre ellos que se quedarían bizcos. Además, ahora nosotros ya somos noticia atrasada. Todo lo que podía decirse se ha dicho ya.

—No sobre ti, Gill. Tú aún tienes mucho que decir —retiró la mano y cogió su bolso. Lo abrió y sacó una cartulina—. ¿De quién

es esta foto?

Gill la cogió, la miró apenas un segundo y preguntó:

—¿Dónde la conseguiste?

Era la foto de un hombre acodado sobre el mostrador de una agencia de alquiler de coches.

—Hoy le entregaron al señor Verdun una caja llena. Las separó en seis grupos y, después, llamó a un empleado de la oficina principal. Estuvo hablando una hora por teléfono y parecía muy excitado... Cuando salió unos momentos de su despacho, yo entré a dejar unas cartas y... cogí una foto del montón.

—¡Maldición! —exclamó Gill y volvió a mirar el retrato. Sabía que no era un original, sino una copia del positivo, pero que para una identificación, era tan buena como la que se había recibido de Cleveland—. ¿A quién envió las fotos?

—No lo sé. Los paquetes no llevaban dirección.

—¿Reconocerías al tipo que se las llevó?

—No, lo siento. Todo se hizo tan de prisa... Y yo estaba ocupada con el archivo.

—Basta con esto.

—¿Quién es, Gill?

—Un tipo que creen que mató a un granuja llamado Stanley Holland en Cleveland.

—¿Es importante?

Gill asintió y se guardó la foto.

—Tus jefes tienen conexiones directas con el Departamento de Policía —observó el fruncimiento de cejas de la joven y añadió—: No te preocupes. Esto no es ninguna novedad. —Llamó al camarero y le entregó el importe de la consumición. Después, le dijo a Helen —: Vamos, salgamos de aquí.

En la calle, una ligera neblina procedente del. nordeste formaba un halo en tomo a las farolas y dejaba una especie de grasa resbaladiza sobre el pavimento. Una brigada nocturna hacía un agujero en el centro de la calzada, y unas señales amarillas desviaban el tráfico en torno al obstáculo.

—¿Dónde te gustaría ir?—preguntó Gill.

—¿Lo creerías si te lo dijese?

—Claro.

—Pues... quiero ir a limpiar tu apartamento.

—¿Por qué?

—Porque sí, sin más.

Gill Burke detuvo un taxi y subieron a él.

El individuo del restaurante que había efectuado la apresurada llamada telefónica buscó en vano otro taxi. No se veía ninguno, y el que deseaba seguir estaba ya doblando a la izquierda por la esquina más alejada. Juró en voz baja y echó a andar.

Gill se pregunto cómo era posible que una mujer tardase sólo dos horas en hacer algo que a él le llevaba una semana entera. Dos cestos y una funda de almohada llenos de ropa sucia se fueron lavando mientras Helen lo ponía todo en orden y ni siquiera le habló mientras él se tomaba dos copas y observaba cómo aquel cuerpo femenino ondulaba bajo la camisa de policía de un azul descolorido. Tenía unas piernas largas y atléticas como las de una bailarina. La camisa le estaba grande, pero se ceñía provocativamente a sus senos, y los faldones eran lo bastante largos como para resultar decentemente indecentes.

Helen se había recogido el pelo en una cola de caballo. La cara le brillaba de sudor y estaba tarareando una cancioncilla, sonriendo mientras trabajaba. Gill volvió a sentir un vuelco en el estómago y bajó para sacar la ropa de la secadora. Cuando volvió a subir, Helen ya había terminado.

La muchacha sacó de la cesta de ropa una gran toalla de baño y dijo:

—Guarda tú la ropa. No conozco tu sistema. Voy a ducharme.

Cuando Gill lo tuvo todo ordenado y hubo hecho la cama, volvió a la salita y llenó otra vez su vaso. La ducha seguía en marcha y le temblaba la mano. ¡Demonios, pensó, ni que fuera virgen! La imaginaba desnuda detrás de la puerta cerrada, con las manos jabonando su carne desnuda y secando aquellas eróticas curvas hasta dejarlas relucientes, con su imagen como un vivido reflejo de cuerpo entero en el espejo.

¿Cómo saldría? ¿Completamente desnuda? ¿Con la toalla anudada a la cintura como un sarong y una mirada de deseo en aquellos ojos negros y profundos? ¿O esperaría que él empujara la puerta y ejerciera las prerrogativas del macho agresivo?

Mierda, las chicas nunca le habían puesto nervioso. Las había conocido de todas clases, desde la rubita de la alta sociedad, loca por él, hasta la profesional que le había exigido el pago por los servicios prestados… y todas habían sido iguales. Una necesidad física, la oportunidad y la satisfacción… pero nada que recordar más tarde. Y ahora estaba aquí sentado, con un torniquete mental, por una mujer que estaba detrás de una puerta cerrada.

Cuando salió, el sobresalto fue todavía más grande porque estaba totalmente vestida, y las cosas que había esperado ver. Tenía que imaginarlas… y deseó que ojalá alguien deshiciese aquel torniquete o lo aflojase, al menos.

Helen parecía dichosa y contenta consigo misma, y cuando hubo cogido el vaso de la mano de Gill para tomar un trago largo y refrescante, se lo devolvió y murmuró:

—Muchas gracias, Gill. Tal vez pienses que soy una tonta, pero me he divertido mucho.

—Desde luego, estás loca —sonrió Gill a pesar suyo—. Has pagado de sobra tu cena.

Helen lanzó una profunda carcajada y cogió su abrigo.

—Es hora de irme a casa, gran hombre; no te preocupes, tomaré un taxi.

Gill soltó el vaso y la acompañó hasta la puerta. La muchacha se puso el abrigo, que él sostenía cortésmente, se lo abrochó y giró en redondo. Cuando él la besó intentó decirle adiós o buenas noches, y también gracias por la agradable velada y por todo el trabajo que había hecho, pero el torniquete empezaba a aflojarse, y el fuego estaba encendido, y comprendió que no podría expresarlo con palabras.

—Ahora ya no tendré ninguna excusa para hacerte venir.

—Ya se te ocurrirá algo —respondió Helen. Le aCarlció una mano y le lanzó una mirada atrevida—. O se me ocurrirá a mí.

Cuando se cerraron las puertas del ascensor, Gill regresó al apartamento y se terminó la bebida, molesto consigo mismo por tener una mente tan retorcida. Helen era hija de un policía y trabajaba para el sindicato y le había hecho un favor. Pero ¿no le habría hecho él otro a ella sin saberlo?

Abrió los cajones del escritorio que ella había limpiado de polvo. Nada parecía estar fuera de su lugar. La libreta de notas y la cartera

estaban apartadas a un lado para dejar sitio a las copas. Ignoraba si Helen examinó ambos objetos. Reflexionó y revisó el compartimento secreto donde guardaba las armas. Todo estaba en orden.

En el cubo de la basura de la cocina no había más que los papeles que él quemara aquella misma mañana, y el envase de cartón de la leche que arrojara allí más tarde. Debió haberse asegurado de que todo se había quemado completamente, pero había tenido que salir y olvidó hacerlo. En realidad, no tenía por qué inquietarse tanto, pero, sea como fuere, ahora el cubo de metal estaba vacío. Quizás fuese sólo la costumbre. Pero podía haber algo más. Gill se desnudó y se tumbó en la cama, con las manos cruzadas bajo la nuca, entre las heladas sábanas. Su mente empezó a juguetear con los retazos y fragmentos que forman el revoltijo que llamamos mundo.

En el garaje de Brooklyn «Acicalado» Kevin colgó el teléfono y se volvió hacia el francés.

—Cumplió dos condenas por robo de coches y atraco a mano armada. Salió hace ocho años y desde entonces, no hay nada más.

Verdun asintió lentamente y observó la temblorosa figura atada a la silla. Un solterón que vivía en Jersey y podía tener otros nombres falsos. Su jefe lo avalaba y vivía decentemente, pero él se establecía su propio horario y no tenía que dar cuenta a nadie de sus itinerarios siempre que consiguiera pedidos. Además, su cuenta de gastos era tan baja que tenía que ser muy honrado en vista de los beneficios y nadie se había preocupado de comprobarlo. Estuvo en dos de las ciudades, en los días precisos y a la hora exacta; ahora bastaría con apretarle un poco más.

—Bien, trabajadle un poco —les ordenó a Shatzi y Bingo.

Shatzi sonrió, mientras vertía medio cazo de aceite sobre el carbón del cubo y le prendía fuego. Cuando se encendió, introdujo los hierros y las pinzas bajo las brasas y encendió un cigarro. Bingo empezó a rasgar las ropas al prisionero y frunció la nariz, con asco. Entre la mierda y los orines, aquello olía a demonios.

Frank Verdun y Slick Kevin bajaron en busca del coche. Cuando el tipo cantase ya se enterarían. Mientras tanto, todos sabían cuáles

eran las órdenes y no podían hacer más que esperar. Al francés sólo le fatigaban los asuntos de rutina. Cuando llegaba el momento de matar, sabía estar despierto y alerta, incluso varios días seguidos. Bostezó, disponiéndose a dormir toda la noche.

En la suite del hotel Frank Verdun se despertó con el sonido del teléfono. Maldijo, descolgó el auricular y gruñó:

—¿Sí?

—Soy Shatzi, señor Verdun.

—Cuidado con lo que dice.

—Por supuesto. Sólo quería decirle que no pudimos abrir esa nueva cuenta. Parecía buena y si hubiera habido algo que comprar lo habríamos conseguido.

—¿Qué sucedió?

—La cuenta decidió cancelarse ella sola.

—Muy bien, olvidaros del asunto. —Colgó el auricular y se volvió a dormir.

6

La niebla de la noche anterior había abierto el camino para el frente frío que barría la Costa Este. Las ráfagas de lluvia empapaban la ciudad, y sus enormes edificios tenían los últimos pisos envueltos en nubes color gris plomo. Los coches transitaban con los faros encendidos y los transeúntes circulaban pegados a las fachadas. Como de costumbre, en semejante tiempo, no pasaban taxis vacíos, y si se detenía alguno para dejar salir al pasajero, el síndrome de malos modos de la ciudad se mostraba en todo su esplendor entre los que pretendían tomarlo. Las mujeres podían pensar que eran iguales a los hombres, pero éstos eran más robustos y más rápidos en llegar a la portezuela y respondían a los insultos con igual rapidez que se los dirigían sus desafortunadas hermanas.

Camino del centro, Gill tuvo la suerte de entrar en un vagón de metro casi vacío. Volvió a la superficie, luchó contra la lluvia en dirección a la oficina del capitán Bill Long, arrojó el impermeable y el sombrero mojados sobre un banco y entró en la estancia donde ya le esperaban el capitán y Robert Lederer.

—¡Buenos días, por decir algo! —exclamó.

Lederer levantó la vista de la carpeta que tenía delante y le saludó con un gesto seco.

—¿Café? —ofreció Bill Long.

—Acabo de tomarlo —Gill acercó una silla y se sentó. Cuando el ayudante del fiscal del distrito terminó de revisar la carpeta, la cerró y levantó la vista. Gill dejó la fotografía sobre el escritorio—. Echen una ojeada.

Lederer contempló la foto un solo instante. Su rostro mostraba su enojo, lo mismo que su tono de voz.

—Ya sabe que hemos enviado copias de esta foto a todo nuestro

personal de investigación. Si me ha hecho venir para esto...

—Déjemela ver —pidió el capitán, y cogió la cartulina de las manos de Lederer. Se dio cuenta al momento y la puso sobre la mesa—. Sí, es una copia de una de las nuestras.

El ayudante del fiscal tardó unos segundos en captar el significado de esas palabras. Lederer hizo rodar la lengua por el interior de la boca y frunció los labios.

—¿Quién la tenía?

—Los del sindicato recibieron un montón —respondió Gill—. Buscan al mismo sujeto, y esto significa que hay una grieta en su muralla, amigo Lederer. ¿Qué más saben ya?

—Es muy difícil de creer...

—¿Difícil? —se irritó Gill—. ¿Qué tiene usted en el coco como cerebro?

—Eh, oiga, Burke...

—Si va a adoptar esa actitud, váyase al diablo. Existe una organización con una mano activa dentro del gobierno de cada ciudad importante del país, que puede decidir en las elecciones políticas o disparar contra los que le molestan, y a usted le resulta difícil creerlo. Tenemos en marcha una guerra entre las bandas, las drogas convierten a los ciudadanos en cadáveres, los negocios se derrumban porque no pueden resistir los impuestos ilegales... y yo tengo que estar aquí sentado, escuchando estupideces.

—De acuerdo, tigre —exclamó el capitán—. Conozco la serenata. Sólo hemos repartido unas pocos fotos, y quizá no sería difícil averiguar de dónde procede la filtración. ¿Por qué tanta cólera?

—Se trata de alguien con mucha experiencia en el Cuerpo —replicó Gill—. No va a resultar tan fácil.

—¿Y bien...?

—Quiero averiguar desde cuándo dura esto.

A Lederer no le gustaba la conversación y arrugó la frente.

—Digamos un par de años, quizás.

—Al menos —concedió Gill.

—Espero que no estés perdiendo el tiempo —rezongó el capitán.

—No se pierde ningún tiempo. Siempre hay que empezar desde el principio.

—Señor Burke...

—¿Qué? —inquirió Gill, mirando a Lederer.

—Nuestra oficina ha compilado con gran eficiencia, y de manera sistemática, mucha información sobre las operaciones del sindicato en las últimas semanas. Y lo ha hecho sin ninguna ayuda suya, ya que a usted sólo se le reclutó para que sumase sus pretendidos conocimientos a los nuestros. Pero hasta ahora, usted no ha contribuido en nada, salvo con esto.

Golpeó la foto con un dedo, con expresión tensa y acusadora.

El rostro de Burke permanecía impasible. Era un rostro que desconcertaba: la clase de cara que obligaba a muchos a hablar, tanto si ello les perjudicaba como si no, porque no podían leer lo que se escondía tras aquella máscara.

—Avísenme cuando tanta eficiencia se transforme en pruebas y condenas, señor Lederer. Y cuando hayan obturado esa grieta, tal vez podré contribuir con un poco más de información. Mientras tanto, yo trabajaré por mi cuenta.

Lederer no se sintió con fuerzas de discutir ante aquel rostro que le miraba fijamente. Nunca se sentía a gusto dentro de un edificio de la Policía. Había algo en los colores fríos, en el extraño olor y en el indescriptible aspecto de los hombres que escogían aquel oficio, tan estrechamente relacionado con el mundo del crimen, que le recordaba los tiempos en que era un universitario novato. Pero había tenido la suerte de nacer en el seno de una familia rica e influyente. Se puso de pie y cogió el abrigo del perchero, estrechó la mano del capitán, saludó apenas a Gill Burke y se fue.

—Te gusta zarandear a ese tipo —comentó el capitán.

—Si tiene suerte, dentro de diez años empezará a tener algo de sentido común. ¿Qué te parece lo de la foto?

—No es el único incidente.

—¿Alguna pista?

—No, pero sí unas cuantas ideas.

—¿Qué hay del individuo de la foto?

—El experto del laboratorio está dispuesto a jurar que es un disfraz. Incluso pudo saber que la cámara estaba instalada en la tienda y se dejó retratar para despistarnos mejor.

—Muy listo —observó Gill.

—No tanto —objetó Long—. El equipo es muy sofisticado y la foto siguiente de la secuencia es un retrato automáticamente

ampliado con toda clase de detalles. Los adelantos científicos de hoy día son increíbles.

—Prefiero el trabajo de siempre.

—Cuando hay tiempo, compañero. En estos momentos no disponemos de mucho. Esta mañana han encontrado un cadáver en el centro de Prospect Park, al que habían torturado hasta dejarlo hecho papilla. Es posible que en su aspecto primitivo se pareciese al de la foto.

—¿Se sabe quién era?

—No hubo ningún problema. Un antiguo presidiario que se había regenerado. Durante seis años estuvo fabricando muebles, y después se convirtió en viajante de telas de tapicería. Sí —suspiró Long, cogiendo la foto—, esto ya tiene sentido ahora.

—¿De qué modo?

—Lo extraño del cadáver era su mano derecha. Tenía los dedos manchados de tinta. Por lo visto, alguien le tomó las huellas dactilares y comprobó su carnet de identidad. La misma persona pudo apoderarse de esta copia y hurgar en nuestros archivos.

—¿Vais a dar la foto a los periódicos?

—Es posible —repuso Long. Sonó el teléfono, lo cogió, escuchó y soltó un bufido—. Que suba —cuando colgó el receptor, se volvió hacia Gill—: Corrigan viene hacia aquí. Ahora es detective del Cuarto distrito. No le hagas perder el tiempo. Si me necesitas, estaré al otro lado del vestíbulo.

Gill asintió, encendió un cigarrillo y había dado la segunda chupada cuando entró el detective de paisano.

—Hola, siéntate —le saludó Gill.

Jimmy Corrigan dejó el sombrero sobre el escritorio y tomó asiento.

—¿Qué ocurre, señor Burke?

—¿Qué tal va tu memoria?

—Bastante bien.

—¿Te acuerdas de Ted Proctor?

—Eso no se olvida —la cabeza de Corrigan se movió a un lado y a otro—. Fue el primero y espero que el último. Matar a una persona no deja un buen sabor.

—Sí, lo sé.

Corrigan se sonrojó y desvió la mirada. Conocía muy bien el

historial de Gill Burke.

—Háblame de aquella noche —le pidió Gill.

—Todo está en el informe, señor Burke.

—Lo sé. Lo leí. Pero ahora quiero que me lo cuentes tú.

—De acuerdo. Faltaba una hora para terminar al servicio. Había llamado desde la cabina, crucé la calle hacia el lado sur y continué hacia el oeste.

—¿De acuerdo con tu horario?

—Llevaba unos minutos de adelanto. Aquella noche hacía un frío que pelaba y estaba pensando en tomar una taza de café en la cafetería de Gracie, al finalizar la ronda. La lavandería china y la casa de empeños estaban abiertas y...

—¿Algún incidente?

Corrigan reflexionó y se encogió de hombros.

—Investigué en un callejón cuando oí caerse un cubo de basura. Era un perro. Poco después, una idiota me detuvo para contarme lo hijo de zorra que era su amigo, porque él tenía otra fulana en su apartamento y ella había contribuido a comprar el mobiliario.

—¿Había mucha gente por la calle?

—Hacía mucho frío. Sólo vi a una pareja, nada más.

—¿Dónde estuviste hablando con la chica esa?

—Frente al portal de la tienda de comestibles.

—¿Estaban las luces encendidas?

—No. La tienda estaba a oscuras.

—Si Proctor entró entonces en la tienda de empeños es posible que no te viese.

—Supongo. Tampoco le vi yo a él.

—Bien, continúa.

—Le dije a la muchacha que se olvidara del asunto y se largó. Y yo seguí calle arriba. Cuando llegué a la tienda de empeños miré dentro y vi que el dueño estaba manos arriba, y a Proctor amenazándole. Saqué la pistola, entré y le dije a aquel tipo que tirase el arma, pero en vez de obedecer dio media vuelta y estuve seguro de que iba a dispararme y le disparé yo.

—¿Dijo algo?

—No, pero tenía una expresión de loco.

—¿Puedes describirlo?

—Hace ya un par de años, señor Burke —Corrigan se encogió de

hombros—. Todavía veo la expresión de su rostro, pero sólo puedo describirla como de un loco. Créame, tue todo tan condenadamente rápido que apenas me di cuenta de lo ocurrido. Uno sólo puede reaccionar y confiar en haber actuado correctamente.

—Actuaste como es debido.

—Me gustaría estar seguro.

—¿Qué te hace dudar?

El policía se frotó las manos, y sus ojos parecían intentar descifrar alguna confusa imagen mental.

—Bueno —masculló—, trato de no dudar, pero veo una y otra vez la misma escena. Incluso sueño con ella. Había algo, no sé qué, que no encajaba, pero que me condene si sé lo que era.

—¿No crees que una verdadera investigación lo habría puesto al descubierto?

—No dejo de repetirme lo mismo —confesó Corrigan—. ¿Algo más?

—No, eso es todo.

—Creía que el caso estaba ya cerrado, señor Burke.

—Esto es lo que parecía —confirmó Gill—, pero a veces los casos archivados dan paso a otros nuevos.

—Así es la vida —comentó Corrigan, le tendió la mano y salió de la habitación.

En la sala de archivos el sargento Schneider acompañó a Gill Burke a los registros y encontró el paquete que éste, pedía.

—Aquí está —dijo, esparciendo el contenido sobre la mesa—, no hay mucho, pero tampoco necesitamos demasiado.

Cogió las fotos de tres balas que habían arrebatado una vida y señaló los detalles de las ampliaciones que demostraban que las tres procedían de la misma pistola; después cogió otra para verificar las marcas del ánima del arma asesina.

—Ojalá siempre fuese todo tan fácil —exclamó.

Gill cogió, a su vez, la foto donde se veían las huellas encontradas en el arma del crimen. Eran las mismas que las obtenidas del cuerpo de Proctor. Schneider indicó las similitudes con la facilidad del experto.

—En esto tuvimos suerte —manifestó—. En lugar de la culata de

madera de nogal habían puesto una de plástico que recogió estas tres magníficas huellas. Las demás estaban borrosas, pero no importa. La pistola estaba debajo del cadáver.

Burke aplastó el cigarrillo en un cenicero y señaló la foto con el dedo.

—¿Cuál es el fallo, Al?

Schneider cogió la fotografía, la estudió y se la devolvió a Gill.

—Nada. Es una foto estupenda.

—Pues tiene algún fallo.

—¡Bah, no digas tonterías!

—Es posible que seamos unos estúpidos.

—Los sargentos no suelen serlo —contestó Schneider—. ¿Qué más quieres?

—Maldito si lo sé.

—¿Por qué no dejas este asunto, Gill?

—Porque no me gusta creer que soy un estúpido —fue la respuesta.

Consultó el reloj. Eran casi las dos.

En aquel momento entró Trent con una fotografía en color, de ocho por diez, y se la entregó a Schneider para que la archivase junto con el informe mecanografiado.

—¿Queréis ver una preciosidad? Es el sujeto que hallaron en Prospect Park.

Al sargento Schneider no le importaban las fotos en blanco y negro, pero aquellas condenadas fotografías en color le ponían enfermo; especialmente, cuando se veían las tripas, los testículos mutilados y la carne desgarrada. Sintió arcadas y cuando Burke se la pidió se la entregó aliviado.

—¿Quién se ocupa de este caso? —quiso saber Gill, tras un minuto de escrutinio.

—Peterson.

Indicó un lugar de la foto donde se veía una enorme herida en el vientre del cadáver.

—Dile que busque en los archivos de Minneapolis y Denver la ficha de un maníaco. Hace unos diez años. Dos de los payasos Caprini, de la familia de Chicago, fueron liquidados por un individuo que les destrozó el vientre.

—¿Por qué haría una cosa así? —se admiró Trent.

—A lo mejor se los come —respondió Gill.

Schneider volvió a sentir arcadas y Gill se echó a reír, mientras salía.

El servicio de contestador automático le comunicó que le había llamado un tal señor Willie Armstrong, y no había dejado ningún número. Después de farle las gracias a la a la telefonista, introdujo otra moneda y marcó el número del apartamento de la Avenida Lenox.

—Aquí Gill, Júnior —dijo cuando oyó el saludo del otro—. Me dieron el recado.

—¿Dónde estás?

—En una cabina. ¿Qué pasa?

—Si quieres ver a Henry Campbell, está dispuesto a hablar contigo, pero te costará algo.

—No importa.

—Le prometí que no le pasaría nada.

—Trato hecho.

—No es ningún muchacho, amigo, y apuesto a que está bien protegido. Si sucede algo, yo seré quien pague las consecuencias.

—Júnior —repuso Gill—. en este instante me encantaría darte una patada en tu negro trasero por eso que has dicho.

Oyó la risita de su amigo al otro extremo de la línea.

—Lo siento, camarada. Ha pasado mucho tiempo desde que vivíamos en la misma guarida.

—Olvídalo, mono. ¿Dónde nos encontramos?

—¿Te acuerdas del sitio donde a Perry Chops le dieron su merecido?

—Sí, claro.

—Allí, esta noche a las diez —Júnior Armstrong volvió a reír—. Y te lo repito: no juegues al Cazador Blanco. Ese es el territorio de la Pantera Negra.

—Eres un fanático, chico —repuso Gill, riendo también.

Perry Chops era un «camello» drogas, muerto tiempo atrás, al caer desde una altura de cinco pisos, ayudado por un puño colérico

de un padre que lo había sorprendido intentando introducir a sus dos hijos adolescentes en las glorias de la heroína. El padre tenía un primo que era amigo de un detective interesado en el caso, y en los archivos policíacos el asunto quedo registrado como suicidio. Los dos muchachos trabaron amistad con un cinturón de cuero que su padre les aplicó sobre los desnudos traseros, y con el tiempo llegaron a ser bomberos de la ciudad y sentían gran respeto hacia su padre, al que ‘antes despreciaban, y aún más respeto por el primo y el policía que los habían sujetado, mientras aprendían la verdad de la vida por medio de aquel cinturón.

La calle apenas había cambiado. Las casas estaban igual de deterioradas, y los ojos que le escrutaban mientras aparcaba el coche, mostraban la misma suspicacia de siempre. El que un blanco estuviera allí, sobre todo solo, significaba que gozaba de tanto poder y autoridad que era mejor que nadie se atreviera a tocar nada hasta saber a qué atenerse.

Cerró el auto y subió los peldaños del porche, sin molestarse en mirar a los dos individuos vestidos con trajes elegantes y las boinas ladeadas. El edificio permanecía silencioso, pero sin los olores habituales que Gill conocía tan bien. Había estado en muchos edificios como aquel y no necesitaba que le mostraran el camino. Una pareja se apartó para dejarle pasar, en el descansillo del primer piso. Tres tipos más se hallaban en el cuarto. Uno le cerró el paso con juvenil arrogancia.

—¿Lleva armas, amigo? —le preguntó.

Incluso con la penumbra de la escalera, el muchacho experimentó la fuerza de aquellos ojos, sin apenas entreverlos.

—Sabes de sobra que sí —respondió Gill y continuó subiendo hacia la terraza.

Nadie intentó detenerle.

Henry Campbell era un joven aviejado, que había vivido doce existencias en una sola, que le habían dejado agotado. No tenía cabello suficiente para el peinado afro que lucía y, por un momento, Gill no le reconoció. Estaba más delgado y le faltaba un diente y la palma de la mano izquierda.

—Hola, Henry.

—Déjese de cuentos. Puede llamarme señor Campbell.

La voz era típicamente neoyorquina.

—¡Vete a paseo! Conoces mi nombre de pila —respondió Gill.

La luz destelló en la dentadura incompleta cuando abrió la boca en una sonrisa.

—¿No hay nada que asuste a los malditos policías?

—Nada.

—¿Ni mis muchachos de abajo?

—No conozco a ninguno personalmente.

—Un día los conocerá.

—Con tal de que no sea por negocios...

—Amigo, es usted un verdadero hombre. No creí que viniera.

—Claro que lo creías. Esta no es la mejor noche del mundo para estar solo en una terraza.

Se oían truenos a lo lejos amenazando lluvia. Henry Campbell extendió la mano y sonrió.

—La pasta, hermano.

Gill buscó en el bolsillo de la chaqueta, halló lo que buscaba y mostró un centavo en la palma.

—Es lo que vale esta entrevista.

Campbell rió nuevamente, y guardó el centavo en el bolsillo de la camisa.

—Eres muy frío, hermano. Tal vez llegaremos a ser amigos.

—Tal vez.

—Bien, dispare las preguntas. Ya conozco mis derechos.

—¿Te acuerdas de cuando mataron a Berkowitz y Manute?

—Naturalmente.

—Dijiste que habías visto a Mark Shelby por allí.

—Cierto, oh sí, cierto. Se lo dije a usted.

—Y más tarde no pudiste recordarlo y dijiste que probablemente te habías equivocado, ¿no fue así?

—Cierto también. Esto es... exacto..., exacto.

—¿Cuál es la verdad?

—Bueno... Gill... maldita sea, ahora estoy llamando a un poli por su nombre... ¿O prefiere que le llame señor Gill?

—¿Quieres que empiece yo también con esas tonterías?

—No.

—Entonces, ¿qué pasó?

—Le vi, amigo. Real como la misma vida. Estaba en aquella calle. ¿Piensa que podría olvidarme de una propina de diez pavos?

—Ni en un millón de años.
—Le diré otra cosa… antes de que me lo pregunte.
—¿De qué se trata?
—¿Cree que me olvidaría de los dos fulanos que me enseñaron de qué modo me iban a cortar las pelotas, y lo decían en serio, o los quinientos pavos que me dieron para olvidarme de lo que había visto?
—Ahora hablas de manera convincente —asintió Gill.
—Y continúo olvidándolo, Gill. Lo llevo enterrado muy dentro donde nadie puede sacármelo, porque aquellos muchachos estaban decididos a arrancarme las pelotas, y sin ellas sería un hombre muerto, ¿entendido?
—Seguro.
—Nada logrará que recuerde lo ocurrido, y si se lo digo es sólo porque el Gran Bill me lo pidió, de modo que ahora que ya lo sabe usted está aquí de más.
—¿Qué hacía allí Shelby, Henry?
—Nada. Sólo vi que estaba allí.
—¿No estaba cerca de la tienda de Berkowitz?
—Ni muy cerca, ni muy lejos.
—¿Hacia dónde se dirigía?
—A ninguna parte. Estaba allí de pie. Oh, no debí haber hablado, pero entonces yo era muy joven y no sabía nada. Los malditos polizontes me hicieron sentir como un personaje importante hasta que estuve a punto de perder las pelotas.
—¿Trabajas?
—Tengo un garaje en la Décima Avenida. A medias con mi hermano. ¿Por qué?
Gill extrajo del bolsillo un billete de cien dólares y se lo introdujo en el bolsillo de la camisa, encima del penique.
—Soy un derrochador —explicó, sonriendo—. Me acabas de cambiar un neumático.
Henry sacó el billete, lo miró y volvió a metérselo en el bolsillo.
—¡Malditos polizontes…! —sonrió.
—¡Malditos negros! —exclamó a su vez Gill.
Henry Campbell extendió la mano.
—Chóquela, amigo.
Se estrecharon las manos.

—El centavo habría bastado —concedió Henry, sonriendo.

—Tengo una cuenta de gastos —replicó Gill—. Conserva tus pelotas. Algún día te harán falta.

—Diantre —casi gritó Henry—. Me hacen falta ahora. Acabo de casarme.

A Artie Meeker le gustaba la comida mexicana lo más picante posible. Los camareros se preguntaban, boquiabiertos, cómo era capaz de engullir los ajís jalapeños, las guindillas picantes y los demás guisos que pedía, y con el índice se barrenaban la sien indicando que entre sus manos había caído un norteamericano loco, que poseía un estómago de hierro, y esperaban que les dejara una buena propina antes de morir.

Pedro Caballa servía los platos más picantes del Miami cubano. Era de Nuevo Laredo, donde a los norteamericanos majaretas les gustaba tragarse aquella lava gastronómica y no habían visto La Habana en su vida. Pedro y. Artie estaban hechos el uno para el otro, y el segundo recorría los kilómetros que había hasta Miami, siempre que Papá Menes le concedía algún tiempo libre.

Al terminar de cenar, Pedro metió las sobras en un envase de cartón para que Artie se lo llevase a casa y lo esparciese sobre los huevos del desayuno. Cuando Pedro le vio que empezaba a charlar con la gorda María, sonrió y deseó qué intentara besarla porque, de ese modo, María sabría lo que era tener la lengua quemada. Su mente tortuosa saltó de arriba abajo, y se imaginó a Artie comiéndole el sexo a María, mientras ella chillaba por el efecto de los jalapeños en aquella sensible zona que a él jamás le permitía explorar.

Pero Artie tenía que cumplir con un horario y se limitó a golpear a María el voluminoso trasero e introdujo un billete de cinco dólares en el estrecho espacio existente entre los dos inmensos pechos y le prometió algo mucho mejor la próxima vez. Al viejo le hubiese gustado aquel trasero, pensó.

Cogió el envase de cartón de manos de Pedro, pagó la cuenta y guardó el paquete de cigarrillos antes de marcharse. No prestó la menor atención al individuo menudo que estaba en el rincón y que salió delante de él y seguía allí cuando subía a su coche. Una vez el

auto hubo torcido hacia el bulevar, aquel individuo cruzó a la cabina de la otra acera, marcó un número de otra ciudad y dio la matrícula del coche, la descripción del mismo y añadió que esperaba que el que le escuchaba estuviese contento.

Era una ocupación muy útil la que tenía. Las comidas eran gratis, podía gastar algún dinero y si encontraba el coche que buscaban, habría una compensación extra. Pudo haber hecho unas cuantas llamadas más y conseguir más dinero por correo, pero le daban miedo los ojos del sujeto que le había contratado. No, no era eso exactamente. No estaba asustado. No tenía miedo de aquel tipo. Estaba sencillamente aterrado.

A solas con los libros los archivos en clave, los dos teléfonos y la nueva computadora, León Bray se sentía seguro y a salvo. Tenía cuatro millones y medio de dólares en la cuenta del Banco suizo, un apartamento lujoso en Nueva York, una residencia cerca de Las Vegas con dieciséis hectáreas y ocho caballos, lo que allí se considera como algo normal; una casa de vacaciones en la Baja California, donde podía relajarse con alguna de las coristas de la ciudad, cuando tenía necesidad de ello; y además la cabaña en los Catskills que nadie conocía.

Sin embargo su oficina también era un castillo. La organización le había procurado todo lo que pidió sin cuestionarlo, porque León Bray era el filtro a través del cual fluían todas las ramas del negocio, para quedar catalogado, registrado y listo para una inmediata referencia.

Fuera, los guardias debidamente adiestrados mantenían inexpugnable el castillo, inviolables todas sus dependencias. Abajo, el maricón de Jan y su amante Lucien vigilaban la entrada. La vista de la sangre les estimulaba, y estaban siempre dispuestos a verterla a fin de animar su vida sexual. Eran los centinelas perfectos.

Ullie, Matt Stevenson y Woodie estaban en el primer piso desde donde divisaban todas las entradas, y podían atrapar a cualquier intruso con sus fuegos cruzados.

En el descansillo superior, Lupe y el Cobra jugaban a las cartas con una baraja en miniatura porque la guardia siempre resultaba aburrida; excepto cuando hacían la ronda en torno a la fortaleza. Se

alegrarían cuando todo aquello se trasladara a Long Island, todo en una sola planta amurallada, con un bar a mano y una casita cerca, donde poder llevar a alguna mujer.

León Bray se sentía sumamente seguro.

Ignoraba que abajo Jan estaba ya cubriendo a Lucien con su cuerpo ensangrentado, y que los horrorizados ojos de Lucien sabían por fin cómo era sentir el filo de una navaja en la garganta.

Ullie, Matt Stevenson y Woodie no llegaron a oler el gas que entró en sus pulmones con el devastador dedo de la muerte. Sólo notaron el feroz espasmo que estuvo a punto de partirles el cuerpo al mismo tiempo que les bajaba por la garganta con dedos de infernal dolor que les agarrotó los intestinos y se los sacó por la garganta. Sus armas resonaron al caer al suelo, aunque no lo bastante como para alertar a los del piso superior.

Lupe fue quien lo vio primero, y como era algo que nunca había visto, se quedó boquiabierto en lugar de sacar la pistola; cuando se acordó le volaron la parte superior de la cabeza. El Cobra casi hizo honor a su nombre, rodando sobre sí mismo como un reptil, con el cuerpo ladeado mientras trataba de identificar y apuntar al blanco. La aparición se le había anticipado y el segundo ruidito sordo se llevó su pistola, mano incluida. El tercero se le llevó la boca y compuso un horrible cuadro de sangre y sesos sobre la pared verde que tenía a sus espaldas.

El intruso se quitó la máscara de gas y se secó el sudor de la cara. Luego, volvió a quitarse la máscara y se la metió debajo del cinturón.

Diez minutos más tarde, sonó el intercomunicador del descansillo.

—¿Está listo el coche, Lupe? —preguntó la voz de León Bray.

—Listo —respondió una voz que imitaba la del cadáver que estaba en el suelo.

La fina línea de luz que se filtraba por debajo de la puerta fue menguando, se oyó el ruido de una serie de cerrojos y apareció León Bray, con una cartera bajo el brazo. Usó una llave para correr el último cerrojo antes de darse media vuelta, dispuesto a ordenarle a su guardaespaldas que lo llevara a casa.

Intentó gritar, pero un feroz golpe dado con el canto de la mano se abatió sobre su garganta y el grito se le quedó paralizado en los

pulmones. Chocó contra la pared y cuando empezó a deslizarse hacia el suelo, su instinto de conservación le hizo extraer la Beretta de la funda. Por un momento, creyó que había ganado, y experimentó un destello triunfal que ahogó el dolor de su pecho.

Fue el más breve de todos los destellos. La mano que lo mantenía asido era demasiado fuerte y volvió la Beretta hacia su esternón. Aquel movimiento obligó a su índice a apretar el gatillo y una bala le horadó la carne y el hueso; tropezó con la espina dorsal y salió rebotada a través de la aorta.

Se dio cuenta de que le arrebatan las llaves del bolsillo, pero la muerte era ya demasiado inminente para que aquello le importara. Se abrió la puerta que acababa de cerrar, quedaron tres cartuchos de dinamita cuidadosamente colocados, y una cerilla fue aplicada al extremo de una larga mecha.

—Gin. —Cantó Baldie Foreman enseñando sus cartas.

Al otro lado de la mesa del destartalado apartamento, Vito Bartoldi apuntó el tanteo y efectuó el cálculo.

—Aún te gano —le dijo a su contrincante. Recogió los naipes para barajar de nuevo, y de pronto miró el despertador colocado sobre una silla—. ¿Qué les pasa a esos estúpidos maricas? Ya deberían haber llamado.

—Será mejor que te contengas ante ellos, Vito.

—¿Por qué diablos tuvo que traerlos aquí el francés?

—Tienen talento. Yo no me metería con ellos a menos de tener un martillo en la mano. En Corea tuvimos una pareja así. Los muy mariquitas se cogían de la mano en las formaciones y dormían en la misma colchoneta. Sus oficiales jamás los molestaban. Nunca vi unos asesinos peores que ellos. Eran auténticos carniceros y les gustaba. La sangre los excitaba. Sabes, ambos obtuvieron condecoraciones.

—Pues éstos ya deberían haber llamado. Llevan diez minutos de retraso.

—Bray estará trabajando todavía.

—Bray es una cochina máquina. Nunca trabaja más tiempo del programado.

—Pues llámalos. Para esto nos pagan. Para comprobarlo todo.

Vito miró nerviosamente al despertador y arrojó las cartas sobre la mesa. Levantó el auricular, marcó el número del edificio situado a media manzana de distancia y oyó el repiqueteo del timbre una docena de veces.

—No contestan —gruñó.

—Cuelga y prueba otra vez. Te habrás equivocado de número.

Vito hizo bajar la horquilla, la soltó y probó de nuevo. El resultado fue el mismo.

—Algo anda mal —refunfuñó.

No perdieron tiempo en pensarlo. Los dos saltaron de sus sillas, se pusieron las chaquetas y bajaron, cruzando la calle en diagonal hacia el edificio recientemente renovado. Nadie contestó al timbre, por lo que Baldie utilizó su llave y empujó la puerta, esperando que todo fuese un error y que los maricones se hubiesen olvidado de lo acordado.

Pero la puerta sólo se abrió unos centímetros. Baldie se vio obligado a empujar con más fuerza porque los cadáveres obstruían el paso.

—¡Hijo de puta! —fue lo único que pudo exclamar al contemplar el horror del suelo.

Lo repitió al llegar al primer descansillo y ver las inertes figuras de Ullie, Mark Stevenson y Woodie, que estaban tendidos con los ojos vidriosos, los labios contorsionados por la agonía y las manos aferradas a las gargantas. Los restos de lo que había sido un contenedor de cristal fino como el papel no les dijo nada, y ambos hicieron crujir los fragmentos bajo sus pies al ascender al piso superior con las automáticas listas en la mano.

También vieron el cuerpo de León Bray, mas no era aquellas muertes lo que les preocupaba sino lo que diría Frank Verdun. Todavía pensaban en ello cuando entraron al despacho, esperando que allí hubiese alguien al que poder matar, como justificante de su falta de vigilancia.

Tanta era la tensión que sentían que no reconocieron el olor a pólvora quemada hasta que se acercaron al origen de la misma con el fin de apagar la incandescente mecha, y Baldie intentó avisar con un grito. De repente, se produjo la tremenda explosión y los dos gángsters se disolvieron en pedazos y fragmentos de un material multicolor, junto con trozos de metal y de papel.

Diez minutos más tarde, la brigada de bomberos estaba ya lanzando chorros de agua por todas partes y la Policía sacaba a los ocupantes de los edificios colindantes como medida de seguridad.

Por casualidad el único periodista que presencio la escena tenía una idea del uso que se había dado al edificio. Corrió hacia el teléfono más próximo y llamó a la redacción de su rotativo.

7

Iba a abrir la puerta del tocador de señoras cuando oyó que entraban las dos mujeres de la limpieza, y que la gordinflona que se ocupaba del piso donde ella trabajaba decía:

—…y mi Manny haría bien en callarse la boca. Eso es lo que le dije. Porque como sabes, trabaja en ese lujoso restaurante llamado Newhope y si la ve allí a ella con alguien conocido, ese no es motivo para que se lo cuente al jefe de la chica.

Al oír la palabra «Newhope», la mano de Helen Scanlon se inmovilizó en el picaporte. Allí era donde Gill la había llevado la noche anterior.

—Manny —continuó la gorda— hizo cuatro llamadas pero no pudo localizar al jefe. Y yo venga a decirle: «Manny, esto no es asunto tuyo…», pero él me decía que me callara. A su propia madre.

«No, pensó Helen, no pudo hablar con Frank Verdun porque no ha estado en el despacho y nunca deja un número donde localizarle.»

Pero la joven sabía que ya estaría allí porque era siempre el primero en llegar a la oficina. Helen esperó a que las dos mujeres hubiesen cambiado las toallas de papel, les concedió unos minutos para desaparecer por el pasillo, y se dirigió a su despacho.

Todavía no habían llegado los demás, pero oyó la voz de Frank Verdun que hablaba por teléfono desde su despacho y parecía disgustado por algo. Helen tomó rápidamente una decisión y cuando Frank hubo colgado, llamó y entró.

—Señor Verdun…

—¿Sí? —la miró sin expresión en sus ojos.

—Ha sucedido una cosa que creo es mi deber comunicárselo.

—Oh… ¿De qué se trata?

—Ayer, antes de salir de aquí, me llamó el señor Burke… aquél que causó aquí… bueno, tantos destrozos. Quería invitarme a cenar.

El francés continuó mirándola inexpresivo.

—Usted ya se había marchado, por lo que no pude decírselo. Verá, acepté la cita para descubrir qué quería ese tipo.

—Gill Burke… —musitó Verdun. Su mirada ya no era inexpresiva.

—Sí. Se mostró muy amistoso. Cenamos juntos.

—¿Y descubriste qué quería?

—Sí. Saber cosas de usted.

—El señor Burke ya me conoce.

—Eso creí comprender. Pero deseaba saber mucho más, particularmente todo lo relativo a la Boyer-Reston, como quiénes vienen por aquí y el tema de las conversaciones que sostienen con usted…

—Y tú le dijiste…

—Todo lo que le dije no tiene la menor importancia, si es que me comprende.

Por primera vez, Frank Verdun se permitió sonreír.

—¿Qué te parece el señor Burke?

—Una cosa: que es un polizonte.

—Cierto.

—Que lleva entre manos alguna misión, y que ésa le concierne a usted.

—Una suposición muy acertada.

—No olvide que viví largo tiempo con un padre policía. Los conozco…, conozco sus costumbres, su estilo, todos sus trucos cuando quieren sonsacar a una persona… Por mi parte, también le hice varias preguntas al señor Burke, pero las esquivó bastante bien. Ojalá pudiera contarle a usted más cosas.

—No, con esto es suficiente —asintió el francés—. Aprecio tu lealtad, Helen. Parece que no te gustan los policías.

La muchacha hizo una mueca de desdén que Frank Verdun captó perfectamente porque era un gran lector de fisonomías. Nadie podía engañarle con su expresión por muy experto que fuese, y ahora quedó plenamente satisfecho con lo que veía: disgusto, desprecio y odio dentro de la muchacha. Aquella expresión era real.

Y lo era. Sólo que el francés ignoraba que Helen no pensaba en

Gill cuando él le formuló la pregunta. Pensaba, en realidad, en Frank Verdun sentado al otro lado del escritorio.

El francés no necesitó una respuesta verbal.

—Dime, querida, ¿no te invitó el señor Burke para otra cena?

—Oh, sí, claro. Le contesté que lo pensaría. No quería descubrir mi juego.

—Bien, supongamos que aceptas la próxima vez que te llame.

Helen vaciló unos instantes.

—¿Cree que dará resultado? ¿No sospechará que estoy de acuerdo con usted?

—El señor Burke es sumamente orgulloso —replicó Verdun. Es incapaz de pensar que alguien pueda utilizarlo, y menos todavía una mujer.

Helen conservó la calma y se mordió el labio.

—Bueno… no sé…

—Habrá una gratificación en el cheque de tu paga de ahora en adelante.

Helen se esforzó por sonreír y asintió con la cabeza.

—De acuerdo, pero si se pone demasiado pesado, le pararé los pies. No quiero verme envuelta en ciertas cosas.

—Lo comprendo. Gracias, Helen.

Cuando la muchacha hubo salido, Frank cogió el teléfono y dio unas órdenes a fin de que se ocupasen del imbécil de Manny Roth, y le diesen un vapuleo para recordarle que debía tener la boca cerrada. Un individuo como Manny, capaz de irse de la lengua respecto a uno de los suyos, también podría hacer lo mismo con él. Cuando Manny saliese del hospital, volvería a descargar camiones en el almacén de Filadelfia.

Miró la puerta cerrada y sonrió otra vez. Esa Helen Scanlon era una joya. Se sintió molesto consigo mismo por haber escuchado siquiera las estupideces de Manny Roth.

El redactor jefe del periódico de la mañana efectuó un par de discretas, costosas e inmediatas pesquisas, y convencido de que el edificio incendiado era propiedad del sindicato, el periódico salió a calle con un gran titular: PROSIGUE LA GUERRA ENTRE LAS BANDAS, que fue reproducido incluso en la televisión. La Policía no

había dado a conocer la identidad de los muertos, pero un residente de la zona conocía a algunos y dio los nombres a cambio de cincuenta billetes. Teniendo la identidad de Jan y Lucien, una rápida investigación respecto al entorno de León Bray abrió paso a muchas posibilidades, y lo que hasta entonces sólo habían sido especulaciones pasó a ser un hecho real.

Robert Lederer lanzó el periódico al otro lado de la habitación y avanzó hacia su sillón de cuero, golpeándose una palma de la mano con el puño de la otra.

—¡Maldita sea, comisionado! ¿Cómo podemos hacer algo provechoso, si empiezan a descorchar la botella antes de tiempo?

El individuo grueso, embutido en una chaqueta, negra, le miró echando chispas por los ojos.

—Debió tener usted ese lugar bajo vigilancia.

—No sabíamos que estaba allí. Sólo llevaba operando unas dos semanas...

—Pues alguien sí lo sabía.

—Bueno, puede tratarse de una rebelión interior...

—Idioteces, no me venga con esas ahora. Es una maldita guerra entre bandas, como dice el periódico. Algo le pasa a ese sindicato y nosotros ignoramos qué es. Con tantos cadáveres por todas partes acabará por faltarles terreno donde enterrarlos, y el público comenzará a volcarse sobre nosotros desde Albany a Washington, acusándonos de ineficacia. ¿Cuántos arrestos ha hecho usted hoy? —añadió, dirigiéndose al capitán Bill Long, y a los dos inspectores que estaban presentes.

—Muchos, pero ninguno de los detenidos está relacionado con este asunto.

—Supongo, por tanto, que nadie sabe nada.

—Exacto, comisionado.

—¿Ya no utilizan chivatos?

—Saben tan poco como nosotros.

—Y nadie tiene ninguna idea. ¡Perfecto, perfecto!

—Tenemos una pista —intervino Bill Long—. No es mucho, pero es una posibilidad.

—¿Bien...? —la voz del comisionado era tensa. Estaba harto de que le respondieran con disculpas.

—Ese cadáver que hallaron en Prospect Park... parte de la

mutilación era semejante a las del otro par de cadáveres encontrados hace tiempo. Enviamos a Peterson a Chicago, y nos llamó con cierta información que le sacó a un individuo respecto a un tal Bingo, un sujeto que tiene obsesión por los ombligos de la gente. No puede soportarlos. Pero hace seis años que no se le ve por ninguna parte.

—Estupendo —exclamó desdeñosamente el comisionado—, una verdadera revelación. Andan ustedes buscando a un fulano al que hace seis años que no se le ha visto el pelo, y que odia los ombligos. Si la prensa se entera de eso, seremos el hazmerreír de toda la nación.

Bill Long sonrió a pesar suyo. Sí, sonaba como una idiotez, pero de ser cierta, la cosa resultaba terrible.

—Al menos, sabremos si es así cuando atrapemos a ese tipo.

—¿Por qué, capitán?

—Porque se rajó su propio ombligo siendo niño —fue la respuesta.

Esto fue demasiado para el comisionado. Arrojó la punta apagada del cigarro a la taza de café vacía y abandonó el despacho. Antes de que pudiera hablar uno de los inspectores, Lederer se volvió bruscamente hacia el capitán.

—¿De dónde ha sacado ese dato?

—De su ayudante, Robert —acto seguido, le explicó a Lederer lo dicho por Gill Burke.

—Está bien. ¿Y usted qué opina?

—Que es lo único con algo de sentido común. Cosas más extrañas han resultado luego verdad.

—Señor Lederer…

—¿Sí, inspector?

—¿Qué clase de cooperación consigue su departamento de las otras ciudades?

—Total.

—¿Pero no se ha sacado nada?

—Todo está aún en blanco —replicó Lederer—. Algunos jefes del sindicato están bajo tierra, y los demás se hallan rodeados de guardaespaldas, mientras que otros han desaparecido por completo. Sabemos que la Gran Junta ha convocado una asamblea, pero no sabemos dónde ni cuándo.

—O sea que lo único que tenemos es un sujeto que odia los ombligos —resumió el inspector.

—Esperemos que esto nos sirva de algo. Final de esta reunión, caballeros.

Los tres policías se despidieron del ayudante del fiscal del distrito y salieron al pasillo. En el ascensor, el comisionado se reía por algo que le había contado Richard Case, y los policías también le saludaron, despidiéndole. No habían oído las palabras de Case, pero había algo en su tono que un policía no podía soportar en absoluto. Aquel tipo era como una central eléctrica, política y económicamente, y siempre se relacionaba con personas influyentes, aunque ahora había algo en él, una especie de sutil olor cuya ranciedad sólo podía detectar un auténtico profesional.

—Ese Case es inaguantable —comentó Bill Long cuando se hubo cerrado la puerta.

—No le critique —objetó uno de los inspectores—. Gracias a él nos han aumentado el sueldo.

—A pesar de eso sigue sin gustarme —rezongó Bill Long.

Mark Shelby había conseguido el puesto que ocupaba combinando sus conocimientos con una mente astuta para los negocios guiada por un instinto primitivo y ciertos presentimientos que, realmente, eran casi computaciones instantáneas de los demás factores. Cuando iba en busca de Helga, siempre lo hacía siguiendo un amplio rodeo que le daba amplia oportunidad de ver si lo seguían. También variaba siempre la ruta elegida para no establecer una pauta definida de sus acciones.

La organización poseía una red de vigilancia interna. Shelby recordaba, por ejemplo, lo que le había ocurrido a Víctor Petrocini, por lo que no estaba dispuesto a correr riesgos inútiles. Estando tan cerca de la cumbre compuesta por Papá Menes y la familia, no iba a exponerse, ni exponer aquella poderosa estructura a ningún fallo, especialmente por mantener unas relaciones fijas con Helga. Las reglas eran muy sencillas. Acuéstate con una chica si lo necesitas, pero hazlo de prisa y lárgate cuanto antes. Existían muchas muchachas a las que la familia aprobaba, siempre disponibles en lugares seguros, donde uno podía apagar la llamarada sexual y

volver luego a los negocios.

Pero Helga era una llamarada que él no lograba apagar, un fuego ardiente y devorador que le estaba quemando desde hacía un año, y cada día le excitaba más. En la esposa que tenía en casa, cómodamente instalada en la elegante mansión que él le había regalado, no había fuego en absoluto, sino sólo una voz siempre desagradable que surgía de los labios fruncidos, de una cara fláccida, que pertenecía a un cuerpo más fláccido todavía. Continuaba desnudándose en el vestidor, y la última vez que la había visto desnuda, una visión casual debida a la puerta entreabierta del dormitorio en complicidad con un espejo de cuerpo entero, le dieron ganas de vomitar.

Helga era su sueño. Su fantasía sexual, su sueño real, y sin tener en cuenta el reglamento, la joven era en su vida una necesidad absoluta. Sí, tenía precisión de verla.

Nadie se enteró de su salida de la oficina ni del sitio adonde se dirigía. En el sótano, se puso el abrigo acolchado, el viejo sombrero, y cogió un paraguas. Siempre resultaba más fácil cuando llovía, pues el paraguas le ocultaba parcialmente el rostro. Nadie podía tomarle por el elegante hombre de negocios cuyas oficinas ocupaban todo el piso superior del edificio.

Cuatro manzanas más allá subió al autobús que atravesaba la ciudad y se sentó en la parte trasera, con una clara vista de la calle a sus espaldas; se bajó en la esquina donde Guido, su primo, tenía la tienda de comestibles, entró, se cambió de ropa, y salió por la portilla de la bodega al callejón que corría a lo largo de la manzana contigua. Allí, anduvo en dirección este hasta que llamó un taxi.

Se sentía satisfecho y a salvo.

No prestó atención al viejo que llevaba bajo el brazo una bolsa de papel, y que se hallaba hurgando en un cubo de basura al extremo de la callejuela. No sabía que aquel viejo había estado aguardando, pacientemente, durante seis meses, siguiéndole una y otra vez, hasta llegar al callejón. Claro que al viejo lo que le sobraba era el tiempo. También tenía un salario extra que le ayudaba a mantenerse, junto con su miserable pensión. Seguramente, aquel salario se vería aumentado en unos dólares ya que había tenido la suerte de poder distinguir los tres últimos números de la matrícula del taxi, cuando éste se detuvo ante la

mano levantada de Mark Shelby.

Cuando la joven oyó la llave en la cerradura, sonrió y se tendió en el diván, con los brazos extendidos, el escote del corto camisón sujeto solamente por un punto bajo los pechos nacarados, y entreabrió las piernas para que Nils pudiera captarla toda entera en tan deliciosa postura. Al verla, Nils se arrancaría la ropa en la misma puerta y le haría el amor como un animal incluso antes de decir «hola». Helga ya estaba excitada, con el vientre temblándole de anticipación.

De pronto vio a Mark cerrando la puerta y el temblor se transformó en un monstruoso espasmo de terror que le arrancó un pequeño grito. Helga, no obstante, era muy buena actriz. Si Mark no hubiese sido un espectador tan inocente, quizás hubiese observado algún fallo en aquella interpretación femenina; sin embargo, la vista de aquel magnífico cuerpo, y la forma como cruzó la habitación para ir a su encuentro, con aquellos muslos bronceados y los palpitantes senos, aquel beso dado más con la lengua que con los labios, ayudaron a nublarle el cerebro, ahuyentándole todas las ideas… menos una sola. Helga estaba a punto para él, lista para él en cualquier momento, y su sistema sexual pedía a gritos una liberación.

—Esta vez no has llamado antes, Carlño —le riñó ella, con un mohín de enfado delicioso—. Ni siquiera tengo hecha la cama.

Mark le mordió el lóbulo de la oreja, mientras sus manos le aCarlciaban los pechos antes de bajar a las nalgas.

—¿Para qué diantres necesitamos la cama?

Helga se echó a reír al tiempo que cogía la mano de Mark para dirigirla al interior de su bata.

—Pero sí necesitas un trago.

—¡Necesito otra cosa!

La joven lo empujó hacia el diván.

—No te excites todavía, tontorrón mío —miró el bulto debajo del pantalón—. Necesitas beber para enfriarte un poquito. Siempre vas demasiado de prisa y no disfrutas plenamente. La próxima vez me pondré el equipo de esquiar y así no te excitarás con tanta rapidez.

—Está bien —sonrió Mark—, prepárame un trago.

Helga, con una mano empezó a aCarlciarle gentilmente el bulto

hasta que él cerró los ojos. Luego, levantó el teléfono con la otra mano y marcó un número.

Helga había imaginado un sistema de señales. A Nils no le gustaba, pero no podía elegir. Ojalá que pudiese comunicarse con Nils a tiempo... Al cuarto timbrazo empezó a angustiarse, mas de pronto oyó la voz de su amante.

—¿Es el almacén Lowery? Sí... Por favor, súbanme una botella de whisky... y una de vodka.

—¡Ese canalla...! —gruñó la voz de Nils—. Estaba ya a punto de subir.

—Sí —respondió Helga—. No tarden.

Dio el nombre y las señas y colgó.

—¿Cómo es que se te han acabado las bebidas?

Helga se sentó al lado de Mark.

—¿No te lo bebiste todo la última vez?

La mano de Mark Shelby se apoyó en uno de aquellos bellos muslos y subió hasta la entrepierna. Ella lo apartó con un gesto arrebatador.

—Aguarda a que hayamos tomado un par de tragos, o no te enseñaré lo que se me ha ocurrido.

—Enséñamelo ahora.

—No, que va a subir el chico.

Cinco minutos más tarde, Nils entregó las botellas pedidas y Helga le dio un billete de veinte dólares.

—Gracias, chico. Puedes guardarte el cambio.

Nils murmuró algo obsceno y ella le cerró la puerta en las narices. Por poco, por muy poco, Mark había podido descubrirlo todo. Ahora tendría que hacer con Mark Shelby el acto que había deseado hacer con Nils. Sin embargo, pensó que un ensayo le ayudaría a perfeccionar la representación. Naturalmente, con Nils sería más fácil porque aunque su aparato fuese mayor que el de Shelby, y le dolería más, el dolor sería terriblemente placentero. Casi no sería un dolor en absoluto.

—¿Estás seguro? —pregunto el francés.

Erik Schmidt se pasó los dedos por el grueso bigote y asintió.

—No hay error posible. Los alemanes dejaron de fabricar esa

arma en mil novecientos cuarenta porque requería mucha mano de obra. Las balas estaban hechas con una aleación especial. En estos momentos, es un arma sólo para coleccionistas.

—¿Cuántas crees que existen?

—La factoría sólo tiene una lista de producción de trescientas unidades. Dudo que haya más de seis en este país. Alguien puso un anuncio en una revista especializada en armamento, ofreciendo tres de los grandes por un modelo el año pasado, pero todavía no se ha recibido ninguna respuesta.

—¿Y las balas?

—Crocker era el único que las tenía. Si ese policía experto en balística no hubiese venido a mi tienda para comprobar esa bala, no me habría enterado siquiera de su existencia; sin embargo, me di cuenta de la aleación especial tan pronto como la vi. Le dije al poli que no podía ayudarle. Que me maten si sé de alguien que pueda hacerlo. Ahora están visitando a todos los fabricantes de armas, por lo que le advertí a Crocker que les diera una lista equivocada y siguiéramos nosotros la pista.

—Veamos, repíteme todo eso —exigió Verdun.

—Seguro —Erik encendió un cigarrillo y se sentó con el pitillo colgándole de los labios, haciéndolo bailotear mientras hablaba—. Crocker tenía una caja llena de esos cartuchos en su tienda desde el fin de la guerra. Ese tipo entró y le compró seis, a dólar la unidad. Crocker intentó sonsacarle respecto al arma, pero lo único que le contó el sujeto es que la tenía desde hacía mucho tiempo y que tal como está la criminalidad en este país, había pensado tenerla cargada por si acaso. Crocker me dijo que era un individuo que necesitaba un buen corte de pelo, que llevaba un impermeable viejo y unas gafas. Pero a Crocker no le pareció lo bastante viejo como para que tuviera un arma desde la última guerra.

—Entiendo.

Schmidt sonrió y aspiró el humo del cigarrillo. El francés deseó que aquellos malditos extranjeros usaran la mano para desviar el humo cuando lo exhalaban.

—Aún hay algo mejor —agregó Schmidt—. Aquel individuo llevaba un vendaje en el antebrazo izquierdo que quedó al descubierto cuando examinó las balas. Debajo había una costra y un tatuaje reciente.

—¿Le echó una ojeada? —los ojillos del francés estaban muy animados.

—No, pero era del tamaño de un cuarto de dólar. Podía ser una estrella. Crocker no estaba seguro.

—No está mal —le consoló el francés—. Recibirás un cheque por correo.

Schmidt se marchó y Verdun descolgó el teléfono. Era mejor de lo que había dicho. No había muchas casas de tatuajes, y podrían recorrerlas todas de costa a costa en menos de veinticuatro horas. Marcó un número y empezó a impartir instrucciones. Las ruedecillas de la gran maquinaria habían entrado en acción.

Hacía calor, había humedad; el maldito acondicionador de aire del coche no funcionaba. Papá Menes estaba disgustado por tener que ir a Homestead debido a un aviso de conferencia enviado por la Gran Junta, en la que tendría que escuchar y hablar en lugar de ver a la gente cara a cara y analizar expresiones que hubiesen podido revelar motivos y deseos. Llegó a la cabina cinco minutos antes de lo acordado, entró y fingió hacer una llamada, con el dedo en la horquilla para que nadie pudiese utilizar la línea.

La llamada duró veinticinco minutos, durante los cuales se enteró de cómo iban las cosas con la nueva generación de imbéciles que, al intuir la desorganización del sindicato, no mostraban ya el respeto debido a los jefes, se daban aires de valentía, empezaban a fanfarronear y otras cosas peores. Ningún grupo había enseñado todavía la oreja, mas empezaban a hacerlo para maniobrar a su antojo. La junta no estaba complacida con el asunto de Nueva York. La pérdida de León Bray y toda la información que tenía bajo su control era algo inconmensurable, y esperaban que Mark Shelby fuese capaz de duplicarlo todo con la ayuda de Papá Menes; y aquella esperanza era, en realidad, una orden imperial de un tirano, con un gravísimo castigo si fallaba.

Papá Menes les aseguró que Shelby no tendría ninguna dificultad. Al fin y al cabo, era su protegido, con una notable memoria, y aunque no conservaba ningún documento incriminatorio, tenía suficientes notas en clave con las que empezar a trabajar. Mientras tanto, todo el asunto podía llegar a un

saludable final antes de lo esperado, puesto que el francés llevaba personalmente una investigación en busca del responsable de tantas muertes.

Cuando colgó, le escupió dos obscenidades al teléfono, deseando que aquellos idiotas de la conferencia pudieran verlo. Unos jodidos cerdos, pensó. La operación de Nueva York tenía tanta importancia como las de todas las otras ciudades juntas, y él la había dirigido con suma eficiencia durante más años de los que aquellos marranos llevaban viviendo. ¡Y ahora se atrevían a amenazarle! Aquellos chupones deseaban apretarle los tornillos, pero se encontrarían con un bocado demasiado grande para sus bocas. Lo había visto venir diez años atrás, cuando le dieron aquella fiesta de cumpleaños en Chicago, y ahora estaba bien preparado. Tenía a sus guardaespaldas particulares, de los que la junta no sabía nada. Ni de sus escondrijos secretos. Si ocurría algo desagradable, les haría saber lo que era una guerra entre bandas.

Lástima, pensó, que nadie hubiese enviado una bomba a la sala de conferencias mientras él estaba telefoneando. Joe Grif podía haber puesto la bomba. O disparar con su bazooka. Precisamente, Joe se hallaba al otro lado de la calle, en el tejado de un edificio sólo dos pisos más bajos que aquel en el que se celebraba la conferencia con una aparente seguridad. Joe había calculado el ángulo de elevación y estaba ansioso por actuar.

Papá Menes sonrió ante esta idea y se sintió mejor. Todavía controlaba las operaciones bajo su mando, y podía demostrarlo con una simple llamada a Joe. La llamada telefónica tenía lugar muy cerca de Miami, por lo que se preguntó si no deberían acercarse a la ciudad y buscar un par de chicas. La última había sido condenadamente buena. Pensándolo mejor, Papá Menes se dijo que ya no era muy joven y tenía que racionar .sus erecciones. No le gustaba tener erecciones mentales, que le dejaban frustrado. Bueno, aguardaría un par de días y llamaría a aquella muchacha. A ella le gustaba hacerlo por detrás, y cuando a las chicas les gustaba, él disfrutaba mucho más.

Le ordenó a Artie Meekr que lo llevara a casa.

—Pensaste de prisa —le alabó Gill a Helen.

—Era preciso. Estaba completamente segura de que se lo estaban diciendo. Esto era fatal para mí... para nosotros. Ahora, en cambio, cree que tiene a su lado una colaboradora leal.

—¿De veras?

—Mientras me paguen el sueldo, pienso mantener confidencial toda mi labor en la Boyer-Reston. Nadie me ha enviado a una comisaría ni me ha llamado al estrado de los testigos.

—Así debe ser.

—Pero no quiero convivir con ellos.

—Tampoco tienes por qué seguir allí —observó Gill.

—No seas tonto. ¿Qué referencias podría ofrecerle a nadie?

—En esto tienes razón. ¿Pasa ahora algo en la oficina?

—No lo que esperas. El señor Verdun entró a buscar algo de la caja y se marchó. No dijo cuándo volvería. Desde entonces no ha habido visitantes ni llamadas telefónicas. Lo único que hacemos es enviar facturas y recibir pedidos —calló un instante, con expresión preocupada—. Gill... ¿qué está ocurriendo?

—Ya lo sabes por la prensa, ¿verdad?

—¿Es... tal como dicen?

—La gente sigue afirmando que la Mafia no existe. Ni tampoco el crimen organizado —Gill dejó que una sonrisa le entreabriera los labios y chupó largamente su cigarrillo—. Quisiera saber por qué esos grandes jefazos han sacado sus ejércitos a la calle mientras ellos se hallan parapetados en sus madrigueras. Han martirizado las líneas telefónicas intentando descubrir al culpable de sus derrotas, y han fortalecido todas sus alianzas. Tienen correos y espías de costa a costa, y puedes apostar cualquier cosa a que han puesto un elevado precio a la cabeza del culpable.

—¿Qué va a ocurrir ahora?

—No es posible adivinarlo. Probablemente, cerrarán las filas contra ese individuo hasta averiguar con seguridad lo que pasa y por qué. De lo contrario, se meterán en un agujero, mientras los pistoleros contratados hacen todo el trabajo sucio. Igual que en todas las revoluciones.

—Pero la Policía... los está protegiendo. La prensa dice...

—Es una vigilancia protectora para impedir un mal mayor. Algunos ciudadanos inocentes podrían recibir una bala perdida si empiezan los tiroteos, y créeme, empezarán dentro de poco.

—Gill…

—¿Qué?

—Llévame a casa, por favor.

—De acuerdo. ¿Puedo hacer antes una parada?

—Claro está, Gill.

Cuando frenó junto al bordillo, delante de la tienda del prestamista, Helen le miró con curiosidad y después sonrió.

—¿Tan mal estás de dinero?

Gill le acarlció un muslo y también sonrió alegremente.

—Trabajo policial, carlño. Sólo tardaré un minuto.

—Estaba bromeando.

—Ya lo sé. Aguarda aquí.

El prestamista le estaba vendiendo una guitarra en mal estado a un muchacho melenudo, y Gill esperó hasta completarse la transacción. Entonces se acercó al mostrador.

—Buenas noches, señor Turley.

Una natural suspicacia nubló los ojos del dueño de la tienda, al tiempo que se humedecía los labios con la punta de la lengua.

—Oficial… ¿es necesario que volvamos sobre ese maldito asunto? Iba ya a cerrar…

—Un poco pronto, ¿verdad?

—Mi mujer quiere que la lleve al cine.

—Bueno, no le entretendré más de un minuto.

—Pues adelante.

—Supongo que no es fácil olvidar todos los detalles de un atraco, ¿eh?

—¿No? ¿Lo han atracado alguna vez? ¿Ha tenido a alguien apuntándole con una pistola, y ha deseado seguir recordándolo?

—¿Cómo la empuñaba?

—¡Como si fuese a utilizarla!

—De acuerdo, tómeselo con calma. ¿Qué dijo?

—Oh, vamos, oficial…

—No estaría de pie y callado, supongo.

—Dijo que le entregase la pasta, esto es lo que dijo. Estaba completamente borracho y apenas entendí sus palabras. Pero la pistola hablaba con mucha más claridad que él.

—¿Suele entregar siempre el dinero?

—¿Qué puede uno hacer cuando una pistola está apuntándole?

—Usted hace diez años que consiguió una licencia de armas. ¿Dónde guarda su revólver?

—En el último estante —suspiró el prestamista, señalando el sitio con el pulgar.

—¿No está muy a mano, ¿verdad?

—Mi vecino, el señor Koch, me aconsejó tenerla. Por eso la compré y ahí está. Es mejor entregar la pasta. Yo no sé nada de pistolas.

—Pero, según usted, Proctor estaba bebido. ¿No pudo entretenerle unos instantes?

—¿Cree acaso que yo tenía intenciones de matar a alguien?

—Usted creyó que Proctor iba a tirar contra usted. Buena excusa para intentar salvar el pellejo propio.

—Mire... de pronto entró el policía. No tuve que hacer nada. Tal vez, de no haber recibido esa ayuda...

Hizo un gesto como significando «quién sabe...».

—Sí —asintió Gill—, tiene razón.

Se volvió hacia la puerta y vio a Helen, sentada en el coche, reflejada en la ventanilla. De repente, se preguntó por qué diablos se tomaba tantas molestias.

—¿Te ha servido de algo? —quiso saber Helen cuando él puso en marcha el motor.

—No saqué nada en claro, la verdad. Al menos, eso creo.

—¿Eso crees?

—Bueno, eso parece.

La joven le puso una mano encima de la que él tenía en el volante.

—Entonces, se trata sólo de una suposición tuya.

Durante unos segundos, ella no retiró la mano. De pronto, Gill sonrió y la miró.

—Esta es la clase de conversación que me hace desear besarte —murmuró.

—¿No puedes esperar a estar en casa?

—Apenas —confesó él.

Helga estaba furiosa.

Le había concedido a Mark todo lo que éste le había exigido,

más algo extraordinario, y en vez de largarse como de costumbre, llevaba seis horas durmiendo, lo cual le impedía estar en brazos de Nils. No sólo esto, sino que después de llamar al servicio telefónico de llamadas y recibir un mensaje, le había pegado dos fuertes guantazos en la cara para echarla del dormitorio y poder telefonear en privado. Tenía un corte dentro de la boca, y esperaba que no le pusiera, como otras veces, un ojo morado.

Por esto, estuvo a punto de escuchar por la extensión a fin de enterarse de qué se trataba; sin embargo, sabía que si Mark llegaba a sospechar tal cosa la azotaría con su cinturón hasta despellejarle el trasero. O algo peor. En Mark Shelby había algo que la aterraba. No comprendía cómo un tranquilo comerciante de comestibles al por mayor, de Tren ton, era capaz de comportarse de tal modo.

Se dirigió al bar y se sirvió una bebida ligera. Sí, le gustaría hacerle algo terrible a Mark. Algún día encendería aquella maldita vela que había frente a la imagen religiosa, detrás del bar, y que él la obligaba a tener allí. Ardería toda la cera… Una sonrisa cruzó por sus hinchados labios y miró hacia el espejo situado también detrás del bar. Esta idea era mejor. Cogería aquella vela, cuya forma y tamaños eran tan incitantes, la engrasaría un poco y cuando Shelby no estuviese presente se entregaría a sus fantasías sexuales y al menos se correría una docena de veces. Luego, cuando viniese Mark, le contaría lo que había hecho con aquella maldita vela religiosa, y se largaría del brazo de Nils.

Alargó la mano para tocar la vela, sin oír los pasos de Mark Shelby en la habitación.

—¡Apártate de ahí! —gritó el hombre.

La sonrisa y la mirada seductora de Helga ahuyentaron, momentáneamente, aquella idea de su mente.

—Esto me recuerda a ti, amor mío.

Cuando ella le sirvió un vaso, su orgullo varonil ya había aplacado su ira. De los labios de la joven manaba todavía un hilillo de sangre.

—¿Te hice daño?

—Me gusta que me pegues. Pero, ¿no podrías pegarme en otro sitio? En la boca, me resulta difícil complacerte en lo que más te gusta.

Mark sacó dos billetes de cien dólares del bolsillo y se los puso

en la mano. Era la única respuesta que podía dar por las dos bofetadas. Sabía que era estúpido tratarla de este modo, y que era un imbécil teniendo como tenía a la chica siempre a su completa disposición. Sin ella estaría perdido, pero en estos momentos necesitaba estar muy frío, muy sereno. Las cosas no marchaban bien, y si no conseguía enderezarlas perdería la ocasión de llegar a la meta que tanto ambicionaba desde hacía diez años.

Cuando terminó de vestirse besó a Helga en el cuello y bajó en ascensor a la calle. Anduvo hasta la esquina, paró un taxi y le dio al conductor la dirección del francés. Era mejor que Verdun diese las órdenes y si algo iba mal, Frank tendría que aceptar toda la responsabilidad. Frank utilizaría a sus hombres, y esto mantendría a Mark fuera de la línea de tiro. Matar a un polizonte era un asunto muy delicado.

8

Helen se relajó en la cama presa de una dulce languidez, desnuda y satisfecha, sintiendo cómo la mano de Gill aCarlciaba los delicados contornos de su cuerpo. Murmuró algo y apoyó la cabeza en el hueco musculoso del hombro varonil. El placer de la última hora todavía hacía temblar sus muslos, y los dedos de su compañero de lecho trataron, al darse cuenta, de apaciguar aquel temblor.

Nunca habían gozado tanto. Nunca el amor había sido tan hermoso, tan pleno, tan fuerte. Jamás su propia demanda fue tan emocional... No, esta frase no era bastante gráfica. No su demanda, sino su deseo era lo que la había conducido al torbellino del amor, de un amor tan increíblemente sensual que apenas podía creer que formase parte de su ser.

A los catorce años, un chaval de su calle, al que gustaba que lo llamasen «Asesino Miller», la había atacado en el vestíbulo de su casa y la había adoctrinado sobre el sexo. Cuando Joe Scanlor sorprendió al muchacho en el aparcamiento del supermercado, hicieron falta, cuatro hombres, para quitarle de las manos el cuerpo de Miller, sangrando y mutilado, con el cerebro tan destrozado que, cuando «Asesino Miller» salió del hospital, siete meses más tarde, todos empezaron a llamarle «Idiota Miller».

Por entonces, nadie hablaba aún de la brutalidad policíaca.

A los dieciocho años, Kiernan dijo que el sexo era una parte del amor, y esto hizo que ella dominase el asco que le infundía la sexualidad, el horror que le inspiraba el acto amoroso si era sexual, porque confiaba en él hasta que la dejó por la ninfomaníaca pechugona dueña de un almacén de licores en Broadway.

A los veintidós años, el sexo se convirtió en una necesidad para poder firmar contratos y ver su nombre en grandes o pequeñas

luminarias en las marquesinas de los locales nocturnos, o en el despacho de los agentes y empresarios que decidían contratarla, por lo que ella se veía obligada a cerrar su mente y a olvidar después lo sucedido. Ni quería el sexo ni lo buscaba. En realidad, lo había evitado en lo posible, aprendiendo todos los trucos necesarios para dejar vacío a un hombre antes de que pudiese culminar su intento, hasta el punto de que fuesen ellos los que se reprochasen su falta de resistencia.

Nunca, nunca había sentido algo semejante a lo de ahora.

Todavía se sentía húmeda, con el resplandor de satisfacción que se centraba en el oscuro triángulo que era el vértice de su ser. Sus senos temblaban de deleite y una especie de adormecimiento y cansancio parecía fluir desde los dedos de las manos hasta los de los pies.

Gill experimentaba la misma satisfacción, dejando que sus pensamientos fuesen a la deriva a través del humo de su cigarrillo. No sabía si le había gustado o no, porque por primera vez infringió su perfecto sentido de independencia. Siempre había estado solo, independiente, en una acción solitaria, y no tuvo que dar cuentas a nadie. Pero tampoco había conocido un deseo que no pudiese resistir, algo que tuviese, obligatoriamente, que desear con tanto ímpetu.

Ahora, en cambio, experimentaba algo que no comprendía, preguntándose por qué la sedosa piel de Helen era tan grata bajo su mano, por qué empezaba a sentir una nueva erección, después de haber quedado completamente agotado.

No, pensó, la cosa había sucedido demasiado tarde. Ya habían apretado el botón y el misil estaba en pleno vuelo. No debía tratar de abordarlo después del lanzamiento. En caso contrario, llegaría la muerte, y no quería que esto le ocurriera a Helen.

Apagó la colilla y retiró lentamente la mano.

—Tengo que irme, Helen.

—Es muy tarde ya —murmuró ella, impidiendo que se apartase de ella.

—Tengo que trabajar.

—Mañana.

—Ahora —replicó él, besándola con ternura—, ahora, preciosa muñequita.

Helen abrió los ojos fijándolos en los de él. Le hubiese gustado ver algo más que su exterior. Deseaba saberlo todo de él, todo lo que había en su mente y en su cuerpo. Había vivido muchos años junto a su padre, con la misma máscara en el rostro, una máscara inescrutable que ocultaba tantas cosas, una máscara imposible de arrancar.

—Repítelo —le pidió.

—¿Lo de «ahora»?

—No. Lo de «preciosa muñequita».

—Preciosa muñequita.

—Me gusta.

Le miró mientras se vestía, se metía la pistola en la funda y se ponía la chaqueta. A la media luz del cuarto, Gill parecía enorme, y Helen todavía lo veía colocado encima de su frágil cuerpo y también dentro de ella. Todo resultaba tan nuevo, tan diferente, que volvió a temblar.

—¿Volverás?

—¿Acaso puedo estar lejos de ti?

—Si quisieras, podrías hacerlo.

—No quiero hacerlo. En cierto modo, me gustaría, pero no quiero hacerlo. No quiero estar lejos de ti.

—Lo comprendo —suspiró Helen.

—No, no lo comprendes en absoluto.

El temblor se convirtió, súbitamente, en un escalofrío. Helen supo que era esto lo que su madre sentía cuando Joe Scanlon tenía que levantarse a medianoche para ir a cumplir con su deber.

Nadie tenía que explicarle la situación al francés. Lo que no sabía se lo decían otros; pero, cuando unos hechos debían estar enterrados salían a la superficie, para arrojar una sombra fantasmal sobre el engranaje vital de la organización a la que había dedicado su vida, su enojo se convertía en cólera ante el puñado de ineptos que trataban de ejecutar unas misiones que eran competencia exclusiva de los expertos.

Había pasado la mitad de la noche examinando los datos obtenidos, hasta estar seguro de que todo estaba en orden; ahora, el whisky empezaba a oscurecerle la visión, haciéndole olvidar que se

hallaba en Nueva York por un propósito mucho más importante que eliminar a un simple policía.

Mientras Gill Burke había estado fuera del Cuerpo, no había constituido ninguna amenaza; sin embargo, ahora el muy asqueroso estaba de nuevo en la Fuerza, con una placa en el bolsillo, y su muerte podría dar lugar a una investigación que no beneficiaría al sindicato. Ya fue una molestia cuando, unos años atrás, había dedicado todos sus esfuerzos a descubrir a los jefes de la organización; mas los que logró detener no eran demasiado importantes y por dos veces incluso le habían ayudado a apresar a dos conocidos bribones. Si el Departamento se hubiese contentado con eso, ascendiéndole a un trabajo de oficina, cosa que debían haber hecho, todas las molestias habrían terminado. La burocracia entorpece cualquier maquinaria hasta que la descompone. En cambio, no lo hicieron y, es más, alentaron a Burke hasta que pisó un nervio al querer atrapar a Mark Shelby. Entonces, se vieron obligados a quitárselo de encima. Por suerte, él mismo se metió en la trampa. Lo único que tuvieron que hacer los del sindicato fue darle un empujón, y el Departamento de Policía hizo el resto.

Ahora volvía a las andadas y el estúpido de Shelby empezaba a ponerse nervioso porque Burke había reanudado su tarea donde la dejó, y Mark no se fiaba de la coartada que le procuraron en aquella época. En primer lugar, al francés no le gustaba Mark Shelby. Él y el *Primus Gladiatori* se odiaban porque éste había agujereado a varios de los muchachos. Los viejos «don» estaban entusiasmados con esto, pero Frank había matado ya a tantos que a su lado Mark parecía un simple aficionado.

¡Bobadas! El francés empezó a meditar profundamente. Mark Shelby había liquidado a dos fotógrafos judíos por haber tomado fotos de él y una puta. Cosas como éstas no abundaban en su repertorio, y esta vez enfureció a Shelby.

Tenía que ocuparse de Burke antes de que provocase nuevos conflictos. Este era siempre el verdadero problema. A veces no es posible matar a todos los testigos y cómplices de un asunto. Siempre queda alguien que sabe algo, y si éste alguien es listo, puede reunir todas las piezas. Sí, existen unas ordenanzas legales, con unos tribunales poco exigentes, que protegen los derechos de los ciudadanos; pero con un tipo como Burke esto no sirve de nada. Y si

conseguía que todas las piezas encajaran entre sí, empezaría a disparar y presentaría más tarde sus disculpas.

No podían permitirse el lujo de perder a Mark Shelby. Los «don» todavía detentaban el poder, y > ellos eran los que habían elevado a Mark desde cachorro para controlar todos los negocios. Mark había puesto toda la carne en el asador, había amasado millones, y seguía siendo el «querido muchacho», y ya es sabido que los «queridos muchachos», de vez en cuando, se meten en aprietos y él estaba encargado de resolver el asunto.

Le hubiese gustado darle a Mark Shelby, el *Primus Gladiatori*, una patada en el trasero y meterle el cañón de una pistola en la garganta hasta que vomitara. Pero Papá Menes, o cualquier jefe de la Gran Junta, podía ordenar que a Frank le metiesen los testículos en un caldero de aceite hirviendo, y esto no le complacía en absoluto al francés. Le agradaba todavía menos desde que había visto cómo se lo hacían a Malone, su predecesor irlandés.

Frank Verdun descolgó el teléfono y trató de llamar a «Acicalado» Kevin por novena vez. El timbre sonó hasta que se cansó del sonido y colgó de nuevo, mascullando una maldición. No necesitaba a Kevin para nada, pero estaba furioso; de manera que se sirvió otro vaso de whisky con dos cubitos de hielo, lo apuró de un trago y se sentó ante el televisor que emitía la última película, y revisó su plan para matar a Gill Burke.

Cuanto más pensaba en ello, menos le gustaba el proyecto. De pronto, recordó algo especial y sonrió para sí. Sí, a la Junta le encantaría esto. Haría que Burke mismo se metiese en su tumba y ni siquiera sabría cómo había ocurrido… como tampoco lo sabría nadie más.

Tenía que hablar con Helen Scanlon. No existe mejor cebo que unas tetas seductoras, un pubis expectante y un interés tan grande por el mundo del espectáculo que haría cualquier cosa por volver a aparecer ante el público. A su debido tiempo, también ella desaparecería en el desierto donde se levanta Las Vegas, y el asunto quedaría completamente liquidado.

Cogió el teléfono y marcó otra vez el número de «Acicalado» Kevin.

Al cabo de dos minutos, colgó de nuevo.

El teléfono podía haber estado llamando durante una hora sin

que nadie lo oyese. «Acicalado» Kevin permanecía tumbado en el suelo, a menos de un metro de su escritorio, donde se hallaba el aparato, completamente inerte con un solo agujero entre los ojos, una automática en la mano y un gran fragmento del cráneo convertido en un obsceno cenicero apoyado contra la pared. Todavía goteaba sangre.

La acción provino de un lugar inesperado. Fue una decisión prematura y estúpida porque los insurgentes no consideraron ni el tiempo ni el dinero, ni el esfuerzo que había costado, establecer a la nueva familia Arando. Lo único que vieron fue la oportunidad, porque la Gran Junta había llamado a los hombres clave del territorio de Sal Roma, y habían llenado el vacío con lo que pensaba era un poder puro y bien madurado y sacaron los negocios lucrativos de la cobertura de la legalidad y los llevaron a su propia esfera de influencia.

Eran unos individuos duros, verdaderos asesinos, que trabajaban en su distrito; la clase de pistoleros que Al Capone había empleado al principio, incapaces de sentir miedo alguno. Querían su parte... la querían grande... y ahora.

Efectuaron su movimiento y lograron sostenerse, porque la potencia de Miami se fundó en sus manos, sin importarles en absoluto que Pasi Arando fuese el dueño del territorio; porque su primo Steve gobernaba todo el sector noroeste o que su Tío Vítale formase parte de la Gran Junta.

Herman Shanke, el canalla todo músculos y espaldas que se odiaba a sí mismo porque sólo medía un metro sesenta de estatura, llevó adelante la revolución con una serie de Lugers de nueve milímetros por el odio que sentía contra todo el mundo y una ardiente ambición de vengar a un amigo que llevaba muerto mucho tiempo.

Le gustaba que lo llamasen «Herman el Alemán». Por suerte para el público, los residentes de la temporada de invierno se trasladaban a otros lugares y había menos paseantes.

Tío Vítale tuvo que atender una llamada telefónica de la Gran Junta, y luego habló con su hijo Steven para que le notificase a su primo Pasi que si no ponía término a la insurrección, se vería en

graves problemas. Por problemas, se refería a estar muerto, y en este caso, no contaban las relaciones familiares.

Ahora que la Gran Junta conocía el origen del problema, podrían colocar todas las cosas en su debida perspectiva. Un mes atrás, el mejor amigo de «Herman el Alemán» se había marchado a Nueva York, era el asesino que se había cargado a los independientes cubanos, eliminando a los testigos del caso de la compañía Lindstrom. Poseía una colección de pistolas y toda clase de armas, los instintos naturales del cazador y las capacidades físicas de un camaleón para adaptarse al ambiente con la coloración protectora más conveniente.

Se llamaba Moe Piel.

Cuando las diversas familias se enteraron de la muerte de «Acicalado» Kevin, lo comunicaron a través del canal adecuado, y todos los departamentos de policía empezaron a buscar a Moe. A «Herman el Alemán» le ofrecieron un contrato de cincuenta mil dólares, pero él se echó a reír y se limitó a tensar las riendas en la operación de Miami. Llegó Bevo Carmody con una caja de cartón llena de dinero que había cogido de un garaje donde los refugiados cubanos lo habían guardado para intentar otro ataque contra Castro. Después de entregarle a Bevo cinco de los grandes, repartió el resto entre sus escasos asociados para iniciar una exploración del distrito de Manhattan, que tan bien conocía. Desde que aquel hijo de perra de Papá Menes le había pegado hasta hacerle sangrar, y lo había dejado por muerto en aquel basurero de Newark, había estado proyectando su terrible venganza.

Ahora ya estaba a punto. Y sería fácil.

Todos pensaban que era él quien había iniciado el conflicto.

Ojalá hubiese sido él.

El fiscal del distrito se había hecho cargo directamente del caso. Las presiones hicieron saltar la tapadera y ahora estaba repartiendo responsabilidades. Los comisionados sufrían las presiones de la prensa y los comentaristas de televisión y estaban con los nervios de punta. Robert Lederer actuaba de portavoz general, ya que al jefe se le había acabado el repertorio de palabras y ahora estaba sentado ante una asamblea de altos cargos policíacos… y del sardónico

rostro de Gill Burke.

—Durante siete años hemos tenido dos informadores en Chicago —decía—. Los teníamos allí por si ocurría algo como esto. El que nos suministró la información respecto a la rebelión de Miami cometió la equivocación de llamar desde una cabina de cristales, donde un mudo, que sabe leer en los labios, y del que sospechamos que está relacionado con el sindicato, pudo verle. Una hora después, nuestro informador estaba muerto. Hasta este momento, los del sindicato ignoran la identidad del otro informador, pero éste no está conectado con la cumbre, por lo que no puede enterársele las interioridades de la maldita organización.

—¿Quién más tuvo acceso a esta información, Bob? —quiso saber uno de los inspectores presentes.

—En este momento, todo está encerrado dentro de esta habitación.

—¿Qué hay de Miami?

—Suponemos que habrán tomado las mismas medidas de precaución. No pueden volcarse sobre Herman Shanke porque no tienen ninguna prueba concreta, ni tampoco quieren provocar una batalla general.

—¿Todavía no ha intervenido nadie de fuera? —preguntó otro inspector.

—Esto es lo malo. Están vigilados los aeropuertos y otras terminales, pero no se ha presentado nadie. Si vienen, probablemente lo harán por transporte particular, lo que no es fácil de descubrir. Estamos entre las dos temporadas que registran mayor afluencia de tráfico con bastante actividad en los medios de transporte, lo que permite disimular cualquier actividad extraña. Además, esa gente tiene sus propios escondites, totalmente desconocidos para nosotros.

—Han llamado de Chicago y St. Louis —intervino Bill Long—. De allí faltan varios pistoleros que creían tener bien vigilados. Evidentemente, vieron acercarse esto y tomaron sus medidas.

—Miami está a punto de estallar —manifestó Lederer con solemnidad.

—No es Miami lo que va a estallar —le rectificó Gill, sosegadamente.

Todas las miradas se centraron en él, aguardando una

explicación.

—Miami no es más que la pantalla —continuó Gill—. Un buitre listo espera a que la bestia muera antes de abalanzarse sobre sus restos. Los tontos y más jóvenes bajan antes y sólo consiguen caer entre las garras del moribundo animal, y además se comen entre ellos.

—Este no es buen lugar para analogías, Burke —observó Lederer.

—Mírelo de esta forma: la acción está siempre donde está el dinero y el dinero está en Nueva York.

—Los hechos no...

—Frank Verdun también está en Nueva York.

—Yo opino, Burke...

—Mark Shelby también está en Nueva York.

—¡Este no es un asunto personal! —proclamó Lederer con el rostro colorado por la irritación—. Usted, con tal de...

—¿Qué me dice del obseso por los ombligos, señor Lederer? —le interrumpió Gill.

Bill Long ya esperaba la pregunta y sonrió ampliamente.

—Denver nos ha enviado una pista —manifestó, abriendo la carpeta que tenía sobre las rodillas—, y el FBI la ha confirmado. Hubo otras tres mutilaciones con los ombligos desgarrados. Por otro lado, tenemos una petición de extradición de un caucasiano blanco, de cuarenta y cinco años de edad, estatura media, ligeramente calvo, con un ojo, el izquierdo, ligeramente bizco. Lo único que sabemos de este individuo es que se apoda Shatzi. La marca de identificación es una cicatriz que tiene donde estaba su ombligo. Esto último nos lo dijo una mujer con la que ese tipo cohabitó.

—Supongo que habrán colocado ya hombres en todos los baños turcos en busca de la cicatriz —exclamó Lederer desdeñosamente.

—Naturalmente —asintió Long con gran seriedad—. También estamos interrogando a todas las prostitutas de la ciudad.

—Cuando lo encuentren, será la cosa más fácil del mundo obligarle a cantar.

—¿Sí? ¿De qué manera?

—Diciéndole que van a coserle el ombligo.

La carcajada que resonó en la habitación rebajó la tensión, exceptuando la del iracundo ayudante del fiscal del distrito. Se

limitó a sonreír agriamente, reanudando el debate. Terminaron una hora después, tras haber reconocido todos que seguían tan ignorantes como antes.

Todos salvo Gill, el cual, una vez instalado con Bill Long en la mesa de una cafetería, observó:

—Primero: hay una filtración en el Departamento. Segundo: tenemos una buena pista con ese Shatzi. ¿Por qué no concentrarnos en estos ángulos?

—¿Por qué no girar con el viento? Caramba, Gill, hacemos todo lo que podemos, ya lo sabes.

—¿El laboratorio sacó algo en claro de las cosas de la oficina de Bray?

—Mucho. Dos camiones de chatarra. La explosión y el fuego lo destruyeron todo. Lo que quedó de las cintas no tiene sentido porque estaban todas en clave, de modo que nada hemos obtenido de ellas.

—Pero algo conseguiríais...

—¿Algo? ¿Qué?

—Supongamos que se trata de otra organización. Bueno, preferirían tener toda esa información en lugar de destruirla. Bray era un hombre clave en el sindicato y lo que sabía podía dar acceso, prácticamente, a todas las fases de sus negocios. Amigo, el sindicato es un tremendo negocio. No llevan los asuntos en la memoria. Ahora lo tienen todo en computadoras y en cintas grabadas, como cualquier empresa moderna.

—En eso tienes razón, muchacho. ¿Puede esto darnos algunas respuestas?

—Al menos, nos da mucho que pensar. Deberías probar este ángulo.

Long tendió la mirada hacia el descolorido empapelado de la pared.

—Sí, creo que eso haré.

Las otras empleadas de la oficina se habían ido a diversos recados y Helen Scanlon estaba sola cuando el francés la llamó.

—Helen... ¿sabe tomar notas al dictado?

—Naturalmente, señor Verdun.

—Bravo. Coja su abrigo y su sombrero, y nos iremos a almorzar. Claro está, si no tiene otro compromiso.

—Oh, nada de eso.

Helen cerró la puerta a sus espaldas y se dirigió al guardarropa. Reflexionó sobre aquella proposición durante un minuto y al final se encogió de hombros. Era una petición razonable, y si detrás de la misma se escondía algún propósito, pronto lo sabría.

Verdun le ordenó al chófer que les llevara a un restaurante de lujo, donde un «maître» con acento francés los condujo a un reservado con paredes de nogal, tomó nota de las bebidas y desapareció, silenciosamente, por el bien alfombrado corredor. Unos altavoces disimulados en algún lugar dejaban oír música suave. El murmullo de las demás conversaciones llegaba muy apagado.

Antes de que les sirviesen las bebidas, entró un botones que entregó un sobre a Verdun, y unos diez segundos después un camarero llevó un teléfono a la mesa, diciendo que había una llamada para el señor Frank Verdun. Este habló rápidamente respecto a un negocio de la Boyer-Reston relativo a una nueva industria de plásticos, dio algunas instrucciones y colgó. Le dijo al camarero que le pasara todas las llamadas y brindó con su copa, mirando a Helen.

—Ya ve cómo he de combinar el almuerzo con el negocio —se quejó.

—Sí, ya lo veo —asintió la joven, probando su bebida.

Cuando hubo pedido el menú, el francés le dictó varias cartas en respuesta a las que ella le había dejado aquella mañana sobre el escritorio. Cuando llegó el camarero con los platos, dejó de dictarle.

—¿Está bueno esto? —se interesó Verdun, indicando los platos.

—Hum… delicioso, señor Verdun. No había estado nunca aquí.

—Es uno de mis sitios favoritos cuando estoy en Nueva York —comentó él—. Dígame, ¿cómo van sus relaciones con su amigo policía?

Ya había salido el motivo de la invitación.

—Se muestra curioso, aunque supongo que eso es normal en un policía.

—¿Le resulta encantador o seductor…?

Helen vióse obligada a sonreír al escuchar la pregunta.

—No le resulta fácil a un policía ser encantador... o seductor. Todos los que he conocido eran rudos y torpes.

—Querida —sonrió Verdun a su vez—, también pueden mostrarse muy astutos.

Y muy directos, pensó ella. Miró al francés, ocupado en untar el pan con mantequilla, preguntándose qué era lo que sabía. Sólo había una manera de averiguarlo.

—Intenté mostrarme un poco seductora, la verdad.

—¿Sí? —el francés enarcó las cejas inquisitivamente.

—Por lo que sé, está metido en ese asunto del sindicato. Bueno, está interesado por las matanzas.

—No creo que exista ningún sindicato —respondió Verdun con tono casual.

—Según él, tampoco. Aunque no lo dijo así. Estuvimos cenando, y luego tuvo la cómica idea de entrar en una tienda de empeños antes de acompañarme a casa.

—Los policías están muy mal pagados —observó Verdun.

Pero su cerebro le decía algo más. Había que matar lo antes posible a Burke. Había que hacerlo muy de prisa, y al mismo tiempo liquidar a Shelby, si bien esto podía esperar.

Charlaron un poco más durante el resto del almuerzo y mientras tomaban café, Verdun se acordó de otra carta, y Helen tomó nota de que era preciso llamar a la oficina central para que modernizaran las máquinas facturadoras e instalaran otras dos líneas telefónicas. El coche los llevó de regreso, y el francés desapareció tras la puerta de su despacho, desde donde la joven pudo oír algunos retazos de charlas telefónicas. Una de las otras empleadas transcribió todo lo dictado, en tanto ella archivaba las facturas, entregaba varias cartas al servicio de mensajería y recibía a los clientes que estaban citados con el jefe.

A las cuatro y media, Frank Verdun apareció con uno de ellos hablando sobre un ascenso en Arizona, y se acercó a la mesa de Helen.

—¿Han llegado los pasajes aéreos del señor Clough, Helen?

—Hace diez minutos —contestó la muchacha, cogiendo un sobre que acababa de entregarle un mensajero. Añadió—: Para el vuelo de las ocho y diez, en el aeropuerto de La Guardia.

El cliente revisó los pasajes y se los metió en el bolsillo.

—Gracias. Esto me ahorra muchas molestias. Ah, lamento tener que irme tan pronto.

Miró a Verdun, cogió su abrigo y del mismo sacó un par de billetes de teatro.

—Tal vez le sirvan, Frank. Tardé un mes en conseguir estas entradas, y Sadie se volverá loca al ver que no podemos ir, pero mi viaje es mucho más importante.

Verdun cogió las entradas y sacudió la cabeza pesarosamente.

—Mañana he de estar con los auditores —explicó, dejando las entradas sobre la mesa de Helen—. Tal vez alguien las utilizará.

Cuando los dos se marcharon, la joven examinó las entradas. Eran unos buenos asientos para el mejor espectáculo de Broadway. Preguntó a las otras dos chicas si las querían, pero una ya había visto la función y la otra tenía una cita, de manera que se las metió en el bolso.

Quizás lograría que Gill Burke le acompañase al teatro.

El rostro de Mark Shelby estaba salpicado por gotitas de sudor. Era un infierno tener que recordar toda la información destruida, y la tarea habría sido imposible de no haber sido las órdenes tan directas y explícitas. Entre el viejo «Bigote» Petes y la nueva generación que se abría paso en el sindicato, no había excepciones ni excusas. Si uno no podía hacer algo, lo suprimían y en paz. Cuanto más pensaba en ello, más aumentaba su enfado. El único aspecto satisfactorio era que aquellas presiones no durarían eternamente y algún día se desinflarían todos como globos pinchados, siendo enviados a los cubos de basura a los que pertenecían, mientras que él sería el que manejaría el trapo y la escoba. Malditos fuesen sus pellejos... Tipos sin clase ni educación, sin ninguna capacidad natural, aparte de disfrutar de una falta total de conciencia que les permitía dominar a la muerte. Esto es lo que eran. Unos jodidos cerdos. Mantenían contactos con la Madre Patria cuando ni siquiera podían localizar Roma, Nápoles o Sicilia en el mapa. Ah, cuando cayesen sería cómico contemplar sus caras. Tal vez incluso agonizarían lentamente.

Este pensamiento le hizo sentirse mejor, mas sólo por un segundo. Oh, claro que podía volver a levantar todo el edificio pero

sólo porque poseía un cerebro privilegiado y más notas de lo que pensaba. Incluso subiría unos peldaños más cuando viesen todo el trabajo realizado, y era probable que llegase a conseguir su meta sin tener que servirse de su primitivo plan.

Lo más fastidioso, no obstante, era la presencia de Gill Burke, el bastardo polizonte al que ya debían haber eliminado, en lugar de enviarlo simplemente a la tierra de nadie. Ahora había vuelto y había interrogado al prestamista. Sí, éste no resistiría la presión de Gill y terminaría por decir más de lo conveniente.

¡Quizás ya habría cantado!

Este pensamiento volvió a empaparle el rostro de sudor. Nunca había subestimado a Gill Burke, ni una sola vez, y no iba a hacerlo ahora. Durante todo el tiempo que había estado fuera del Cuerpo había mantenido cierta vigilancia sobre él, y no hubo ninguna repercusión; mas, ahora, cabía la posibilidad de que Burke se imaginase la verdad. Además, había tenido tiempo de reflexionar, y podía haber obtenido la respuesta. La Gran Junta también investigaba el caso, e incluso había tenido acceso a los archivos policíacos, pero se quedaron satisfechos con la versión dada por Shelby.

Sin embargo, él, el *Primus Gladiatori*, no se hallaba totalmente satisfecho y apenas lograba concentrarse en su tarea. De pronto, cogió el teléfono y llamó a Helga. Sabía que la joven tenía dada hora en un salón de belleza y que estaría a punto de salir. Se limitó, por tanto, a confirmar la cita, a murmurar varias tonterías un poco cursis, y a decir que la llamaría al día siguiente. Miró su reloj, aguardó unos quince minutos y salió del edificio por su ruta especial.

El hombrecillo que parecía estar caminando al azar lo pescó exactamente en el sitio donde lo había perdido. Esta vez lo tuvo todo a su favor. No hubo la menor dificultad en seguir a Mark Shelby hasta la casa donde había alquilado el lujoso apartamento de Helga. Una vez satisfecha su curiosidad, fue en busca de una cabina y efectuó una llamada. Le respondió una cinta magnetofónica, a la que dejó su mensaje de manera disimulada, sintiéndose un poco triste al pensar que su misión ya había terminado. Se había divertido bastante, llenado sus horas libres y consiguió hacer varias amistades. Ahora recibiría una bonificación que sería el último

pago. Lo gastaría todo en el bosquecillo de naranjos del centro de Florida, donde se sentaría al sol hasta quedar momificado.

Mark Shelby se aseguró de que el apartamento estaba vacío, y mientras registraba las habitaciones, miró también automáticamente entre los efectos personales de Helga. Todo lo que tenía se lo había dado él. Salvo una cosa. Un paquete nuevo que contenía tres preservativos de goma, guardado al fondo de un cajón del tocador. Durante un segundo apretó los puños, porque comprendió que la joven le engañaba con algún jovenzuelo. Luego, sonrió. Bah, el paquete era nuevo, se dijo, y estaba metido sin usar dentro del cajón, por si la espiral de ella fallaba o algo así, y era para él.

Volvió al salón, pasó detrás del bar y sacó la vela del candelabro, sin prestar ninguna atención a la imagen. Llevó la vela frente a la lámpara cuya bombilla era de gran potencia y trató de ver algo a su través. Era demasiado opaca para divisar nada, por lo que la inspeccionó con todo cuidado. Al cabo de cinco minutos estuvo seguro de que nadie la había tocado desde que la había puesto él allí.

Se sintió liberado de un gran peso.

Contempló la imagen que custodiaba su tesoro y se preguntó por qué no sentía la necesidad de arrodillarse o rezar. Tal vez, hacer la señal de la cruz.

¡A paseo con tanta beatería! Su fe estaba puesta en la vela, no en la imagen.

Bajó y deshizo el camino.

En aquel momento alguien estaba descifrando el mensaje de la cinta magnetofónica.

9

Moe Piel había vuelto a Nueva York, en un viejo camión que llevaba un gran cartel que lo identificaba como perteneciente al servicio de reparación de radios y televisores, de Fort Lauderdale. Conducía sin sobrepasar los límites de velocidad, se detuvo a pasar la noche en las afueras de Myrtle Beach, Carolina del Sur, y el único incidente surgió con el reventón de un neumático en la Autopista 13, en Delaware. Un coche de la Policía estatal se detuvo a ayudarle, pero al ver que no era necesario se alejaron tras una superficial comprobación del permiso de conducir.

De haber inspeccionado el interior del vehículo, habrían hallado una caja de herramientas repleta de dinero que enviaba su jefe a un comerciante de armas y municiones, el cual poseía un almacén en la parte Oeste Inferior de Manhattan. Por desgracia, la policía de Delaware no tenía nada contra Moe Piel y su camión; claro que no hubiese importado demasiado porque el permiso, la matrícula y la documentación eran falsas. Además, Moe parecía un auténtico reparador de televisores que realizaba un viaje de emergencia a Nueva York, en busca de unas piezas de recambio que se retrasaban en llegar.

Por desgracia, asimismo la organización sabía que si Herman Shanke, que tal era el jefe de Moe Piel, deseaba conservar el bocado que había sacado de sus operaciones en Miami, necesitaría todas las armas que pudiera reunir. La Policía, por su parte, estaba alertada en la zona de Miami, por lo que era imposible obtener armas allí.

Quedaba solamente Nueva York, y los jefes de la organización conocían al comerciante en armas y municiones, con su almacén situado a un tiro de piedra de la autopista del West Side.

Bingo y Shatzi le estaban esperando cuando estacionó el camión

delante del antiguo garaje donde, supuestamente, había piezas de recambio de radio y televisión, piezas que ni siquiera hubiesen llamado la atención de un ladrón de chatarra.

Como Moe Piel no conocía personalmente al comerciante, no se dio cuenta de que Bingo no concordaba con la descripción que le habían dado, hasta que Shatzi lo empujó con la pistola en las costillas. Ni siquiera tuvo la oportunidad de sacar la suya que llevaba en el cinturón para impresionar a los idiotas de la gran ciudad, una vez finalizada la transacción. Lo único que sintió fue jiña gran vergüenza, porque en Florida él estaba considerado como un perfecto matón, con su propio e inagotable suministro de armas. De pronto, dejó de ser el gran matón para convertirse en una estúpida mierda.

Lo que resultaba peor aún, es que creían que había destruido parte de la organización y se enteró de que ambos pensaban que era un idiota por haber salido de su terreno y haber ayudado a Herman «el Alemán», yendo en busca de armas, cuando cualquier estúpido hubiese podido hacerlo en su lugar. La conclusión a que llegaron Bingo y Shatzi fue que, no obstante, esto facilitaría las cosas.

El almacén no estaba hecho a prueba de ruidos ni aislado, así que, después de atarle, la amordazaron y Shatzi sacó el caldero y el carbón, vertió en el recipiente el aceite y empezó a calentar los hierros. Después, le dieron a Moe Piel un cuaderno y un bolígrafo para que escribiese cuando decidiese hablar. En cuanto lo hiciera llamarían al francés.

Nunca se sabía si el francés estaba enfadado. Incluso era mejor cuando se le notaba. En sus momentos más felices, cuando saboreaba la dulzura de su existencia, con el semblante plácido y una sonrisa jugueteando en sus labios, era cuando había cometido sus mejores asesinatos. Ahora estaba mirando a Bingo y a Shatzi sin dejar de sonreír.

—Oye, Frank, te juro que ni Bingo ni yo lo hemos tocado. De veras, Frank. Te estábamos esperando, y cuando ha caído de esta manera, los hierros todavía no estaban calientes.

El francés levantó la cabeza de Moe por los cabellos y contempló aquellas pupilas sin vida.

—¡Malditos puercos!

—Frank...

—¡Cállate! —no era la primera vez que esto ocurría. Ya le había sucedido en otras dos ocasiones, había conseguido que un médico le explicase todos los detalles, y ahora los consideró todos hasta sentirse satisfecho—. Ese canalla ha sufrido un ataque cardíaco.

—Oh, vamos, Frank...

—¡Estúpidos asesinos! ¿Por qué habéis tenido que divertiros antes de llegar yo? ¿Os gusta lo que habéis hecho?

—Nosotros sólo pensamos que...

—¿Quién diablos os ha ordenado pensar, malditos imbéciles? ¿Sabéis lo que podía habernos contado ese tipo? Hubiésemos podido encontrar al individuo que buscamos, casi con toda seguridad, al cabecilla... y vosotros lo habéis echado todo a rodar.

—Vamos, Frank, aguardábamos a un chófer. De modo que cuando vimos a ese sujeto, pensamos dejártelo como un guante. Esto siempre da resultado. Ya sabes que...

—¡Mierda! —contempló a los dos matones y la cólera empezó a desaparecer. Sólo habían hecho lo que les habían enseñado hacer, por lo que no podía reprochárselo demasiado—. ¿Dónde está el comerciante?

—Yo lo maté —confesó Bingo—. Allí detrás.

—Deshaceros de los dos.

—¿Y el camión, jefe?

—Devolvedlo cargado. Dejad que Herman «el Alemán» reciba las municiones, pero aseguraros de que explotan en su estúpido rostro. ¿Sabréis hacerlo?

—Seguro, jefe —asintió apresuradamente Bingo.

—Eh, Frank...

—¿Qué, Shatzi?

—No, nada, jefe.

El francés asintió y se marchó, disgustado todavía. Shatzi sonrió. De nada servía preguntar una cosa tan simple. Sacó el cuchillo del bolsillo y mientras Bingo cargaba el camión, cortó los ombligos de ambos cadáveres, los examinó con ojos llenos de horror, y los arrojó por el retrete.

Tiraron los dos cuerpos en los prados de Jersey y enviaron el camión de regreso a Florida con gran sorpresa por parte de Herman

el Alemán.

Se comunicó el caso a la Gran Junta de Chicago, que aprobó el procedimiento, aunque no lo apreciaron demasiado. Lo único que no informaron fue lo de los ombligos desgarrados.

Le gusto el espectáculo, pero Gill estuvo callado a su lado, sin sonreír ni una sola vez, ni aún en las escenas más cómicas de la obra. No consultó el reloj ni se quejó, por lo que Helen pensó que, a pesar de todo, debía de gustarle la representación.

La verdad es que Gill sólo pensaba en los dos cadáveres que la Policía de Jersey había encontrado cuando registraban la zona en busca de un niño extraviado. El laboratorio encontró las pruebas físicas de unas partículas que indicaban que los dos muertos habían estado en un garaje, un garaje muy antiguo, donde almacenaban una grasa para armamentos que no se usaba ya desde la primera guerra mundial.

La matanza había tenido lugar hacía algún tiempo. Aún no habían hecho la autopsia de los cadáveres. Cuando terminase la función llamaría a Bill Long para enterarse del resultado. Lo había intentado en el descanso, pero el forense no había concluido. Bien, otros quince minutos y tal vez sabrían algo.

No se dio cuenta de que habían bajado el telón, hasta que todo el mundo se puso de pie. Entonces volvió al presente y miró a Helen.

—¿Te ha gustado? —preguntó la joven.

—Mucho.

—Después me contarás el argumento.

—¿Por qué?

—Porque creo que has dormido con los ojos abiertos.

—Sabes que no. Lo sabes muy bien.

—¿Yo?

—Tal vez si hubieras estado más arrimada a mí…

—El me dijo que podías ser encantador —sonrió Helen maliciosamente.

—¿Quién?

—El señor Verdun. Fue él quien me regaló las entradas.

Gill empezó a experimentar el cosquilleo entre las piernas,

cosquilleo que ascendió por su vientre. Todo estaba claro y Helen ni siquiera tenía que añadir que todo había sido casual. Maldición, era un verdadero torpón. Debía de haber preguntado, haber hecho algo. Estaba demasiado embebido en sus pensamientos y había dejado que todo saltase por la borda.

—Helen... —Gill miró a su alrededor. Los pasillos se estaban vaciando de prisa—. No me hagas preguntas y haz exactamente lo que yo te digo.

—¿Gill...?

—Hazlo. Vámonos.

La cogió por el brazo y ambos salieron de la fila de butacas; luego, se abrieron paso por entre el gentío en busca de la salida. Cuando estuvieron totalmente rodeados, vio a un grupo de ocho personas que estaban intentando frenéticamente detener un taxi. Les ganó la delantera, empujándoles a todos sin compasión, y metió a Helen al interior del vehículo. Subió detrás.

Le dio la dirección al conductor, sin dejar de volver la cabeza hacia atrás. En las calles de Manhattan, a la hora del cierre de los teatros, no había más que taxis, por lo que no pudo saber si los seguían o no. Cuando la dejó en su apartamento, le indicó al chófer lo que tenía que hacer y el taxi recorrió otras cuatro manzanas.

Cuando el taxi que realmente seguía al de Gill llegó al lugar donde él se había apeado, había una escalerilla que conducía a un sótano, se dejó caer por ella en el momento justo en que la ametralladora entraba en acción, destrozando las ventanas del piso bajo.

De repente, tuvo la 45 en la mano y disparó una vez, al tiempo que veía al conductor recibir un impacto en la cabeza. El vehículo rodó un trecho por la calle y fue a estrellarse contra la fila de coches aparcados junto a la acera.

No fue lo bastante rápido para acertar al ocupante del asiento trasero, pero tuvo la satisfacción de ver a Bingo Miles muerto sobre el volante.

Dos horas más tarde, los expertos del laboratorio, a los que había despertado en sus tranquilos hogares, certificaron que Bingo Miles tenía en su cuerpo las mismas partículas microscópicas que los cadáveres de Jersey. Robert Lederer se puso rojo de cólera cuando Gill Burke se negó a contarle lo que pasaba.

Se limitó a sonreír, y el ayudante del fiscal ni siquiera pudo despedirle porque Gill era el único que tenía algún atisbo de lo que sucedía. Aquel maldito polizonte, aquel hijo de perra, tenía todos los triunfos en la mano.

Hasta entonces el francés no había sabido qué era el miedo. Lo había observado en los demás, había oído definirlo, lo había visto como una demostración, mas nunca lo comprendió porque, hasta aquel momento, el miedo siempre formaba parte de alguien que le temía a él. La sensación de miedo no le gustaba en manera alguna. En realidad, ni siquiera lo reconoció hasta que vomitó como una mujer preñada.

¿Qué importaba que hubieran matado al idiota de Miles? Todo estaba preparado, pero en vez de llevar el asunto a la práctica se había dejado matar. Shatzi, por su parte, se asustó al ver caer a su compañero. Maldición, era imposible confiar en un matón a sueldo cuando las cartas vienen mal dadas. Ignoraba por qué había contratado a Shatzi. Tal vez se estaba volviendo viejo y ya chocheaba. Se jactaba de conocer y saber manejar a los pistoleros; en cambio, ahora, éstos le manejaban a él, y si no liquidaba a Shatzi tendría la Gran Junta a sus talones. Debió recordar lo que un día le dijo Lulú: «Los matones a sueldo hablan.» Debía de haberla escuchado.

Bien, Shatzi, ahora estás en la lista negra.

Pero Shatzi ya lo sabía, por lo que empaquetó sus cosas y cambió de hotel varias veces. Cuando los matones fueron en su busca, el cuarto estaba frío y vacío. El conserje de noche no lo había visto salir, ni tampoco el portero de día, que siempre estaba medio borracho.

Frank Verdun experimentó otro escalofrío de miedo cuando se lo comunicaron. No le gustaba lo que ocurría. Gill Burke ya era suficiente problema, pero no el único.

¡Toda la organización se estaba derrumbando!

—Repasémoslo otra vez — pidió Bill Long.

—Fue una trampa —sonrió lentamente Gill—. Verdun puso

prácticamente las entradas en la falda de Helen, para poder de este modo vigilar mis movimientos.

—¿Piensa eso mismo, señorita Scanlon?

—No lo sé. El señor Verdun me dijo que podía regalar las entradas, pero preferí quedármelas.

—Entonces, hubiese podido hacer fracasar el complot.

—Eso parece, sí.

—Anda y que te pelen, Bill —se sulfuró Gill.

—¡Es una posibilidad, maldita sea!

—Que apesta.

—No, según lo que me contaste.

—No seas tonto, amigo.

—¿Qué podría hacer un buen abogado?

—Nada —confesó Gill—. El fiscal ni siquiera lo llevaría ante un tribunal, y bien lo sabes.

—Lo cual convierte el asunto en una venganza personal.

—¡Un rábano! Nunca me he enfrentado con el francés.

—Ahora sí, compañero.

—Ahora lo mataré —declaró Gill. Después añadió—: Si él me da la oportunidad, claro.

—¿No le advertirás de sus derechos?

—¡A paseo las decisiones de Miranda o Escobedo!

—Como en los viejos tiempos, ¿eh?

—Correcto, chico.

—Un buen policía.

—¡Mierda!

—Quizás Lederer no te necesite ya.

—Apuesta a que sí, Bill.

—¿Por qué?

—Porque no soy el único que está asustado.

Bill Long respiró profundamente y se instaló mejor en la silla.

—Dime —continuó—, ¿por qué tantas muertes, y de repente te conviertes tú en el objetivo? No es normal que toda la Mafia vaya detrás de ti, cuando tienen otros problemas de qué ocuparse.

Burke se levantó y encendió un cigarrillo. Tras un par de chupadas, miró por la ventana hacia la noche de la gran ciudad.

—Hace tiempo que debiste hacerme esta pregunta. ¿O todavía deseas ir más adelante en tus especulaciones?

—¿Sabes qué puedes hacer?

—Seguro —afirmó Gill, mirando a Helen, sentada en el único sillón del despacho—. Pero, ¿por qué hacerlo yo cuando hay alguien más que puede ayudarme?

—¡Largo de aquí! —rugió el capitán—. ¡Estás abusando de la amistad!

—Bueno, ¿qué me contestas? —preguntó Gill, impasible.

En el taxi Helen iba cavilando. De repente, le cogió la mano a Gill.

—No puedo continuar en la oficina, Carlño. Supongo que lo comprendes.

—No te lo iba a permitir —sacó el paquete de cigarrillos, lo encontró vacío y lo arrojó por la ventanilla con un gesto de enojo—. Ese tipo ha sido demasiado listo.

—Gill… él no me ordenó que utilizase las entradas.

—¿No? —el policía volvió la cara y estudió un momento el semblante de la joven—. Imaginémoslo de este modo. Probablemente, sabía que sus empleadas estaban comprometidas, y tú no. Las mujeres no suelen cambiar de plan a última hora ni por unos buenos asientos en un gran espectáculo. Tú eres la candidata natural, muñeca.

—Pero ¿por qué quiere matarte? —preguntó Helen, con voz descompuesta.

—Estoy en su camino.

—Como todos los demás policías.

—No como yo. Ya tienen bastantes conflictos sin mí.

—Entonces, corrieron un riesgo enorme.

—Y por esto viven todavía. Ya en cierta ocasión se deshicieron de mí, pero no les sirvió de nada, y ahora han de volver a intentarlo, definitivamente.

—El capitán Long aún piensa que yo tuve algo que ver en ello.

—No lo creas. Se agarra a lo que puede. Conoce toda la historia.

Helen apretó con más fuerza la mano de Gill y se mordió el labio inferior.

—No sé, Gill. Empiezo a estar asustada.

—Olvídalo.

—Gill... —ella le miró con ansiedad—. ¿Crees... crees que volverá a suceder lo de anoche?

El se encogió de hombros, con rostro inexpresivo.

—Quizás. Aunque es posible que acabe de la misma forma.

—Oh, Gill... ¿no existe alguna manera de estar tranquilos... por algún tiempo al menos? —había una extraña nota en su voz—. Ha ido todo tan de prisa... ¡Yo... tengo que huir de todo esto!

Gill le pasó una mano por el brazo y la acurrucó contra su pecho.

—Lamento infinito que estés metida en esto, Carlño. Ya sé que esa entrevista con Bill ha sido muy difícil para ti, pero necesitaba tu declaración. Oye, terminaremos con este desgraciado asunto y con todo lo demás. Vamos, olvida lo que ha sucedido.

—De acuerdo, pero ¿qué voy a hacer ahora?

—Te quedarás tranquila y yo cuidaré de ti.

Durante un segundo ella no se movió. Después, le miró directamente a los ojos.

—Gill...

El policía batalló consigo mismo unos instantes, recordando todo lo que se oponía a lo que estaba pensando y a lo que podía pasar. Ya no era ningún crío, y Helen había vivido bastante con la Policía, a causa de su padre. A él aún le quedaba por hacer algo grande, incluso podían matarle y, entonces, la joven quedaría expuesta a algo mucho peor de lo que había conocido hasta entonces.

Pero el otro sentimiento que ahora le atenazaba, el que no quería que se sobrepusiera a todo lo demás, iba en aumento. La miró y sonrió.

—Sí, es un verdadero infierno, pero así están las cosas.

—Te quiero... —murmuró ella con dulzura.

Gill la besó el cabello, diciendo lo mismo sin palabras.

—Gill...

—¿Qué?

—Es noche de sábado.

—Sí, lo sé.

—¿No podríamos ir a cualquier parte para pasar el fin de semana?

Gill consultó su reloj y frunció el entrecejo.

—Son ya las nueve y media.

—Hay un lugar estupendo en Jersey, donde todo está tranquilo y la comida es excelente. Todas las habitaciones tienen terrazas que dan a las montañas.

—Carlño...

—Por favor...

—Está bien, pesada —asintió él, volviendo a aCarlciarle el brazo. Miró otra vez el reloj—. Te dejaré en casa, preparas lo indispensable y te recogeré dentro de media hora.

Ella apartó la cabeza de su pecho y la sacudió patéticamente ante la ignorancia masculina.

—Querido... si quieres que esto salga bien, será mejor que comprendas a las mujeres. Ha sido una terrible experiencia y me gustaría llevar lo mejorcito para esta ocasión. De manera que, por favor, por favor, concédeme una hora y media al menos.

Gill se echó a reír porque comprendió que ella tenía razón, en tanto que él no era más que un bobalicón. Estaban casi frente al apartamento de Helen y ésta se inclinó para besarle en la boca.

—Ya aprenderé, chiquilla —prometió Gill.

—Eso espero —suspiró ella, acarlciándole una mejilla.

—Pero también tendrás que aprender algo.

—¿De veras?

—No pensaba en mis obligaciones. En realidad, deseaba conservarte a mi lado por un motivo más permanente y básico.

La joven se ruborizó, sabiendo que nunca había sido tan feliz. Nunca, concluyó, mientras subía a su apartamento, sintiendo un intenso cosquilleo en todo su ser.

Papa Menes no sabía si sentirse contento o no. Lo que sí tenía presente era que la Gran Junta conocía su presencia en el lugar del conflicto, y que ahora posiblemente decidieran si echarle o no al cubo de la basura. En Miami había empezado todo, y él vivía a sólo una hora de coche, y si bien no era el instigador, podía ser la víctima propiciatoria. Formaba parte de la Gran Junta, pero nunca estaba presente cuando se adoptaban las grandes decisiones porque no le gustaba el olor de la sangre, ni deseaba olería nunca. Era mucho mejor acostarse con una fulana bonita, en lugar de volver a revivir lo que había constituido una parte preponderante de su

formación profesional; o estar sentado en el sillón presidencial donde la tortura y el asesinato no eran más que meras palabras, sin ver jamás cómo se ejecutaban las órdenes.

Se hallaba allí por casualidad y ahora tenía que ocuparse de un maldito alemán que se creía capaz de aniquilar a toda la organización, y como él sabía cómo lograrlo, le pidieron la realización de aquella tarea. Las damas estaban en camino, y él podía dar cuenta de «el Alemán» cuando quisiese. Sus pistoleros habían llegado, estaban listos para actuar, y aunque la Policía de Miami cubría toda la zona, sus secuaces eran los únicos capaces de ejecutar la orden. Estaban bien equipados, eran muy hábiles y su dedicación era absoluta.

No llegaba a comprender por qué la Gran Junta exigía la eliminación de Herman «el Alemán». Se trataba de una operación para cualquier *capo* local, no para un jefe. Claro que si querían que él se ocupase del asunto, allá ellos. El estaba de acuerdo. Totalmente de acuerdo.

En Nueva York, aquel bastardo de Gill Burke le estaba creando al francés toda clase de problemas, cosa que también le gustaba. Cada vez que la Junta contrataba a un degenerado sexual como el francés, había problemas. Esta vez, los problemas eran todavía mayores.

Bueno, no podían reprochárselo. Dentro de dos días el maldito alemán habría muerto y los problemas habrían terminado. Todo un mes de conflictos por culpa de un estúpido alemán y aquel imbécil de Moe Piel, que bien muerto estaba. Eran unos culones.

La palabra insultante le devolvió al presente, porque Artie Meeker estaba trayendo a las chicas desde Miami; y ahora que sabía que a ella le gustaba ser empalada por el trasero, disfrutaría terriblemente. Nada de lubricantes. Esta vez la penetraría sin ayuda y si le dolía tanto mejor.

Frank Verdun poseía un instinto animal. Sabía cuándo lo vigilaban. Lo sentía en los huesos y hasta cuando iba andando, su mano palpaba la pistola que llevaba en el bolsillo. Aquel bulto le tranquilizaba siempre, pero no ahora. El arma estaba helada y parecía inadecuada; a donde quiera que volviera la mirada o el

pensamiento, nunca encontraba a nadie. Se acordaba de Vic Petrocini y los demás, comprendiendo, de pronto, lo que habían sentido. Su estómago parecía de piedra.

Cuando llegó a la seguridad de su apartamento volvió a vomitar, arrodillándose sobre la alfombrilla del lavabo a fin de no mancharse. Apenas expulsó nada porque casi no había comido; pero sentía el terrible vómito en las entrañas. Dejó que los espasmos se calmasen por sí mismos. Al concluir, se desnudó y entró en la ducha.

El francés salió del agua con una potente erección como le sucedía siempre que se jabonaba y se sintió mejor. No llegó a ver el cuchillo que se clavó en sus genitales. Lo único que pudo hacer fue mirar fijamente el cuchillo, antes de aspirar el aire y lanzar un grito. Vio la cara sin poder pronunciar el nombre que se escondía tras la máscara, y la siguiente cuchillada le cercenó completamente la garganta por debajo de la barbilla.

Incluso pasó por la aterradora experiencia de vivir una agonía, contemplando una auténtica improbabilidad, y preguntándose cómo un gusano podía estar carcomiendo unas paredes de piedra, que se derrumbarían como si fuesen de arena. Vivía aún cuando el cuchillo penetró en ciertas partes con un tremendo impacto, y todo el terror se fundió con el conocimiento de lo que él había hecho a otros individuos. Intentó gritar.

No le sirvió de nada.

De su garganta cortada solamente surgió un estertor, y empezó a morir dándose cuenta de ello, aunque sin poder decirlo.

Durante largo tiempo Shatzi contempló el charco de sangre que manchaba el cuerpo desnudo, con el rostro absorto, en profundos pensamientos. En vida, Frank Verdun había sido un hombre aterrador cuyas órdenes había que obedecer ciegamente, y después de lo que el francés había hecho por él durante tantos años, él le había sido leal y había ejecutado todas sus instrucciones, incluso las peores. No por respeto o devoción, sino simplemente por un temor irrazonable, demencial.

No es que gozase con lo que veía, pero algo que se parecía a una carcajada brotó de su garganta.

—Ya no podrás dar la orden de que me maten, Frank —murmuró—. Verdun, puerco bastardo, Verdun, mierda hijo de mierda, por fin has caído.

Creyó detectar un leve movimiento de los párpados, pero no estuvo seguro. Lástima, pensó. Cogió el cuchillo y cuidadosamente le cortó a Frank Verdun el ombligo, levantándolo a la luz para examinarlo. Al volver a mirar la cara del francés, sus músculos faciales se estremecieron involuntariamente. Verdun tenía los ojos abiertos, abiertos durante un horripilante segundo, mientras veía cómo sus ataduras con la vida habían sido segadas por la guadaña de la muerte. Los ojos se cerraron cuando por fin el corazón dejó de latir.

Shatzi sonrió, sacó un pañuelo sucio de su bolsillo y envolvió en él el sanguinolento recuerdo.

—Este ombligo lo guardaré, Frankie —murmuró—. Este es un ombligo especial.

Gill levantó el auricular al cuarto timbrazo y lanzó un ronco «diga».

—Pensé, que te agradaría saberlo —le notificó la voz de Bill Long — Tenemos casi atrapado a Shatzi Heinkle.

—¿Dónde está?

—Huyendo, amigo. Por lo visto, tiene mucha prisa. Se largó del hotel donde paraba y poco después, unos tipos fueron a buscarle. La descripción de los mismos encaja con un par de individuos duros de Brooklyn.

—Hum... Shatzi está marcado. Había otro sujeto con Bingo en el taxi, y querrán liquidarlo. El sindicato no puede permitir ahora que los posibles chivatos anden sueltos.

—¿Lo habría contratado Verdun?

—Parece razonable.

—Eso me figuré. Ahora veremos qué dice el francés.

Gill arrugó la frente antes de contestar.

—Ese tipo también debe de tener prisa.

—Su casa está vigilada desde primeras horas de la noche. ¿Quieres estar presente cuando lleguen los matones a darle cuenta de la fuga de Shatzi?

—Esta noche no, amigo.
—¿Qué te pasa?
—Si te lo dijese no lo creerías.
—Te creeré.
—Voy a pasar el fin de semana con Helen Scanlon —suspiró Gill —. Si me necesitas estaré en la Clipper Inn, en Jersey.
—Que te diviertas, hermano —rió Bill Long al colgar.
Gill cogió su bolsa de viaje y bajó en busca de un taxi.

Papa Menes se despertó recordando cómo había penetrado a la rubia de Miami. Una agradable víctima voluntaria, metida en carnes y difícil de ponerla en posición. Sabía que a ella le gustaba el numerito y el viejo suponía que la muchacha estaba fingiendo, con sus chillidos y retorcimientos, aunque en realidad no se resistía demasiado. Las pocas veces que él había azotado aquella bronceada carne de sus nalgas, ella había llorado como es debido, rindiéndose al instante para que él pudiese instalarse cómodamente.

La chica era una verdadera profesional. Sabía cómo doblegarse a las exigencias de los clientes. Cuando comprendía sus preferencias, se adaptaba a ellas de manera muy apropiada; sin embargo, el viejo no era más que un desgraciado, en posesión de un falo a medio inflar, incapaz de penetrarla por entero, de manera que la joven no había conseguido todo el placer que había esperado. Lástima. Pudo haber estado, en el sitio de su compañero, con Artie Meeker, realizando el acto normal o algunas Carlcias bucales. Esto hubiese sido mucho más sencillo. Un orgasmo y Artie estaba agotado para varias horas; en cambio, el baboso del viejo no cesaba de hurgar y hurgar, y al final ella se estaba ya cansando de tanto ajetreo. Al menos, hubiese podido usar algún lubricante.

Para distraerse levantó la cabeza y miró hacia el tocador. Vio allí la pistola, mas aquello no era ninguna novedad con esos tipos de Nueva York. Lo que sí la inquietó fue el arrugado telegrama del suelo, delante mismo de sus ojos. Una palabra hizo que su ano se contrajese tanto que Papá Menes llegó rápidamente al orgasmo. La palabra era VERDUN.

Su abuelo había muerto en una batalla del mismo nombre. Y también había un individuo que se llamaba igual, y casi la había

matado.

Entonces era joven, demasiado joven para huir del hogar, pero el grupo la había convencido y a sus dieciséis años había subido a la camioneta Volkswagen, dándole sus pocos dólares a Glen para el fondo común; y el grupo había salido de Decatur con destino a la lujosa y feraz California. Pero de pronto habían cambiado de dirección, yendo hacia el sudeste hasta que la camioneta se averió por completo. La habían enviado a un garaje que distaba dos kilómetros. El garaje estaba abandonado desde hacía un año, y cuando regresó, la camioneta aún seguía allí, pero no la pequeña familia. Habían desaparecido, llevándose todas sus cosas.

Estuvo llorando durante una hora; luego echó a andar. Fue entonces cuando se detuvo el elegante auto, y el caballero de maneras untuosas que lo conducía la invitó a subir. Se sentía demasiado desdichada para rechazar la invitación. La población más cercana se hallaba a unos treinta kilómetros, y la carretera asfaltada por la que iban, no mostraba señales de ser muy concurrida. Durante unos kilómetros estuvo sollozando e hipando, y contando su historia.

No mucho después, también lloró y gritó de dolor, pero el cobertizo estaba lejos de toda vivienda y sus paredes eran bastante gruesas. Se quedó desnuda, con las cuerdas mordiéndole la carne, para obligarla a hacer todo lo que él le ordenaba, escapando al dolor sólo mostrándose completamente sumisa a sus peores deseos, y experimentando luego más dolor todavía.

Cuando la desató, intentó escapar. No había ningún sitio adonde ir, por lo que se acurrucó contra la pared del establo, donde él había colgado sus ropas. El malvado se vistió prontamente, sin prestarle la menor atención. Pero se le había caído una carta del bolsillo y en el sobre habían mecanografiado el nombre de VERDUN. Recordaba haberle contado a su agresor que su abuelo había muerto en aquella batalla.

Hasta ahora, no había vuelto a recordar aquel odioso nombre.

Esta vez, comprendió que no volvería a olvidarlo.

10

Mientras conducía por el puente de Jersey, Gill estaba tranquilo, disfrutando con la grata sensación de haberse librado del incesante ruido y la frenética actividad de la gran ciudad, que quedaba a sus espaldas. En cierto modo, era como cruzar un umbral, y ansiaba no tener que volver de nuevo. Por suerte, sabía adaptarse. Otros, en cambio, no podían. La ciudad era toda su existencia, todo su ser. Para él era un lugar en el que debía permanecer hasta que decidiese lo contrario. Allí había nacido, allí se había criado, había trabajado allí hasta que Nueva York llegó a ser algo más que una ciudad; era como una enorme montaña de mampostería íntima y animada, con barrancos, arroyos y grandes cumbres. Todo esto estaba bien grabado en su mente. Había catalogado a sus habitantes, y los registraba en los archivos más secretos de su cerebro; a veces, sentía incluso el peso de su gran número, tan cruel como un cáncer. El cáncer lo formaban los de su archivo privado. Los demás eran, sencillamente, las partículas que alimentaban al cáncer, que seguía creciendo sin cesar.

—Estás terriblemente serio, Gill.

Volvió la cabeza y sonrió levemente.

—Estaba pensando, eso es todo.

—¿Malos pensamientos?

—No mucho —miró por el parabrisas—. Algún día abandonaré toda esta bazofia.

—¿Cuándo? —preguntó Helen con suavidad.

—Cuando todo haya terminado.

—¿Terminará alguna vez?

—No. Se calmará momentáneamente, nada más.

Helen posó una mano sobre la que guiaba el volante.

—Eso es lo que también decía mi padre.

—Eso es lo que decimos todos.

—Entonces, ¿por qué no acaban con ello de una vez por todas?

—Porque los policías somos unos seres muy raros, chiquilla. No sé por qué nos gusta esta profesión, pero nos gusta. Es algo que sabes que vas a hacer a pesar tuyo. Algunos proceden del instituto, otros se han gastado una fortuna en una educación universitaria y son felices cuando van de ronda. Han nacido policías y morirán policías. Supongo que es su vida.

—Sí, lo sé.

—Pero no lo apruebas, ¿verdad?

—Alguien tiene que hacer que se respeten las leyes.

—Eso —sonrió Gill— no responde a mi pregunta.

Al cabo de unos momentos, Helen asintió pensativamente, sabiendo que las palabras que iba a pronunciar llevaban demasiado tiempo enterradas.

—Sí, lo apruebo, Gill. Era una existencia que odiaba porque pasé muchos días y muchas noches angustiada, hasta que sucedió lo inevitable. Al recordarlo, veo que siempre era yo la que me quejaba, nunca mi madre. Ella también lo aprobaba. Ella… *ayudaba* a papá. Hacía todo lo posible, hasta lo imposible, para alegrarle la vida porque ella sólo tenía que enfrentarse con el miedo, no con el dolor ni la experiencia física de la muerte —Helen calló, aCarlció la mano de Gill una vez más y agregó—: Te apruebo a ti y a tu vida, digan lo que digan de ti.

Gill experimentó como una punzada en el estómago y se concentró en la carretera que tenía delante. Todos sus años de soledad le pedían que callase, pero aún quedaban muchos años por delante y éstos le incitaban a hablar. Miró por una fracción de segundo el rostro de la muchacha y aquella breve ojeada casi fue demasiado.

—De haberte conocido antes —musitó—, las cosas habrían sido diferentes.

—Nada habría cambiado —objetó ella. —¿Podría algo cambiar las cosas?

—No —concedió simplemente, apretándole la mano—. Los dos lo sabemos.

—Experimenté una sensación estúpida.

—¿Por qué?

—Diantre —gruñó Gill—, ya sabes el por qué.

—¿Creerás que he tenido la misma estúpida sensación?

La punzada se repitió en el estómago del policía.

—Se supone que el amor es cosa de niños.

La risa de Helen fue baja y plena. Reclinó de nuevo la cabeza en el hombro de Gill, que aspiró la fragancia de su perfume y el calor de aquel deseado cuerpo junto a su brazo.

—Entonces, supongo que somos un par de niños. Desde luego, has elegido un lugar extraño para decírmelo.

—No conozco ningún otro mejor.

—Pudiste decírmelo cuando compartíamos la misma almohada

—Hubiese sonado a falso.

—No, viniendo de ti —respondió Helen.

Mark Shelby oyó sonar el teléfono dejó el vaso que tenía en la mano y miró el gran reloj de pared. Pensó que los de Chicago estaban envejeciendo. Habían tardado más de, dos horas en comprobar la información que él les había suministrado, después de convocar asamblea y llegar a una decisión.

Cuando habló, no hubo intercambio de nombres, pero reconoció la voz del otro extremo de la línea. Ya sabían que el francés había muerto, por lo que ahora sí recordaban que él siempre había sido el *Primus Gladiatori*.

—Hemos estudiado la situación —murmuró la voz.

—¿Sí? —la de Mark era firme y dominante.

—¿Adonde has llegado en el otro asunto?

Era una referencia a la información destruida en la fortaleza de León Bray.

—Faltan solamente unos cuantos días más y habrá terminado.

—¿Podrías ocuparte de algo más?

—Naturalmente —ahora su voz sonó más aplomada.

El del otro extremo de la línea lanzó un suspiro de satisfacción.

—Está bien, aunque te estamos cargando demasiado, lo sé.

—¿De qué se trata?

—Mientras papá esté de vacaciones, tú te encargarás de las operaciones de Nueva York. ¿Podrás hacerlo?

—Encantado —sonrió antes de interrumpirse la conexión.

No obstante, su expresión no era precisamente de encanto. ¡Mierda!, pensó. Todo lo que le encargaban era pura mierda. Tenía que realizar las tareas del francés mientras el maldito viejo estaba de vacaciones en su escondrijo. Bah, él sabía dónde estaba en Florida. Tal vez no lo supiese nadie más, pero él siempre había querido conocer esos detalles porque si algún día levantaba la trampa, no quería que volviese a cerrarse en el vacío. Lo malo era que la Gran Junta daría la orden de eliminar a Herman «el Alemán» en Miami. Papá le echaría sus matones a las espaldas, y sería él quien se llevaría toda la gloria por haber aplastado a la oposición.

Resultaba increíble que un don nadie como Herman Shanke se atreviese a dar semejante golpe, aunque considerando el asunto con la debida atención, se entreveían muchas posibilidades. Era un perfecto desconocido, no le importaba matar, y las emboscadas que había preparado no habían sido complicadas. Conocía a algunos matones de ocasión, capaces de actuar de la misma manera, gracias a sus mentes tortuosas. Sin embargo, eran lo bastante idiotas como para ufanarse de ello ante cualquier prostituta, y una hora más tarde ya habían muerto.

Cogió el vaso de encima del archivador que había retirado de la oficina del francés antes de la llegada de la Policía, limpió el círculo húmedo que había dejado sobre la superficie y volvió a dedicar su atención al abierto cartapacio.

Había visto algo que ahora le inquietaba sin saber por qué. Hojeó los papeles hasta hallar lo que buscaba.

Era un informe sobre la venta de balas, unas balas que encajaban con cierta arma asesina propiedad de un individuo que llevaba un tatuaje reciente en el antebrazo.

Era una nota escrita a lápiz que indicaba que habían encargado a Eddie Camp la misión de encontrar al artista del tatuaje.

Mark buscó el número telefónico de Camp, lo marcó y una voz agria de mujer le aclaró que Eddie se había marchado y no regresaría en algún tiempo. Mark respondió que tenía que verle lo antes posible, por lo que debía llamar tan pronto estuviese de vuelta. Después colgó.

En aquel asunto del tatuaje había algo que no le gustaba, a pesar de no saber el porqué.

Antes de separarse del teléfono, efectuó otras tres llamadas a fin de estar completamente al corriente de la situación. Lo único que averiguó era que Miami era una zona rodeada, a la que iban acudiendo los muchachos y que tenían orden de realizar su cometido calladamente, sin espectacularidades de ninguna clase. Una masacre silenciosa con todos los cadáveres retirados y destruidas las pruebas, de modo que parecía como si Herman «el Alemán» y sus compinches hubiesen decidido no seguir adelante con sus planes. La Gran Junta y Papá Menes disponían de los mejores pistoleros del momento, todos profesionales bien experimentados, de manera que la tarea no sería difícil.

Lástima, volvió a pensar. Cuantos más conflictos hubiese, mejor podría consolidar sus planes futuros. Rápidamente adoptó una decisión. Tenía allí mismo el dinero, sabía cómo podía realizarse la entrega y, tras esta idea, cogió nuevamente el teléfono con una sonrisa de satisfacción.

Una hora más tarde, cambiaba de manos un paquete de dinero. Cuarenta y cinco minutos después, cargaban el material, poniéndose en marcha. Herman «el Alemán» conseguiría su arsenal sin la ayuda de Moe Piel.

Tomó el último sorbo del vaso y estaba a punto de irse a la cama cuando el portero llamó al apartamento para comunicarle que un tal señor Case deseaba verle. Mark respondió que le dejara subir, preguntándose qué querría el Pequeño Richard a tales horas de la noche.

Cuando entró, Case no se anduvo por las ramas.

—¿Sabes quién se cargo al francés?

—Dímelo.

—Ese jodido de Shatzi, ése fue. Los policías lo vieron cuando salía del apartamento, pero huyó antes de que pudieran atraparlo.

—¿Shatzi?

—Sí, el ayudante de Verdun. No cumplió las órdenes del francés como era debido, y éste quiso darle su merecido, pero Shatzi se le escurrió de entre las manos. Pensó que Frank quería matarle y se largó.

—El último noticiario…

—Claro —le interrumpió Case—, nadie lo sabe todavía. La policía ha ordenado a todos los medios de comunicación que

cierren el pico. Ese lunático le cortó los cojones al francés, le cortó el ombligo y le rajó la garganta. El portero del edificio lo identificó, los polis lo reconocieron. Ahora le busca hasta el último poli de la ciudad.

Shelby preparó dos bebidas y le entregó una a Case.

—Como has dicho, era el ayudante personal de Frank. Por tanto, no pueden relacionarlo Con nosotros.

—Mira, Mark, nadie sabe de cuánto se ha enterado ese loco. Por eso, es preferible que lo encontremos nosotros antes que la Policía.

—Las órdenes de Frank siguen todavía en pie, ¿verdad?

—Exacto. He llamado a una docena de nuestro grupo para que lo busquen —calló unos instantes para tomar un trago de su vaso y añadió con exasperación—: ¿Qué diantre pasa aquí? ¡Estábamos ganando montones de pasta, y de repente el maldito edificio se está viniendo abajo, desplomándose sobre nuestras cabezas!

—Tranquilízate, estas cosas ya han ocurrido antes.

—Pero no había ningún obseso por los ombligos.

—¿Quién te contó lo del francés?

—Estaba presente cuando lo notificó Lederer. Lo oí desde el pasillo. El Ayuntamiento debe de haberle presionado, porque ha cancelado todos los permisos, ha ordenado a todos los detectives que no tengan ni un instante de reposo, y le está comiendo el coco a Bill Long porque Gill Burke ha desaparecido de la circulación y nadie sabe dónde está.

—Bueno, termina tu bebida y lárgate a casa. Chicago ha dejado todos los asuntos en mis manos hasta que vuelva Papá. Mañana entraré en acción.

Cerró la puerta detrás de Case y estuvo unos segundos reflexionando sobre Gill Burke. No le gustaba la desaparición del muy bastardo. Quería tenerlo donde pudiese ir a por él.

Bill Long había localizado a Gill para comunicarle lo de Shatzi.

—¿Estás seguro? —preguntó Gill, no muy convencido.

—Positivamente. El portero y la Policía lo identificaron. El forense confirmó que Verdun falleció diez minutos antes de que un policía viese salir corriendo a ese loco.

—O sea que por fin tienes una pista definida.

—De ésta no hay duda. Mutiló al francés como a los otros, aunque mucho peor. Le cortó el colgajo, el ombligo… yo qué sé. Hasta dejó manchas de sangre en el ascensor.

—Fue un animal…

—Bueno —rezongó Bill Long—, Verdun lo conocía, lo dejó entrar y el otro se ensañó con él. El francés no podía suponer que Shatzi se le rebelase.

—Un error puede acabar con una vida —filosofó Gill.

—Lederer quiere verte. Quiere hablar largamente con Helen Scanlon respecto a Verdun, de manera que será conveniente que tengáis listas algunas respuestas. Lederer empieza a pensar que llevas mucha mierda en el zapato, viejo amigo. Incluso ha ordenado a un par de muchachos suyos que te investiguen, minuciosamente.

—Déjale que se ahogue por sí mismo.

—Eso ya lo has dicho algunas veces.

—Entonces, no es ninguna novedad.

—¿Cuándo volverás?

—El lunes por la mañana. Y por si pensabas venir en mi busca, recuerda que esto es Nueva Jersey.

—Vamos, Gill. A Lederer no le dije dónde estás.

Gill rió ante el auricular.

—Pues continúa con la boca cerrada. Una persona necesita descansar alguna vez.

—Tú no te has ido a descansar precisamente, pillastre —comentó Long antes de colgar.

Cuando Gill dejó el aparato en su horquilla, Helen le miró sonriendo.

—Te aseguro que descansarás muy poco. Ven aquí cerdito mío.

Gill reclinó de nuevo la cabeza en la almohada, con un brazo rodeando el cálido hombro de la muchacha. De todas maneras, algo acababa de ocurrirle y ya no estaba con ella en absoluto. Su mente se hallaba en Nueva York, y de repente todo empezó a encajar, no con rapidez sino como un torbellino de copos de nieve empujados por las rachas de viento, revoloteando como en busca de un sitio donde posarse. Un copo llegaba al suelo y de pronto volaba hacia otro lugar hasta quedar bien adherido y esperando que otro se le juntase. La bola de nieve empezaba a formarse; cuando los copos estuviesen bien unidos entre sí, todo quedaría aclarado.

Helen comprendió que Gill no pensaba en ella. No quiso molestarle en sus cavilaciones, contenta de estar a su lado mientras él se arrastraba por lugares secretos investigando las cosas escondidas que sólo los policías averiguan. Deseaba poder ayudarle, mas sabía que no podía. De lo único que estaba segura era de que, esta noche, el maldito policía era todo suyo. Cerró los ojos y trató de conciliar el sueño.

En el último piso del hotel de tercera categoría de la calle Cuarenta y Nueve, tampoco Shatzi Heinkle lograba dormir. No hacía más que contemplar aquel pedazo de carne que había metido en un frasco de alcohol, y que tenía a su lado en la mesita de noche, haciéndole experimentar una excitación que jamás había sentido.

¡Vivo! ¡Había arrancado el ombligo a alguien que estaba vivo!

Se humedeció los labios y tomó otro trago de la botella de whisky barato que había cogido abajo, sonriendo maliciosamente. Fuera, le estaba buscando toda la ciudad, pero esto no le importaba en absoluto. Aquel hotel lleno de pulgas era un sitio completamente seguro para él, mientras Bert estuviese en recepción. Claro que mañana tendría que trasladarse a otro sitio más seguro todavía hasta llegar a la pequeña aldea del centro de los Estados Unidos donde había nacido y donde podría vivir feliz y en paz toda su vida, con aquel trofeo metido en el frasco de alcohol. Era demasiado listo para los otros. O tal vez demasiado torpe. No podían pensar como él, y por esto jamás lo hallarían. ¿Quién, por ejemplo, busca algo en una aldea que ni siquiera posee una estafeta de correos?

Uno a uno, fue repasando los movimientos que tenía que ejecutar y llegó a la conclusión de que su ruta de escape era perfecta. Lo único que le molestaba era el frasco que tenía al lado y la excitación que se había apoderado de todo su ser. Joroba, si una sola de aquellas cosas le daba tanto gusto, ¿cuál no sería el que le producirían dos o tres ombligos en el frasco? La boca se le secó de placer y tuvo que mojarla de nuevo con whisky.

Seguro. Había aquel jefazo imbécil de Shelby, y el gordinflón del Ayuntamiento al que apodaban «Pequeño». Y estaba también Ramy que en cierta ocasión en que aguardaba a Frank fuera de la oficina le había dicho que se largase. Maldición, quizás lograra refugiarse

en su aldea con dos frascos llenos, dejando a sus espaldas un reguero de sangre que demostraría qué clase de hombre era. Además, la vista de los ombligos lo alimentaría toda la vida.

Podía huir en cualquier momento. Sin embargo, si se precipitaba no podría aumentar el contenido del frasco. Además, él era demasiado listo para sus perseguidores.

O demasiado torpe. Y ambas cosas le servían.

11

Los años de aburrimiento profesional habían dejado a Louise Belhander con el corazón encallecido por completo, con una total falta de sensibilidad y, con un casi absoluto olvido del pasado, hasta que leyó el nombre de Verdun otra vez. Pero aquella palabra se lo había recordado todo de repente, incluso los momentos en que, de manera inconsciente, miraba en la V del listín telefónico siempre que tenía que llamar a alguien. Sin embargo, nunca había hallado aquel apellido, y ahora sentía un furor indecible en su interior al volver a su memoria cada uno de los detalles de la sórdida vida que había empezado aquel día en un cobertizo.

Aunque el vejestorio y su amigo hubiesen pagado bien sus servicios, el primero conocía a un tal Verdun y si era el mismo se encargaría de que le pagasen mucho más.

Cuando Artie Meeker condujo a las dos chicas de vuelta a Miami, Louise le contó que pensaba alojarse en casa de una amiga, por lo que quería detenerse un momento en Homestead para hacer una llamada. Lo que en realidad hizo fue disponer que hubiese un coche de alquiler en cierto sitio. Cuando Artie la dejó, ella se dirigió al sitio convenido donde ya la aguardaba un auto, con el que siguió al amigo y ayudante del viejo hasta que dejó a la otra muchacha, y después de regreso a los Cayos. Artie no se dio cuenta de que le seguían porque Louise se mantenía bastante distanciada, ya que en los Cayos de Florida no hay más que una carretera. En una gasolinera del camino, Artie se detuvo unos minutos en una cabina telefónica. Después de llamar y sostener una conversación corrió desesperadamente hacia su coche y empezó a conducir como alma perseguida por el diablo.

Cuando Louise vio que casi desaparecían las luces del auto, y

que de pronto el vehículo torcía por un sendero lateral, divisó el refugio del viejo, aparcó entre unos arbustos, y echó a correr hacia la casita de Papá Menes.

Se escondió entre los matorrales que crecían delante de la ventana abierta, sin hacer caso de los insectos que le daban la bienvenida. Escuchó la conversación que tenía lugar en el salón, sin perder ni una sola palabra, sintiendo que las ondas de choque agitaban su cerebro ante lo que Artie Meeker le estaba contando al viejo.

Sólo una vez en su vida había sentido Papá Menes punzadas en el estómago, a causa del miedo. Ahora sentía lo mismo. Apretó el brazo de su butaca para dominarse y dejar que pasara el espasmo.

—Vamos, repite eso otra vez.

Artie Meeker dejó de pasearse y dio media vuelta.

—Es como digo, jefe. Verdun está muerto. Shatzi le arrancó el ombligo y se lo llevó consigo. Sí, tal como digo. Los de la Gran Junta habían ordenado que Shatzi se ocupase de las cosas de Nueva York y ahora están frenéticos al pensar que ese asesino anda suelto y puede ser detenido por la Policía. Le han ordenado a Shelby que dirija todo el asunto.

—Shelby no dirigirá nada —gruñó Papá.

—Yo sólo repito lo que me contaron.

—Los de la Junta —comentó Papá Menes casi para sí —no son más que una manada de burros. Si piensan que pueden apartarme a un lado por Shelby están locos.

—Jefe...

—Calla, Artie —el viejo se miró las manos, apretó los puños y luego los abrió de nuevo—. Esos asnos fueron quienes enviaron a Verdun a Nueva York. Lo hicieron sin consultarme para nada y ahora empiezan a chillar.

—Jefe —le recordó Artie—, fue usted quien trajo por primera vez al francés.

—Y con una vez tuve bastante. ¿Qué más te han contado?

—Que toda la Policía de Nueva York está buscando a Shatzi. Los nuestros quieren cazarle antes, y la tapadera está a punto de estallar. Ese maldito ayudante del fiscal de distrito, ese Lederer, está realmente rabioso. Los de la Junta desean que usted limpie esta zona, y vuelva a la ciudad.

—¿De veras?

—Dicen que puesto que tiene ya aquí a los artilleros, tiene que utilizarlos —manifestó Artie, encogiéndose de hombros—. Quieren que Herman sea liquidado inmediatamente.

—¿No les dijiste de qué manera estoy haciendo la jugada?

—Claro, jefe. Sin excitaciones innecesarias, les dije. Con frialdad. Pero respondieron que hay que dejarse de tonterías y actuar de una vez.

—¡Malditos idiotas! —masculló Papá Menes.

—Bien, ¿qué piensa hacer, jefe?

Durante un par de minutos, el viejo no contestó. Permaneció sentado, meditando, hasta llegar a una decisión. Volvió la cabeza en dirección a Artie.

—¿Cuántos muchachos tenemos aquí?

—Cuatro.

—Despídalos. Los demás son los que envió la Junta. Cuando se carguen a ese fanático alemán, todas las culpas recaerán sobre ellos. Ese rebaño de individuos del Oeste merecerían morir en la hoguera, como en los viejos tiempos.

—¿Quiere que lo haga ahora?

— No, mañana será mejor.

Artie cogió su cerveza, tomó un largo sorbo y pareció estudiar la etiqueta de la lata.

—Eh, Papá —murmuró, finalmente.

—¿Qué te ocurre ahora?

—¿Quién demonios piensa que está acabando con los nuestros?

—Alguien que desea empuñar las riendas del sindicato.

—Herman el Alemán no es tan listo.

—Ya lo sé.

—Entonces, tiene que ser otro.

—También lo sé.

—Entonces ¿quién puede ser, Papá?

—Cuando muera ese imbécil de Miami, si sucede algo más lo sabremos con toda seguridad.

Artie asintió pensativo, sin dejar de contemplar la lata de cerveza.

—Una cosa me extraña mucho, jefe... Verdun era muy cuidadoso. No hubiese permitido jamás que Shatzi se colase en su

apartamento por las buenas y lo enviara al otro mundo. Demonio, el francés era mucho más fuerte que Shatzi. Además, lo pillaron en la ducha, o sea que quien entró tenía una llave, y Verdun nunca se la hubiese dado a Shatzi —Artie se estremeció y torció los labios—. Aquel loco le cortó las pelotas, según creo, y lo dejó sin ombligo.

—Ahórrame los detalles —gruñó el viejo.

No quería volver a escuchar aquellas crueldades.

Al otro lado de la ventana, Louise experimentaba un júbilo inmenso al saborear la imagen mental del muerto. Sí, Verdun, aquel malvado estaba muerto. Ah, pero esos dos granujas asociados con él sabrían quién era Louise Belhander. Vio cómo Artie Meeker cogía la lata de cerveza vacía que acaba de dejar Papá Menes y se recostó contra el muro cuando Artie salió para arrojarlas al cubo de la basura. Al volver a entrar en la casa el ayudante del viejo, Louise salió de entre las sombras y recuperó las dos latas, que escondió bajo su blusa.

Necesitaba enterarse de algunas cosas.

Se enteró de ellas gracias a un policía retirado que se dedicaba a investigar casos de divorcio. El reveló las huellas dactilares y fue quien las identificó por mediación de un amigo del departamento. Todo ello sin hacerle a la joven preguntas embarazosas.

Pero, debido a su condición de policía, se fijó en la marca de la cerveza, fotografió el precio grabado en la tapa, y anotó los números de distribución de la etiqueta.

Louise Belhander pasó todo el día siguiente repasando diarios viejos en la biblioteca, y quedó bastante confusa ante lo que averiguó. Su triste experiencia con el canalla de Verdun iba a costar le un riñón a una organización internacional.

Le quedaba muy poco para obtener el retiro, pensó Bill Long, y se apartaría de todo aquello. En aquel momento, el retiro le parecía estar a muchos siglos de distancia, por lo que las preocupaciones se retrataban fielmente en su semblante.

—Helen Scanlon —dijo, mirando a Gill Burke— no les dijo nada que no supieran.

—No podía decirles nada nuevo. Allí se dedicaba solamente a su

trabajo. .

—Lederer opina lo contrario. La apretará hasta que explote.

—Y yo le apretaré el trasero hasta que reviente. Si Helen supiese algo, yo lo sabría. También pensé que podía pertenecer a la organización cuando la conocí.

—¿Qué te hizo cambiar de idea?

—No cambié. Dejé correr el asunto hasta estar seguro de mi error.

—Es igual. Cuando Lederer termine de interrogarla no tendrá muchas oportunidades de encontrar trabajo.

—No tendrá que buscarlo. Estoy planeando ocuparme yo de eso.

Bill Long miró fijamente a su amigo y frunció el ceño.

—Gill, creo observar una nota de reserva en tu voz.

—Es porque mi ocupación lleva consigo un factor de gran riesgo.

—Pero has sobrevivido hasta ahora.

—Seguro. Y si me matan, ella heredará todo lo mío. No tengo nadie más a quien dejarlo.

—Está bien, ricachón.

—Un soltero poco gastador puede reunir un buen puñado de pavos al correr de los años. Bueno, dejemos mi vida personal y sigamos con los negocios. ¿Quieres otro café?

—No. Toma uno tú.

Cuando Gill volvió a sentarse, el capitán se recostó en el sillón y encendió un cigarrillo.

—La Policía de Los Angeles ha obtenido algunos resultados.

—¿Oh...?

—Sobre Stanley Holland.

Gill agitó la cucharilla en la taza y asintió con la cabeza.

—Localizaron al médico que realizó la cirugía plástica en su rostro.

—¿De veras?

—El médico pertenece a la organización. Ha curado varias heridas de bala sin comunicarlo a la policía. En fin, esa clase de cosas. Por lo visto, también ha hecho abortar a algunas fulanas, amantes de altos jefes.

—De acuerdo, pero ¿dónde encaja esto?

—Esos chicos de Los Angeles saben cómo aplicar la presión, y el médico habló por los codos. Una de las cosas que mencionó fue que

las fotos que tomó de Enrico Scala, tras haberlo cambiado en Stanley Holland, la fueron robadas de su archivo junto con los negativos.

—¿Quién sabía lo de la operación?

—Las mismas personas que siempre encontraban bien lo que aprobaban los jefes del sindicato.

—¿O sea que se trata de alguien de dentro?

—No necesariamente. Un detective comenzó a considerarlo desde otro ángulo, y emprendió una investigación sobre el sujeto que pensaba era Scala… el que apareció muerto en el accidente de coche. Entonces, descubrió que alguien más había metido las narices por aquel lugar, alguien que se había presentado como investigador de una compañía aseguradora; sólo que la compañía que tenía la póliza se había limitado a echar un vistazo a los restos del auto y a pagar el seguro. Ese otro individuo pidió ver los restos del cadáver y su identificación, y hasta se ocupó del funeral.

—¿Descubrió quién era en realidad el muerto?

—Ha transcurrido demasiado tiempo. Nadie pudo darle una descripción exacta.

—¿Quién sería el muerto? Lo único que recuerdo son unas fotos del accidente. Yo me hallaba en California trabajando para la Compañía Compat cuando ocurrió la catástrofe.

—Siguen sin saberlo —chupó de nuevo el cigarrillo, sin desfruncir el ceño—. ¿Sabes alguna cosa de ese Scala?

—Sólo por oírlo a los policías más antiguos. Creo que era un pistolero de la Costa Oeste.

—Subió como la espuma… hasta que lo engancharon. El sindicato tenía grandes proyectos para él.

—Pues ahora ya pueden olvidarlo.

—Sí… Ya tienen bastantes preocupaciones con Miami.

—¿De veras? —se interesó Gill.

—Alguien envió un camión cargado de armas y municiones hacia allá, y el grupo de Herman «el Alemán» ha estado tiroteando por todas partes durante más de dos horas —contempló la pensativa expresión de Gill y añadió—: Tendrías que ir más a menudo por el departamento, amigo.

—¿Cuántos han caído?

—Dos del alemán y tres pistoleros de la zona del Medio Oeste.

—¿Se sabe algo de Papá Menes?

—Si se largó de la zona, no lo hizo por nosotros. Continúa pagando su suite del hotel, aunque ahora está ocupada por unos granujas llamados George Spacer y Carl Ames.

—Menes tiene un chófer… un tal Artie Meeker. Tonto, pero muy leal.

—También ha desaparecido.

—¿Utilizaron un coche?

—El sedán grande de Papá Menes continúa en el garaje.

—Tenía otro en alguna parte.

—No lo han localizado —apagó la colilla del cigarrillo—. Estoy verdaderamente preocupado.

—¿Por qué?

—Porque Nueva York está demasiado tranquilo. Es como saber que hay una mecha encendida y no poder descubrir el explosivo. No podemos hacer más que esperar hasta que todo explote, y desear que no nos alcance a nosotros.

Mark Shelby experimentaba la misma sensación. En Miami se hallaban en pleno jaleo y todo el infierno estaba a punto de estallar. Aunque Papa Menes lograra apaciguarlo todo, la Gran Junta no le perdonaría el retraso y su situación peligraría terriblemente. Los grandes tipos de Chicago tampoco se librarían del acoso del público y de la Policía. La organización, en peso, iba a sufrir las consecuencias de aquel caos.

Sonrió en silencio, porque si se hubiesen ceñido a sus actividades ilegales, nada de esto les habría importado; sin embargo, durante los últimos años habían invertido montones de dólares en empresas legales que suponían casi mil millones de dólares y, si alguien se apoderaba de ellas sería también el amo de la organización.

Alguien podría hacerlo. Era sólo cuestión de tiempo.

Consultó el reloj y pensó en Helga. La necesitaba con ansiedad, pero tenía que esperar una llamada relativa a un fulano que llevaba un tatuaje en el antebrazo y que había adquirido aquellas balas extranjeras.

La llamada tuvo lugar cincuenta minutos más tarde. El tatuaje lo

habían hecho en una tienda de Nueva York. El hombre tenía unos treinta años. Deseaba una estrella y en medio las letras AS encima de VO. La estrella era como las de los antiguos sheriffs. Cuando el sujeto se quitó la camisa, el operador observó unas cicatrices de bala en el hombro izquierdo y en el costado derecho.

Mark Shelby llamó acto seguido a Remy y tras una breve conversación, éste sugirió que las iniciales podían significar «ayudante de sheriff», Virginia Oeste. Era probable que lo hubieran destituido recientemente del cargo, pero por orgullo quisiera llevar la insignia permanentemente. No resultaría difícil comprobarlo.

Después de ordenarle a Remy que investigase el asunto, llamó a Helga para comunicarle que iba a verla. Poco después salió por el sitio de costumbre, pensando en la maravillosa y sedosa piel que ya le estaba aguardando.

Gill tuvo que esperar hasta las seis, hasta que Myron Berkowitz volvió a su casa. El abogado era alto y delgado. Empezó a sudar tan pronto como Gill le puso su placa bajo las narices, y éste se preguntó qué clase de práctica legal sería la suya. Myron intentó mostrarse amable e invitó a Gill a su apartamento, incluso pareció sorprendido cuando Gill aceptó una copa.

—Bien, señor ¿en qué puedo servirle? —inquirió una vez instalados los dos en sendas butacas.

—Su tía política me explicó que usted se ocupaba de los asuntos de su difunto esposo.

—Oh, sí, en efecto. Naturalmente, dejó muy poca cosa...

—Revisé los documentos del sótano...

—Por suerte, mi tío estaba asegurado.

—¿Lo puso todo en aquel inventario?

—Todo —asintió el abogado sin pensarlo dos veces.

—Si hacían películas porno, ¿cómo las vendían?

La pregunta no pareció sorprender al abogado. Obviamente, conocía a qué se dedicaba su tío.

—Directamente. Nada de alquiler, si se refiere a esto. No eran muy buenas, y además, con toda la pornografía que actualmente se exhibe en los cines, en color incluso, las películas de mi tío quedaban bastante anticuadas. Vendía las copias de un solo rollo a

precios baratos, para poder seguir con el negocio. —Hizo una pausa y compuso una mueca de extrañeza.— Esto es lo que no entiendo.

—¿El qué?

—Cómo podía pensar en adquirir una casa en el campo y un coche nuevo —respondió Myron tras encogerse de hombros y llevarse el vaso a los labios—. No podía haber ahorrado tanto.

—Quizás fuese sólo un sueño.

—No con él —objetó Myron con seguridad—. Mi tío no malgastaba el tiempo soñando imposibles. Me notificó que quería mudarse de casa y marcharse al campo, y que le diese los precios para un coche nuevo... un coche grande y de calidad.

—¿Cuándo fue eso?

—Menos de una semana antes de ser asesinado.

—¿De dónde cree usted, que procedía el dinero?

—Quizás —respondió Myron con expresión inquieta— había rodado una película decente...

—Amigo, no es esto, exactamente, lo que usted cree.

—Bueno... —se atragantó el abogado, esquivando los ojos del policía.

—Escúpalo.

—Pudo rodar una película con alguien que estaba dispuesto a pagar cualquier cantidad para recuperarla.

—¿Era capaz de algo así?

Muy lentamente, Myron asintió.

—Ya lo hizo en cierta ocasión. Fue en Boston. Unos individuos le pidieron que filmara una fiesta que iban a dar. Naturalmente, sólo para uso privado. Hasta le obligaron a entregar el negativo.

—Y él se quedó una copia para venderla más adelante.

—Algo parecido. Recuerdo que sólo es una sospecha.

—¿No llevaba ningún diario? —preguntó de pronto Gill.

—Sí, pero no había en él nada interesante. Incluso pasé la última película por si descubría alguna cosa...

—¿Pensando en aprovecharse usted de lo que encontrase? —sonrió Gill torvamente.

—¡Claro que no!

—Sin embargo, en algún momento halló una discrepancia en todo el asunto.

La consternación que se pintó en los ojos de Myron le hizo

comprender que había puesto el dedo en la llaga. Miró con fijeza al abogado, y la cara de éste no era agradable de contemplar. Tomó un sorbo de la bebida y tartamudeó:

—Bueno... hallé una factura de una pieza del equipo que había desaparecido.

—¿Qué clase de pieza?

—Señor Burke... yo soy abogado, no fotógrafo.

—Vamos, no me venga con ésas ahora. Usted se enteró, y el asunto acabará mal para usted si no se explica mejor.

—Bueno... era un aparato para microfilms.

Gill obsequió con una sonrisa tirante y dejó el vaso sobre la mesita.

Cuando se puso en pie, Mirón le interrogó:

—¿Esto es todo?

—Sí, es todo. Al menos, para usted.

Ya en la calle, Burte miró el cielo del atardecer y una gota de lluvia le mojó la cara. No era la nieve en la que pensara la noche anterior, cada copo un fragmento del enigma. Sin embargo, las nubes colgaban sobre su cabeza, y el aguacero estaba a punto de estallar. Como aquel maldito asunto.

Mientras iba andando, separó las piezas del rompecabezas, etiquetándolas por separado. Barkowitz y Manute, dos fotógrafos muertos. Mark Shelby en el barrio. ¿Por qué tenía Shelby que contratar... o matar a dos fotógrafos? Berkowitz, además, compró un aparato para microfilms y esperaba un buen fajo de billetes. Una bonita teoría con la que trabajar.

El problema es que todo se derrumbó cuando apareció Ted Proctor. Gill frunció el ceño y repasó de nuevo todos los datos. Si Proctor sabía que. Berkowitz iba a obtener mucha pasta, si pensó que ya la tenía, pudo intentar un robo que se convirtió en dos asesinatos, y al ver que no había pasta, trató de asaltar la tienda del prestamista. Lógico, pese a todo, no encajaba con el carácter de Proctor. No era un individuo capaz de realizar dos trabajos seguidos... ni tampoco dos asesinatos.

Una cosa era segura: Jim Corrigan era un policía honrado, por lo que era imposible dudar de la exactitud de su informe, según el cual había entrado en la tienda de préstamos y al ver que Proctor empuñaba una pistola apuntando al prestamista, había disparado.

La hoja de servicios de Corrigan era impecable, poseía una gran experiencia y no habría actuado de tal modo a menos de creer su vida amenazada.

Pasando al segundo considerando: Corrigan conocía todos los hechos tan bien como Gill y también pensaba que algo no encajaba. Sí, alguna cosa quedaba desenfocada porque o todo era verdaderamente complicado, o excesivamente simple.

Sin embargo, algo había.

Henry Campbell había visto a Mark Shelby en la zona, a pesar de negarlo más tarde públicamente. Mark Shelby estaba allí y lo negó categóricamente. Ergo... si Shelby no estaba complicado... ¿a qué tanto jaleo?

Las gotas de lluvia iban salpicando el rostro de Gill, quien trató de protegerse con el impermeable. Un taxi aflojó la marcha, pero no lo paró. Necesitaba reflexionar.

La patrona de la pensión donde vivía Proctor nunca había visto objetos que pudieran ser robados, ni tampoco una pistola, y, no obstante, los detectives encontraron carteras de bolsillo escondidas, la mitad de las cuales habían sido robadas, aparentemente por un ratero.

De repente, Gill se detuvo en seco al ocurrírsele una nueva idea. La lluvia caía ya a raudales, pero no le importaba en absoluto; su rostro se iluminó con una sonrisa. Una pareja que pasó por su lado le vio sonreír y se apartó apresuradamente, con expresión aterrada.

Gill murmuró algo para su capote y continuó calle abajo hasta que encontró un taxi vacío. Le dio al conductor unas señas del centro y se arrellanó en el asiento.

El sargento Schneider estaba a punto de marcharse cuando apareció Bill Burke.

—¡Ah, no! ¡Otra vez no! —exclamó el sargento al observar la expresión del recién llegado.

—No te entretendré mucho tiempo, compañero.

—Escucha, ya voy con una hora de retraso a la cena. ¿No puedes esperar a mañana?

—Y tú, ¿no quieres convertirte en un héroe?

—Estás de broma... ¿quién puede ser un héroe en la sección de archivos?

Gill no se movió hasta que Schneider levantó las manos.

—Quiero la carpeta relativa a todo lo que encontraron en la habitación de Ted Proctor —pidió Gill—. Quiero estudiar los nombres y las señas de los propietarios de todo lo que robó.

—¡Por Dios santo, Gill!

—Vamos, terminaremos pronto.

Con una mirada de resignación, Schneider se levantó de la silla y avanzó delante de Gill. Treinta minutos más tarde, tenía todo lo solicitado por Gill y veía cómo el policía estudiaba una hoja tras otra. Siete personas habían denunciado el robo de sus carteras, con un total de cuatrocientos ochenta y seis Solares. Según el informe, las carteras y el resto de su contenido se hallaban ya en poder de sus legítimos dueños. Gill anotó los nombres y las direcciones en una libreta y cerró la carpeta.

Schneider le dirigió una mirada de enojo.

—¿Algo más?

—Todos hemos pasado una cosa por alto, amigo —respondió Gill, con una lucecita burlona en sus pupilas.

—¿Qué?

—Todas las denuncias fueron hechas en el plazo de dos días.

—¿Y qué? Si un ratero tiene un buen día, no está dispuesto a renunciar a su buena racha.

—Proctor era un auténtico borracho. No necesitaba más de cuatrocientos pavos para satisfacer esta necesidad.

—Entonces, te olvidas de tus borracheras —objetó Schneider—. Quedó tumbado antes de poder gastarse hasta el último centavo, y luego se vio obligado a buscar más dinero en otra parte.

—Es posible.

—Es seguro. Te has vuelto loco con este asunto, Gill. No sé por qué te tomas tantas molestias.

—Porque esta clase de asunto hizo que me echaran del cuerpo.

Schneider se limitó a mirarle.

—Y es un asunto de locura, créeme —continuó Gill—. Porque todo él es una falsedad.

—¿Puedes probarlo?

—Sí —asintió Gill— creo poder probarlo.

Era más sencillo saltarse el departamento gubernamental y conseguir lo que necesitaba en la redacción de un periódico. El redactor de noticias locales se estaba aburriendo, por lo que se

alegró de acompañar a Gill al archivo. Consultó las fechas, le entregó al policía dos hojas llenas de datos y dejó que las leyera minuciosamente.

—¿Hallaste algo? —preguntó, cuando Gill se las devolvió.

—Estupendo —fue todo lo que obtuvo por respuesta.

Gill salió a la calle, caminó hasta la esquina bajo la lluvia que caía ya a chaparrones sobre los rascacielos de la gran ciudad. No había nadie en la calle, y a pesar de la mojadura volvió a sonreír para sí, porque las dos noches en que, según los informes, habían sido robadas las carteras, estuvo lloviendo a cántaros del mismo modo, y en semejante tiempo no era probable que un ratero se dedicase a cultivar su oficio.

12

La explosión de Miami tuvo lugar a las dos horas de haber llegado el cargamento de armas a la Vigaro's Outboard Motor Oulet. Ni Vig ni Herman «el Alemán» se molestaron en averiguar la procedencia de aquel botín, pensando que Mos Piel era el que lo había preparado. Tampoco se molestaron en considerar que el valor de las armas recibidas era mucho mayor que el dinero que llevaba Moe Piel. La mera vista de las granadas y las ametralladoras todavía empaquetadas, así como los cajones llenos de municiones, resultaban tan excitantes que sólo se les ocurrió pensar en el poder que les otorgaría el cargamento. Herman «el Alemán», por su parte, se vio a sí mismo sentado en la cima de aquel poder, con la fuerza necesaria para borrar del mapa a cierto viejo «don» llamado Papá Menes, cuya muerte deseaba tan vivamente que hasta le dolían los huesos.

Por desgracia para los dos pistoleros que había enviado la Gran Junta y que se imaginaban que todo lo que no fuese su gran ciudad era una aldea de patanes, sólo se limitaron a liquidar a uno de los hombres de Herman y no se molestaron en borrar sus huellas; y tampoco sospecharon que una chica de quince años, montada en una moto, los estaba siguiendo hasta su escondrijo. Una granada lanzada a través de la ventana de la salita de la casa que ocupaban, les dejó sin ánimo de lamentar su descuido.

Otro grupo que decidió actuar en un autocine, en el que había sido visto uno de los tenientes de Herman a la hora del almuerzo, quedó destrozado con el fuego cruzado de tres ametralladoras, del que sólo el conductor escapó con vida, los otros dos quedaron hechos trizas dentro del coche.

La onda de choque que repercutió en la organización, que unas

horas atrás se consideraba invencible, tardó varias horas en perder fuerza, y entonces comprendieron que el enemigo al que consideraban un principiante era más formidable de lo que suponían. Operaba en su propio territorio, una zona que los del sindicato necesitaban a toda costa, poseía todo el equipo preciso para atacar y defenderse, y los individuos que podían apoyarle. Con la resonancia de su éxito podría conseguir más voluntarios en sus filas. Lo más importante era que se atrevía a atacar de firme, con la inteligencia de permanecer en la sombra durante los ataques. Ya había diezmado los cerebros de la organización, con atrevidos golpes por todo el país de manera tan impredecible, que tornaba imposible toda defensa.

Lo que no entendía la Gran Junta era cómo podían haber subestimado a un individuo como Herman «el Alemán». Con un poco de sentido común, hubieran debido darse cuenta de su fuerza potencial mucho tiempo antes.

Fue Florio Prince el que recordó el incidente de Nueva York, en el que Papá Menes había pateado y casi desfigurado a «el Alemán». Después de una breve deliberación, decidieron que aquello fue una gran falta por parte de Menes, que condujo a la casi destrucción de todo lo que tan cuidadosamente construyeran años antes. Por consiguiente, pese a que Papá Menes era la cabeza visible de toda la estructura, los miembros de la Junta tenían, al respecto, graves reservas mentales y, a menos que Papá se redimiese de sus culpas, tendrían que invitarle a retirarse.

Para que Papá Menes no sospechase que era precisamente Florio Prince el que lo había denunciado ante la Gran Junta, informó personalmente al viejo sobre la decisión adoptada por aquélla; admirándose, al mismo tiempo, de que Papá se mostrara tan tranquilo, cuando los demás deseaban su pellejo y su reino.

Papá Menes, no estaba tranquilo en absoluto. Mordía la punta de un cigarro apagado, cosa que llevaba años sin hacer, y sus ojos estudiaban a los seis capos reunidos en la trastienda del Delfín Rojo, todos furiosos por el hecho de que una revolución como aquélla se hubiera manejado a nivel local sin consultar siquiera al jefe de toda la estructura.

Papá Menes no quería reconocerlo, pero la razón primordial de su cólera era el temor a que lo de Miami no fuese la solución, y que

en algún lugar hubiese alguien con una pistola dispuesto a volarle la tapa de los sesos. Se acordaba de Víctor Petrocini, de Teddy Shu, de «Acicalado» Kevin, de Stanley Holland y de tantos otros. De pronto, un reguero de sudor resbaló por su espalda y se alegró de llevar un suéter que impedía observar la mancha de temor en su camisa.

Le dieron todos los detalles del asunto, el número de hombres complicados en el mismo, y ciertas posibilidades de contraataque. Debería efectuarse todo desde el interior de la organización porque todas las conexiones políticas estaban rotas y no cabía ninguna colaboración de un solo contacto oficial. La Policía les atacaría tan pronto y con la misma eficacia que los hombres de «gl Alemán», y siempre existía la probabilidad de que el FBI hallara un motivo para intervenir en el conflicto, reforzando así al Departamento de Policía local.

Pero Miami no era nada nuevo para Papá Menes. Durante la mitad de su vida había sido su segundo hogar. Conocía tolas las calles y todos los negocios, legales e ilegales de la zona. Esto nunca cambiaba. Lo único que cambiaba eran las personas, y los problemas siempre los creaban ellas.

La conferencia duró más de cuatro horas, y al terminar, todo el grupo alabó el genio de Papá Menes, comprendiendo por qué era el jefe, y sintiendo piedad por todo aquel que se atreviese a desafiar su autoridad.

A causa de su edad y su posición, Papá Menes no tomaría parte activa en la operación; sin embargo, se realizaría de acuerdo con los planes que él detalló, manteniéndose en segundo término por si era preciso alterar algo del esquema inicial.

Al final de la conferencia, Papá se metió en su coche con Artie Meeker, a fin de regresar a su casita de los Cayos por una ruta lo bastante sinuosa como para despistar a cualquier posible seguidor. Su parte de la tarea estaba concluida y se sentía dichoso y contento. Ahora verían los muy bastardos de Chicago quién era el verdadero experto. Los dejaría boquiabiertos en la próxima reunión. Más de una cabeza rodaría por el suelo como ejemplo para los demás cerdos, que creían que Papá estaba acabado. En cambio, no había ni uno solo al que él no fuese capaz de aventajar en todo.

Ante este pensamiento experimentó un cosquilleo en la parte

más inferior de su vientre y decidió que Artie debía traer a la rubita aquella noche para tener un poco de diversión. A Artie no le importaba conducir varias horas con tal de poder acostarse con la otra chica. Pobre Artie… Carecía por completo de imaginación. No era más que una especie de émbolo que iba arriba y abajo un determinado número de veces antes de agotarse. Una pausa para repostarlo y arriba y abajo otra vez. Nunca se fijaba en la expresión aburrida de su compañera de cama. En cambio con Papá, las chicas nunca tenían ocasión de aburrirse. Papá sabía conducirlas del dolor al placer, nunca al aburrimiento. Sí, ya era viejo, mas no le faltaba imaginación.

De vuelta en Nueva York Mark Shelby se había calmado ya debido a que «Pequeño» Richard Case se había reunido con él en un bar del West Side. A juzgar por su expresión, las noticias eran buenas. Se sentaron en una mesita del fondo del local y cuando el camarero les hubo servido lo pedido, Mark preguntó:

—¿Qué has sabido?

«Pequeño» Richard se arrellanó más en su silla y probó el whisky. Era muy fuerte, pero lo necesitaba.

—La Policía ha localizado a Shatzi en un área de dos manzanas, en la parte alta de la ciudad. Tienen todo el sector acordonado y van registrando casa por casa.

—¿Cómo lo descubrieron?

—El muy idiota se llevó a una chica a su habitación y ¿quieres creerlo? Vio el ombligo del francés dentro de un frasco £on alcohol. Tan pronto como lo vio, echó a correr, porque esa muchacha teme horriblemente a los chiflados. Es una fulana de cinco pavos la hora, pero prefirió avisar a la Policía.

—¡Mierda!

—No quisieron asustarlo, y enviaron un puñado de policías de paisano. Nada de luces ni de sirenas… Sólo los tíos.

—¿A quién tenemos en esa zona?

—A Marty y su primo Mack —sonrió Case—. Están en la casa contigua. Llevan allí cuatro años.

Shelby asintió y esperó el resto.

—Les ordené atrapar a ese loco —prosiguió Case.

—Bien.

—Ninguno de los dos tiene ficha y ambos trabajan. La Policía no podrá hacer nada contra ellos.

—Diles que lo lleven a ese lugar de Brooklyn.

—Tal vez tarden un poco.

—No importa.

—Ya sabes, Mark, ese imbécil no se dejará coger con las manos quietas. Y si la Policía llega antes…

—No podemos correr ese riesgo, ya lo sabes.

—Diantre, ¿qué puede saber Shatzi?

Shelby sonrió con amargura y movió la cabeza a ambos lados.

—No seas tonto, Case. Estos tipos siempre saben algo, y Verdun estaba muy cerca de la cumbre y sabía muchas cosas. Tal vez Shatzi lo odiaba sin que él se diera cuenta. Pudo haber planeado su muerte desde mucho antes. ¿Y si cogió o estuvo revisando algunos de los papeles de Frank?

—El francés ja o tomaba ni guardaba notas, Mark.

Shelby entornó los ojos por encima de su vaso al llevárselo a los labios y miró a su interlocutor.

—Nunca se sabe —murmuró, pensando en sí mismo.

—Sí, tienes razón.

—Bueno, mantenme informado. ¿Vuelves al centro?

—Sí. Algo se está cociendo, lo sé. Ese jodido de Gill Burke ronda por todas partes detrás de algo, y está volviendo loco a Lederer. Está presionando a los individuos que le han asignado, y la oficina del fiscal no puede impedirlo.

—¿Qué pretende Burke?

—No lo ha dicho, y esto es lo que más molesta a Lederer. El ayudante del fiscal hará cuanto pueda para librarse de Burke, a pesar de ser él el que lo llamó.

Mark Shelby apretó los dedos contra el vaso y maldijo en voz baja. Gill Burke era al único que temía. El muy bastardo jamás abandonaba un caso. Le habían dado algo grande con que entretenerse, pero él había vuelto al principio del asunto. No, él, Mark, no estaba preocupado. Había borrado sus huellas por completo, y los años habían concluido esta labor.

—Habrá que liquidar a Burke —comentó casualmente.

—Eso es terriblemente difícil.

Shelby comprendió que Case tenía algo que añadir y aguardó la continuación.

—¿Te acuerdas de ese polizonte, Corrigan?

—Sí.

—Burke habló con él. Y también ha vuelto a la casa de empeños.

—Ya estuvo antes, ¿recuerdas? ¿Qué demontres espera descubrir al cabo de tanto tiempo? ¿Crees que ese usurero cantará?

—A Burke no le importa un bledo apretar las clavijas a la gente. Nunca lo han denunciado por eso.

—¿Piensas que a Burke le importaría una denuncia de esa clase? Mira lo que les hizo a Bennie y Colfaco hace ocho años. Le ahorró dinero al Estado y ellos no pudieron probar que Burke los había empujado desde el tejado.

Shelby dejó su vaso sobre la mesa y se frotó pensativamente la barbilla.

—Sí, en esto tienes razón. Ese tipo es el único punto débil. Me refiero al prestamista. Tal vez fuese conveniente quitarlo de en medio.

—Seguro... Y Gill Burke sabría, inmediatamente, quién lo ha hecho.

—No necesariamente, Case. Ese individuo es un usurero, como todos los de su calaña, debe tener muchos enemigos. Bien, alguno puede ir demasiado lejos y...

—No confíes mucho en esa teoría, Mark.

—Cuando quiero que se haga algo, nadie debe atreverse a contradecirme.

Richard Case apuró su vaso con disgusto.

—Está bien, es tu espectáculo, amigo, pero a Papá Menes no le gustará.

—Papá Menes está demasiado ocupado con sus problemas para inquietarse por los nuestros.

El sosegado tono de la voz de Shelby hizo que Case se encontrase incómodo y se agitó en la silla. Shelby ya había matado en varias ocasiones, en tanto que a él jamás le habían ordenado una acción directa. Su posición en el sindicato era de camuflaje y nadie debía sospechar sus relaciones con el mismo, siendo como era un oficial gubernamental.

—Será mejor que llame a Marty antes de que Shatzi avise a

algún policía —dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Irás a Brooklyn cuando lo lleven allá?

—No, si es preciso interrogarle, «Pequeño» Richard —sonrió ante la expresión horrorizada de Case, que sabía a qué se refería, y esto le ponía enfermo.

—Es cosa tuya, Mark —gruñó Case—. Esta vez, yo no soy más que el chico de los recados.

—Siempre lo eres, Richard —se burló Shelby.

Aguardó hasta que se hubo ido Case; entonces cogió el teléfono y marcó el número de Miami. Escuchó durante un minuto, sonriendo ligeramente, aunque con una expresión dura en los ojos, y al final murmuró solamente:

—Está bien.

Colgó.

Papá Menes lo estaba pasando mal. Ya no era como en los viejos tiempos. Los años se iban acumulando sobre el viejo, y estaba acabado. Si no caía con facilidad, la Gran Junta se encargaría de ello. No toleraban nunca el menor fallo, ni siquiera en uno de los suyos.

Por esto la Gran Junta le había entregado al *Primus Gladiatori* el yelmo: para que nadie pudiera ponérsele en contra, al menos nadie con mando suficiente. Todo el poder se hallaba acumulado en él.

En el apartamento de Helga, enterrados en la cera de la vela sagrada, se hallaban los números, los hechos y los datos que todo lo simplificarían. Los números abrirían las cuentas suizas, los hechos y los datos le darían las riendas de la influencia sobre las zonas del sindicato donde se necesita control y corrupción. El resto de la información, suministrado a las autoridades, eliminaría cualquier oposición a su encumbramiento.

Antes, sin embargo, había que asegurar un cabo suelto. Era algo que debía realizar personalmente. Esta vez no habría errores, ni necesidad de servirse de nadie para dejar a Burke inutilizado. Esta vez, él en persona lo acorralaría en una esquina de su tumba.

Mientras Marcus Shelby contemplaba, mentalmente, esta escena con fruición, un camión estaba llegando a Miami, procedente del oeste. Durante la última mitad del trayecto, el motor había causado varios problemas al conductor, pero debido a la carga especial que transportaba, no podía detenerse en ningún taller de reparaciones,

de manera que todo tuvo que solucionarlo por sí mismo. Afortunadamente, no era mal mecánico. Sin embargo, carecía de las herramientas necesarias para ciertas reparaciones. Además, no sabía con exactitud en qué momento se produciría la explosión, por lo que no quería provocarla accidentalmente. De todos modos, acababa de llegar al sitio indicado.

Saltó a tierra, recorrió dos manzanas de casas, salió a la autopista y avistó una cabina telefónica. Efectuó la única llamada que le ordenara Frank Verdun y otra a una compañía de taxis. Media hora más tarde se hallaba en un autobús interestatal en dirección norte, dispuesto a leer al día siguiente la gran noticia. No había leído ningún periódico en cuatro días. Cuando leyó el artículo sobre la muerte del francés estuvo a punto de ahogarse. Verdun estaba muerto y ahora nadie podía escudarle a él. ¡Hijo de zorra...! Bueno, tendría que esconderse por una temporada. Cuando explotase el camión...

13

Por un momento pareció como si la lluvia fuese a terminar; luego refrescó el viento hasta resultar helado, y continuó soplando por debajo de las nubes que ensombrecían al cielo nocturno. De vez en cuando, un relámpago zigzagueaba en las tinieblas. Helen Scanlon contemplaba el reflejo producido en los ojos de Gill Burke. Durante la última hora, el policía había estado tan lejos de ella, que le resultaba difícil incluso hablar con él. Lo mismo que su padre.

Cuando Bill Long regresó del teléfono que lo mantuviera ocupado más de un cuarto de hora, acercó su silla a la mesa, tomó asiento cansinamente y le entregó a Gill una hoja de papel. En ella sólo se leía un nombre.

—¿Lo conoces? —inquirió.

—Sí —afirmó Gill—. Un antiguo comisario de sheriff. Iba a retirarse cuando lo mataron. ¿Por qué?

—Porque han vuelto a matarlo y ahora su retiro es definitivo. Por lo visto, alguien intentó cargárselo, pero no esperaba la batalla que presentó. Abatió a un par de matones y dejó malherido a otro, que huyó —el capitán calló unos segundos para estudiar el rostro de Gill—. Llevaba una tarjeta tuya en el bolsillo.

Gill no mostró la menor emoción.

—Yo era el jefe de la seguridad de la Compat. Ese individuo me abordó para pedirme un empleo en su ciudad, le entregué mi tarjeta y le aconsejé que enviase una instancia a la oficina.

—Gill...

—¿Qué?

—Nada, maldita sea. ¿Por qué habrán querido eliminar a ese tipo?

—Tal vez porque me conocía.

—¿Crees que esto es una pista, Gill?

—Espero que no lo sea, amigo —repuso el policía, apretando los labios hasta convertirlos en una línea muy dura.

—Lo hallaron en su habitación. Tenía tres automáticas antiguas en una maleta cerrada, las tres cargadas y empaquetadas, como listas para ser enviadas a alguna parte.

—Por lo que sé, todavía conservaba su placa de comisario. Según las leyes de su Estado, dichas automáticas pueden ser perfectamente legales. Hay que comprobarlo.

—Tal vez lo haga.

Iba a añadir algo más, pero en aquel instante se acercó el camarero.

—Una llamada para usted, capitán.

—Gracias —se volvió hacia Gill—. Vuelvo en seguida.

Cuando se alejó, Helen retiró su mano de entre las de Gill.

—Hay una pista en lo que le dijiste a Bill, ¿verdad?

—¿Oh? —los ojos del policía apenas se movieron para mirar a la joven.

Helen le mostró la mano para que él viera las gotitas de sangre que brotaban del sitio donde una uña de Gill se había clavado en su carne en el momento en que Bill Long enseñó la hoja de papel.

—Tu reacción ha sido inmediata y un poco dolorosa. Me ha sorprendido. No creí que mostraras emoción alguna respecto a tu trabajo.

—Era más amigo mío de lo que le dije a Bill. Era la clase de amigo que a uno le apena mucho perder.

—Creo que no lograste engañar a Bill.

—Tampoco lo intenté.

—¿No crees que tu cooperación...?

—¡Al infierno la cooperación! Si uno empieza a trabajar en comité, todo el mundo se concentra en la misma línea de pensamiento. Yo soy más diversificado —calló para mirar al capitán, que se aproximaba a la mesa—. ¿Alguna novedad?

Bill Long tuvo necesidad de apoyarse en la mesa para detener el temblor de sus manos. En su cara se veían líneas de cólera y frustración. Tuvo que respirar hondo dos veces antes de responder.

—Teníamos a Shatzi acorralado. Teníamos toda la zona acordonada y estábamos acercándonos a ese lunático... ¡y de pronto

resulta que ha desaparecido! Sólo han encontrado un cadáver con la garganta rajada y sin ombligo. ¡Maldita sea, Gill! ¿Tan listos son esos granujas que pueden…?

—¿Quién es el muerto?

—Marty Stackler. Vivía por allí. Trabajaba en Brooklyn. Ni una ficha. Debió entrar en la habitación de Shatzi y…

—Stackler tenía un encargo, seguro. El sindicato tiene tipos así en todas partes, siempre por parejas. ¿Vivía alguien con él?

—Dicen que había un primo…

—¿Mack? … ¿Ferro o Berro?

—Ferro. ¿Cómo diablos lo sabes?

—Vamos, Bill, se trata de mi antiguo territorio.

—¿Piensas que Shatzi se cargó también a ese Ferro?

—No —Gill sacudió negativamente la cabeza—. Pienso que Mack atrapó a Shatzi.

—Pero ¿por dónde salieron?

—Olvidas tus orígenes, amigo. Esas casas son como agujeros de ratas. Existen unas entradas y salidas increíbles, te lo aseguro.

—¿A lo mejor, sabes incluso adonde se han ido?

—A lo mejor.

—Gill…

—Stackler trabajaba en un almacén de Brooklyn que pertenece a la familia Satto —sonrió Gill con dureza—. Esta familia dejó la organización hace algún tiempo, pero si la necesitan todavía echan una mano.

—Supongamos que Shatzi…

—¿Estaba aún allí el frasco con el ombligo del francés?

—Sobre la mesita de noche. Y el del muerto estaba arrancado a medias…

—Debieron atacarle juntos. Probablemente, cada cual por un lado —reflexionó Gill—, y Stackler falló. Shatzi no. Su error fue querer hacerse con el dichoso ombligo. Fue entonces cuando llegó Ferro y lo atrapó.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué no lo mató en el acto?

—Primero quieren conversar con él, Bill. No pueden correr riesgos.

—Claro —asintió el capitán—. ¿Vienes?

—No, esta vez no, Bill.

—Oye, Lederer…

—¡Que se mee contra un poste! ¿Cuántas veces tendré que repetírtelo?

—¿Adónde vas, pues?

—Ahora a casita y librar a mi trasero de estas ropas mojadas. Después, haré algunas gestiones oficiales para justificar mi posición entre el personal de nuestro gran cruzado, señor Lederer.

Long le dirigió una mirada de disgusto.

—Mira, he retrasado el retiro para ayudar en todo esto. No debí hacerlo.

Gill esperó hasta que el otro se hubo marchado, dejó unos billetes sobre la mesa y le siguió fuera, junto con Helen. Durante unos minutos permanecieron bajo la marquesina hasta que un taxista distinguió el ademán. Una vez dentro del vehículo, Gill le dio las señas al conductor.

Ni él ni Helen pronunciaron una sola palabra hasta que estuvieron en el apartamento. Mientras Gill se cambiaba de ropa, la muchacha puso en marcha la cinta grabadora aplicada al teléfono. De la misma surgió una voz ronca que murmuró unas palabras sin sentido, después unos números y terminó con una risotada.

Acto seguido, Helen tocó el botón de retroceso, y volvió a poner en marcha la cinta.

—Está en clave —sonrió Gill, al entrar en la estancia.

—¿Es importante?

—Quizás. Se trata de una cosa en la que llevo mucho tiempo trabajando.

—Pero que no me revelarás, ¿verdad?

—No —terminó de abrocharse la camisa y volvió a sonreír—. ¿Enfadada?

—Mi padre hacía lo mismo —se encogió ella de hombros—. No quería angustiar a mi madre. ¿Adonde vamos?

—A intimidar a cierta persona, Carlño, y no pluralices. Voy yo y quiero que te quedes aquí hasta que vuelva.

—Pero…

Se aproximó a la joven para aCarlciarla con pasión mal contenida.

—Hemos llegado muy lejos, Helen. Procuremos llegar más lejos todavía. Este asunto es tremendo y lo manejo mejor estando solo.

—Gill... oh, Gill... —Helen sonrió, húmedos los ojos—. Te quiero, Gill. Por favor, ten cuidado por mí.

—Soy un buen superviviente.

—¡Tienes tantas cosas en contra...!

—No cuando uno sabe manejarlas —replicó él.

Se inclinó, la besó en los húmedos labios, y la aCarlció el cabello.

—No tardaré.

El estridente sonido del teléfono interrumpió la respuesta de Helen. Gill cogió el receptor y escuchó atentamente a Bill Long.

—Gill... será mejor que vengas lo antes posible. Uno de nuestros coches te recogerá.

—¿Tenéis a Shatzi?

—Tenemos algo mejor que a Shatzi, soldado. Ven antes que Lederer llegue, y procura tener lista una buena historia. Ninguno de sus chicos conoce esta dirección.

—Puede habérsela dicho al policía de ronda.

—Hum... es un novato. El otro se retiró hace tres meses, como debí hacer yo. Vamos, muévete.

—De acuerdo —colgó y cogió el impermeable—. Lo de la intimidación lo dejaré para más tarde.

—¿Sigues queriendo que te aguarde aquí?

—Si sé que estás en casa lo haré todo más de prisa.

—Pues aquí estaré.

Lo raro era que podía meter el índice en el agujero hasta muy hondo sin que le doliese lo más mínimo. Sólo sentía un leve cosquilleo en los bordes de la herida, algo así como cuando a uno se le duermen las manos, y algo más abajo experimentaba cierto entumecimiento, mas para Shatzi esto resultaba muy agradable.

Tosió y se apoyó en la pared del edificio para descansar. Todavía llevaba aquella cosa en la mano. Volvió a examinarla. Era una maldita obscenidad envuelta en un poco de grasa. Frunció el ceño tratando de recordar dónde estaba la otra, pero no se acordó y se encogió de hombros.

Aquel gordinflón estúpido de Case y el otro individuo. Debían pensar que era un novato. Recordaba el súbito impacto de un objeto

contra el cráneo cuando estaba agachado sobre aquel tipo de su habitación, el que intentó matarle. Sí, se comportó como un tonto pero fue más listo al volver en sí, porque estaba sobre el piso de un auto, y aquel imbécil de Mack quería liquidarlo allí mismo, pero Case lo impidió. El maldito Mack quiso comprobar dos veces si ya había recuperado el sentido y le hincó el cuchillo en una pierna, pero él no se movió ni se quejó, y cuando Mack se apartó para seguir discutiendo con Case, él pudo sacar la hoja que llevaba escondida en el calcetín y cuando el coche se metió por un callejón, alargó la mano y casi le cortó la cabeza a Mack antes de hundir el cuchillo en el pecho de Case. El canalla estaba tan gordo que tuvo que clavárselo tres veces más antes de que cayera. En aquel momento, Mack se rebulló intentando mover la cabeza, mientras la sangre brotaba a chorros, como el que exprime una esponja mojada. Fue entonces cuando la automática que Mack empuñaba todavía escupió una Vez y Shatzi sintió un agudo dolor más arriba del cinturón, en el costado derecho.

Pero no le molestó mientras ejecutó su operación quirúrgica de ritual en los dos cadáveres.

Ahora tenía que seguir adelante con su plan. Sí, tenía un plan, aunque no se acordaba muy bien de los detalles. Tenía que largarse a un sitio… hacia el oeste… a una cabaña situada en una aldea que nadie conocía, y allí contemplaría el contenido del frasco una y otra vez, y todos sabrían que él era más listo que nadie. Pero lo único que ahora tenía era aquella cosa grasienta en sus manos. Volvió a toser y se sentó en el suelo. Oía la sirena de la Policía a lo lejos, mas para él no significaba absolutamente nada. Se palpó de nuevo la herida del costado, hurgándola con el dedo. Una ráfaga de lluvia helada le azotó el rostro y levantó la cabeza. Otras tres caras le estaban mirando, unas caras que poco a poco fueron convirtiéndose en unas formas ovaladas, muy pálidas, y se sintió caer hacia delante.

Los cuatro policías de uniforme y la lluvia eran suficientes para contener a los curiosos. Como no se trataba de una zona residencial, únicamente un pequeño grupo se esforzaba por ver lo ocurrido. Poco después, todos fueron desfilando. Sólo uno que conocía los diversos usos para los que servía el almacén se molestó en efectuar una llamada que debía llegar a peldaños mucho más altos.

Gill Burke se apartó de los dos cuerpos tapados con lonas y aguardó la llegada de otro furgón. De la parte trasera saltó un sanitario de uniforme, sin dejar de mover la cabeza. Hasta aquel momento creía haberlo visto todo.

—¿Qué le pasa a éste? —le preguntó Gill.

—Más muerto que mi abuela. Tardó bastante en morir pero no tenía la menor probabilidad. La bala le destrozó las entrañas. ¿Sabe lo que tenía en la mano?

—Lo sé.

—¡El muy marrano! ¿Qué querría hacer con esos ombligos?

—Supongo que ustedes se los coserán a sus dueños.

—Magnífico. ¡Bonita operación!

Gill oyó al capitán Long a sus espaldas, la estridente y colérica voz de Robert Lederer. Se volvió para dedicarles a ambos aquella mirada dura e inexpresiva que volvía a formar parte de su carácter.

—¿Todavía no lo comprenden? —inquirió antes de que Lederer abriese la boca de nuevo.

—No para el dominio público —respondió suavemente el ayudante del fiscal.

Gill miró a su alrededor y gruñó en voz baja. Los dos únicos periodistas presentes estaban hablando, sin mucho éxito, con los hombres del forense.

—¿Mantendrán a Case fuera del caso?

Lederer respiró con fuerza y dejó salir el aire lentamente.

—El señor Case era un fiel servidor del cuerpo. Dio la casualidad de que tenía un transistor en el coche y probablemente se enteró del paradero de Shatzi por este medio.

—No está mal —sonrió Gill.

—Vieron estacionado su auto no lejos de aquel edificio y cuando hizo falta un vehículo para huir, le obligaron a llevarles en el suyo.

Gill soltó una breve carcajada y encendió un cigarrillo.

—¿Quién va a tragarse ese cuento, señor Lederer?

—Gill…

—Oh, vamos, capitán, tú no apoyarás esta historia, ¿verdad?

—No, pero no podemos hacer otra cosa.

—Richard Case era el soplón gubernamental —declaró Gill con solemnidad—. ¿Cuánto tiempo tardará la gente en relacionarlo con el sindicato?

—Probablemente no mucho, Gill —reconoció Long—, pero es preferible acallar el asunto por el momento.

—¡Y un cuerno! Toda la estructura de la organización se está derrumbando, y vosotros queréis manejar este caso con guantes de seda.

—Oye, Gill, así es como vamos a hacerlo; de manera que te pido por favor que cierres el pico.

—De acuerdo, ¿Y ahora qué? Aquí tenemos todo lo necesario para empezar a cortar cabezas. ¿Por dónde empezamos?

—Nos quedaremos sentados. Nos iremos a casa, beberemos algo y dejaremos que los grandes cerebros tomen una decisión, adopten una actitud oficial, dicten órdenes... En fin, lo de siempre.

Gill miró fijamente a su amigo.

El capitán sintió correrle un escalofrío por la espalda. No se debía a la lluvia ni al viento. Era *otra cosa*. Era que en aquellos momentos de muda contemplación, acababa de recordar unos artículos en un periódicos sudamericano, y estaba analizando ciertos detalles de los últimos meses, hasta que no pudo soportar más aquellas ideas.

—Haz lo que te he dicho, Gill —dijo secamente.

Cuando Herman Shanke recibió el mensaje envió a dos de sus muchachos menos valiosos en busca del camión. No era tan estúpido como para no pensar que podía tratarse de un truco del enemigo. Cuando el camión estuvo en el lugar que se le había reservado, Herman lo examinó personalmente, profiriendo unos gruñidos de aprobación.

—¡Mirad qué pelotas tiene ese mal nacido de Moe Piel! ¿Qué clase de trato debió hacer?

—¿Por qué no nos ha llamado todavía?

—¿Para qué? La orden era adquirir este material y ponerse en camino otra vez.

—Moe debió traerlo él mismo. Ya debería estar aquí.

—A Moe le gustan otras diversiones, aparte de jugar a las guerras.

A pesar de ello, uno de los tenientes de «el Alemán» no estaba satisfecho. Para él, todo tenía que ser blanco o negro, sin una sola

nota de gris, de lo contrario, cualquier cosa le ponía los pelos de punta en el cogote.

—Esto no me gusta, Herman.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—¿Por qué llegó el otro camión primero, .por ejemplo?

—Vamos, chico, no te apures.

—¿Estás seguro de que éste es el camión de Moe?

—Oye idiota, desde aquí veo la matrícula. Conozco el vehículo, ¿te enteras? Vamos, comprueba la carga y si está en regla, lárgate al hotel. Cuando llegues al callejón cerraremos este lugar.

—De acuerdo, Herman. Pero ¿cómo no ha venido Moe?

—Quizás esté cerrando otro trato. ¿Quién diablos lo sabe? Ya volverá.

Veinte minutos más tarde, el camión estaba en el callejón de la parte posterior del hotel que era el cuartel general de la creciente organización de «el Alemán». Este había ordenado el traslado desde el lugar que ocupaban anteriormente, lo que era una jugada muy hábil y experta, puesto que en aquel mismo instante seis pistoleros a las órdenes de Papá Menes lo estaban registrando. Lo que ignoraban era que en el mismo edificio, ahora vacío, se hallaban unos oficiales de policía registrándolo todo, quienes acababan de pedir refuerzos por radio. Diez minutos después, por consiguiente, quedaría eliminada la flor y nata de las fuerzas de Papá Menes.

Lo mismo que toda una manzana de la ciudad. Los muchachos de Herman, detrás del nuevo cuartel general, habían sacado ya todas las cajas, menos cuatro. Estaban entusiasmados con aquella adquisición, que demostraba el poder de la pólvora y el acero, cuando al levantar de pronto la caja crítica se desató un infierno de llamas y humo, con un terrible rugido que destruyó todo lo vivo e inanimado dentro del perímetro de su poder demoledor, lanzando restos incendiados hacia otras casas, creando de este modo otros holocaustos, de manera que al cabo de una fracción de segundo Herman «el Alemán» se quedó sin ejército.

Treinta segundos más tarde, la radio y la televisión de Miami daban plena cuenta del desastre, y cinco minutos después uno de los valedores de «el Alemán» confirmó que éste acababa de perder toda su fuerza por culpa de Papá Menes.

En Chicago, transcurrió una hora antes de que pudiera reunirse

la Gran Junta. Todos sus miembros sabían lo sucedido en Miami y silenciosamente maldijeron a Papá Menes por destruir la organización con aquel estúpido movimiento. En aquel instante, todas las organizaciones cívicas, todas las agencias gubernamentales se disponían ya a montar una embestida monumental contra el imperio subterráneo que era la sangre de su vida. Un movimiento de auténtica indignación por parte del público, y el presente y el futuro de las «familias», y éstas mismas, serían borradas de la faz de la tierra.

Sólo existía un factor favorable. Papá Menes se hallaba en la zona de Miami y era él quien debía asumir toda la responsabilidad. Era preciso arrojar a Papá Menes a los perros para satisfacer al público. De esta manera, el sindicato podría continuar su existencia como hasta entonces.

Como la decisión no resultaba muy imaginativa, suplieron la falta de originalidad con una larga discusión destinada a establecer una serie de acciones de relaciones públicas para enfocar la atención sobre Papá Menes y desviarlas de la Gran Junta.

En conjunto, fue una asamblea muy armoniosa, con muchos brindis y estrechar de manos.

En realidad, fue una asamblea muy torpe porque subestimaron a la persona que los había situado en sus relativas posiciones de poder. Cuando Papá Menes se enteró de la noticia del desastre de Miami, llamó inmediatamente a Joe Grif, que estaba sentado al otro lado de la calle donde se celebraba la asamblea de la Gran Junta, con un bazooka bien calibrado.

Joe contestó al tercer timbrazo, sabiendo quién llamaba puesto que sólo una persona conocía aquel número.

—Sí, jefe.

—La asamblea se celebra esta noche, ¿verdad, Joe?

—Sí. No falta nadie. Todos están presentes.

—¿Estás listo?

Joe Grif experimentó una oleada de increíble excitación, como jamás había sentido en su vida. Era como estar untado con un aceite hirviente que no quemase. Y le hacía sentirse bien. Era como estar con una mujer, pero mucho mejor.

—Estoy listo, jefe —dijo, tratando de ocultar su emoción—. Diga cuándo.

—¿Los ves desde donde estás?

—No muy bien. Todos están sentados. Supongo que discutiendo.

—Cuando se levanten será para brindar. Entonces.

—De acuerdo, jefe.

—Buena suerte, Joe. Ya me ocuparé de ti.

—Lo sé, jefe.

Oyó el clic del otro extremo y colgó. Abajo le aguardaba su coche, la casita se hallaba en medio de la montaña con el dinero a salvo. Nadie podía seguir sus huellas ni encontrar su equipo. Con una sonrisa de satisfacción y autosuficiencia, efectuó un último ajuste en los guantes de goma que llevaba, cargó el bazooka con un proyectil cohete, especialmente designado para aquel disparo único y se sentó a vigilar las ventanas de la habitación donde la Gran Junta permanecía reunida.

Exactamente en el momento preciso, Joe Grif disparó el bazooka y al instante, una cascada de llamas rugientes junto con una explosión de mortal metralla, borró del mapa las cabezas del sindicato del crimen en dos tercios del oeste de los Estados Unidos.

Papá Menes quedó muy contento de sí mismo. Reconstruir aquel imperio no costaría mucho. Esta vez lo haría con su estilo personal. Sonrió interiormente y aCarlció el cuerpo desnudo de Louise. La joven le miró, relucientes sus pupilas con cierto abandono salvaje, rojas las mejillas y jadeante la respiración. Papá Menes sintió el leve temblor de aquel cuerpo, y su sangre se animó en las venas.

Sí, Louise estaba caliente por él. Aquella rubia se acostaba con él por gusto. Bien, le haría algo que recordaría su vida entera. Las prostitutas deberían tener carnets, eran todas tan grandes actrices, pero ésta no representaba ningún papel. Papá Menes le pasó la mano por los senos y sintió los frenéticos latidos del corazón; cuando ella gimió el fuego retornó a su propio sexo y también empezó a temblar. Cuando la mano de la joven le tocó, la sensación fue tan intensa que estuvo a punto de tener un orgasmo. Oh, Papá no se engañaba a sí mismo. Ya conocía aquellas sensaciones, especialmente después de liquidar a alguien personalmente, o de leer una muerte en los periódicos. En el asesinato había algo terriblemente sexual. Aquella pequeña zorra también era muy sexual y estaba decidido a llevársela consigo. La mujer que sabía responder apasionadamente a su fuego erótico no podía quedar

arrinconada.

Sin embargo, Papá Menes no juzgaba adecuadamente la fuerza que estimulaba a Louise Belhander. Era una fuerza idéntica a la suya: la Muerte. Y no tardaría en presentarse.

Esta idea le permitía a Louise volcar sobre el viejo una especie de magia sensual, sin dejar que se apagase su ardor, y cuando él le propuso que le acompañara en un viaje hacia el norte, Louise aceptó al momento, sabiendo exactamente de qué modo iba a darle muerte.

14

Los sucesos de Miami y Chicago atrajeron la atención de todo el país. Los noticiarios de todos los canales de televisión y radio dedicaron espacios a relatar las dos catástrofes casi simultáneas, interrumpiendo incluso regularmente los demás programas.

Mark Shelby, por su parte, estaba muy preocupado. No, no era preocupación. Estaba asustado, y si tenía que admitirlo realmente, estaba asustado, muerto de miedo.

Se sirvió otro vaso y se paseó por el salón, tratando de imaginar lo ocurrido. Sí, lo de Miami era de esperar y sabía que todas las culpas se las echarían al viejo Menes. Pero ¿de dónde diablos provenía aquella explosión? La Policía tenía pruebas de que un camión se había convertido en una potente bomba y esto lo relacionaban, muy naturalmente, con la rebelión de Herman «el Alemán» contra el sindicato.

Shelby movió la cabeza con impaciencia, enojado por no estar de acuerdo con estas conclusiones. Sí, se trataba de una explosión. Tal vez aquel loco de «el Alemán» hubiese adquirido otra carga de explosivos y los hubiera detonado por accidente. Esta era la explicación más plausible, pero en lo que atañía a la Policía y al público en general, todo ello formaba parte del crimen organizado.

No, no era esto lo que le asustaba. Era la forma en que alguien había conseguido destruir una poderosa organización con un solo disparo bien planeado y cronometrado.

Como todo lo demás, pensó Shelby, *pero esta vez lo había hecho en masa. ¡Quería destruir el sindicato y lo estaba consiguiendo!*

¿De dónde obtenía su información? La Gran Junta sólo utilizaba aquel salón de asambleas desde hacía un par de meses, y lo había alquilado por medio de varios nombres falsos. Iban a buscar otro

para la próxima reunión... pero alguien había instalado un bazooka en la casa de enfrente, disparando en el preciso momento.

¿Quién?

Treinta y dos hombres fuera de circulación. Otros dos heridos de gravedad. Seis no habían asistido a la asamblea a causa de su mala salud, otro llegó más tarde... y uno estaba muy atareado en Miami.

Shelby dejó de pasearse, apuró la bebida pensativamente, volvió al bar, y se sirvió otra. Durante un minuto se estuvo contemplando en el recargado espejo. ¿Era posible que...?

Papá Menes envejecía, y aunque era la cabeza titular de todo el grupo de familias no poseía ya el control de hierro como antaño. Las nuevas familias desoían sus palabras y hasta sus órdenes. Sí, se rumoreaba a menudo que Papá Menes debía abandonar su puesto privilegiado en favor de alguien más joven y más enérgico. Para destruir a Papá Menes sólo necesitaban una excusa.

Mark Shelby intentó darles la excusa, y antes de la maldita explosión, Jerry Dines le había pasado la palabra clave por teléfono: estaba resuelta la eliminación de Papá Menes.

Lo malo era que los tigres viejos tardan mucho en morir. No son tan ágiles ni tan fuertes, pero poseen muchos años de experiencia, lo que aumenta su instinto natural y saben cómo hacer frente a sus enemigos.

Sí, Papá Menes era un tigre. Conocía todos los trucos, todas las añagazas. No cedería graciosamente a ninguna presión, a ninguna amenaza. Era tan tenaz como un tigre de la selva y el golpe de Chicago resultaba muy de su estilo.

Pero... ¿era posible?

Si lo era, ello significaba que Papá era el individuo más probable detrás de la matanza de todos los demás. Estaba dispuesto a reorganizar el sindicato de nuevo. Sí, ésa era la clase de estúpida senilidad que siempre estaba temiendo la organización.

Mark Shelby empezó a recordar los viejos tiempos. La cosa había ocurrido como en los años cuarenta, pero entonces Menes todavía no era el Papá, era sólo el Hombre, el tigre que lo absorbía y lo controlaba todo.

Con una sonrisa agria, Mark tomó un trago de su vaso. De manera que el viejo tigre estaba dispuesto a conservar las riendas del poder.

¡Al diablo!

Lo único que la Policía necesitaba era poseer toda la información obtenida por Mark Shelby, comprobada al correr de los años y Papá Menes sería un candidato a una cadena perpetua.

Pobre Papá, se condolió burlonamente Shelby. Todo había acabado y él no lo sabía. Todos estaban liquidados, sí, pero él se hallaba en la peor situación. Mark Shelby conocía todos los detalles vitales de los intrincados procesos de la organización y si no eran suficientes, aportaría más datos, datos que llevarían al viejo a una tumba sin losa o a una celda de máxima seguridad.

Se terminó la bebida y sonrió ante su imagen en el espejo. Vaya, estaba en forma. Los planteamientos eran correctos y sus conclusiones también. Empezó a servirse otro vaso, pero de repente soltó la botella y le puso el tapón. No tenía que seguir bebiendo. Lo que necesitaba para celebrar su triunfo era la rubia de nacarados pechos y un pubis como un aspirador. Sí, traería la rubia a su apartamento, confesándole quién era realmente, y si su esposa se quejaba por aquella intromisión, siempre sería posible disponer un accidente o hacer que Pete el Meat la pusiera delante de un fotógrafo para que él pudiese alegar divorcio por infidelidad.

Alargó la mano hacia el teléfono para llamar a Helga, pero detuvo el gesto antes de tocarlo. Con todo lo ocurrido, cien ojos estarían vigilando a todos los presuntos miembros del sindicato. Helga tendría que esperar unos días hasta que las aguas volviesen a su cauce. Al final se sirvió otro vaso y se sentó, deseando que llamase Pequeño Richard. En las noticias no habían nombrado en absoluto a Shatzi, de manera que no sabía si lo habían atrapado o no. Por otra parte, nadie contestaba al teléfono en el almacén, aunque esto era de esperar a aquella hora. Bien, no podía hacer más que esperar, lo cual no le gustaba porque se sentía más vulnerable cuando no tomaba la ofensiva.

Una vez tomada la decisión Papá Menes tardó menos de media hora en disponerlo todo. Luego se instaló en el asiento posterior del coche, detrás de Artie y Louise, en dirección a una calle lateral de Miami donde cambiaron de vehículo. Se llevaron una sola maleta con los efectos personales del viejo, y continuaron hacia

Jacksonville, al extremo norte del Estado. Aunque en todos los noticiarios mencionaban su nombre, los locutores insinuaban que Papá Menes había desaparecido o estaba muerto, de modo que ningún policía los molestó ni fueron reconocidos por nadie.

En el aeropuerto, Artie adquirió un pasaje de ida sólo hacia Nueva York para Louise, le dijo donde debía vivir hasta que ellos llegasen y le entregó quinientos dólares para que no se aburriese mientras tanto. Louise pretendía ir con Papá, pero éste se acordaba de la manera cómo habían puesto fuera de circulación al viejo Tommy Hazelton, escudándose la justicia en la Ley de Raptos y él no iba a tropezar en la misma piedra.

—Jefe —preguntó Artie cuando volvió a subir al coche—, no me gusta decir nada, pero ¿está seguro de esta chica?

De ordinario, Papá Menes le habría cruzado la boca de una bofetada, en cambio ahora se limitó a sonreír.

—El día que no sepa conocer a una muchacha —respondió con severidad—, ese día volveré al lado de mi mujer. Esa chica está loca por mí.

Artie asintió a regañadientes. Se había fijado en la mirada que Louise había lanzado al viejo y no era de su agrado. Además ¿cómo un viejo como Papá Menes podía volver tarumba a una joven como aquélla?

—Sí, jefe —murmuró—, pero si alguien dice algo…

—¿Quién dirá nada? —le cortó en seco Papá.

Artie sonrió silenciosamente y embragó. Al salir del aparcamiento, enfiló por la autopista en dirección norte. Aquello era lo que más le gustaba de su trabajo, conducir un auto y escuchar la música del transistor, pensando distraídamente en las chicas de los Cayos y en las que le estaban esperando en la ciudad. No sobrepasaba jamás los límites de velocidad, se detenía tan sólo para llenar los depósitos de gasolina o aceite, o bien para tomar un bocado, y dejaba que el viejo dormitase en su asiento. Tardarían veinticuatro horas en llegar y él disfrutaría cada minuto del trayecto, especialmente si veía algún policía deteniendo a algún conductor imprudente. Les estaba bien empleado, el que quebrantaba las leyes del tráfico se merecía una buena corrección. Artie lanzó un gruñido de contento y se aCarlció el bolsillo en el que llevaba la cartera. En toda su vida no había tenido que pagar

una sola multa.

Detrás suyo, Papá Menes no dormía en absoluto. Tenía los ojos cerrados; iba repasando en su mente toda la última serie de acontecimientos, como en la pantalla de un cine. A veces, su visión era como un documental, luego variaba hacia un ángulo ficticio y exploraba todas las posibilidades. Por fin, borraba la imagen y empezaba de nuevo.

No era fácil encontrar el principio. No, no empezaba con la serie de muertes súbitas entre los miembros importantes del sindicato… Empezaba mucho antes. Todo estaba demasiado bien planeado desde antes de la primera muerte hasta el último holocausto de Miami.

Todos estaban demasiado seguros de que la respuesta era Herman «el Alemán», que había querido aprovecharse de la situación. Sí, tenía la artillería necesaria, pero no era bastante inteligente para efectuar un movimiento tan insensato, que incluso había costado la vida a sus mejores muchachos. Lo peor de todo era la explosión que había destruido una parte de la ciudad. Pudo tratarse de un accidente, pero esa clase de accidentes necesitan de una larga preparación, y «el Alemán» no preparaba nunca nada. Papá Menes sí creía en los largos preparativos. De no haber creído en ellos, la Gran Junta no lo habría colocado donde estaba.

Bien, ¿a qué mano desconocida se debía lo sucedido? Primero: ¿quién o quiénes quedaban en posición de autoridad? No eran muchos, y el más destacado era Mark Shelby. ¿Quién conocía todo el tinglado de la maquinaria? Mark Shelby… de entre los vivos.

Papá sonrió torvamente y recostó la cabeza en el mullido respaldo. Le gustaba aquel juego. Durante el resto del trayecto, seguramente lograría componer todo el rompecabezas, analizando detalle por detalle y recordando todas las cosas que en su momento no parecieron tener importancia; sin embargo, cuando encajara con lo demás, cobraría su verdadero significado.

Y si el nombre resultaba ser el de Mark Shelby, el *Primus Gladiatori*, el viejo *Primus* se convertiría en un *Fins Gladiatori*.

Con las repercusiones todavía resonando en el sur y el Medio Oeste sobraba material para alimentar a los medios de

comunicación, por lo que no hubo dificultad en retener la noticia de la muerte de Richard Case y compañía. Aparentemente, los muertos habían desaparecido de la circulación.

El hombre llevaba tres años separado de su esposa, por lo que no era probable que ella efectuase indagaciones, y a sus socios ya se les había comunicado mediante una serie de llamadas falsas que salía de viaje por algún tiempo.

Robert Lederer y sus ayudantes, aumentados con personal seleccionado de las unidades de inteligencia de la policía, estaban examinando los informes recibidos en las últimas horas, tratando de lograr un cuadro completo de lo ocurrido. A pesar de los datos aportados, la versión final era más una especulación que una realidad.

Quince minutos antes, nadie conocía el paradero de Papá Menes. El viejo se había presentado, voluntariamente, con su abogado y unos testigos que afirmaron que él estaba de vacaciones en una cabaña rural, completamente fuera de contacto con aquellos sucesos.

Tanto Gill Burke como Bill Long obsequiaron a Lederer con una mueca burlona, cuando éste les dio la noticia.

—¿Hasta cuándo piensa creer en esa coartada, Robert? —quiso saber el capitán.

—Eternamente —repuso Lederer, encogiéndose de hombros—. No jugamos con ningún niño. Menes ha borrado bien todos sus pasos. No, no tengo el menor interés en descubrirle públicamente. Además, existe la posibilidad de que haya dicho la verdad.

—¡Narices! —gruñó Gill.

Todas las cabezas se volvieron a mirarle y calló.

—Está bien, Burke —dijo el fiscal de distrito—, usted ha presumido de estar enterado de muchas cosas y creo llegado el momento de que las diga.

—¿Por qué?

—Porque somos nosotros los que hemos de sacar conclusiones de los hechos verdaderos o falsos, y no usted, Burke.

—De acuerdo, entonces nos atenderemos a los hechos —blandió el cigarrillo que tenía en la mano, se lo encajó entre los labios y lo encendió cuidadosamente—. Ahora tienen ustedes lo que ha quedado del sindicato esparcido por todo el país, con sus mejores

hombres tendidos en el depósito de cadáveres. Tienen también la indignación pública a punto de estallar y hagan lo que hagan contra el sindicato, les darán la razón. Todos estamos sentados en un jardín de rosas político donde pronto todos resultamos agradables, desde el policía de uniforme hasta los grandes políticos.

—Eso es pura especulación, Burke.

—¡Y un cuerno! Saben que es la verdad. Lo único que mantiene a todos maniatados es la cadena de mando del sindicato para sus empresas legítimas. Los miles de millones de sus negocios podrían quebrantar, gravemente, la economía nacional y nadie quiere ponerle el cascabel al gato.

Gill hizo una pausa para chupar su cigarrillo.

—Lo cual nos lleva a otro hecho. El gran jefazo se halla aquí, en Nueva York. Y el que le sigue en lá jefatura también. Todo está listo para que el vencedor recoja el premio grande, y estallará la guerra cuando Papá Menes y Mark Shelby pongan a sus hombres en orden de combate… y pueden apostar sus bellos traseros a que en estos momentos lo están haciendo. El viejo tiene bien guardado su dinero, lo mismo que Shelby. Descorcharán la botella, retrocederán y empezará una lucha sin cuartel. Ellos no estarán presentes, y ustedes nunca podrán relacionarlos con lo que ocurra, y pueden estar seguros de que lo que ocurrirá será una matanza general, tanto, que lo de Miami será a su lado como un pequeño ensayo.

—No exagere, Burke.

—Sólo intento dar mi opinión del caso —sonrió Bill—. Si piensan que soy un ave de mal agüero, pregunten a sus consejeros. No todos son del tipo «sí, señor».

Una simple ojeada por la habitación le dijo a Lederer que Gill Burke estaba en lo cierto.

—Naturalmente —rezongó en tono irónico—, supongo que usted tiene la solución en sus manos.

—Naturarlmente —asintió Gill con gran seriedad.

—¿Cuál es?

—Matarlos a ambos —declaró Gill.

Bill Long entregó a Gill la taza de plástico llena de humeante café y se sentó en el borde de la mesa, contemplando la ciudad al

otro lado del ventanal. Unas diminutas arrugas surcaban las comisuras de sus ojos, y apenas si hizo una leve mueca al tomar un sorbo del líquido ardiente. Una idea embargaba su mente y no conseguía arrancarla de allí. En realidad, estaba creciendo constantemente, en medio de las tinieblas. La sustancia estaba allí, pero no lograba distinguirla con claridad.

—¿Lo dejamos ya por esta noche? —propuso Gill.

El capitán asintió, sin dejar de mirar al ventanal.

—Entonces, me largo. Nos veremos mañana o te llamaré.

—Oye, Gill… —murmuró Bill Long, antes de que al policía llegase a la puerta.

—¿Sí…?

—Lo has dicho en serio ¿verdad?

—¿El qué? —preguntó Gill al cabo de un momento.

—Arriba… lo de matarlos a ambos.

Gill soltó una carcajada que sonó a falso.

—Amigo, ésta es la única respuesta posible. Sabes bien que lo dije en serio.

—¿Y… consideras también la posibilidad de hacerlo tú? —Bill Long, al efectuar la pregunta miró fijamente los ojos de su amigo.

Durante unos segundos, Gill no contestó, sondeando las pupilas aceradas del capitán. Pero ambos tenían puesta una máscara imposible de penetrar.

—Sí —concedió finalmente el policía—, lo he considerado, así

—¿Has encontrado alguno?

—Tal vez. Cuando esté seguro te lo diré.

15

En su cuidadoso reconocimiento sólo descubrió a un vigilante que permanecía allí todo el día turnándose con otro cada cuatro horas, por lo que Mark Shelby decidió que sus necesidades físicas justificaban el riesgo. Sin molestarse en llamar antes, siguió la ruta acostumbrada, detuvo un taxi dos manzanas más abajo y le dio al chófer la dirección de Helga.

Mark necesitaba, frenéticamente, aquella distracción. Le ayudaría a pensar correctamente y a organizar sus esfuerzos para no cometer ninguna torpeza.

Sus contactos con el viejo siempre le dejaban preocupado, aunque tuviese todos los triunfos a su favor. Lo malo era que ya no existía la Gran Junta y nadie le respaldaría en su lucha por el poder. A Papá Menes no le importaba en absoluto que los jefes hubiesen entregado a Shelby las riendas de todas las operaciones. Papá Menes era ahora la Gran Junta, la Pequeña Junta y todo lo demás. Al menos, eso creía. Mark consultó el reloj. En estos instantes, Papá ya albergaría algunas dudas sobre su verdadera situación. Mark había logrado la cooperación de una docena de pistoleros conocidos, de manera que Papá no contaría con ellos. Sabía, eso sí, que Papá también realizaba algunos contactos y que, si se le concedía tiempo, llegaría a levantar un poderoso ejército; sin embargo, Mark no pensaba darle ese tiempo. Papá Menes caería con toda seguridad, con los bolsillos llenos o vacíos.

En la Costa Oeste, la mayoría de las «familias» medio destruidas, apostaban por Mark. Instintivamente, sabían que Papá Menes era el artífice del casi total aniquilamiento de la organización, y aunque reconocían que estaba justificado, su rencor era demasiado grande para aceptar al viejo como único jefe.

Además, Mark Shelby aseguraba tenerlo todo bien dispuesto y, los demás, conociendo sus dotes de mando, le apoyarían incondicionalmente.

Sin duda, el viejo guardaba algún as en la manga. Mark sonrió al recordar su conversación telefónica con Papá unas horas antes. No era posible dudar del talento del viejo. La charla había terminado diciendo Mark:

—Estamos en tablas, Papá.

—¿Eso crees?

—Claro, Papá.

—Mark, te olvidas de algo.

—¿De qué, si puede saberse?

Sonó una risita y Mark frunció el ceño. No era momento adecuado para bromas ni ironías.

—Todo está preparado para el vencedor, ¿verdad, Mark? —inquirió la voz del viejo.

—Exacto, Papá.

—Todo listo para que intentes quedarte con todo y yo pretenda impedírtelo, ¿no es así?

—Así es, Papá.

Hubo otra risita y el viejo articuló lentamente:

—Maldito idiota, piensas saberlo todo y quizá sea así, excepto que ignoras una cosa, la más importante.

Shelby experimentó un escalofrío, mas después se tranquilizó, y sonrió. Papá Menes siempre quería impresionar a sus interlocutores, y ahora trataba de asustarle a él. Esto era instintivo en el viejo.

—¿De qué se trata, Papá? —preguntó no obstante.

Pero el viejo ganó la jugada.

—Si a las diez no lo has averiguado todavía —respondió Papá alegremente—. Llámame, cabeza de chorlito y te diré algo que te hará bajar todos los humos.

Antes de que Mark pudiera responder, el viejo colgó. Mark sonrió ante el teléfono desconectado, lo devolvió a su soporte y se sintió satisfecho porque los días en que el viejo empuñaba el látigo habían pasado y el látigo ahora iba a estar en otras manos. Lo peor era que no lograba adivinar a qué se refería el viejo. Bueno, una cosa estaba clara: que él era el instigador de los primeros ataques contra la organización.

Papá Menes era el único que podía haberlo realizado de modo tan perfecto. Por un segundo, Mark se sintió irritado de nuevo. El viejo zorro, seguramente, previo esta reacción tratando de utilizarla en contra de Mark. Sólo que ello había salido mal. Mark Shelby seguía vivo y defendía su posición en la cumbre. .

Ese era el inconveniente de todas las revoluciones: siempre fallaba alguna cosa, o alguien llegaba tarde o alguien tomaba una decisión imprevista y los planes no se cumplían nunca exactamente.

Cuando se apeó del taxi iba sonriendo otra vez, pensando en que, quizá, Helga le tendría preparada alguna de sus magníficas sorpresas.

Esa noche sería muy especial.

Cuando hizo girar la llave en la cerradura y empujó la puerta comprendió que sería la noche más salvaje de todas, porque Helga saltó del diván completamente desnuda, corrió hacia él y lo abrazó con tanta fuerza que Mark estuvo a punto de caer de espaldas. Mientras trataba de recobrar el equilibrio, la joven llenó su boca de besos, al tiempo que le iba quitando las ropas. Era como si quisiera violarlo y esta idea le conmovió tanto que experimentó una inmediata erección, una erección excesivamente sensible para soportarla, y por este motivo la arrastró hasta el dormitorio y la arrojó en el centro de la inmensa cama.

Ella, sin embargo, se empeñó en terminar de desnudarlo. Por fin, Mark dejó de resistirse a aquellas agresivas demandas y adoptó un estado pasivo, mientras ella le prodigaba toda la gloria de sus abrumadoras Carlcias. Lo único que Helga deseaba era gozar de él, tomar, no dar, elevarle a las alturas del placer físico donde todo queda ennegrecido en las oleadas orgiásticas del abandono que deja el cuerpo indefenso y lleno de espasmos.

Mark comprendió por fin por qué al acto sexual algunos lo llaman la «pequeña muerte».

Su mente quedó demasiado saciada para preguntarse a qué se debía la magnífica actuación de Helga. Cuando su miembro quedó lacio entre sus muslos, cerró los ojos y fue quedándose dormido.

Helga lo contempló desde el umbral de la habitación, hasta estar segura de que la fatiga sexual acababa de descender sobre él.

Helga creyó que era Nils el que abría la puerta y se preparó a recibir a su amante con el mejor de los ardores. Antes, había

perfumado el baño, peinándose con esmero desusado, y el guapo Nils, con sus hábiles manos y su voz de falsete siempre conseguía electrizar el cuerpo y la mente de la hermosa Helga con la técnica erótica que había adquirido en los últimos cuatro años, de manera que cuando se separaba de ella la dejaba en la cima del clímax emocional, un clímax que solamente una mujer sensibilizada para las artes del sexo podía comprender, o un hombre lleno de práctica apreciar en todo su valor.

Todo estaba preparado para Nils y aquel estúpido que pagaba todos sus caprichos se había interpuesto.

Lo más fácil era agotar a aquel canalla. Cualquier puta barata podía conseguirlo. Lo difícil, no obstante, era disimular el miedo que le desgarraba las entrañas. Oh, no era por la automática que él siempre llevaba consigo. Lo que la asustaba era la revista que compró junto con el periódico, la edición especial dedicada a las monstruosas cosas ocurridas en Miami y Chicago… el artículo con el que publicaban la foto tomada por un fotógrafo aficionado, ya muerto, de los jefes del sindicato al salir de una conferencia celebrada en un hotel. Allí, al fondo, disimulado entre los demás, se veía la imagen de aquél a quien ella creía un comerciante de comestibles al por mayor de Tren ton, cuando en realidad era Mark Shelby, supuesto jefe de la organización criminal.

El apartamento pertenecía a Shelby, al hombre que estaba desnudo en la cama. Como podía haber sobornado fácilmente al portero, era inútil que ella intentara alertar a Nils. Lo único que podía hacer era confiar con la suerte, procurando no quedar atrapada en el medio.

Helga no era tonta, precisamente. Disponía, además, de mucho tiempo libre para leer todo lo que caía en sus manos y pensar y especular sobre ello. En el pasado había aprendido diversas actividades fuera del concepto legal de la existencia normal, de forma que era capaz de unir la realidad a la ficción y averiguar una verdad que podía hacer temblar a una mujer corriente. No a Helga. Estaba, incluso, considerando la posibilidad de apoderarse de la automática y matar a Shelby.

Era demasiado arriesgado. Helga no tenía tanto valor.

Tal vez Nils…

Nils tampoco era valiente hasta ese punto. Un cuerpo fabuloso,

hermoso, pero sin los redaños necesarios.

Miró el reloj de pared.

—¿Qué haría cuando llegase Nils?

Sentía a su alrededor una fuerza invisible como si alguien apretara el aire en torno de ella. En la ciudad reinaba una gran tensión, incluso en la manera de moverse la gente. El cielo estaba muy oscuro, surcado solamente por algún relámpago aislado, precursor de otra catarata de agua.

Helen Scanlon contempló a los dos hombres, Gill y el capitán Bill Long, intuyendo que algo se estaba interponiendo en su estrecha amistad.

Sabía que ella no debía estar presente. Era un momento para hombres solos y, a pesar de ello, sabía también que actuaba de catalizadora de la tensa situación. En el interior de cada uno de ellos había un profundo y oscuro secreto. Durante un segundo, Helen experimentó un destello de odio hacia el mundo en general, contra aquel sistema que era capaz de convertir a los hombres en fieras salvajes y la tierra en un laboratorio de destrucción, sólo en beneficio de unos cerebros desquiciados.

Miró el reloj. Eran las ocho y cuarto.

Bill Long dejó la taza de café y aceptó el cigarrillo que le ofreció Gill.

—Si estás en lo cierto, el departamento es un conjunto de estúpidos.

—Hombre, no tanto…

—¿No? —Long se inclinó hacia la cerilla que sostenía el policía—. ¿Sabes cuántos individuos se ocuparon de aquel caso?

—Sí.

—Individuos de categoría, nada de novatos. Individuos que están a tu favor pero que presentarían las pruebas que encontrarán sin importarles las consecuencias.

—Encontraron muchas ¿verdad?

—Nada que pudieras refutar.

—Oh, si lo hice —exclamó Gill—. Aunque no pude demostrar nada.

—¿Por qué no trabajaste junto a los demás?

—¿Quién me necesitaba? Todo se iba acumulando contra mí y ya no tenía escapatoria. Existía una base de verdad que hacía que todo lo demás pareciera también cierto. Yo sólo conseguí empeorar la situación; lo sabes muy bien. El comité de Compat conocía bien la situación y me ofreció un trabajo. No me lo pensé dos veces. Gané más dinero y no tenía a una serie de oficiales superiores corriendo asustados a proteger sus pensiones.

—No digas tonterías, Gill.

—¿Qué habrías hecho tú, amigo?

—En primer lugar, no habría arrojado la toalla. Era preferible esperar a que se descubriese la verdad.

—Sí, es una idea excelente a primera vista, pero no me gusta morirme de hambre ni tragarme la mierda que me echan encima —calló, chupó el cigarrillo y movió la cabeza—. El otro lado era demasiado estupendo para vosotros, claro. Creisteis, o creyeron los demás, que conmigo fuera de juego todo volvería a la normalidad. O a lo que ellos llaman normalidad.

—Pero no fue así ¿eh?

La sonrisa de Gill casi amedrentó a Helen. En sus ojos leyó algo que la hizo estremecer.

—No, no fue así.

—En realidad, la situación ha empeorado.

—Para algunas personas, tal vez —Gill dejó de sonreír para mirar fijamente al capitán.

—Cuando se piensa en ello, todo el asunto parece estar muy bien orquestado.

—¿Quién sabe? —Gill se encogió—. En este negocio, cualquier cosa puede iniciar una reacción en cadena.

—Cierto —concedió Bill Long—, pero solamente si uno sabe… dónde, cuándo y cómo apretar el botón para iniciar la acción.

—Podría ser algo casual.

—¿Casual? —replicó Long—. No me gustan las coincidencias. En nuestro oficio no suelen darse. Todo está bien planeado.

—Concedo que muchas cosas se planean por anticipado. Pero de repente, ocurre algo que nadie ha previsto y las salpicaduras llegan a gran altura. Bueno —añadió, dejando un billete sobre la mesa para abonar los cafés—. Vámonos a poner en marcha el ventilador.

—Desearía… —vaciló el capitán— que me aclarases algunas

dudas, Gill.

—Será mejor que dejes que sucedan varias cosas y puedas contemplarlas por ti mismo. Además —agregó sonriendo—, no tienes otra elección.

Helen observó cómo los tendones del cuello del capitán se tensaban hasta un extremo increíble.

—Está bien —musitó al fin Long—, es tu entierro, Gill Burke.

—Oh, querido... —exclamó Helen.

Gill apartó la mano de la joven de su brazo.

—Ya has pasado antes por esto, muñeca. Simplemente, tenemos que efectuar unas investigaciones. Tal vez del tipo intimidatorio, pero nada serio. En realidad, gracias a ti empecé a intuir la verdad.

Siempre que Mark Shelby se recobraba de los efectos de un orgasmo era como una concha vacía obligada a indagar en su interior, sin gustarle lo que veía. Esta vez era peor aún. Se había dejado dominar como un monigote. Se daba cuenta de que no era más que un ser débil que podía odiarse a sí mismo hasta la muerte.

Por suerte, no estaba solo. Aún disfrutaba del poder. En la estancia contigua tenía una torre de poder, de cera, de forma cilíndrica.

Trató de quitarse de la boca el regusto amargo, saltó fuera de la cama, se duchó y se vistió. Ella le esperaría seguramente en el salón, dispuesta a rendirse en doce orgasmos más.

Por eso estaba tan loco por ella. Era completamente suya, desde los pies a la cabeza, con todo lo hermoso que había en medio. Sin embargo, cuando entró en el salón, Helga no estaba desnuda ni en actitud incitante. Se hallaba sentada con las piernas cruzadas sobre el diván, con la falda rodeándole las rodillas, sonriendo, pero la sonrisa resultaba teatral, algo forzada, y el vaso que tenía en la mano estaba medio vacío de su contenido de whisky.

Iba a arrancarle el vaso de la mano cuando sonó el teléfono y ella casi lo dejó caer. Fue Mark quien levantó el auricular y murmuró con un tono mortal:

—Lo cojo yo.

Vio cómo ella abría los ojos con expresión asustada.

—¿Sí? —gruñó. Luego, le pasó el aparato a la joven—. Es para

ti. Alguna amiguita de las tuyas.

Resultaba evidente el alivio experimentado por Helga. Su voz adquirió un tono alto y alegre, cuando dio la descripción del vestido que deseaba arreglar. Mientras se explicaba, no miró ni una sola vez a Mark. Colgó casi a pesar suyo y vio a Mark Shelby regresar del bar con un vaso en la mano.

De repente, se fijó en el reloj de pared. Las manecillas señalaban las diez, y sin apartar la vista de la joven, marcó el número privado de Papá Menes.

—Son las diez en punto, Papá —dijo cuando oyó la voz del viejo.

Papá soltó una carcajada llena de ironía.

—Aún no lo has adivinado, ¿verdad, cabezota?

—Te estás volviendo senil, Papá. Esta llamada es sólo de cortesía.

—¿De veras, Marcus?

—Supongo que no creerás que soy yo quien está detrás de esos sucesos… —añadió Menes tras una breve pausa.

—¿Por qué habría de creer tal cosa? —objetó Mark, sintiendo correr un escalofrío por su espalda.

—Porque —continuó Papá Menes —fui lo bastante tonto como para pensar que el culpable eras tú. Después, reflexioné y lo repasé todo en mi cerebro hasta que comprendí que tú no posees ni el valor ni el talento necesarios. Te has limitado a esperar entre bastidores, dejando correr las cosas por sí solas. No era como lo planeaste hace tiempo, pero no podías impedirlo. De todos modos, como dije, olvidaste una cosa.

—Escucha, Papá…

—Calla de una puñetera vez. Sé que no fui yo y sé que no fuiste tú. Lo que has olvidado es que en algún lugar, bien atrincherado, hay alguien aguardando, y que los dos debemos estar en su lista… Y tú estás en un verdadero apuro.

—Yo…

—No me interrumpas, Marcus. No estás en tu casa, no estás en tu oficina, estás en algún sitio donde se te puede encontrar fácilmente. Como ves, soy más listo que tú, cabezón. Yo estoy metido dentro de un agujero seguro, con veinte guardaespaldas a mi alrededor, y puedo esperar un año si es necesario. Claro que

para entonces, tú ya estarás muerto —se echó a reír y añadió—: Y si no lo estás, lo estarás pasando muy mal. Ese Burke volvió a la casa de empeños. Está preparándote una trampa, hijito. Busca a una rubia, seguro. Con mala suerte, claro, porque hace tiempo que murió, pero Burke llegará a olerse algo.

El teléfono quedó muerto en las manos de Mark, con la carcajada del viejo resonando todavía en sus oídos. Cuando Helga sonrió y le preguntó si todo iba bien, sintió el estómago en la garganta y ahogó el alarido que estaba a punto de proferir, abofeteando aquel lindo rostro con el puño y enviándola contra el diván. Nada era capaz de frenar su locura, los puntapiés que propinó por todo aquel hermoso cuerpo, hasta dejarla ensangrentada e inerme en el suelo.

Cuando terminó, no podía apenas respirar, estaba completamente despeinado y los ojos casi desorbitados.

—Maldita zorra —logró articular, jadeando—. Esperabas que llamase un imbécil. Maldita puta de cinco cochinos dólares, no podrás volver a acostarte con nadie. Vas a morir, tú y tu amante. Volveré y os mataré a los dos.

Mark Shelby tenía que salir, pues tenía otras cosas más importantes que hacer. Después, los mataría a ambos. El feroz terror de que un solo individuo pudiese arruinar todos sus maravillosos planes era tan inmenso que incluso se olvidó de lo que le acababa de decir Papá Menes respecto a su falta de seguridad.

Estaba en la calle cuando lo recordó, pero ya era tarde para cambiar de idea. Detuvo un taxi y se sentó en su interior, tremendamente fatigado.

Quizás la suerte estuviese de su parte. Para ayudarla un poco cambió tres veces de taxi hasta llegar a su destino, convencido de que no le había seguido nadie.

Sus temores se estaban desvaneciendo y estaba dispuesto a matar a quien se interpusiera en su camino.

Gill Burke estacionó el coche a una manzana de distancia; se quedó dentro, con Helen y Bill Long. La lluvia era apenas una fina llovizna que mojaba las calles y levantaba halos alrededor de las farolas. En aquel bloque de casas, sólo permanecían abiertas

algunas tiendas.

—Voy a ponerte en antecedentes, Bill —manifestó finalmente Gill—. No es una gran historia y cuando la hayamos comprobado no tendrás en tus manos más que pruebas circunstanciales… excepto una sola pieza muy importante.

—Estoy esperando.

—Tenemos que volver a Mark Shelby.

—Bromeas, ¿verdad, Gill?

—¿Yo? Veamos si luego piensas lo mismo.

—De acuerdo, dispara.

El tono del capitán era de plena desconfianza.

—Enfócalo de este modo —empezó Gill—. Shelby estaba en situación de saberlo todo de todos, la forma cómo se hacían las cosas, los datos personales… todo. Siempre fue un tipo ambicioso, pero lo disimuló porque al sindicato no le gustan las personas ambiciosas.

»Shelby tampoco deseaba convertirse en un blanco de diana. Planeaba un movimiento final y debía asegurarse de estar a cubierto, de forma que además de reunir todos los datos posibles sobre la organización, tuviese pruebas contra cada uno de los personajes importantes, para poder mantenerlos fuera de la circulación de manera permanente.

»Concedo que el plan no es nuevo, Bill, pero serviría a sus propósitos. No podía conservar muchas notas, de forma que buscó a un par de fotógrafos carentes de escrúpulos para que transformasen su colección en microfilms. Por desgracia, uno de los dos comprendió de qué se trataba. Intentaron chantajearle y Shelby los mató. Probablemente estaría presente mientras se hacían los microfilms; sin embargo, uno de los fotógrafos consiguió sacar una copia, con la que amenazaron a Mark Shelby. Este mató a los dos fotógrafos y salió pitando de allí.

»Era un barrio poco concurrido y seguramente no esperó ser reconocido, mas alguien le vio… y hasta le dirigió la palabra. Era un buen chico. Incapaz de hablar si era interrogado; no obstante, Shelby decidió no correr ningún riesgo. Podía haber eliminado al pobre entrometido, pero deseaba terminar lo antes posible con lo de los dos asesinatos. Luego, aunque el chico hablase, nada tendría importancia.

»Encontró a un borracho empedernido, un tal Ted Proctor. Le contó una historia que el borracho se tragó, probablemente que se había encontrado una pistola y que Proctor podía empeñarla por veinte pavos, que se repartirían entre los dos para comprar bebidas Proctor cayó en la trampa, lleno de alcohol como de costumbre.

Bill Long sabía ya cuál era el resto del relato y su voz sonó como el hielo.

—No me digas que Jimmy Corrigan formaba parte del plan, amigo.

—Fue sin saberlo él —observó Gill suavemente. Respiró profundamente, encendió un cigarrillo y empezó a contemplar la calle. —Poco antes, Shelby hizo que algunos de sus muchachos le entregasen sus carteras. Luego, las escondió en la habitación de Proctor para que éste pareciese un artista del robo. Después, pagó a una ramera para que interpretase un pequeño papel en la tragedia, por si acaso fallaba su cálculo del tiempo.

—¿De qué diablos estás hablando?

—De algo que Corrigan recordó que no figuraba en su informe, porque no parecía formar parte del conjunto.

—¿Lo confirmará?

—Seguro, pero no hallarás a la dama.

—Continúa.

—Shelby conocía el recorrido de Corrigan y la hora en que solía llegar delante de la tienda de empeños. Corrigan iba ligeramente retrasado, porque la ramera lo entretuvo mientras Proctor entraba en la tienda. Al fin, Corrigan se deshizo de la individua y anduvo hacia la casa de préstamos, donde Turley, el dueño, discutía con Proctor la adquisición de la pistola. Turley levantó las manos como si el otro le estuviera atracando. Corrigan lo vio, entró con la pistola en la mano y cuando Proctor se volvió, apuntándole al parecer con el arma, Corrigan creyó que Proctor iba a disparar y se le adelantó.

Bill Long miró a Gill con indignación.

—Hay un gran agujero en tu cuento, amigo.

—¿De veras? —Gill sonrió porque sabía lo que iba a decirle Long.

—Sí, enorme. Era de noche y Turley no podía ver si el policía de ronda se acercaba o no por el escaparate, que está totalmente lleno de objetos empeñados.

—Lo sé —asintió Bill.

—¿Entonces...?

—Recuerda que antes dije que Helen me había puesto sobre la pista.

La joven le miró asombrada.

—Tú me aguardaste fuera, en el coche. Los escaparates que flanquean la puerta de la tienda te reflejaban perfectamente, lo mismo que el auto, cuando me situé exactamente donde estaba Turley, no detrás del mostrador donde solía efectuar las transacciones. Así pudo divisar a Corrigan e interpretar su papel de víctima.

—Maldición... —la voz de Bill Long era ahogada. No había hielo en ella.

El relato era completamente lógico, razonable. Pese a todo, lo que más le impresionaba era la forma cómo Shelby había convertido a un policía en un asesino.

—Corrigan nunca se sintió satisfecho. Todo este tiempo ha estado obsesionado porque algo no encajaba en el asunto, aunque jamás se imaginó dónde estaba el fallo.

—¿Y...?

—Yo lo descubrí —afirmó Gill.

Bill Long aguardó la solución.

—En las huellas dactilares. Todas las de la pistola eran de Ted Proctor. Una gran cantidad, mas ninguna en el gatillo, sino en la culata de plástico. Proctor ni siquiera sabía empuñar una pistola, y cogió el arma por la culata con toda la mano.

—¿Cómo es posible que pasáramos por alto este detalle?

—Calma, chico. Era demasiado visible.

—Si eso es verdad —exclamó Bill Long—, todavía tenemos a Turley.

—Lo habían presionado tanto que no hablará.

—Nosotros podemos presionarlo mucho más.

—Vamos a probarlo.

—Está bien, maldito hijo de perra. Espero que tengas razón.

—La tengo, pero hazme un favor.

—Di.

—Primero entraré yo. Turley me conoce y deseo que me conozca mejor. Quiero ser yo quien le apriete los tornillos y dejarlo a punto

para la representación final.

—Oye, Gill, en tu departamento…

—Soy yo quien lo ha descubierto. Yo establecí el primer contacto —le atajó Gill con determinación—. Este es todavía mi departamento.

—De acuerdo, tu departamento —accedió Long.

Gill puso el contacto y separó el coche del bordillo. En aquel momento, otro auto dobló la esquina, dejó apearse a un individuo y continuó la marcha. Gill estacionó su coche y apagó los faros.

No quedaba saliva en la boca Mark Shelby. La rabia y el miedo se la habían secado y sus labios parecían de pergamino. Los nudillos rotos de sus puños le dolían al empuñar la pistola. Sentía sus intestinos como una larga cuerda muy tensa.

Divisó a la figura solitaria que saltó del coche que acababa de aparcar al otro lado de la calle, y entrar en la casa de empeños, sin saber que era Gill Burke. La impaciencia le atenazó como un cáncer. Durante unos minutos se amparó en la sombra de un camión, aguardando; mas aquel tipo no salía y él volvió a mirar arriba y abajo de la calle. No distinguía nada con claridad a través de la puerta bañada por la lluvia, pero observó algo familiar en el porte de aquel individuo, en su forma de cuadrar los hombros, así como en el movimiento de la mano cuando echó atrás el sombrero.

De repente supo quién era y el vómito le subió a la garganta con tanta rapidez que casi se ahogó. Sus ojos lagrimearon cuando se lanzó a cruzar la calle con la pistola lista para apartar a dos monstruosos obstáculos que se oponían a tantos años de astucia y proyectos. Cuando empujó la puerta, surgió de su boca un grito ronco como un estertor, vio cómo a Turley se le ensanchaban los ojos de horror, y apretó el gatillo, apuntando a la espalda de Gill Burke.

El policía también había observado la expresión de horror del usurero y se arrojó al suelo con la instintiva agilidad de un gato, de modo que la bala alcanzó al prestamista en el pecho, dejándole muerto antes de caer.

Mark Shelby casi alcanzó también a Gill, que intentaba sacar el revólver antes de que su agresor lograra apretar de nuevo el gatillo.

En aquel instante Shelby oyó como un trueno a sus espaldas y sintió el martillazo de un proyectil al alojarse en su columna vertebral para llegar al corazón, al tiempo que por entre sus resecos labios surgía un espumarazo de materia sanguinolenta.

En la calle, Helen empezó a chillar, asomada a la ventanilla del coche, y Gill levantó la vista frente a un par de ojos tan cargados de furia que le hizo temer que Bill Long lo matase allí mismo.

Casi lo hizo, pero los años de entrenamiento dominaron la situación, y se enfundó el 38, esperando a que el policía se incorporase.

—¡Miserable canalla...! —acertó sólo a balbucir el capitán—. ¡Miserable canalla...!

Gill Burke le miró sin decir nada.

—Me has convertido en un asesino. Me has hecho lo mismo que lo que ellos le hicieron a Corrigan. Lo preparaste todo y me dejaste representar el papel que me habías asignado.

Gill no bajó los ojos. Estaban, al contrario, tan helados y firmes como siempre, lo mismo que su voz.

—Dijiste que en este oficio no existen las coincidencias, Bill. Acabas de presenciar una.

—No, amigo —la voz del capitán tenía un tono de cansancio, parecía viejo y defraudado—. Eres un miserable, un cerdo, Gill, un mal nacido y debí imaginarme lo que iba a pasar.

—Supongo que ahora te he hecho una demostración perfecta.

—Tal vez perfecta para los demás, pero no para mí —a su pesar, miró a Gill con admiración. Añadió—: Sí, eres un tipo listo. Condenadamente listo.

—¿Deseas más demostraciones todavía?

—¿Para qué? ¿Qué importan ya?

—Posiblemente nada.

—Entonces, llama a Lederer y a los suyos. Que limpien esto. Larguémonos de aquí.

En el umbral, Helen les contemplaba con expresión de asombro, y una mano en sus labios para contener nuevos gritos.

16

Lederer llegó con el forense y permaneció allí mientras los detectives lo examinaban todo y el furgón del depósito de cadáveres se llevaba los cuerpos. Los equipos de radio y televisión, así como los periodistas, tomaban notas apresuradamente. Lederer se alegró de tenerlos allí, puesto que podía arrojarles un buen bocado que le permitiría demorar más la noticia relativa a Richard Case. Ahora podía contarlo todo en beneficio propio, y en un rincón de su cerebro se vio ya presentándose a las elecciones para la Alcaldía.

Incluso tuvo unas palabras amables para Gill. Todos, también, se dieron cuenta de su admiración por la labor realizada por el capitán Bill Long. Era estupendo contar con un testigo como Helen Scanlon, y cuando Bill alegó que tenía algo que hacer, que terminaría su informe por la mañana, Lederer se sintió magnánimo y le concedió permiso para retirarse.

En el coche, Bill Long se mordió el labio inferior, realmente asombrado.

—Se lo han tragado —comentó—. Se lo han tragado todos. Se han tragado el mayor cuento que he oído en mi vida. Se lo han tragado y no pueden desmentirlo. Hasta yo tengo que apoyar tu versión de los hechos, pese a saber toda la verdad.

—Tú no sabes nada de nada, Bill.

—Por favor, Gill —le rogó Helen, apretándole Carlñosamente el brazo.

Sin embargo, Gill no estaba de humor para zalamerías.

—¿Quieres que te diga lo que sé? —le desafió Bill Long.

Había una nota casi de humor en su voz, como la del hombre que acaba de presenciar demasiadas cosas y se ve obligado a reírse de todo, como una especie de reacción.

—Sí, Bill, dímelo.

El capitán se recostó contra el respaldo del asiento, con la cabeza ligeramente apoyada en el almohadillado.

—No hace mucho, en un país de América del Sur, y esto se publicó en todos los periódicos, empezaron a encontrar muertos por todas partes a varios jefes del hampa. También a algunos pistoleros a sueldo y personajes de menor importancia, a veces solos, a veces en grupos. Unas veces, los encontraban en el campo, otras en sus escondites, pero a todos los seguían cuidadosamente, los mataban y los dejaban donde pudieran ser hallados.

»Por algún tiempo, las autoridades lo achacaron a una guerra entre bandas, mas no era nada de eso. Finalmente, descubrieron que aquella macabra tarea la estaba llevando a cabo una brigada de ejecución, y comprendieron que los únicos profesionales que podían componerla eran precisamente algunos policías.

»Oh, claro está, el índice de criminalidad descendió a cero y los mañosos se largaron rápidamente del país. Es posible, por consiguiente, que la situación de dicho país haya mejorado desde entonces; aunque dejó un mal gusto de boca en las autoridades porque cuanto más fácil resulta matar, y cuando las muertes las comete una fuerza tan poderosa y mortal, es posible que ésta dedique su talento a otra tarea, o sea a otros individuos cuando escaseen los delincuentes.

»Por fortuna, la cosa no pasó adelante y como aquellas muertes fueron bastante eficaces, nadie volvió a referirse a ello. Prácticamente, todo quedó olvidado. Bien, supongamos que hubo alguien que recordó este suceso, creyendo que la misma pauta podía aplicarse aquí, en los Estados Unidos. No sólo aplicada, sino modificada y sofisticada hasta tal punto que las ramificaciones tomasen unas proporciones increíbles.

»Primero: haría falta un profesional familiarizado con muchos datos referentes a las operaciones del sindicato. Debería poseer los conocimientos, el tiempo, la destreza y el dinero suficientes para trazar sus planes y llevarlos a efecto sin exponerse a sí mismo. Así, lograría que unos desconfiaran de otros y se mataran entre sí, y cuando sólo quedasen unos cuantos, pondría la crema en el pastel con una maniobra completamente legal, que le dejaría totalmente satisfecho.»

Gill detuvo el auto junto al bordillo de la acera, frente al edificio de apartamentos y apagó el motor. El capitán contempló el edificio.

—Shelby tenía aquí un apartamento —explicó Gill.

—No figura en nuestros archivos.

—Pero sí en los míos —observó el policía.

Tal como esperaba, no había ningún apartamento bajo el nombre de Shelby; en cambio, cuando enseñó la placa y dio la descripción de Mark, el portero lo recordó inmediatamente y reconoció que solía visitar a la señorita Helga Piers, en el 21 A. En realidad, añadió, aquella noche ese caballero estuvo en el piso pero se marchó apresuradamente poco después de las diez.

—¿Tiene usted una llave maestra?

—Naturalmente.

—Entonces, acompáñenos.

—Mire —se opuso el portero—, no sé si…

—Podemos conseguir una orden judicial en menos de cinco minutos, a no ser que usted nos facilite el asunto —rezongó Gill.

Una mirada a aquellos helados ojos y el portero no vaciló. Fueron todos al ascensor y lo hizo subir al último piso. Luego, indicó la puerta del apartamento. Mientras Helen y el portero se quedaban a un lado, Gill y el capitán se colocaron a ambos lados de la puerta y se miraron uno al otro.

Por el dintel salía una delgada línea de luz y en el interior se oía un aparato de televisión. También se percibía otro ruido: una intermitente risa histérica acompañada con una voz llena de angustia.

Gill pulsó el timbre y aguardó. No sucedió nada. Lo pulsó de nuevo, obteniendo el mismo resultado. Chascó los dedos y el portero abrió con su llave. Gill giró el picaporte, abrió la puerta unos centímetros y miró al portero.

—¡Vamos a entrar! —anunció.

Penetraron juntos, empuñando las pistolas, y ya dentro se separaron, agazapados come» felinos dispuestos a saltar.

No apareció nadie.

Sólo continuaron oyendo la televisión y el extraño sollozo que más parecía una risa. El ambiente estaba lleno de un olor aromático. Con su cautela profesional, los dos hombres avanzaron hacia el salón, y contemplaron absortos, mudos de horror, los

muebles rotos y el guiñapo en que se había convertido Helga, que estaba en el suelo, en medio de un charco de sangre, retorciéndose de dolor, con una vela encendida frente a ella, vela que acuchillaba una y otra vez, de manera muy poco eficaz.

Bill Long estaba curado de espantos, pero aquel cuadro casi le mareó. La terrible paliza recibida por la pobre muchacha era peor que todo lo que había visto antes, y el autor de tal hazaña tenía que ser tan repugnante que no merecía vivir.

Gill llamó a Helen y esta vez la muchacha no mostró temor ni repulsión. Era una mujer que reconocía una emergencia y estaba a la altura de las circunstancias. Ni siquiera les dio tiempo a telefonear, haciendo que la ayudasen a poner a Helga en el diván. Luego, fue en busca de toallas, compresas y algún frasquito del botiquín del cuarto de baño para contener la sangre. De pronto, Helga pareció recobrar la vista y murmuró con voz enronquecida:

—No... no... por favor... no más... no más...

—Tranquilícese —intentó calmarla Helen—. Somos amigos y vamos a ayudarla.

—¿Ayudar... me?

—Exacto —miró a Gill y añadió—: Será mejor que llames a una ambulancia.

Él policía efectuó la llamada y luego siguió al capitán hasta el bar. Todo el mobiliario estaba destrozado. Un cuadro religioso y una imagen de yeso yacían en el suelo, rotos en varios fragmentos.

—¡Qué locura! —comentó Bill—. Esa chica se arrastró hasta aquí, en este estado. ¿Te has fijado en el rastro de sangre?

—Sí, claro.

—Parece... parece imposible.

Gill examinó las manchas rojizas de la parte posterior del mueblebar, así como las del estante. Había más en la mesita del extremo y en el brazo del sillón en el que la joven se apoyara, seguramente, en su intento de llegar hasta allí.

—Quizás tuvo sus motivos —musitó Gill.

—¿Para coger una imagen religiosa? —le pegó un puntapié a un candelabro de metal, mirando los fragmentos de cera de su base—. Quizás tengas razón —levantó el candelabro y se lo enseñó a su amigo—. Supongo que la gente que tiene convicciones religiosas muy arraigadas es capaz de hacer cualquier cosa. Esa chica creyó

que se estaba muriendo y quiso encender la vela como protección contra algo.

—En este caso, ¿por qué la estaba acuchillando cuando hemos llegado?

—Puede formar parte de un rito religioso —opinó el capitán.

—Gill… —Helen lo llamó hacia el diván.

—¿Vuelve en sí?

—Le dijo que se llamaba Norris. El la mantenía, pero un día se enteró de quién era su protector en realidad —antes de que Gill pudiese hacer algún comentario, Helen le entregó una revista abierta por la página en la que se veía una serie de rostros conocidos del público—. Tenía esta revista debajo del diván. Me ha señalado quien era.

Gill estudió la fotografía y observó la fecha de la cubierta.

—Es un ejemplar de este mes.

—Exacto —asintió Helen—. Fue entonces cuando averiguó la identidad de su amante. ¡Pobre muchacha…!

—Ven aquí, viejo pirata —llamó Gill al capitán, enseñándole la revista—. Aquí está tu hombre.

—¡Mark Shelby! —exclamó Bill Long.

—Espero que ahora te sientas mejor —sonrió el policía.

—Respecto a él sí —gruñó el capitán—, pero no respecto a ti. Sigues siendo un miserable.

Helga contemplaba borrosamente a sus dos salvadores, intentando pronunciar algunas palabras. Para asegurarse, Bill Long le mostró la fotografía y con el dedo señaló a Shelby.

—Sí, él… —balbució la joven.

—No hable —le ordenó rápidamente Helen.

Helga hizo un leve ademán con la mano, moviendo otra vez los labios.

—Se volvió loco… por algo… Después… descubrió… lo de Nils.

—¿Nils? ¿Su esposo?

—Amigo… —le rectificó ella, moviendo la cabeza desoladamente—. Íbamos a casarnos… A coger el dinero… y huir de aquí.

—¿Quiere que llame a ese Nils? —se ofreció Gill.

La expresión de dolor de sus ojos se trocó en otra de pesar y las lágrimas empezaron a bañar sus mejillas.

—Nils vino... me vio así... y se largó... —logró formar una sonrisa entre sus partidos labios—. Se lo llevó todo... Todo... No dejó nada. Sólo el gran candelabro. A él... le gustaba el candelabro. Ahora yo... he destruido... este espantoso objeto.

La implicación de aquellas palabras penetraron primero en el cerebro de Gill. Se dirigió al centro del salón, apagó la vela, recogiendo luego el cuchillo manchado de sangre con el que Helga intentara romperla. Acto seguido, pasó la punta del índice a lo largo de la vela, insertó la hoja del cuchillo en su interior y abrió el cilindro de cera.

Los rollos de microfilm estaban apilados unos sobre otros. Se los mostró al capitán.

—La última prueba, amigo. Hemos llegado a tiempo. De haber seguido ardiendo esta vela, todo habría quedado destruido. El viejo zorro de Shelby estaba cubriendo todos los ángulos. ¿A quién demonio se le ocurriría destruir una vela religiosa?

—Tal vez a algún ateo —replicó Bill Long—. O a alguien sin conciencia. Como tú.

—¡Méate contra un poste! —se sulfuró Gill.

—Sabes que tengo razón —sonrió el capitán—. Se trata de ti. Toda una brigada de ejecución compuesta de un solo hombre. En otros tiempos habrías saltado sobre mí por decir tal cosa, mas ahora no puedes porque sabes que estoy en lo cierto, que no puedes engañarme por más tiempo.

—¿No callarás nunca? —rugió Gill.

—No, señor, no pienso callar sobre este asunto. Lo que haré será chamuscarte el trasero. Ni siquiera me costará mucho porque desde el principio sabía lo que estabas tramando. Sólo hay un individuo al que realmente quieres atrapar, el individuo que está en el trono. Papa Menes. Todavía está vico. Todavía detenta el poder. Te aseguro que si esos microfilms pueden acusarle, lograra zafarse de la condena. Puede largarse a muchos lugares y continuar siendo el jefe del sindicato. Luciano ya lo hizo, lo mismo que otros, y todos lograron vivir con toda clase de lujos y comodidades en Italia, limitándose a tirar de ciertas cuerdas.

Gill estaba contemplando el techo.

—Pero tú no puedes permitir que esto suceda. Tú echaste la bola a rodar y tienes que terminar tu plan. Algún día, cuando disponga

de tiempo, me dedicaré a averiguar todos tus movimientos, encontraré a todos los que contrataste o utilizaste de un modo u otro. Detallaré toda la operación hasta la última coma y quizás el mundo civilizado comprenda qué clase de terror albergaba.

—Tal vez el mundo civilizado pueda comprenderlo muy pronto —respondió Gill con la sombra de una sonrisa—. Entonces, el burlado serías tú… si todo eso de que me acusas fuese verdad.

—¡Lo es! —sonrió a su vez el capitán—. En estos momentos, tus movimientos pueden ser difíciles de probar, pero el próximo será fácil porque sé que tienes que ejecutarlo.

—¿Qué es lo que tengo que ejecutar? —inquirió Gill, con tono violento.

—Matar a Papá Menes.

—¿Y si no lo mato?

—Entonces confesaré que estaba equivocado.

—También puedes mearte contra un poste —concluyó Gill.

Desde el otro lado del salón, Helen los contemplaba a los dos, sin saber todavía a cuál de ambos creer.

El caserón de Long Island había construido un banquero neoyorquino durante los dos años que fue multimillonario. El banquero era hijo de un inmigrante del centro de Europa y empezó a trabajar como limpiabotas en Manhattan, entregando todas sus ganancias a sus padres pobres, que tenían que vivir en una casa que carecía de toda comodidad, alimentándose casi exclusivamente de pan seco y restos de comidas. Los domingos se permitían el lujo de comer un poco de carne hervida o algunas salchichas de Frankfurt, y naturalmente el muchacho odiaba los tentáculos de la pobreza que los apresaba.

Pero era un buen limpiabotas, con buena memoria y mejor olfato, y por eso llegó a conocer a los grandes personajes de Wall Street que le daban generosas propinas cuando les lustraba los elegantes zapatos. Empezó a ahorrar hasta que pudo adquirir un cubículo con dos sillones, situado en un hueco entre dos edificios que no servía para nada más.

Con los dos sillones siempre ocupados oía alguna conversación interesante entre sus clientes, y un día que escuchó con atención

cogió los sesenta dólares que tenía ahorrados y compró unas acciones de las que había oído hablar. Aquella tarde obtuvo un beneficio de mil setenta y cuatro dólares.

Continuó prestando atención y al cabo de un mes su cuenta banCarla contenía ya seis cifras. Durante treinta más siguió con la tiendecita, después la vendió a su ayudante y dedicó todo su tiempo a la Bolsa.

Cuando hubo hecho el tercer millón envió a sus padres a su país de origen con dinero suficiente para poder vivir sin carecer de nada, se estableció en una oficina fabulosa con un apartamento en Riverside Drive y le ordenó a un arquitecto que le edificase una especie de fortaleza sobre tres hectáreas de terreno en Long Island.

Llevaba veinticuatro años limpiando zapatos. Tenía treinta y ocho de edad, y era un multimillonario que poseía una finca extensa y lujosa, e iba a casarse con la corista más bonita de Broadway. Corría el año 1929.

Cuando se produjo el crac del mercado de valores, dejando arruinados a multitud de individuos hasta entonces muy encumbrados, la corista se le rió a las barbas y él saltó por la ventana de su oficina. La casa de Long Island pasó por las manos de seis propietarios antes de ser adquirida por uña compañía que no era más que una fachada para Papá Menes. Era una dirección que nadie conocía, un castillo fortificado que ningún enemigo podía tomar, un hermoso retiro desde el que Papá podía manejar sus asuntos hasta que las cosas se calmasen y los abogados lograran arreglarlo todo de nuevo, mientras acusaban a la justicia de lentitud en sus procedimientos. Lo único que Papá Menes necesitaba era tiempo, pues dinero lo poseía en la cantidad suficiente para que no le faltase ninguna comodidad.

Después de adquirir aquella mansión, estaba decidido a utilizarla con aquel apetitoso bocado de carne importado de Miami, la joven que mejoraba a cada sesión, siempre con algo nuevo y diferente, hasta que Papá empezó a preguntarse si llegaría a vaciarse como una bañera cuando se le quita el tapón.

Louise Belhander le atosigaba hasta hacerle perder la cabeza y él se estremecía y temblaba como un hombre enfermo. Luego, en el momento más oportuno ella se ofrecía en la delicada postura de una gatita, y combinaba su lujuria con la del viejo, el cual se enterraba

en el interior de Louise en un frenesí de pasión tan agotador que le hacía derrumbarse encima dé ella. Louise entonces se veía obligada a coger un trapo mojado y resucitarle con él.

Ya poseía más de cinco mil dólares, pues Papá Menes le entregaba después de cada sesión una generosa cantidad. La joven necesitaría ese dinero para lograr pagar la fianza que, seguramente, le exigirían. Cuando se hubiese vengado de Frank Verdun. O de sus amigos.

Los especialistas que el capitán Bill Long asignó a la localización del paradero de Papá Menes distribuyeron ayudantes por toda la ciudad sin lograr establecer ningún contacto. Las empresas legales que el viejo poseía y que operaba por medio del reino del hampa, funcionaban con toda normalidad, de manera que estaba claro que existía una mano en la oscuridad que hacía girar todos los engranajes de la poderosa maquinaria.

Los consejeros legales de aquellas empresas admitieron recibir órdenes, mas sin conocer la procedencia de las mismas. Aseguraron, no obstante, que la identificación en clave era auténtica y que lo único que podían hacer era cumplir todas las instrucciones. £n todo el país, abogados y procuradores trabajaban día y noche tratando de derribar las barreras de propiedad que otros abogados levantaran anteriormente, pero en todas las ocasiones tropezaron con una muralla inexpugnable. El otro bando contaba con hombres mejores que habían tenido mucho tiempo para prepararlo todo ante cualquier emergencia; antes de poder penetrar en los recovecos de aquella organización, los propietarios ficticios pudieron liquidar los stocks de valores y largarse sin tener que responder por una acción criminal.

En el laboratorio del departamento de Policía habían estudiado los microfilms, poniéndolos en la ampliadora, delante de un grupo selecto de oficiales federales y personal local. Unos minutos después de pasar la última diapositiva, fueron firmadas órdenes de detención para multitud de personas repartidas por treinta y dos Estados de la Unión. Eran muchas más, pero algunas habían muerto en la catástrofe de Chicago, o no existan ya cuando estalló la guerra.

Robert Lederer, sentado a la cabecera de la mesa, frente a Bill Long y Gill Burke, comprobaba en la lista los implicados que estaban ya fuera del alcance de la justicia.

—Lo que hay que vigilar es la condenada raíz —masculló.

—¿Qué? —exclamó Long con burla.

—Se puede matar el fruto y derribar el árbol, pero queda la raíz en el suelo y revive otra vez. Ahora podemos destruir a toda esa gentuza y poner una buena cuña en el comercio de drogas. Podemos encerrar a muchos intermediarios y a las prostitutas implicadas en el negocio. Pero ¿de qué servirá? Con tantas empresas legales produciendo dinero, un fulano avispado puede financiar toda la operación en cuestión de meses. Un fulano en el que confían los jefazos del extranjero.

—Calma, Robert. Nos cargaremos a Menes. Con el tiempo, claro.

—¡No queda tiempo, maldita sea! Lo sabéis tan bien como yo.

—Algo… sucederá —Bill Long miró a Gill que mostraba una expresión impasible.

—¿A qué se refiere, capitán?

—A que el viejo no durará mucho en este mundo, ¿verdad, Gill?

—Estoy completamente seguro de eso —asintió el policía.

Lederer escribió durante unos minutos antes de volver a hablar.

—¿Saben algo que yo debería conocer?

—No, Robert. Es pura especulación.

El ayudante del fiscal se puso de pie e introdujo varios papeles en su cartera de mano.

—Pues será mejor que tengan razón.

Cuando hubo salido del despacho, Bill Long se arrellanó en su silla, con las manos cruzadas en la nuca.

—¿Cuándo ocurrirá, Gill?

—¿Cuántas veces tengo que decirte que me dejes en paz, amigo mío?

—Las que quieras. Siento demasiada curiosidad por ver cómo lo haces, de manera que tus insultos no me hacen mella. En realidad, deseo ver cómo matas al viejo. Y quiero ver cómo te afecta, cómo reaccionas.

—Tú deberías saberlo ya, Bill. ¿De qué forma te afectó la muerte de Shelby?

—Ah, esa muerte no fue mía, Gill. Fue tuya, sólo tuya. Yo puse

el dedo en el gatillo, pero fuiste tú quien lo apretó.

Gill se levantó y empezó a ponerse la chaqueta.

—Bill, espero que tu cerebro sea bastante bueno para no explotar cuando realmente sepas la verdad.

La fiesta de Long Island se iba animando cada vez más con cada noticia de los medios de comunicación. Desde el momento de la muerte de Mark Shelby hasta la recapitulación diaria de los acontecimientos, el vino y los licores corrían libremente por la mansión, celebrando la única autoridad de Papá Menes en la organización. Los guardias situados en el exterior debían aguardar su turno para celebrarlo a su vez, y los que les sustituían se llevaban suministro suficiente para que les durase hasta el próximo cambio de guardia.

Papá Menes llevaba ya bastante rato completamente ebrio. Artie Meeker también había empezado temprano y permanecía roncando al lado de la estúpida pelirroja que conociera en Brooklyn. Remy se hallaba ocupado con las dos chicas que cuidaban del trabajo de oficina.

A Papá Menes nada de eso le importaba. Estaba solo con Louise, y el champaña casi los empapaba. Louise le estaba dando el viejo unas friegas con sus ágiles dedos, con lo que Papá experimentaba una dulce sensación en todo su cuerpo. Los comunicados de sus consejeros legales aseguraban que todo iba bien, que con tal de que no pudiesen entregarle una citación nada podía ocurrirle. Sus hombres de fuera habían liquidado ya a un par del equipo de Filadelfia, más listos al parecer que los demás, y Moss Pitkin, de St. Louis, suspendió el ataque que llevaba a cabo contra las lavanderías propiedad del viejo, cuando se quedó sin sesos en la cabeza. Todo el mundo sabía que el amo absoluto del sindicato no pensaba rendirse, que conocía su oficio y que estaba decidido a sentarse para aguardar los acontecimientos.

Louise sonrió cuando sus dedos hicieron temblar a Papá.

—Date la vuelta, muchacho —le ordenó, metiendo las manos bajo los sobacos de su anciano amante.

—No, sigue con lo que estás haciendo. Me gusta.

—Te haré algo mejor —le aseguró ella—. Pero no puedo hacerlo

si estás boca abajo.

Papá soltó una de sus breves carcajadas, asombrado ante lo que la rubia era capaz de conseguir. Su falo estaba tan excitado, lo había estado tantas veces en pocas horas, que incluso le dolía. Y ahora, estaba ella de nuevo buscándole las cosquillas y él no sabía resistirse porque cada vez se trataba de alguna novedad, de manera que, aunque sufriese algún dolor, valía la pena. El desnudo cuerpo de Louise resbalaba sobre el suyo, caliente, palpitante, lubricado por el sudor provocado con sus manejos. Sus dientes mordisquearon los pezones del viejo, la lengua se hundió en una oreja, y los músculos de la espalda de Papá Menes se retorcieron por debajo de la arrugada piel.

—¡Vamos, date otra vez la vuelta! —le pidió ella.

Ahora, el viejo estaba preparado y permitió que ella le pusiera boca arriba, muy complacido al escuchar el silbido de admiración de la joven ante la plenitud de su virilidad. Papá Menes ignoraba que aquella admiración era en realidad una carcajada reprimida.

Louise paró sus maniobras al darse cuenta de que la diversión estaba a punto de terminar para el viejo, y trató de hacerle dar de nuevo media vuelta.

—¡No, continúa! —suplicó al viejo—. ¡Maldita seas! ¡No lo dejes ahora! Yo...

—Ahora yo soy el jefe —le recordó ella con ligereza—. Si te gustan mis especialidades, deja que las haga a mi modo.

Papá Menes cerró los ojos, encantado de aquellas palabras.

—Sí, haz lo que quieras. Pero de prisa...

—Oh, no, esta vez no habrá prisas porque se trata de mi mejor especialidad. Es algo tan extraordinario que debo llevarlo a cabo paso a paso, de lo contrario no sabrías apreciarlo.

Papá Menes abrió unos ojos relucientes por la novedad anunciada.

—¿Qué vas a hacer? Vamos, dímelo.

—Túmbate, relájate y te lo enseñaré, querido papaíto. Te prometí una novedad... una novedad que no olvidarás jamás.

Por primera vez desde niño, Papá Menes recibía una orden de labios de una mujer y obedecía. Se tumbó de espaldas, se relajó y se preguntó cuál sería la agradable sorpresa.

No había mucho que ver desde la pequeña terraza contigua al saloncito de Gill Burke, a menos que uno comprendiese la naturaleza primitiva del verdadero Nueva York. No existía nada estético en las terrazas alquitranadas, con sus respiraderos inclinados, sus antenas de televisión formando verdaderas selvas, con las cuerdas anudadas a ellas para sostener la ropa lavada.

Aquí y allá, manchones de color verde demostraban el lugar donde alguien todavía gustaba de la tierra productora de hortalizas y verduras, en tanto que las mecedoras y tumbonas, de vivos colores, aguardan a quienes buscaban el sol que conseguía penetrar por la niebla que siempre planeaba sobre la gran ciudad.

Hasta el olor parecía visible. Un olor que se elevaba en oleadas de calor desde las calles, conocido a lo alto por corrientes artificiales, que danzaban al compás de las bocinas y del pasado rumor del tráfico. Atardecía y cuando las luces parpadearon en la mayoría de rascacielos de la ciudad, también se encendieron en los apartamentos de los distritos menos lujosos de aquella imponente urbe.

Los reactores dejaban estelas blancas en el cielo, creando nubes artificiales, dando una ilusión de espacio con sus falsas estrellas parpadeantes en rojo y verde. Sólo la luna era real, aunque empezaba también a contaminarse.

—Volvamos adentro —propuso Gill, cerrando las puertas vidrieras a sus espaldas.

Durante un minuto, Helen permaneció mirando la calle, en tanto él preparaba unas copas, y su mente daba vueltas como una centrifugadora, tratando de apartar los fragmentos de irrealidad de forma que quedara un núcleo de verdad a la que aferrarse.

¿Cuánto tiempo hacía que le conocía? Parecía toda una vida, a pesar de ser sólo unas semanas. ¿Cuánto tiempo había conocido a los demás? Estuvo expuesto a la muerte y la destrucción desde su nacimiento, asociada con el bien y el mal desde la niñez a la madurez... Sí, ahora podía evaluarse a sí misma.

Sin embargo, ella formaba parte de todo aquello, estaba inmersa en la violencia, y solamente oía en su cerebro las palabras acusadoras que Bill Long dirigiera a Gill. Si aquellas palabras decían la verdad, se trataba de una terrible acusación.

—A menos que exista una justificación.

Helen giró en redondo, cogida por sorpresa.

—¿Qué?

—Sé lo que estás pensando —explicó él.

Le entregó el vaso que ella aceptó. Su mano estaba temblando.

—Lo siento.

—Las palabras de Bill sonaban a ciertas.

—Gill, voy a hacerte una pregunta. ¿La contestarás con el corazón en la mano?

—Si crees que te mentiré, esa pregunta es muy tonta.

—¿Me mentirás?

—No. ¿Supones que he de hacerlo?

—No.

Gill se llevó el vaso a los labios.

—Bien, pregunta.

—¿Lo dispusiste todo para… o sabías que Mark Shelby estaría allí?

Helen escrutó atentamente el rostro de Gill.

—No —fue lo único que repuso él.

Ella le creyó. Nada en el mundo hubiese logrado que no le creyese después de haber escuchado aquella negativa.

—¿Quieres preguntar algo más? —ofreció el policía.

—No, creo que no. Con franqueza, creo que no deseo saber nada más. Al menos, no por ahora.

—¿Por qué?

—Porque te adoro, Gill. En el lenguaje callejero, ése que tanto empleas a veces, estoy tan jodidamente enamorada de ti que el Carlño me sale por las orejas, y esto es lo que cuenta.

—Calla de una vez. Eres una señorita.

—No a tu lado, animalote.

—Sabes lo que te sucederá dentro de un instante, ¿verdad?

Helen sonrió y con la punta de la lengua se humedeció los labios. Dejó su vaso y se llevó una mano a la cremallera del vestido. De un simple tirón, la descorrió y el vestido cayó al suelo. Le siguieron unas prendas más íntimas y se quedó completamente desnuda en su belleza.

—Creo saberlo —murmuró.

Mientras la oscuridad arropaba la ciudad, ocultando su fealdad y dejando tan sólo las luces brillantes al otro lado del ventanal, los

dos seres explotaron en medio de un revoltijo de almohadas y ceniceros volcados, mientras los dos vasos les refrescaban más por fuera que por dentro.

Continuaron tendidos en el suelo, con regueros de humedad en ambos cuerpos, a causa de los cubitos de hielo que parecían haberles calentado en lugar de enfriarlos.

—Oye ¿qué es Shinola? —preguntó Helen repentinamente.

—Vaya momento para hablar de una crema de zapatos.

—No, no lo creas.

—Es una marca de betún muy popular. ¿Por qué?

—Se me ha ocurrido que...

—Estás loca, Helen. Te amo, voy a casarme contigo, pero me alegro de descubrir antes que estás loca. Te llevaré a un psiquiatra. ¿A qué viene esa pregunta?

—Un día, Frank Verdun se enfadó mucho y oí que gritaba. Dijo que no podía soportar más al viejo porque seguramente estaba en Shinola haciendo el amor con alguna pelandusca.

Vio cómo Gill parecía envararse, con los ojos muy fijos en ella. Ya no era Gill Burke. Era una máquina, una máquina pensante, con más datos que las computadoras programadas solamente para determinadas tareas. De pronto, él se incorporó, buscó el teléfono y marcó un número. No pudo oír qué decía, pero le vio inclinar la cabeza, darle las gracias a su interlocutor y colgar.

Bill empezó a vestirse.

—¿Adónde vas?

—No importa.

Helen aguardó hasta que él se hubo ceñido la pistolera, entonces se puso en pie y se vistió, apresuradamente.

—Te equivocas, Gill. Sí importa. ¿Qué es lo que te dije?

Gill se la quedó mirando.

—Donde se encuentra Papá Menes —declaró al fin.

—Te acompaño. Lo sabías, ¿verdad?

Continuó mirándola fijamente y al final asintió.

—Si me acompañas, tal vez halles la respuesta a la pregunta que todavía no me has hecho.

—¿Me lo merezco?

—Te lo mereces.

El hielo de sus ojos estaba más frío que el hielo de los cubitos de los

vasos volcados mientras hacían el amor.

Abajo, iban a meterse en el coche cuando salió Bill Long de entre las sombras de la noche.

—¿Buscáis compañía? —inquirió.

Gill abrió la portezuela del auto y le dejó subir. Le siguió Helen.

—No, en realidad no, pero ya que estás aquí puedes venir con nosotros.

—¿Vamos a algún sitio determinado? —quiso saber Long, tras internarse en el tráfico.

—Sí. A Shinola —repuso Gill.

Aquel nombre hizo sonar una campanilla en la memoria del capitán, aunque no logró captar el sonido.

—Se trata de una mansión estilo fortaleza de Long Island, una mansión que hizo construir un antiguo limpiabotas, el cual ganó y perdió la camisa en el mercado de valores. Sus enemigos llamaron a esa fortaleza Shinola, como la conocida marca de betún, en recuerdo del antiguo oficio del ricachón arruinado.

Long recordaba el casa y miró a Gill de soslayo.

—¿Qué hay allí?

—Quién hay allí, es la pregunta, Papá Menes.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo se lo dije —intervino Helen.

Iba a volverse loco La maldita Louise le hacía volver loco y si no llegaba el orgasmo dentro de un momento la mataría por jugar con él de aquel modo. Sí, le desgarraría el maldito y adorado sexo.

Le había puesto los testículos duros como piedras, pero no le permitía descargarlos. Ella era más fuerte que él, especialmente a causa de las perversiones en que le sumergía y que a ella tanto le gustaban. Sí, le estaba matando con sus maniobras, dulces, seductoras maniobras, desconocidas para él. Se estremeció, violentamente, cuando la boca femenina le tocó y los dedos de la muchacha localizaron el punto más débil. Papá Menes abrió la boca y jadeó como un pez fuera del agua. Sólo pudo balbucir HAZLO, HAZLO, HAZLO, HAZLO, pero ella no le escuchó. Le amaba tanto que lo estaba destrozando y él era incapaz de resistirse. Era todo suyo y cuanto ella quisiera estaba bien. Louise proseguía con sus

manejos, manejos que Papá Menes hubiese querido experimentar con la imbécil que por desgracia era su mujer. Louise no dejaba de murmurar cosas obscenas mientras trabajaba con la boca, los brazos y las piernas. Cada vez, el acto sensual ganaba en grados, cada vez era mejor, más erótico... Louise finalmente le pidió que, por favor, se trocasen los papeles. Si ella podía disfrutar haciéndolo por detrás ¿por qué privar de tanta ventura a un hombre como él?

Sí, sí, sí... fue todo lo que él pudo exclamar... Rodó sobre sí mismo otra vez y se colocó a gatas, con la cabeza entre los brazos.

—Esto es por lo que Frank Verdun me hizo —gruñó Louise Belhander, hundiendo en el recto del viejo el cañón de una pistola del 38. Acto seguido, apretó el gatillo.

Los guardias del exterior oyeron la sorda detonación, el horrible chillido que conmovió la mansión entera. Pero no les importaba. Les habían pagado por anticipado. Todos se encogieron de hombros, pillaron lo que pensaron que podía servirles y se marcharon al lugar de donde habían venido.

No era su jurisdicción ni entraba en sus derechos, pero ahora eran otros tiempos, una nueva era, y las circunstancias modificaban todas las reglas. Pasaron por delante de Shinola, el monstruo creado por el viejo limpiabotas de Wall Street. Volvieron a pasar viendo luces en las ventanas, las puertas abiertas y la ausencia total de movimiento o sonido. Lo único vivo era la muchacha rubia que esperaba el autobús interestatal a unas tres manzanas de distancia, y un tipo en pijama que paseaba a su perro. La mansión se alzaba allí, al acecho, vitalmente despierta, aunque mostrando todas las señales de la muerte.

Gill llevó el coche a la fachada principal, con su columnata en el porche y paró el motor. Durante unos minutos permanecieron allí sentados, con las pistolas en las manos. Después, ambos se incorporaron, miraron a su alrededor y subieron los peldaños.

Habían estado muchas veces en lugares semejantes, de manera que nadie tenía que decirles cómo debían actuar. Sin embargo, por la fuerza de la costumbre obedecieron todas las reglas de entrada, cubriéndose uno al otro, absorbiendo todos los detalles, catalogándolos para futuras referencias, relacionándolos para su uso

inmediato. Más tarde, entrarían en funcionamiento los expertos del laboratorio y alimentarían las computadoras con sus descubrimientos.

Cuando observaron que no había nada digno de ver en la planta baja, subieron por la escalinata de mármol al primer piso. La primera puerta que empujaron pertenecía al dormitorio de Papá Menes. Allí estaba el viejo, en aquella obscena postura animal, con la cabeza caída por completo entre sus brazos, como intentando lanzar un grito que murió antes de poder ser proferido en todo su volumen. Alguien le había metido una pistola en el agujero trasero, de modo que la bala podía haber llegado hasta el corazón en su camino horizontal. Papá Menes nunca se hubiese imaginado cuál era la sorpresa que Louise Belhander le tenía preparada.

Gill se olvidó de Helen hasta que entró en la estancia para cogerle una mano. Se leía cierta satisfacción en la mirada de la joven cuando se enfrentó con Gill.

—Usted dijo —le espetó a Bill Long —que se trataba de una mera especulación... Sólo una historia que usted iba a contar...

Todo estaba terminado, pero lo anunciado por el capitán no se había cumplido en absoluto. La lógica y la verdad estaban separadas porque el dedo del destino intervenía por su cuenta. No existía ya ninguna respuesta. Ninguna.

—Oh, mierda... —rezongó el capitán, encogiéndose de hombros.

—Bill —le suplicó Helen—, ¿podemos oír de nuevo la historia... respecto a la brigada de ejecución... y a Gill Burke?

El capitán les miró a los dos, hasta concentrar largo tiempo su mirada en el policía.

—Es extraño cómo suceden las cosas —comentó—. Me alegro de retirarme del departamento. Me alegro de que tú vuelvas a la empresa Compat. Dejaré de pensar en todo eso, porque ningún medio justifica los fines, aunque aquí sí los ha justificado en bien de todos. No quiero enterarme de que pueda existir algún individuo causante de tantas muertes sin que sienta un remordimiento de conciencia. No quiero saber nada, Gill. Sé, sin embargo, que fuiste tú el hacha justiciera, pero me siento feliz de saberlo. Más feliz todavía por no poder demostrarlo, lo que me hace dudar a veces. Estoy contento de que podamos continuar siendo amigos, a pesar de las reservas que tengo en mi mente. Bien, nunca más volveré a

ocuparme de este asunto.

—Como gustes, Bill.

—¿Ha concluido todo?

—Todo, Bill.

El capitán se marchó, sus pasos resonaron en la escalinata. Luego, oyeron cómo cogía el teléfono para llamar al departamento.

La obscenidad de la cama ya no molestaba a Helen. Contempló el rostro de Gill Burke, a quien tanto amaba, sonrió gentilmente y preguntó:

—Dime… ¿fuiste tú?

De pronto, Gill volvió a ser el de siempre.

—¿Importaría mucho en caso afirmativo?

—Nada, te lo aseguro.

Gill sonrió con una sonrisa extraña.

—Pues si no importa… ¿a qué preguntarlo?

Helen asintió y volvió a sonreír.

—Vámonos a casa —le rogó.

Notas

[1] Locución latina, de significado oscuro, que se supone relacionada con los clanes der la Mafia *(N. del T.)* <<

[2] *Gill* en inglés significa *agallas*. *(N del T.)* < <

[3] *Roller*, en inglés, significa «el que hace rodar alguna cosa», en esta ocasión los dados. *(N. del T.)* < <

[4] *Junior*, en inglés, significa el más joven o «el menor». *(N. del T.)* < <

[5] Ruth, a quien llamaban «Babe», o sea Bebé, fue el mejor jugador de beisbol nortemericano de su época. *(N. del T.)* < <